3 1761 08831795 3

L. COLOMA

LECTURAS RECREATIVAS

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

COLECCIÓN

DE

LECTURAS RECREATIVAS

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/coleccindelectur00colo

LS
C7187co

COLECCIÓN

DE

LECTURAS RECREATIVAS

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1884—1885—1886

DIBUJOS

DE APELES MESTRES Y PACIANO ROSS

FOTOGRABADOS

DE J. THOMAS Y J. CASALS

SEXTA EDICIÓN

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

457096
31. 1. 47

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO [1]

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE

EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Cosa extraña es por cierto que, al dedicar á los suscritores de *El Mensajero* el presente tomo de Lecturas Recreativas, coleccionadas por la Dirección de dicha Revista, comencemos por declarar con toda franqueza, que ninguna de esas *Relaciones* ha sido escrita expresamente para ellos.

Los suscritores de *El Mensajero,* personas piadosas en su totalidad, y conocedoras en su mayor parte de los caminos y máximas de la vida espiritual, no necesitan que se les presente lo que nuestra santa Religión manda, y aun lo que solamente aconseja, engalanado con los atavíos de la poesía y de la fábula, á la

(1) El presente Prólogo-dedicatoria fué escrito por el autor para el primer tomo de sus Lecturas Recreativas, que comprendía solamente los artículos publicados en *El Mensajero del Corazón de Jesús* durante el año de 1884. Al hacer esta nueva edición, que además de los artículos mencionados comprende á su vez todos los que han salido sucesivamente en dicha Revista, durante los años 1885 y 1886, hemos conservado al frente el mismo prólogo, que han tachado algunos críticos, entusiastas por otra parte de los escritos del P. Coloma, de demasiado severo. Califícalo uno de éstos de «*prólogo tan gallardamente escrito, que puede competir con los más peregrinos alardes de la lengua castellana: trozo de estilo castizo y brillante, en que los indoctos pueden aprender mucho y los doctos recrearse,*» al mismo tiempo que se extraña y se lamenta de que «*el P. Coloma, que tan notable novelista aparece en el libro, en el prólogo habla de las novelas en general con demasiado desprecio...*» No es á nuestro juicio desprecio, sino justo y prudentísimo recelo, que la experiencia cotidiana afirma á cada paso, el que inspira al P. Coloma este género de literatura; y porque en un todo abundamos nosotros en las mismas ideas de juez tan competente, suplicamos al lector que no pase á saborear las amenas páginas de este libro, sin haber leído antes las prudentes y razonadas que le preceden. (Nota de los Editores.)

manera que se presentan al enfermo las píldoras amargas, envueltas en una brillante capa dorada. No encuentran estas almas sanas en los suaves deberes de la Religión, ni en los sublimes consejos del Evangelio, píldoras amargas: encuentran, por el contrario, ricos veneros de gracia y salvación, que se apresuran á buscar y gustar en los limpios manantiales de escritores puramente morales y ascéticos. Para ellas es siempre interesante el P. Tomás de Kempis, ameno San Francisco de Sales, divertidos y prácticos Fray Luis de Granada y el P. Alonso Rodríguez.

Mas no se limita la misión de *El Mensajero* á hacer resonar las enseñanzas del Corazón divino en aquellos oídos que el amor aguza, y hace percibir sus más secretas voces, y adivinar y comprender sus más suaves latidos. Dirígese también á aquellas almas más tibias en el amor santo de Cristo, á quienes la oración y meditación se hacen pesadas; á aquellas más frívolas en su sentir y en su obrar, á quien la seriedad de las lecturas piadosas asusta; dirígese también, y con más anhelo que á ninguna, á aquellas otras almas del todo mundanas, que rechazan con prevención injusta y anticipada todo lo que esparce desde lejos el suave perfume de la devoción y la piedad. Para estas almas tibias, para estas frívolas ó extraviadas, fueron escritas las presentes *Relaciones:* para que ellas saboreen sin tedio, sin temor, sin prevención, casi por sorpresa, las santas enseñanzas del Corazón divino, se han colocado sanos principios morales y religiosos en estas historietas, mejor ó peor hilvanadas, á la manera que colocan ciertas floristas en una vistosa rosa, hecha de viles trapos, el magnífico brillante que imita una gota de rocío.

No por eso es nuestro intento introducir á los suscritores de *El Mensajero* por el peligroso campo de la novela, perjudicial á nuestro juicio en todas sus manifestaciones. Lo es, sin disputa alguna, y en un grado apenas concebible, la novela cínicamente inmoral, descarada propaganda de doctrinas disolventes, envuelta unas veces en obras maestras de genios lastimosamente perdidos, contenida otras en partos monstruosos de ingenios vulgares, é instrumento siempre mortífero de que se sirven la maldad de las sectas y aun los cálculos de la política, con harta más frecuencia de lo que muchos sospechan.

Perjudicial es también por otro concepto la novela escrita de buena fe, por autores que desconocen ó parecen desconocer

cuánta sea la flaqueza de esta envoltura de tierra en que gime el espíritu; que elevan á éste á las regiones de un idealismo sentimental, y pretenden amoldar los severos principios de la moral cristiana á los *amables impulsos* de corazones sensibles y de pasiones no combatidas. Cuadros son éstos en que se hace reflejar la purísima luz de nuestra Religión sacrosanta, para producir *efectos estéticos,* y no para inculcar santas enseñanzas; para despertar en el lector *agradables impresiones,* en vez de moverle á santos impulsos, capaces de engendrar las buenas obras que preservan la inocencia y despiertan el arrepentimiento. ¿De qué creerá que están hechos los hombres, y de dónde deducirá los principios de su moral, el autor que autoriza y llama *castos* besos y *puros* abrazos, á los que se dan, á hurtadillas de sus padres, dos enamorados que, según él asegura, se aman como se aman los *querubes* en el cielo? ¿Qué entenderá por vocación divina, por votos religiosos, por vida espiritual, el autor de una novela, cuya *sublime* heroína se consagra á Jesucristo, reservando su *carazón todo entero* para el hombre á quien ama, y á quien tiende todavía los brazos y llama *esposo* de su alma, después de pronunciados los tres votos solemnes?... Disparates son estos que, sobre ser soberanamente ridículos, son al mismo tiempo verdaderas profanaciones. Y, sin embargo, esta novela que tenemos á la vista, forma parte de una *Biblioteca moral,* que no vacilan las madres en poner en manos de sus hijas, con riesgo manifiesto de que aprendan en ella á perder el pudor, que después del temor de Dios es el más bello, el más puro, el más necesario de todos los temores; con riesgo manifiesto de que aprendan á llevar hasta á lo más sublime de los consejos del Evangelio y de los beneficios del amor divino, ese espantoso maridaje de Dios y del mundo, esa mescolanza de placeres sensuales y de falsas devociones que enseña la mística de los periódicos de modas, al entretejer los versos del álbum con las oraciones del Devocionario, y al mezclar el agua *merveilleuse* que refresca y blanquea el cutis, con el agua que bendice la Santa Madre Iglesia Católica!...

Aun la novela verdaderamente moral, escrita con fin laudable y conocimiento profundo del corazón y de sus pasiones, fuera de que disgusta de otras lecturas más útiles, aunque no tan amenas, tiene á nuestro juicio otro grave inconveniente, en cuyos resultados, cómicos unos, trágicos otros, perjudiciales todos,

pocos han parado mientes. La novela, como todo género de poesía, tiende por lo menos al idealismo, y conserva como ningún otro los visos de la realidad; exalta, por lo tanto, la imaginación del lector bisoño, sin que apenas se dé cuenta de ello, y forja en su fantasía un bello mundo ideal, que no encuentra luego en las ásperas realidades de la vida: de aquí nace el desengaño prematuro, el descontento de la vida práctica, la amarga misantropía propia del que, acostumbrado á mirar los hombres y las cosas como debieran de ser, no sabe tomarlas tales como son; y de aquí nacen también los trascendentales errores del que pretende calcar los eventos ordinarios de una vida rutinaria y vulgar, sobre las romancescas aventuras de héroes imaginados. «Yo había estudiado el mundo en los poetas, pero no es como ellos lo pintan, dice Madame de Staël. Hay alguna cosa árida en la realidad, que en vano procuramos cambiar en los sucesos cotidianos.» Esta cosa árida es la prosa de la vida, que despoetiza todos los sueños, y recuerda al hombre que son más necesarios en los caminos del mundo los prosáicos *pies* del humilde buen sentido, que las bellas *alas* de la más inspirada fantasía; prosa inesperada, prosa triste, que sorprende y mortifica y se hace insoportable al que, acostumbrado á vivir con la imaginación en las regiones ideales de la novela, no sabe comprender aquel dicho profundamente práctico, que tantas veces escuchamos en nuestra primera juventud, de ciertos ilustres labios autorizados como ningunos: «La poesía en la vida real, pega lo mismo que una rosa en el puchero.» Existe entre nuestros apuntes una desgraciada historia, que quizá publiquemos algún día, con el triste título de *Historia de un suicida:* prueba irrefragable al par que terrible, de la facilidad con que una imaginación exaltada pega fuego á un corazón caliente, y forja una novela práctica con los imaginados delirios que le sirvieron de pasto.

No se crea, sin embargo, por lo que llevamos dicho, que anatematizamos á aquellos escritores cuyo genio peculiar, cuyo concienzudo estudio del corazón humano, y cuyo conocimiento de la ligereza y frivolidad de la época en que vivimos les impulsa por la senda, más difícil de lo que á primera vista parece, del buen novelista, como la más adecuada hoy para contrarrestar las malas ideas, propagando las buenas.

Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y

debe bajar la enseñanza de Jesucristo, porque la rabia del infierno lo ha convertido todo en cátedra, en púlpito desde donde, con odio sin igual y con furor siempre creciente, sin cesar se la ataca. Lejos, pues, de anatematizar á los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de eficaces *contravenenos,* que destruyan la mortal influencia que esparce por todas partes la ponzoña de las malas novelas; y si alguien duda de esta utilidad relativa, y quiere medir lo poderosa y eficaz que puede ser esta arma en manos del escritor católico, calcule si puede, los estragos sin cuento que en manos del impío produce. Pero así como el contraveneno suele ser un tósigo para el que no está envenenado, así también la buena novela suele ser perjudicial, en el sentido que antes indicamos, para los que nunca se sintieron inficionados por la general afición á esta clase de lecturas. Opónganse en buen hora buenas novelas á las malas, puesto que la frivolidad de nuestra época apenas si puede recorrer sin cansancio las cortas páginas de un folleto serio; pero no se despierte la afición, ni aun á las buenas novelas, en aquellos que por dicha suya se encuentran libres de prurito tan desdichado. Así lo entendieron en sustancia santos de tan colosal talla como San Jerónimo y San Gregorio; así lo entendieron y practicaron prelados como el Cardenal Wiseman, sacerdotes como el canónigo Schmid, religiosos como los PP. Bresciani y Franco. Así lo entendió también un prelado insigne, á quien llorará siempre la Iglesla de España, cuando, al juzgar las obras de uno de estos tan escasos como privilegiados genios, escribía estas terminantes palabras: «Si me hallase dotado de los talentos del autor, me dedicaría decididamente á escribir en este género, del mismo modo y en la misma forma que él lo hace; y esto aunque fuese omitiendo algunos ejercicios de mi santo ministerio. ¡Tan persuadido estoy del incalculable fruto que pueden producir hoy, novelas como *El Ex-voto!*»

En este concepto, y única y exclusivamente en este concepto, es en el que la Dirección de *El Mensajero del Corazón de Jesús* publica este modesto tomito de *Relaciones,* novelescas ciertamente en su forma, pero basadas todas en hechos históricos, que las hacen diferir esencialmente de la novela, cuyo argumento es siempre parte de la fantasía. Sólo una de estas *Relaciones, El primer baile,* es una narración fingida de mil episodios verdade-

ros: es una voz de alerta á la inocencia, y un grito de reproche á la malicia, en peligro de sucumbir la una y dispuesta á triunfar la otra, en ciertos géneros de bailes, que, si bien distamos mucho de creer *siempre* pecaminosos, creemos que por prudencia unas veces, y por necesidad otras, deben de evitarse *siempre*, por ser en más ó menos grado peligrosos. Ningún moralista ha expresado quizá con tanta energía la inconveniencia de estos bailes, como lo expresa Göethe, el poeta inmoral, cantor de *héroes* suicidas y de amores impuros, á quien impusieron tan poco los respetos sociales y los temores devotos. En su famoso libro *Werther*, escribe éste á Guillermo, después de baber valsado con Carlota: «Te lo diré ingenuamente, Guillermo: entonces me hice el juramento de que mujer que yo amase y sobre la cual tuviera algún derecho, no valsaría jamás con otro que conmigo; jamás, aunque me costase la vida. ¿Me comprendes?...»

Acepten, pues, los suscritores de *El Mensajero* la dedicatoria de estas LECTURAS RECREATIVAS, como un arma que el amor del Corazón divino pone en sus manos, para atraer suavemente á las buenas lecturas á todas aquellas almas, cuya frivolidad, cuya tibieza ó cuyas prevenciones, les impide ir á buscar en lecturas más serias las enseñanzas y caminos del amor de Jesucristo. «El primer paso para elevarse á la perfección, dice San Basilio, es alejarse del mal; á la manera que el primer paso para subir á una escala, es levantar el pie de la tierra.»

Sean, pues, estas LECTURAS RECREATIVAS el primer paso que aleje de las malas novelas á tantas almas que pudieran y debieran encontrar solaz y provecho en obras como la *Guía de pecadores* y la *Imitación de Cristo*.

LUIS COLOMA, S. J.

EL PRIMER BAILE

EL PRIMER BAILE

FANTASMAS VERDADEROS

Qui potest capere, capiat.
El que pueda comprender, comprenda.

(San Mateo, cap. xix, v. 12.)

LA señora Marquesa estaba de un humor insoportable: habíase levantado media hora antes, y envuelta en un rico peinador guarnecido de encajes de *valenciennes*, tomaba chocolate con bizcochos, que iba cogiendo de una salvilla de plata. En este breve tiempo había reñido á la doncella francesa porque hacía frío, y al *valet de chambre* porque la chimenea daba calor; había despedido con cajas destempladas á sus cuatro hijos menores, que con el aya inglesa al frente entraban en corporación á darle los buenos días; y había también,—y esto era grave,—negado una sopita de chocolate á *Fly*, la galguita inglesa. Ofendida esta de tan desacostumbrado desaire, volvió el rabo á la ilustre dama, y se tendió en su cojín de tercio-

pelo, aplicando al favor de los poderosos, que personificaba en su dueña, aquella sentencia de su paisano Shakespeare: «¡Inconstancia! tu nombre es mujer.»

Indudablemente aquellos primeros truenos anunciaban una tormenta deshecha; y allí á dos pasos, sin ningún paraguas que la resguardase del aguacero, sin ningún pararrayos que la pusiese á cubierto de las chispas electricas, se hallaba la pobre Lulú, la hija mayor de la Marquesa, colegiala quince días antes en el colegio del Sagrado Corazón. La pobre niña, no pudiendo esconderse en ninguna parte, escondía al menos las manos en los bolsillos de su bata, y clavaba los ojos en la alfombra como si estudiase sus dibujos, por no atreverse á fijarlos en el encapotado rostro de su madre.

—Quiero que me digas,—decía esta con ese tono breve y convulso propio de la cólera contenida, porqué no quieres venir al baile de la Embajada.

Y para dar tiempo á la respuesta, la señora Marquesa se tomó una sopa de chocolate. Lulú no contestó: hizo dos ó tres pucheritos, y escondió aún más hondamente las manos en los bolsillos de la bata. De buena gana hubiera escondido también la cabeza; pero eran los bolsillos demasiado pequeños.

—¡Contesta y no me desesperes!—exclamó la Marquesa, llegando ya á los límites de la exasperación. ¿Porqué no quieres venir al baile?

Lulú se echó á llorar.

—¡Dios nos asista!—exclamó la dama. Baile más llorado y más rabiado, jamás se ha visto en la vida... Contesta, niña, contesta; que es tu madre quien te pregunta.

Lulú levantó al fin aquellos hermosos ojos azules, que respiraban candor y pureza, y dijo con voz ahogada:

—Porque no quiero ponerme escotada...

—¿Acaso temes constiparte?—dijo la Marquesa, que no alcanzaba otra causa de aquella repugnancia.

—No, señora; no es por eso... Es que decía la M. Catalina...

—¡Ah!—exclamó la Marquesa, irguiéndose en su butaca, cual Juno en su carro tirado por pavos reales. ¡Decía la M. Catalina! ¿Y qué decía la M. Catalina?

—Que ese traje no era... vamos, que no era decente... y que las señoras que ponen la moda, eran las que debían de desterrarlo.

La Marquesa se puso pálida de rabia, y si la M. Catalina llega á caer en aquel instante en sus manos, cierto es, que vuelve al convento sin ojos y sin toca.

—¿Con que eso decía la M. Catalina?—exclamó con cierta calma rabiosa.

—Sí, señora; y el P. Jacinto me dijo...

—¿También el P. Jacinto?

—Sí, señora; el P. Jacinto me dijo que procurase no vestir nunca de ese modo.

—¿Porque sin duda era pecado?

—No me dijo que fuese pecado... Solo me aconsejó que no lo usara.

—¿Y qué más te dijo el P. Jacinto?...

—Que no valsase.

—¿Porque era también pecado?...

—Tampoco me dijo que fuese pecado; pero me aconsejó también que no lo hiciera.

—¿Y qué razón tenía para eso el P. Jacinto?

—Eso no me lo dijo.

—¿Y la M. Catalina?

—Tampoco me dijo nada.

La Marquesa estalló al fin: apuró de un sorbo el resto del chocolate, como para tomar fuerzas, y volvió á colocar

con tal violencia la jícara en el platillo, que lo rompió en dos pedazos. El agua sufrió los flujos y reflujos del mar en su copa de cristal de Bohemia; los bizcochos se dispersaron por el suelo, anunciando el final del desayuno; Lulú se encomendó á todos los santos del cielo; la impasibilidad británica de *Fly* se contentó con levantar la cabeza.

—Pues mira,—dijo la Marquesa, dando con el puño cerrado en el brazo de la butaca. ¡El P. Jacinto manda en su sotana, y la M. Catalina en sus enaguas, y yo mando en mi casa y en mi hija! ¿te enteras?...

Lulú no se enteraba: asustada la pobre niña había cruzado sus manitas, y rezaba mentalmente, sin darse cuenta de ello, aquella oración del Trisagio: *Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor: ¡misericordia, Señor!* La Marquesa continuó elevando progresivamente la voz, hasta las últimas notas de un furioso *crescendo*.

—¡Vendrás esta noche al baile de la Embajada, por encima del sombrero de teja del Padre, y por encima de la toca de la Madre!... ¡Irás con el traje escotado que va á traer la modista!... ¡Valsarás con el Duquesito, porque así se lo he prometido yo, y porque es menester que aprendas lo que el P. Jacinto y la M. Catalina debieron de haberte enseñado!... ¡Es menester que aprendas á obedecer á tu madre!

—Pero, mamá,—exclamó Lulú llorando á lágrima viva; si me dijo el P. Jacinto...

—¿Qué más dijo el P. Jacinto?

—Que si V. me lo mandaba, y yo no podía convencerla, que en las dos cosas obedeciese.

—¡Pues como no me has convencido, vendrás al baile de pie ó de cabeza!

—Sí, señora, iré de pie y como V. mande.

La Marquesa bajó dos puntos el diapasón de su cólera, y añadió en tono dogmático:

—El tercer mandamiento de la ley de Dios, manda honrar padre y madre.

—No es el tercero, mamá, es el cuarto. El tercero es santificar las fiestas.

—¡El tercero, ó el cuarto, ó el veinte mil quinientos!—

exclamó la Marquesa, que estaba más fuerte en el reparto de la última ópera, que en el orden riguroso de los preceptos del Decálogo. ¡Lo que importa es que lo tengas presente!

—Sí, señora; haré lo que V. mande.

—¡Pues no faltaba más, sino que pretendiese el P. Jacinto turbar la paz de mi casa!...

—No, señora, no;—le interrumpió Lulú. El P. Jacinto es un santo.

—¡Pues que le pongan en un altar y le enciendan dos velas!—replicó violentamente la Marquesa. Pero de ninguna manera tolero que por causa de sus chocheces, me seas desobediente.

—Pero mamá, si...

—¡Calla!... Y mira que no le vayas á hablar al Duquesito del P. Jacinto, ni de la M. Catalina, ni de novenas, ni monjíos, ni de las bobadas del colegio... Ya ese tiempo pasó, hija mía: ahora es menester que pienses en que eres ya una señorita que va á entrar en el mundo... Por eso quiero presentarte esta noche en la Embajada... El Duquesito es un pollo de lo más agradable que darse puede... te quiere muchísimo... No queda día que no pregunte por la bella Lulú...

—¿Por mí?—dijo Lulú, abriendo los ojos asombrada. ¡Pues si solo una vez le he visto en la vida!

—¿Y qué te pareció?

—Me pareció muy tonto.

—¿Tonto?... ¿Tonto el chico más á la moda de Madrid?... ¿Tonto el mejor partido de la corte?

—¡Pues si no me dijo más que tonterías!... que si el Real estaba lleno y el Español vacío... que su caballo *Pitt* había ganado una copa en el Hipódromo... que iba á introducir la moda del frac encarnado... Yo le dije que parecería un cangrejo...

—¿Eso le dijiste?—exclamó otra vez sulfurada la Marquesa.

—Se me escapó sin pensar, y creo que no le gustó, porque se puso muy serio.

—¡Pues claro está!... ¿Cómo había de gustarle?... Vamos, si esta hija mía parece que viene de las Batuecas... ¡Decirle que parecería un cangrejo!... ¿Á quién sino á tí se le ocurre semejante sandez?... ¿Sabes lo serio que ha sido el asunto de los frac colorados?... Periódicos muy formales han discutido si debía ó no de admitirse, y justamente el Duquesito era el defensor más acérrimo... ¡Y decirle que parecería un cangrejo!... Vamos, si eso no se le ocurre más que... al P. Jacinto ó á la M. Catalina...

—¿Pero yo, qué entiendo de eso, mamá?—dijo Lulú apurada.

—Pues aprende, ó á lo menos calla, que ni siquiera á callar has aprendido en el colegio... Este es el fruto de la decantada educación de monjas que tu abuela me obligó á darte, prosiguió la dama en tono patético. ¡Para esto me impuso el inmenso sacrificio de tenerte en el colegio, separada de mí, hasta los diecisiete años!...

La señora Marquesa mentía al decir esto, con un descaro digno de su lavandera: la pobre Lulú había permanecido en el colegio hasta los diecisiete años, porque estorbaba á

su madre para la vida, no licenciosa, pero sí frívola y disipada que llevaba; porque la edad de la niña ponía de manifiesto que la de la señora Marquesa había pasado mucho tiempo antes los límites de la juventud; porque le era preciso á su vanidad ocultar todo el tiempo posible, aquellos años que todos los ardides de la infeliz no lograban borrar de su inexorable fe de bautismo; aquellos años que sonriendo irónicamente iba contando la muerte; aquellos años en que los pasatiempos y frívolos devaneos de la mujer habían ahogado los sencillos, los puros, los santos goces de la madre... ¡Aquellos años que habían de ser juzgados día por día, hora por hora, momento por momento, en el terrible tribunal en que sentencia Jesucristo las almas de los muertos!...

II

LAS lamentaciones de la dama fueron interrumpidas por Nanette, la doncella francesa que anunció la llegada del traje de la señorita.

La Marquesa lanzó una exclamación de alegría, y se levantó para recibirlo: Lulú no se movió de su sitio. Un criado entró cargado con una inmensa excusabaraja de finísimos mimbres, y la depositó sobre la alfombra. Nanette levantó la tapa, y apareció el confuso remolino de gasas, crespones, flores y cintas, que constituían el traje de baile. La misma Marquesa, ayudada por Nanette, colocó artísticamente el vestido sobre un diván de raso azul celeste: era de gasas blancas, y no tenía más adornos que algunas guirnaldas de jazmines.

¡Lindísimo! —exclamaba la Marquesa, buscando para contemplarlo el verdadero punto de vista. ¡Qué sencillez, y al mismo tiempo qué novedad y qué elegancia!... ¡Ah! si Madame Tête-vide es la encarnación del gusto parisiense!... Mira, Lulú, mira... ¡Vas á tener un *succès* asombroso!...

La señora Marquesa participaba en alto grado de la elegante manía, criticada ya por el P. Isla en aquella célebre aleluya:

Yo conocí en Madrid una Marquesa
Que aprendió á estornudar á la francesa.

Lulú no se movió de su sitio, y miraba con tristes ojos el lindísimo traje: su primera mirada había sido para el escote, que en honor de la verdad era todo lo alto y decente que esta moda permite á las señoritas jóvenes: á las señoras casadas, sin que nosotros alcancemos el motivo, se les permite en este caprichoso código ofender con toda libertad el pudor y la modestia.

—Pero hija, ven acá,—gritó la Marquesa; que no parece sino que te llamo para enseñarte la mortaja.

—Así quiero que me hagan la mía,—dijo Lulú levantándose. Blanca como este traje; pero ha de ser cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tendrá azucenas, que significan pureza.

—¡Vamos!—exclamó la Marquesa, dispuesta á encolerizarse por tercera vez. No falta más sino que nos prediques ahora un sermoncito sobre la muerte y las vanidades humanas... ¡Mira, Luisa, no me seas necia! Entra en mi alcoba y ponte el traje al momento...; quiero ver cómo te sienta, y quiero enseñarte á llevar la cola. De seguro que no sabes dar un paso con ella.

Lulú apareció al fin vestida de baile; y al ver retratada su imagen en el inmenso espejo que reflejaba al día las tres ó cuatro *toilettes* de su madre, no pudo menos de sonreírse.

Se había encontrado tan bonitá, que se olvidó por un momento de la mortaja cerrada hasta arriba, y de las azucenas que significaban pureza. La Marquesa se sonrió también: la mujer había comprendido á la mujer, y por eso concibió esperanzas de derrotar al P. Jacinto.

—¡Delicioso!—exclamaba, arreglando los largos pliegues de la cola del traje. Anda un poquito para allá, Lulú... Baja un poquito la segunda falda, Nanette... ¡Mira, mira este *puff* sostenido con dos lazos! ¡es lo más elegante y atrevido que he visto! ¡Ah! ¡este *puff mariposa* es un *tour de force* admirable!... ¡Madame Tête-vide es un genio!...

Un golpecito sonó en aquel momento en la puerta del tocador, y una voz varonil gritó desde fuera:

—¿Le es permitido á un simple mortal, entrar en el santuario de la diosa?

—¡Adelante, adelante!—exclamó alegremente la Marquesa.

Lulú quiso huír, pero la detuvo su madre diciendo:

—¿Pero á dónde vas, hija?... Si es el tío Conde. El tío Conde era un anciano de franca y noble fisonomía, marcial aspecto, cabellos blancos como la nieve, y en cuyo pecho se destacaba la ilustre cruz roja de la orden de Calatrava.

—¡Magnífico!—exclamó deteniéndose á la puerta. ¡Qué grupo tan delicioso!... No os mováis, por Dios, que parecéis así unidas la mañana y la tarde de un hermoso día.

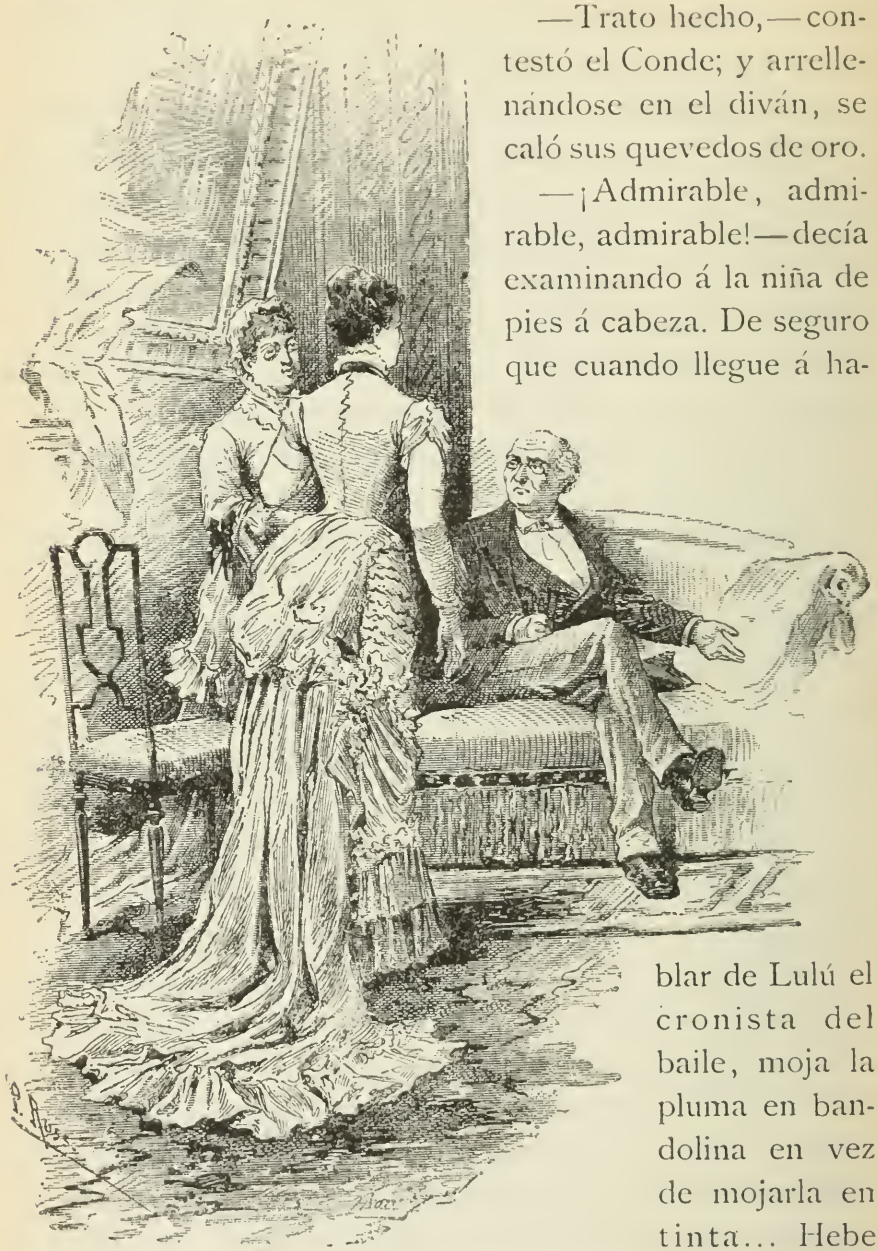
—¡Qué galante ha amanecido hoy el señor Conde!—dijo riendo la Marquesa: apuesto á que pára todo esto en pedirme de almorzar...

—¡Hermosa como la luz, discreta como la sombra!—dijo el Conde, sentándose en el diván celeste. Acertaste, sobrina: vengo á que me des de almorzar, y á que me prestes un coche para ir luego á Palacio. El mío me lo tiene embargado hoy un entierro.

—Admito lo de la mañana y la tarde, en pago del almuerzo, y exijo en pago del coche que me diga V. lo que le parece mi Lulú con su traje de baile.

—Trato hecho,—contestó el Conde; y arrellenándose en el diván, se caló sus quevedos de oro.

—¡Admirable, admirable, admirable!—decía examinando á la niña de pies á cabeza. De seguro que cuando llegue á hablar de Lulú el cronista del baile, moja la pluma en bandolina en vez de mojarla en tinta... Hebe sirviendo la copa á los dioses será menos hermosa... Ofelia



apareciéndose á Hámlet, menos ideal... Psiquis elevándose al Olimpo, menos vaporosa. Pero ¿quiéres que te diga mi opinión, Lulú, hija mía?... Pues oye el consejo de un viejo. Luce ahora el traje delante de tu madre; lúcelo también delante de este viejo, que se ofrece á bailar contigo entre estas cuatro paredes, desde un rigodón hasta una polka... Es más: que se ofrece á traerte aquí dos ó tres parejas de su confianza, aunque tenga que buscarlas á la luz de una linterna, como Diógenes buscaba un hombre sensato por el foro de Atenas; porque, aunque no abunden, es cierto que se encuentran. Pero créeme, hija mía: cuando llegue la hora de ir á la Embajada, ponte tu gorrito de dormir, cena un huevecito pasado por agua, y vete á la cama después de rezar el rosario...

—Eso decía yo ahora mismo,—exclamó Lulú vivamente.

—Y hablabas como un libro,—añadió su tío.

—¡Vamos!—dijo impaciente la Marquesa. ¿Si tendremos aquí otro P. Jacinto sin manteo ni sotana?

—¿Quién es ese P. Jacinto?

—Un exclaustrado del año treinta y cuatro, que se cree que estamos todavía en los tiempos de las golas de lechuguilla, y de los *minuets* cantados.

—¿Dónde vive?—preguntó gravemente el Conde.

—¿Va V. á confesarse?—replicó con ironía la Marquesa.

—No; porque me confesé ayer: voy á consultarle una duda teológica.

—¿Y cuál es ella?

—Que me parece que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

—Pues téngalo V. por cierto,—respondió la Marquesa, sin sospechar adonde iba á parar la broma. No la formaron

de la costilla, sino del corazón: por eso la mujer se lo llevó todo, y el hombre se quedó sin ninguno.

—Cuando las veo á la cabecera de sus hijos, enseñándoles á rezar el *Bendito* como á mí me lo enseñó mi madre, que era tu abuela, creo lo que dices, sobrina;—respondió el Conde con aquel tono serio-burlón de que se servía, para hacer á la Marquesa los más tremendos cargos. Pero te confieso que me vuelve á asaltar mi duda, cuando satisfechas con esas baratijas de tocador, las veo dar más importancia á los bullones de un *puff*. que... al gobierno de su casa.

El Conde iba á decir que á la educación de sus hijos, pero la presencia de Lulú le contuvo.

—Pero ¿cuál es esa duda?—preguntó la Marquesa, sin darse por entendida.

—Pues ya lo he dicho: que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

—¿Pues de qué lo fué entonces?

—Del rabo de una mona (1),—dijo gravemente el Conde.

Lulú se echó á reír á carcajadas. La Marquesa se mordió los labios: acostumbrada sin embargo á las indirectas del Conde, que había sido para ella un segundo padre, y cuya rica herencia esperaba, contestó chanceándose:

—¡Vaya con el señor Conde!—en cuanto vió seguro el almuerzo, ha dado ya al traste con todas sus galanterías.

—Y no creas que esto me lo ha dicho la falsa ciencia de algún darvinista,—prosiguió el anciano. Me lo dijo el buen sentido de un pobre patán que conocí en mis posesiones de Andalucía.

—¡Bien decía yo que la tal sentencia me olía á ajos!

—La verdad nunca huele á ámbar en las narices, que escuece, sobrina... Explícame, si no, de otro modo, estos dos

(1) Alusión á un gracioso cuento popular en Andalucía.

hechos en que mi filósofo de los campos fundaba su sistema. Primero, que las monas no tengan rabo; segundo, que tengáis algunas de vosotras esas tendencias *darvinísticas*...

—Ya no me extraña que, si tal concepto le merecían las mujeres, jamás haya V. querido volverse á casar después de viudo.

—No, hija mía; porque habrás notado que no he dicho *todas*. sino *algunas*... Si todas fueran así, no me hubiera casado nunca.

—¿Sabe V. lo que estoy pensando, tío?—dijo la Marquesa, picada hasta lo sumo: que podría V. irse con mi hija á dar por ahí una misión contra los bailes y las modas. Lulú personificaría la inocencia; V. tío, añadió recalcando la frase, podría personificar el arrepentimiento.

—Con lo cual nadie podría argüírme de que hablaba de lo que no entendía.

—Pero sí de que el diablo, harto de comer carne, se había metido á fraile.

—¿Y crees tú que, si ese señor Mefistófeles pusiera al servicio de Dios su experiencia de diablo y su ciencia de ángel, no haría mucho fruto?... Si Lulú quiere, esta misma noche empezaremos la misión á la puerta de la Embajada.

—Sí, tiíto,—respondió Lulú alegremente: más fácil me será aprender el sermón que bailar con esta cola.

—Pues queda convenido, asintió el Conde. Predicaré por una ventanilla del coche y diré á las madres de familia: «Ciegas fuisteis para vosotras: ciegas sois para vuestras hijas... Vuestra ceguedad os disculpa... en parte. Cuidad de que no sea también vuestra ceguedad la que os condene...» Y asomándome por la otra ventanilla, porque dividiré el auditorio por sexos, como hacen en las sinagogas, diré á los padres de familia: «¡Perdisteis la memoria, señores míos!... ¡Acordaos de que ya no sois vosotros los

galanes!... ¡Acordaos de que las damas son ahora vuestras hijas!...»

—Pues si todos entienden el sermón como yo, —dijo Lulú moviendo la cabeza, no serán muchos los convertidos.

—No importa que tú no lo entiendas... Mira cómo tu madre me entiende.

—Entiendo, tío mío, que me está V. haciendo una mala obra,—dijo sentida la Marquesa.

—La del padre que corrige,—replicó el Conde, inclinándose á su oído: la del amigo que salva...

—¿Pero acaso soy yo una samaritana?

—¡No por cierto!... eres una mariposa, y tu hija necesita un ángel de la guarda.

La Marquesa se echó á llorar. Lulú, que nada había advertido, dijo muy seria:

—Pues si V. predica desde la ventanilla, yo predicaré desde el pescante, y diré á todo el auditorio: «Señores: las doce han dado ya: tengo mucho sueño, y no puedo dar un paso sin tropezar con esta cola... ¡Conque muy buenas noches; que me voy á cenar con mi tío un huevo pasado por agua, y á acostarme después de rezar el rosario!...»

Y haciendo una graciosa cortesía, echó á correr hacia la alcoba de su madre, para despojarse de su traje de baile. Detúvose, sin embargo, en la puerta, y preguntó sonriendo:

—Mamá... ¿le encargo al tío que prepare el huevo pasado por agua?

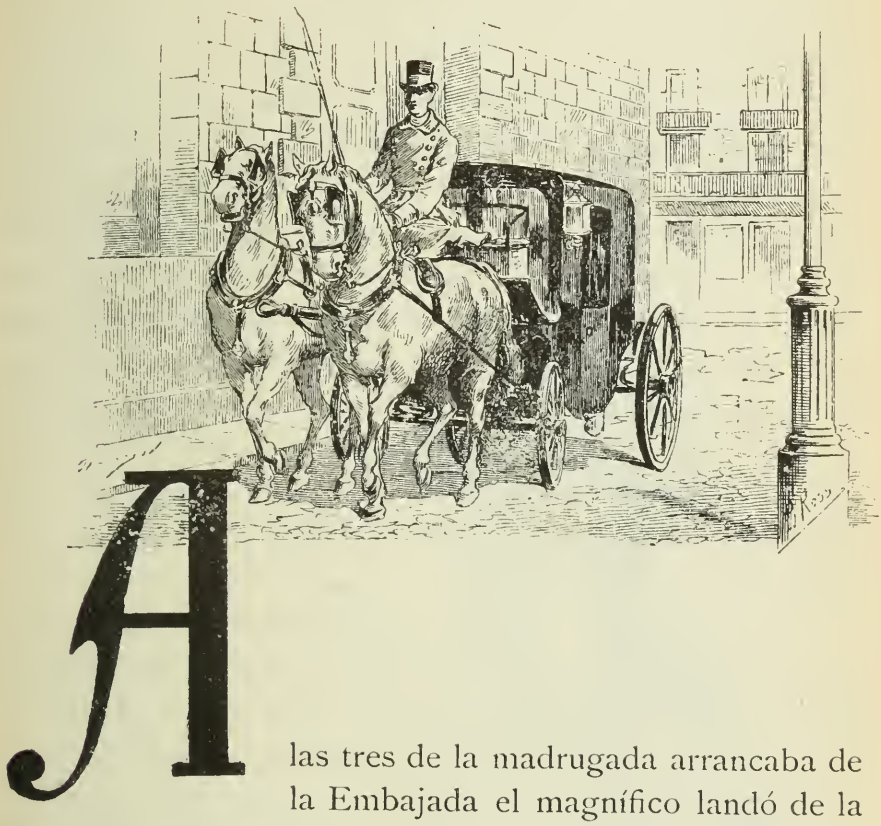
La Marquesa estuvo á punto de decir que sí: el Conde la interrogaba con la vista.

—¡Imposible!—dijo al fin, contestando á este: he dado mi palabra al Duque.

—¿Y qué importa?—instó el anciano en voz baja.

—Se disgustaría, y no quiero que por mí pierda Lulú la mejor boda de la corte.

III



A las tres de la madrugada arrancaba de la Embajada el magnífico landó de la Marquesa, conduciendo á esta y á su hija de vuelta del baile.

Envuelta Lulú en su albornoz forrado de pieles, se había recostado en un rincón del coche sin decir palabra: hallábase cansada, nerviosa, y sentía un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes sueño, Lulú?—le preguntó su madre.

—Mucho,—contestó la pobre niña. ¡Si viera V. cómo me duele la cabeza!

—Eso es la falta de costumbre: mañana podrás desquitar el sueño.

Lulú no contestó, y la Marquesa calló también, preocupada, no con la insignificante dolencia de su hija, sino con aquellas últimas palabras del Conde, que acudían en aquel momento á su memoria, con esa pertinacia, con esa fuerza convincente, con esa claridad avasalladora con que el remordimiento presenta al hombre, después de cometida la falta, aquellas mismas razones que antes de cometerla encontraba la pasión tan débiles é ilusorias. Las conveniencias sociales, el porvenir de su hija, la boda del Duquesito, pretextos todos con que había querido engañar á ese necio que se llama *uno mismo*, tan fácil de persuadir cuando se halaga su deseo, desaparecieron en aquel momento, cual desaparecen en la oscuridad los falsos colores de un prisma, para hacerle ver en toda su desnudez aquella amarga verdad que entre bromas y veras le había dicho el anciano:—«Tu frivolidad, tu loco afán de gozar y divertirte, es lo que disfrazas con las exigencias de tu rango y del porvenir de tu hija.»

—¡Es cierto! ¡es cierto!—se dijo amargamente la Marquesa. ¡Lulú necesita un ángel que guarde y no que exponga su inocencia!... Yo no soy una samaritana ¡es verdad!... ¡pero soy una mariposa, frívola madre de... orugas!

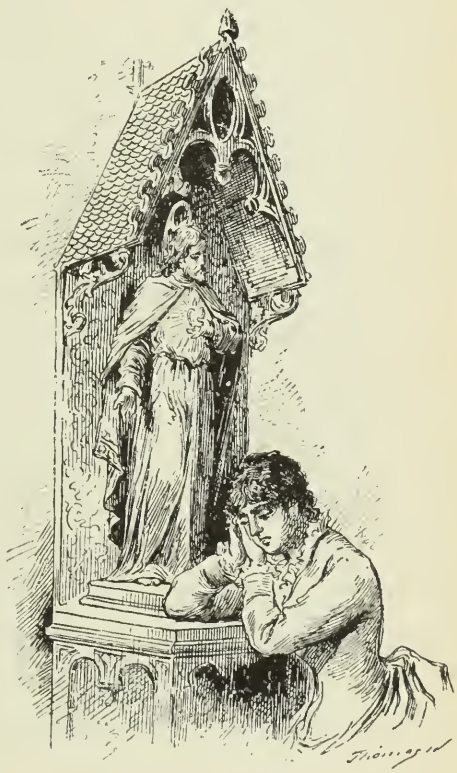
Una tos seca y nerviosa se escapó en aquel momento del pecho de Lulú, y un ¡ay! doloroso acudió á sus labios.

—¿Qué es eso, hija mía?—exclamó asustada la Marquesa.

—No sé, mamá,—respondió Lulú: me duele aquí en el costado derecho... Será el corsé que me aprieta un poco.

Lulú despidió á su doncella después de vestirse una bata de noche: dejóse caer entonces en una pequeña butaca forrada de raso color de rosa, y permaneció largo tiempo in-

móvil, mirando sin ver, con los ojos fijos en el suelo. Quería darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban con tal rapidez á su mente, que la aturdían, sin que pudiese analizarlas y ni aun siquiera definirlas. Sentíase por otra parte sumamente fatigada: agudas punzadas taladraban sus sienes, y aquel dolor del costado derecho le hacía toser de cuándo en cuándo seca y dolorosamente. La pobre niña se levantó para acostarse: un pensamiento la detuvo sin embargo. Grave como un aviso del cielo, distinto como una luz de Dios, había acudido á su memoria el último consejo del P. Jacinto, la súplica diaria de la Madre Catalina: *No te acuestes un solo día sin hacer antes examen de conciencia.*



Lulú se dirigió á un precioso reclinatorio gótico, colocado á la cabecera de su cama. Había en él una pequeña estatua del Sagrado Corazón, que había traído del colegio, igual en todo á la grande que allí tenían en el altar mayor de la capilla. Lulú se arrodilló ante aquel antiguo amigo, que desde su infancia le mostraba el corazón abierto, y apoyando la frente en ambas manos, comenzó á abrirle de par en par el suyo. Así pasó un cuarto de hora: levantó al fin la niña la cabeza, y sus ojos fueron á encontrarse con los ojos de la imagen: los de Cristo reflejaban amor inmenso; los de Lulú ino-

cencia perfecta. Rezó entonces el acto de contrición, y dió al Señor humildes gracias por haberla preservado de toda culpa. El mal espíritu tocó entonces con su inmundo dedo aquella pura frente, para despertar en ella este pensamiento:

—¿Ves cómo tu madre tenía razón?... El P. Jacinto exageraba... ¡En nada has ofendido al Sagrado Corazón de Cristo!

Á poco dormía Lulú fatigosamente, y parecíale hallarse en los salones de la Embajada valsando con el Duquesito. La orquesta tocaba un vals de Straus, y Lulú se divertía mucho, atravesando á la carrera, como en otros tiempos el patio del colegio, aquel salón inmenso que crecía, crecía siempre, como si la pared del fondo huyese ante Lulú para dejarle más ancho campo. Los caballeros le decían, al pasar, que era bonita; pero Lulú no hacía caso, porque una calavera se asomó por el marco de un espejo, y le dijo con la misma voz del P. Jacinto: *¡Lo que eres fuí; lo que soy serás!*

El Duquesito valsaba muy bien: llevaba el frac colorado, y Lulú se reía, porque le parecía un cangrejo que valsaba tan de prisa, tan de prisa, que la niña sintió al fin un vahido y quiso detener á su pareja; pero el Duque soltó una carcajada, y siguió valsando al compás de la orquesta, tan rápido ya que era vertiginoso. Lulú se echó á llorar, porque el Duque la agarraba con dos manos fuertes como tenazas de hierro, que le hacían un mal horrible en el costado derecho. Llamó á gritos á su madre; pero su madre la miraba riéndose, y se echaba fresco con el abanico. Llamó entonces al tío Conde; pero el tío Conde no estaba allí; por eso no contestaba, y la pobre Lulú seguía valsando, valsando al compás de aquella música más rápida que la bajada del infierno.

De repente le faltó la luz y le faltó el suelo, y los zapa-

titos de raso de Lulú se hundían en una tierra húmeda y pegajosa que le daba escalofríos; pero seguía valsando al compás de la orquesta, que ya no era de violines y flautas, sino de chirimías y gritos de buhos, porque el Duquesito le clavaba, cual una garra, la mano derecha en el costado, causándole aquel dolor atroz que la hacía toser cruelmente. Vió entonces en la oscuridad, que la linda persona del Duque despedía un fulgor asqueroso que á ella no le tocaba, pero que, sin saber cómo, ella misma encendía: vió que clavaba los ojos, cual dos saetas envenenadas, en su rostro y en su cuello desnudo, arrojando unas llamas impuras que aterraron á la pobre Lulú, porque amenazaban manchar la blancura de su alma, como mancha la baba de un caracol los pétalos de una rosa... ¡Y á pesar de todo Lulú seguía valsando, valsando, porque su madre se lo mandaba!... ¡porque ningún auxilio humano la socorría!...

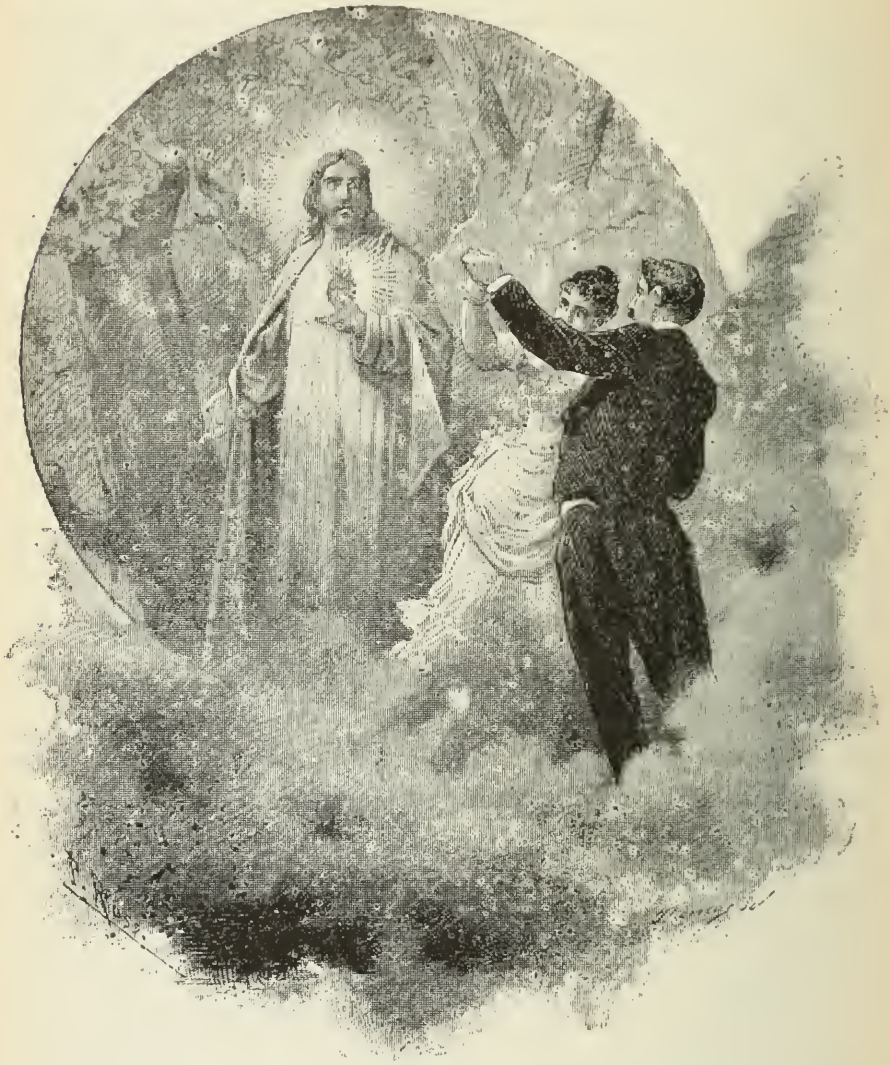
De repente vió á lo lejos, sin saber cómo, un grupo de árboles, y un hombre postrado en tierra, como pintan á Jesucristo en el Huerto de las Olivas. Lulú gritó ¡Jesús mío! y Jesús se puso en pie á aquel grito, hermoso, fuerte, imponente, con el corazón llagado en las manos, como le había visto tantas veces en el altar del colegio, como le acababa de ver en la imagen del reclinatorio; pero el Duque seguía valsando sin soltar su presa, y lanzaba á veces feroces rugidos. Jesús levantó la mano con imperio y le mandó detenerse; pero el Duque levantó la suya sin soltar á Lulú, y descargó un bofetón en la mejilla de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo soy la causa!—gritó Lulú retorciéndose las manos.

Jesús retrocedió dos pasos y arrojó al suelo, para detener al Duque, un puñado de su propia sangre; pero el Duque no soltó á Lulú, y siguió valsando sobre la sangre de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo tengo la culpa!—gimió Lulú, mesándose el cabello.

Y Jesús, por salvar á la niña, arrojó al suelo, á los pies del Duque, su Corazón henchido de angustia.



Pero el Duque siguió valsando sin soltar á Lulú, y levantó el pie para pisar el Corazón Sagrado de Cristo.

Lulú dió un grito espantoso, y se encontró al despertar, sentada en su lecho. Allí estaba sobre un sillón el blanco

traje de baile; allí estaba en el reclinatorio la imagen de Cristo; en el costado derecho sintió la pobre niña el horrible dolor que le causaba en sueños la férrea mano del Duque. La luz del sol traspasaba ya las cortinas de color de rosa, prestando á toda la alcoba un tinte risueño...

Al grito de Lulú acudió desalada su doncella: detrás llegó la Marquesa anhelante. Lulú pálida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, tosiendo de un modo que helaba la sangre, tendió los brazos á su madre: esta se arrojó en ellos llorando.

—¡Mamá! ¡mamá!—decía Lulú en voz tan profunda y queda, que aterraba el oírla. ¡Allí! ¡allí!... en el baile... en el Huerto... El Duque pisaba la sangre... ¡Yo no!... ¡Yo no pequé!... ¡no, no, Dios mío! pero por mi culpa... ¡por mi culpa pisaba aquel hombre la sangre de Cristo!

Y una convulsión horrible retorció el cuerpo de la infeliz niña, como los anillos de una culebra.

—¡Lulú!... ¡hija mía! ¡Luisa!... ¡hija de mi alma!—exclamaba la Marquesa. ¡Serénate, por Dios!... ¡eso es una pesadilla!...

—¡No! ¡no! ¡no!—gritó Lulú con una energía horrible. ¡En el baile fué donde soñé... en el sueño fué donde estuve despierta!

Aterrada la Marquesa envió á buscar al médico, y este declaró sumamente grave el estado de la niña. Tenía á su juicio una pulmonía fulminante, cogida sin duda al salir de la Embajada, y aumentaba el peligro una horrible excitación nerviosa, cuya causa no comprendía.

IV

TRES días después el gran salón de la Marquesa se hallaba de arriba abajo colgado de raso blanco: en medio se levantaba un catafalco de terciopelo también blanco. Sobre él yacía el cadáver de Lulú: su mortaja era blanca como su traje de baile; pero estaba cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tenía azucenas, símbolo de la pureza...

Las manos de la niña sostenían la pequeña imagen del Sagrado Corazón, que había traído del colegio.

Ella misma lo había así dispuesto.

RANOQUE

RANOQUE

I

Fomentad el trabajo: enseñad el catecismo... así reorganizaréis á lo que llamáis pueblo, sin más código que los preceptos del Decálogo.

TERMINABAN ya los últimos días del otoño, y la naturaleza entera parecía tomar ese tinte de suave tristeza, propio de todo bien que acaba: caen las hojas, marchítanse las flores, huyen las nubes, debilítase la luz, entíbiase el sol, congélanse los ríos, y el alma se inunda de cierto sentimiento melancólico, al

encontrar secretas analogías entre estas escenas de la naturaleza y las de la vida del hombre. ¡También pasan para él los años, también huyen las ilusiones, se debilita la inteligencia, se entibian los amores, y la vida lentamente se paraliza, hasta que al cabo se hiela y perece!...

Este tinte de tristeza hacía aún más imponentes y sombríos los espantosos derrumbaderos de la serranía de R.**: pasa por allí una estrecha y solitaria carretera, que formando las ondulaciones de una enorme serpiente, va á empalmar, no lejos de un ventorrillo, con el camino real que desde Cadiz conduce á Madrid. Éntrase el camino á dos leguas de M.** por una angosta garganta, y sin abandonar nunca la falda de la sierra, cubierta de jarales, lentiscos, madroños y carrascas, llega al fin á una dehesa salvaje, que cierra el horizonte con un encinar espesísimo.

Si alguna otra mirada que la de Dios hubiese penetrado entre aquellas solitarias breñas, á la caída de cierta tarde de Noviembre, hubiera podido contemplar con extrañeza, y aun quizá con temor, el sospechoso grupo que formaban un hombre, una mujer y un niño, cruzando rápidamente la solitaria carretera. Era el primero un ciego de repugnante aspecto, á cuyo torvo semblante hacía sombra un sombrero calañés viejo y mugriento: un sayal pardo, remendado y sucio, cuyas mangas, atadas en las extremidades con tomizas, le servían de alforjas, le cubría, dejando asomar tan solo unas piernas macizas, algo torcidas, de esas á que parece faltar alguna cosa cuando no llevan un grillete. Llevaba terciada á la espalda una guitarra mugrienta: apoyábase con la mano derecha en una larga chivata, y asíase con la izquierda á las asquerosas faldas de la mujer que le guiaba. Tenía esta la misma edad y catadura de su innoble compañero: veíanse en su rostro, horriblemente picado de viruelas, junto á las señales de la miseria las huellas del vicio, y

caminaba no sin fatiga, llevando á la espalda un gran morral, lleno al parecer de trapos viejos y utensilios de cocina.

Detrás corría anhelante un niño de ocho años, sin más vestido que un pantalón destrozado, sujeto con un solo tirante de orillo, y una camisa hecha jirones, que dejaba asomar por todas partes sus carnes blancas y sucias, cual un objeto de marfil salido de un basurero. Llevaba también á la espalda un morralillo, para su edad harto pesado, lleno de coplas y romances impresos, y érale forzoso correr incesantemente, para seguir el rápido paso de los que delante caminaban; á veces deteníase sin aliento, cubierto de sudor, destrozados los piececillos descalzos por la abundante gleba del camino; y al ver que sus compañeros no detenían el paso, ni le prestaban auxilio, gritaba angustiado:

—¡Mae, mae!... ¡que no puco!...

La mujer volvía entonces el rostro, descompuesto por una extraña rabia, y gritaba:

—¡Pues haz un podé, condenao!

También el ciego volvía la cabeza, revolviendo sus horribles ojos sin vista; y amenazando al chiquillo con la chivata, decía por lo bajo á la mujer, con espantosa saña:

—¡Aplástale la cabeza, Cachana!...—¡Apriétale el gañote y acabamos pronto!

La mujer se retorcía las manos, jurando y maldiciendo, y apresuraba más y más el paso de aquella espantosa carrera, semejante á la de dos demonios que arrastrasen tras de sí el alma de un inocente.

De repente se detuvieron ambos á la orilla del camino; cambiaron entre sí algunas palabras, gesticulando furiosamente, y dejando al fin la carretera, comenzaron á trepar por una escabrosa senda que se abría paso entre las carrascas y lentiscos de la sierra. El niño hizo entonces un esfuerzo desesperado: comenzó á correr lleno de angustia, te-

miendo á cada instante ver desaparecer á sus compañeros, entre los agrestes vericuetos de la sierra, y entró también en la vereda que estos seguían. La Cachana caminaba rápidamente, como por terreno conocido, arrastrando tras de sí á su compañero; mas las escabrosidades del camino embarazaban á cada paso la marcha del ciego, y esto daba lugar á que el niño pudiera seguirles más fácilmente. Poco á poco fuéronse internando en lo más áspero de la sierra, y llegaron al fin á una estrecha cueva natural, asilo de pastores y bandidos, incrustada entre dos altas peñas, que cerraban el horizonte por todas partes, dejando ver tan solo un pedazo de cielo cubierto por nubes plomizas, que desgajaba y hacía correr ante sí, un fuerte vendaval que entonces se levantaba.

La Cachana dejó caer al suelo, sin deshacerlo, el morral que á la espalda traía, y comenzó á dar vueltas por la cueva y sus contornos, con cierta inquietud siniestra, semejante al azoramiento que turba al criminal, antes de cometer el crimen, ó le persigue y le atormenta después de cometido. La sierra, cortada casi verticalmente por detrás de la cueva, formaba una especie de cañada, por cuyo fondo corría un arroyo: podíase descender á él no sin trabajo, siguiendo un recodo que formaba la vertiente de la montaña, hasta llegar al fondo de la cañada, imponente siempre, y aterradora entonces por la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, que lentamente se aproximaba.

La Cachana volvió á la cueva con un hacecillo de ramas secas, que arrojó al suelo como si fuese á encender una hoguera. El ciego se había sentado dentro en un peñasco; tenía al lado la chivata, y con yesca, piedra y eslabón, que llevaba en una bolsa de pellejo de conejo, encendía una asquerosa pipa, llena de tabaco de colillas.

Á poco llegó el niño jadeante; dejóse caer en el suelo de

la cueva, y comenzó á llorar. La Cachana lo agarró brutalmente por los cabellos para incorporarle.

—¡Calla, Ranoque, calla!—gritó, arrancándole de las espaldas el morralillo que traía.

El muchacho redobló sus gritos, al sentirse lastimado: el

ciego hacía contorsiones de rabia, cual si un mal espíritu le poseyese. La Cachana, lanzando imprecaciones y blasfemias, sacó del morral unos mendrugos de pan, un dornajo de madera y una cantimplora rota de barro.

—¡Calla, condenao!—volvió á gritar, alargando esta al niño. Calla y baja al arroyo por agua para el gazpacho.

—¡Que no voy!—contestó el niño, tirándose al suelo.

—¿Que no vas?—gritó la Cachana, dándole un puntapié. Anda listo, chiquillo, ó te *esnunco!*

—No voy... ¡que tengo miedo!

—¿Miedo, y eres capaz de sacarle los dientes á un ahorcado? ¡Menéate, condenao, ó te *espampano* los sesos!

—¡Si no pueo, madre, si no pueo!—gemía el infeliz niño, mostrando sus piececitos descalzos, que chorreaban sangre.

—Pues si no puedes con los pies, ve con los codos...

—¡Que no voy!

—¡Ranoque!... ¡que te cojo por el gañote, y te crujo como una culebra!...

El ciego nada había dicho; pero al oír el enérgico—¡Que no voy!—del niño, lanzó una imprecación horrible, y con tal furia le arrojó la chivata, que fué á romperse en dos pedazos contra las rocas de enfrente: después se tiró á él á tientas, para hacerle pedazos entre sus uñas. El niño huyó el cuerpo aterrado, y enmudeció de espanto: la Cachana se lanzó entonces como una fiera sobre el ciego, y de un empujón le hizo caer sobre el peñasco que antes ocupaba.

—¡Déjalo!—gritó... ¡ó te arranco esos ojos ciegos, que parecen dos puñaláas enconáas!

Intimidado entonces el niño, tomó la cantimplora, y dando gritos de dolor y de rabia, se dirigió al arroyo, arrastrándose por aquella pendiente, erizada de picos y de abrojos. Al llegar á la cañada, el miedo enmudeció su dolor y apaciguó su rabia: la agreste soledad de aquellos salvajes picachos que, coronados de carrascas, se elevaban entre jarales, cual viejos y gigantescos sátiros adornados de pámpanos; el silencio profundo, interrumpido tan solo por los mugidos del viento, que aullaba á lo lejos como un demonio encadenado; los negros nubarrones, preñados de truenos y relámpagos, que semejantes á un paño fúnebre caían sobre la luz del día, próxima ya á extinguirse, bastaban para poner miedo en cualquier corazón, de temple más es-

forzado que el de aquel pobre niño de ocho años. Echóse pués en el suelo para llenar el cacharro en la turbia corriente del arroyo, y encontrando luego fuerzas en su propio pavor, huyó corriendo de aquel sitio, y comenzó á trepar la vertiente de la montaña.

Al llegar á la estrecha explanada en que se abría la cueva, el espanto dilató sus ojos hasta desencajarlos, y la angustia se pintó del modo más desconsolador en su preciosa carita. La cueva estaba vacía... solo se veían en el fondo el montón de ramas secas, y los dos pedazos de la chivata del ciego. El niño dejó la cantimplora, temblando como un azogado, y volviendo á todas partes sus ojos espantosamente abiertos, gritó en el colmo del terror y de la angustia:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...

Nadie le contestó: el niño cruzó sus manitas desolado, y comenzó á llorar esas amargas lágrimas del dolor sin consuelo, de la angustia sin límites, de la agonía sin muerte, que produce en el alma el desamparo; ¡el aterrador desamparo, único que logró arrancar al Hombre-Dios su sola queja en la tierra!... Esas lágrimas, que en el hombre son un castigo ó una prueba, y en el niño son: ¡Señor, Dios de piedad, que tanto amas á estos ángeles de la tierra, y las dejas, sin embargo, á veces correr sobre sus inocentes mejillas, una de las inescrutables vías de tu Providencia!

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...—volvió á gritar el niño, saliendo á la entrada de la cueva, y tendiendo su espantada vista por la agreste sierra, sin que ningún eco le trajese una esperanza, sin que ninguna huella le ofreciera un consuelo...

Entonces se apoderó del niño una especie de vértigo: comenzó á correr de un lado á otro sin dirección fija, internándose cada vez más en las fragosidades de la sierra,

repitiendo siempre, sin ser oído, su angustioso grito—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...—¡Y ya las sombras de la noche lo sepultaban todo en el horror de sus tinieblas; ya no se destacaban los peñascos sobre aquel cielo tan oscuro como ellos; ya en la garganta enronquecida del niño había sucedido al grito el gemido, y al gemido el estertor, y todavía llamaba, todavía corría, todavía esperaba!... ¡Porque la esperanza no podía dejar de sonreír á su inocencia, incapaz de comprender toda la refinada maldad de aquel delito!...

De repente oyó entre las carrascas un ruido, que no era el del viento: vió un bulto negro, que se abría paso entre ellas lanzando resoplidos; sintió que aquella masa negra y cerdosa le empujaba contra un peñasco que se alzaba á su espalda aislado... y el infeliz niño se quedó allí inmóvil, mudo, con los ojos dilatados, rígidos los miembros, clavadas las uñas en la carne, el cuello tendido, el oído alerta, cual si no quisiese perder un solo mugido del viento, que á veces silbaba entre las carrascas como una culebra, á veces rugía en las crestas como un león, á veces gemía entre los robles como un alma en pena...

II

La luz del nuevo día encontró á Ranoque tendido sin conocimiento, junto al peñasco, á cuyo pie lo había arrojado al pasar, un enorme jabalí de los muchos que en aquella sierra abundan.

Volvió al fin en sí, cuando los primeros rayos del sol comenzaban ya á dorar las crestas de la sierra, y tendió en torno sus ojos espantados: quiso incorporarse, y logrólo al cabo, dando gemidos. Miraba á todas partes el infeliz niño, con la vista extraviada y fija, como si despertase de un profundo sueño, y su inteligencia embotada le impidiera comprender toda la extensión de su desamparo. Poco á poco le puso la memoria delante las crueles escenas de la víspera: entonces comenzó á llorar.

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...—volvió á gemir, con voz tan débil y angustiada, que apenas se oía.

Quiso andar, y dió dos pasos tambaleándose; quiso correr, y cayó al suelo casi exánime. El delirio de la fiebre turbó entonces su cerebro, y todo pareció animarse en torno suyo: árboles, piedras, matas, nubes, peñascos, tomaban ante sus ojos formas extrañas, nacíanles facciones, brazos gigantescos, manos enormes, con que se agarraban entre sí para girar en torno del niño, primero con pausa, después con rapidez, luego con velocidad vertiginosa, al compás de mil extraños ruidos, entre los que creía distinguir, con cierta alegre esperanza, la destemplada guitarra de Canijo, más discordante que nunca, y la aguardentosa voz de la Cachana, que repetía en cien tonos diversos su común estribillo:—¡Condenao! ¡Condenao!... De repente oyó, entre aque-

llos ruidos fantásticos, que no eran otra cosa sino el violento latir de sus arterias, otro ruido claro, distinto, que con nada se confundía: era el sonido de una esquila.

Al mismo tiempo apareció, por encima de una mata de lentiscos, la airosa cabeza de una cabra blanca, que la traía al cuello. El niño hizo un esfuerzo supremo tendiendo á ella sus manitas, y lanzó un gemido: asustado el animal, desapareció en seguida. El niño se desmayó de nuevo.

Á poco volvieron á agitarse las carrascas que le rodeaban, para dar paso á un gran perro cortijero, que se adelantaba olfateando: detúvose junto al niño, como sorprendido, olfateóle dos veces, alzó la cabeza, empinó las orejas y dejó escapar un sonoro ladrido.

Un pastor anciano apareció entonces por el mismo lado y lanzó una exclamación de sorpresa, al divisar entre las matas el cuerpo del niño. Acercóse á él vivamente; palpó sus manos y su frente, y cerciorándose de que no estaba muerto, puso bajo su cabeza una zamarra que terciada á la espalda traía, y desapareció de nuevo, internándose en la sierra.

Algunos minutos después volvió con un cuerno lleno de leche y una gran zalea: vertió con cuidado en la boca del niño algunos tragos de aquella leche recién ordeñada, y sin esperar á que tornase en sí, envolvióle de arriba abajo en la zalea, y se lo echó á cuestas.

Después tomó el camino que había traído, seguido de su perro.

III

Había llegado la noche, fresca y serena como en Andalucía suelen serlo las de Noviembre, y reinaba una profunda calma en el extenso caserío del cortijo D.**, cuyas inmensas dehesas suben y se extienden por los laberintos de la sierra. Escapábanse, sin embargo, por las ventanas de la gañanía algunos reflejos de tenue luz, y una voz de hombre, acompañada por una guitarra, dejaba oír dentro esas armoniosas modulaciones de los cantares andaluces, ya alegres, ya tristes, siempre originales y melancólicamente bellas, que á veces el capricho de los *dilettanti* transporta con gran desventaja, de los encinares y dehesas de un cortijo, á los estrechos límites de salones y teatros. Canta mejor el jilguero en la punta de una rama y al pie de su nido, que entre los apretados hierros de una jaula dorada.

Corría á la sazón el año de 1854, y todavía los campesinos andaluces ocupaban en estos sencillos entretenimientos las primeras horas del descanso, porque aún no había llegado hasta ellos en forma de periódicos, esa *dinamita social,* que ha hecho más tarde estallar revoluciones y brotar cadalsos. La persona que escribe estas líneas tuvo ocasión, á los pocos años, de contemplar á aquellos mismos hombres, rendidos del trabajo del día, agruparse hasta las altas horas de la noche en torno de un Pericles de zamarra, que á la luz de un candil, leía y comentaba ante aquel areópago de gañanes, periódicos como *El Cencerro* y *El Tío Conejo,* abuelos y dignos antecesores de *El Motín* y *Las Dominicales.*

En el interior del caserío, al pie del gran horno, en que

á la sazón se cocía el moreno, pero sabroso *pan de jinete*, hallábase Bautista, el aperador, cenando con su mujer y sus cuatro hijos pequeños. Al lado de aquella estaba sentada en un pitaco otra mujer de edad madura, que apenas había tocado al plato de *calostros*—primera leche de las cabras, sana y nutritiva cual ninguna otra,—que tenía delante. Era su vestido de percal oscuro, y cubríale la cabeza, anudándose bajo la barba, un pañuelo de seda negro, señal de luto. Llamábase Consolación: era hermana del aperador, y acababa de perder en una sola noche á su marido y á sus dos hijos, víctimas del cólera, que tan cruelmente se había cebado aquel mismo verano, en las provincias de Andalucía. Atacada después ella misma, logró al fin escapar de las garras de la muerte, y había venido á restablecerse en el cortijo, al lado de su hermano. Tenía su domicilio en U.**, donde ella y su marido, bien acomodados en su clase, habían ejercido largos años el oficio de estereros.

La pobre mujer lloraba á lágrima viva: acababa de llegar del pueblo su compadre el tío Ventura, viejo sobajanero del cortijo, y al verle por primera vez, después de tantas desgracias, habíanse renovado en ella todos sus dolores.

—Vamos, comadre, no se olvide V. que se llama Consolación, le decía el sobajanero. Al mal tiempo, buena cara... Otros mejores vendrán, que hagan olvidar los pasados.

—¡Olvidar!—exclamaba la viuda, sollozando. Las espuertas de tierra que me echen en la sepultura, serán las que me traigan á mí el olvido... ¡Tengo aquellas tres agonías clavadas en el corazón, tío Ventura; y es esto una carcoma que me va royendo!...

—¿Y con llorar va V. á remediarlo, cristiana?...—Créame V. á mí, que soy viejo, y le llevo la delantera en este pícaro mundo... En esta vida se acaban primero las lágri-

mas que las penas, comadre: con que no las desperdicie usted, llorando los imposibles.

—¡Es cierto, compadre, es cierto... Pero ¡ay Dios! que aquellos tres féretros los llevo siempre á la espalda, y es este un morral que pesa mucho, tío Ventura, mucho!... ¡Qué noche, Virgen Santísima, qué noche aquella!... Cayetano cayó como un rayo, al oscurecer, en la esterería... Ramón había *dío* por esparto, y volvió á poco ya con los vómitos. La niña estaba mala *denantes,* pero se tendió la última... ¡Yo me quedé sola, tío Ventura, sola!... sin amparo, sin auxilio, sin un mal remedio que darles, porque aquel día moría la gente como chinches, y no se encontraba ni médico, ni botica, ni vecinos, ni prójimos siquiera... Los tres se retorcían como culebras, y me pedían á voces que no les dejara morir sin confesión, que les llamara á un cura... ¡Y solo dos quedaban en todo el pueblo, y había más de trescientos enfermos! .. ¡Qué angustia, Virgen de Consolación, qué angustia!... Me fuí *desatentáa* á un San José de yeso, que tenía en la alcoba, puesto en un nicho...

—¡Santo bendito!—le dije... ¡De Dios son, que no míos: si se van no me quejo!... ¡Pero alcánzame que mueran en gracia, abogado de la buena muerte!... ¡No permitas que mueran sin confesión, Patriarca bendito!... ¡Piérdalos yo en buen hora; pero endulza su agonía, santifica su muerte!...

Aquí se detuvo un momento la buena mujer, como si temiera decir demasiado.

—Entonces,—continuó al fin, le hice un voto, si me concedía encontrarles un Padre cura... Me toqué el pañolón para ir á la parroquia, y en la escalera...—¡compadre de mi alma!—me quedé *espantáa,* y hasta los pelos se me pusieron de punta!... Porque subía ya un Padre cura viejo, que yo no conocía.

—¿Hay enfermos?—me preguntó. ¡Tres... en la agonía!—

Su mercé se entró en la sala sin decir palabra, y con mucha caridad me los confesó uno á uno... Entonces se quedaron tranquilos, como si se hubiesen bañado en agua bendita... Á poco vino la agonía: después la muerte... El padre

expiró á las doce... Ramón tiró hasta las dos... La niña murió á las cinco, cuando la campana de Consolación tocaba las Ave-Marías...

Los sollozos interrumpieron á la pobre viuda: su cuña-

da lloraba también, Bautista, para disimular su emoción, liaba un cigarrillo de tabaco picado. La viuda continuó:

—Á los dos días caí yo...

—Vamos, señora,—la interrumpió jovialmente el sobajanero, para distraerla. No diga V. que cayó: diga V. que se levantó, y se está poniendo en el cortijo, como chivo de dos madres... ¡Caramba con la mujer! que antes de volver al pueblo se le van á juntar las pellas de gorda.

—Es verdad,—tío Ventura, es verdad... Gracias al Señor San José, que tampoco desamparó á su devota.

—¡Pues cabales que sí!... Como que se echó V. un padrino, que no hay otro en el cielo que tenga más mano. ¿Sabe V.,—continuó el buen viejo, deseando apartar á la viuda de sus tristes recuerdos, lo que *jizo* el bendito Patriarca un día que su divina Majestad le negó una gracia?...

—¿Cuento tenemos?—dijo Bautista. De la sierra había usted de ser, tío Ventura, para no ser chilindrinero.

—No es cuento, Bautista, que es sucedido,—repuso el viejo... Pues vamos al caso, de que le llegó un día *la cierta* á un devoto de San José, y quiso colarse de rondón por las puertas del cielo. ¿Pero qué había de entrar, si venía too manchado de tinta?... que á la cuenta debía de ser alma de escribano. San Pedro le dió con el postiguillo en los hocicos, y me lo dejó montado en los cuernos de la luna. Pues vamos á que no faltó algún corre-ve-y-dile, que le diera el soplo á San José, y se va el Patriarca incontinenti á su divina Majestad, á pedirle favor para su devoto. Pero su divina Majestad le dijo que nones.

—¡Señor, que es mi devoto!

—¿Devoto?... que te encendía á tí media libra de cera, y al diablo todos los colmenares de la sierra.

Pues vamos á que, en estos dares y tomares, de que ha de entrar, que no ha de entrar, San José, que no es rana,

y sabe dónde le aprieta el zapato, dice muy sentido, por ver si sacaba raja.

—Pues si mi devoto no entra, yo me voy...

—Vete con Dios,—le dijo su Majestad.

San José, que lo que menos pensaba era en tocárselas, se va para la puerta con el sombrero en la mano: vuélvese á la mitad del camino, y dice:

—Pero es que yo no me voy solo... Que, según canta el refrán y también canta la ley, en matrimonio bien avenido, la mujer, junto al marido... Con que lo que es mi mujer se viene conmigo.

—Pues que se vaya.

San José llama á la Virgen Santísima, le dice que se toque el mantón, y que se vaya para la puerta. Pero su divina Majestad ni por esas se blandeaba.

—Pues es que si me llevo á mi mujer,—dijo entonces el Patriarca, me llevo también todo lo que es suyo.

—Pues llévatelo.

—Aquí tengo una lista que canta hasta la última hilacha.

Y se pone San José en medio del cielo, saca un papel de la faltriquera, en que estaba escrita la letanía, y comienza á decir:

—*Regina Angelorum*... ¿Á ver?... Vayan para allá todos los Ángeles.

—*Regina Patriarcharum*... Vayan todos los Patriarcas.

—*Regina Prophetarum*... Vayan todos los Profetas.

Y así fué relatando toda la letanía... ¡Compadre! cuando llegó á aquello de *Regina sanctorum omnium*, le dice su divina Majestad:

—Mira, Pepe: anda fuera, lava bien á tu devoto y mételo dentro... Porque si me empestillo en no dejarlo entrar, me dejas tú, por justicia, solo en el cielo.

—¿Y en dónde lo lavó, tío Ventura?—preguntó uno de

los chiquillos, gordinflón y de carilla boba, que apoyando sus bracitos en las rodillas del viejo, le escuchaba con la boca abierta.

—¿Pues dónde lo había de lavar, tontín?—le contestó su madre. Lo lavaría en un confesonario, que es la única lejía que esas manchas escamonda.

En este momento entró un gran perro canelo, y comenzó á hacer fiestas en torno del aperador y de sus hijos, meneando la cola.

—¡Calla!—exclamó Bautista. Este es el perro de Bartolo.

—¡Alabao sea Dios!—dijo apareciendo en aquel instante el pastor que ya conocemos.

—¡Por siempre!—contestaron las mujeres; y al ver que se adelantaba hasta la mesa, añadieron:

—¿Usted gusta, tío Bartolo?

—Que aproveche y se les vuelva todo manteca y gracia de Dios,—contestó el recién venido.

—¿Pero, cómo has dejado la majada, Bartolo?—preguntó entonces el aperador.

—Porque nació esta noche en el monte un borrego, sin que oveja alguna lo pariera,—contestó este.

—¿Y vienes á buscar padrino á la cría?—dijo el sobajanero.

—Bien lo necesita,—replicó el pastor, poniendo en el suelo la zalea, en que traía envuelto á Ranoque. Es un borreguito de dos pies, blanco y rubio como unas candelas.

Y al decir esto deshizo el envoltorio, dejando á la vista de todos al pobre niño, medio desnudo, amodorrado por la calentura, que cubría sus mejillas de un arrebatado carmín, y daba á sus graciosas facciones un ficticio tinte de lozanía y de belleza. Todos lanzaron una exclamación de lástima y de asombro, y rodearon al niño tendido en la zalea, representando al natural uno de esos conmovedores

cuadros antiguos, en que se ve al niño Jesús en el pesebre de Belén, rodeado de pastores.

Bartolo refirió entonces cómo y cuándo lo había encontrado, y las noticias que había podido arrancar al niño, antes de que la calentura le aletargase. Su padre había muerto en presidio, y le llamaban *el Rano*. de donde le venía á él su apodo de *Ranoque:* su madre era la Cachana, y según la frase del niño, *estaba ajuntáa* con un ciego llamado el tío Canijo, que se ganaba la vida tocando la guitarra por calles y plazas.

—Tío Canijo, le había dicho el niño, me tenía tirria, y me quería matar... Por eso me llevaron á la sierra, y se *juyó* con mi madre, dejándome solo...

Todos escuchaban profunda y tiernamente conmovidos; pero donde se pintaba la compasión con todos sus santos matices de interés, de dolor y de ternura, era en el rostro de la viuda. Medio incorporada en su asiento, con las manos cruzadas sobre su seno palpitante, escuchaba con el alma entera en los ojos. Al terminar el pastor su relato, se lanzó al niño, gritando:

—¡Milagro! ¡milagro! ¡Este niño es mío!... ¡San José me lo envía y yo lo acojo!... Y levantándolo fuera de sí en sus brazos, lo estrechaba contra su pecho.

Sorprendida y asustada su cuñada, la retuvo por las enaguas, exclamando:

—¿Qué dices, Consolación, qué dices?

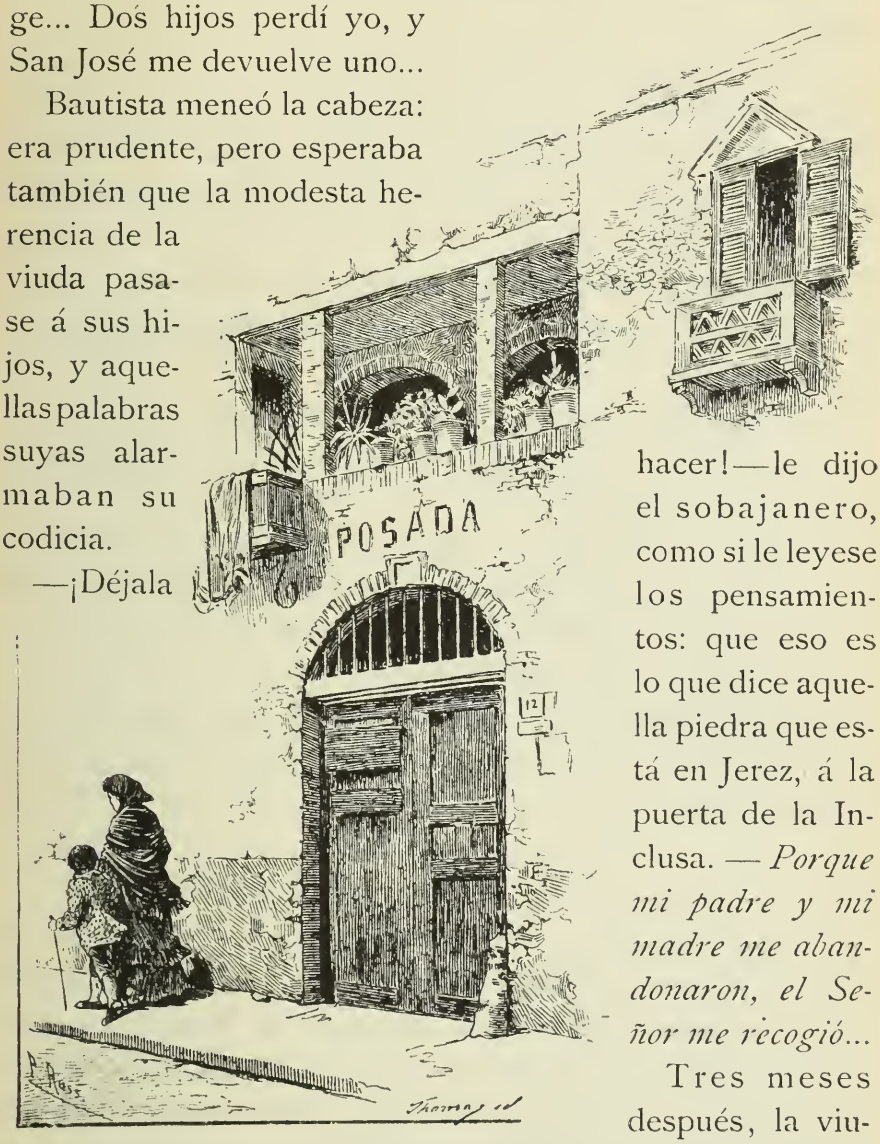
—¿Pues no dije que en aquel desamparo en que me vi, hice á San José un voto?—contestaba llorando la viuda... Pues este fué el voto que hice. Amparar por toda la vida al primer desvalido que me tendiera los brazos... ¡Y mira, mira cómo este ángel de Dios me los está tendiendo! añadió al ver que el niño reclinaba la cabeza en aquel regazo que tan maternalmente le oprimía, y rodeándole con los bracitos el cuello, repetía, en el delirio de la calentura, su grito de siempre:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Tío Canijo!...

—¡Tu madre!... ¡Sí, ángel de Dios, tu madre!—decía la viuda sollozando. Una madre te abandonó, pero otra te acoge... Dos hijos perdí yo, y San José me devuelve uno...

Bautista meneó la cabeza: era prudente, pero esperaba también que la modesta herencia de la viuda pasase á sus hijos, y aquellas palabras suyas alarmaban su codicia.

—¡Déjala hacer!—le dijo el sobajanero, como si le leyese los pensamientos: que eso es lo que dice aquella piedra que está en Jerez, á la puerta de la Inclusa. — *Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me recogió...*



Tres meses después, la viuda, completamente restablecida, se tornaba á su pueblo, llevándose al niño. La víspera de su partida la llamó el aperador aparte.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?—le dijo... El padre

de esa criatura murió en presidio: su madre es una hiena... ¡Consolación! de casta le viene al galgo el ser rabilargo...

—¿Acaso escogió padres el pobrecito mío?—contestó la viuda.

—No los escogió él; pero les heredó la sangre... Un lobezno encontró en el monte Gaspar, el hijo del porquero: con leche de oveja lo amamantó; con cariño lo crió, pensando sacar un perro... Á poco se huyó á la sierra, destrozándole antes un hijo...

La viuda se quedó pensativa.

—¿Qué vas á hacer con el cachorro de un presidiario?—le preguntó su hermano esperanzado.

—Le enseñaré lo que sé... Hacer esteras...

—Á ladrar enseñó Gaspar al lobezno, y acabó aullando como los de su casta.

—Y dime, Bautista,—replicó la viuda, mirando fijamente á su hermano. ¿Le enseñó Gaspar al lobezno el catecismo?

—No... que á los lobos, para leer, les estorba lo negro.

—Pues á los niños no les estorba, Bautista; y tengo para mí, que si Gaspar enseña al lobezno á ser cristiano, hubiera sido más que perro, hubiera sido cordero... Eso haré yo con mi niño.

IV

Y así lo cumplió Consolación, aunque no sin grandes esfuerzos; porque Ranoque era realmente un lobezno. Los malos recuerdos de su padre, la vida depravada de su madre y los perversos ejemplos de Canijo, habían despertado antes de tiempo sus malas pasiones. Pero aquella rústica mujer, que no poseía otra ciencia que la de hacer esteras, ni entendía otro libro que el catecismo, encontró en estos dos elementos tan heterogéneos, los dos únicos polos en que

puede girar el trueque perfecto de un corazón viciado: el trabajo y el sentimiento religioso. Poseía además, como por instinto, ese tino y esa sagacidad, que las personas dedicadas á la educación tan solo adquieren á costa de largas observaciones y experiencias; y llevaba ventaja á la mayor parte de ellas en comprender, que no hay pedagogia en el mundo que no necesite del apoyo de la oración, santo reclamo del alma, que atrae sobre ella la *gracia!*... Porque, podrá una acertada dirección modificar y domar á una mala naturaleza; mas, transformarla de mala en buena, solo lo puede aquel precioso don del cielo, que constituye la vida del alma.

Así lo comprendía y practicaba aquella mujer piadosa: su oración atraía abundantemente este rocío vivificador sobre aquella pobre criatura, que abandonaban los hombres y amparaba el cielo; y la gracia ayudaba la caridad de la viuda, y la caridad de la viuda preparaba á su vez el camino á la gracia. La constancia de aquella mujer fué extirpando poco á poco en el corazón del niño los vicios groseros que en germen poseía, y la gracia completaba su obra, aclimatando allí las virtudes, y haciéndolas espontáneas: aquella, á fuerza de machacar, amoldó el pedazo de hierro; esta premió sus afanes, trocándolo en oro purísimo.

Porque, diez años después, era Ranoque, además de un hábil artesano, un joven modelo de religiosidad y de prudencia, cuya honradez aumentaba cada vez más el crédito siempre grande de la tienda de la viuda.

Un día lo llamaron para preparar en casa del escribano las esteras de invierno. Sentado en el suelo, remendaba con una larga aguja, ensartada en cordelillo de esparto, la estera de una entrepuerta, pudiendo ver, por lo tanto, lo que en la pieza contigua pasaba. Hallábase en ella embutido en un silloncito de ruedas, que se cerraba por delante, un niño

del escribano, de pocos años, tullido de las piernas. Habíale regalado su padre una de esas toscas cajitas, que encierran en miniatura todos los elementos que entran en una hacienda de campo: encinas de musgo, cipreses de viruta, caseríos de madera, rediles de alambre, ovejitas, vacas, perros y pastores de palo. El niño lo había dispuesto todo artísticamente, sobre una bandeja de latón, que apoyaba en la delantera del carrito, y hallábase tan extasiado en la contemplación de sus propiedades rurales, como un rico propietario que viera desfilar sus numerosas cabezas de ganado. Otro hermanito menor estaba á su lado: este no poseía más propiedades rurales ni urbanas, que su carita rebosando salud, y su cuerpecillo fornido; y con las manitas cruzadas á la espalda, contemplaba con mirada envidiosa las riquezas de su hermano. Poco á poco el proletario fuese acercando al capitalista, que le vió llegar con algún recelo. Su alarma no era infundada: las nociones de aquel sobre el derecho de propiedad eran harto imperfectas, y creyéndose, sin duda, en aquella edad dorada, en que el tuyo y el mío eran palabras desconocidas, metió la mano en la heredad de su hermano, y cogió la vaca más gorda... ¡Aquí fué Troya! El hacendado opinaba, con Hobbes, que el derecho se cimenta en la fuerza, y arrancando de cuajo, cual otro Orlando furioso, un ciprés pun-

tiagudo, lo pinchó en las narices del proletario. La sangre enardeció entonces los ánimos: la fuerza rechazó á la fuerza, y el equilibrio social quedó por completo destruído: derrumbáronse los edificios, los campos fueron talados, dispersos los rebaños huyeron á más lejanos bosques; los pastores, tiesos como palos, se accidentaron del susto. Una voz de mujer vino en parte á apaciguar la fratricida lucha, gritando desde adentro:

—¡Niños! ¡niños! ¿Á que voy allá?... ¿Á que llamo á la Cachana y al tío Canijo, y se los lleva en el saco?

Á este grito levantó Ranoque vivamente la cabeza, y se quedó pálido, inmóvil... Era la primera vez, después de diez años, que aquellos nombres llegaban á sus oídos; y la sorpresa, la curiosidad, el susto, el terror casi, le embargaron por completo. Al mismo tiempo apareció en el aposento una sirvienta anciana, y repartiendo cachetes en partes proporcionales, acabó de restablecer el orden entre el propietario y el desheredado.

La vieja se retiraba ya, dejando la paz asegurada; mas Ranoque, repuesto en parte de su emoción, la detuvo, preguntando:

—Con perdón de V., señora...—¿Conoce V. acaso á esa mujer, la Cachana... y al tío Canijo?...

—¿Yo?... ¡no!—contestó la vieja, mirándole sorprendida.

—Lo decía al tanto de si sabe V. quiénes sean...

—Pues la tunantona y el bribón que agarrotan mañana en Z.**

Un rayo, que de repente cayera ante Ranoque, no le hubiera causado mayor sorpresa ni espanto. Quedóse blanco cual la pared, desplomado contra el quicio de la puerta, con los brazos caídos y las rodillas vacilantes.

—¿Qué tienes, muchacho?... ¿Te pones malo?—dijo asustada la vieja.

—¿Pero es eso verdad?—balbuceó Ranoque, sin oírla. ¿Por dónde se sabe? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Que quién lo ha dicho, hijo?... Pues el amo, que ha tenido que ver en la causa, y volvió anoche de Z.**... ¿Quieres verlo?... En el despacho estará todavía.

Ranoque contestó afirmativamente con la cabeza, y siguió tambaleándose á la vieja, que le condujo al despacho del escribano. Era este señor amable y caritativo: sorprendiéronle desde luego la emoción y las entrecortadas preguntas del muchacho, mas contestó á ellas sin manifestar ninguna extrañeza. Díjole que la Cachana y el tío Canijo eran reos de un enorme crimen, cometido dos años antes, en que se complicaban el robo y el asesinato: seguíaseles desde entonces la causa, y convictos al fin ambos, aunque no confeso el ciego, habían sido condenados á muerte. Añadióle, que la sentencia había de ejecutarse de allí á dos días, por no haber llegado antes el verdugo; y como conocía la honradez del mozo, y estimaba en mucho á la viuda, cuyo antiguo parroquiano era, concluyó diciéndole, que si en algo le interesaba aquel negocio, dispusiese de su persona hasta donde alcanzara su valimiento.

Esta cordial oferta del escribano acabó de rendir los heróicos esfuerzos, que por aparecer sereno hacía Ranoque: miróle con una expresión indescriptible de dolor y gratitud, y dejándose caer en un sillón vecino, rompió á sollozar, cubriéndose el rostro con las manos. Acudió á él solícito el buen señor, preguntándole el motivo de su quebranto; y entonces, Ranoque, dejándose llevar de esa imperiosa necesidad de expansión, propia de los grandes dolores, le refirió toda su historia.

Atónito y á la vez afligido el escribano, trató inútilmente de consolar al infeliz muchacho. Este pronunciaba fuera de sí palabras incoherentes; y extraño á todo lo que no fuera

su dolor, tan solo sabía preguntarse allá dentro de sí mismo, entre mil ansiedades y dudas amargas:—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

En esta disposición de ánimo comenzó á dar vueltas por las afueras del pueblo, esperando, para no alarmar á la viuda, que llegase su hora ordinaria de volver del trabajo. Al oscurecer entró Ranoque en la estererría. Consolación hacía calceta en la trastienda, conversando tranquilamente con dos vecinas: el muchacho pretextó un fuerte dolor de cabeza, y después de algunas palabras indiferentes, subió al camaranchón que le servía de aposento, y se tendió sin desnudarse encima del lecho.

Entonces comenzó para él la *hora de prueba*... la hora de combate, cuyo perfecto modelo nos dejó el Redentor del mundo en el Huerto de las Olivas: hora de angustias, hora de agonías, hora de resoluciones, que á veces hacen del hombre, según del lado que se incline, un héroe ó un infame, un mártir ó un apóstata, un predestinado ó un réprobo...

La de Ranoque fué terrible.—¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer?—se preguntaba... ¿Sufriría que todos en el pueblo le señalaran con el dedo, que resonara de nuevo en sus oídos, como un baldón, el nombre infame de la Cachana, y le llamasen á él con horror, con desprecio, con compasión á lo sumo, el *hijo de la ajusticiada?*... La sangre del muchacho hervía á este pensamiento, de coraje, y sus pies golpeaban la cama, y sus manos crispadas destrozaban la almohada, cual si apretasen ya la primera garganta que osase proferir aquel grito... ¿Huiría más bien á tierras lejanas, donde nadie conociera su oprobio, renunciando al tranquilo bienestar de su honrado oficio, al cariño de aquella excelente mujer, que le amaba como á hijo, y á quien él amaba como á madre?... ¡Qué dolor tan seco, qué pena tan honda, qué amargura sentía, hasta en el paladar mismo, al

pensar en la soledad, en la espantosa soledad del corazón, que le aguardaba entonces en el mundo!...

El cansancio sobrevino al fin á la parte física, y el decaimiento á la moral, y quedó entonces el muchacho inmóvil en el lecho, sin pensar nada, sin decidir nada, mirando con estúpida atención la llama de una lamparilla, que la piedad de la viuda mantenía siempre encendida en la alcoba de Ranoque, ante un tosco cuadrito, que representaba á Jesucristo clavado en la cruz, y á María, la Reina de los ángeles... *la Madre del ajusticiado*, recogiendo al pie de aquel patíbulo la herencia de afrenta que le legaba su hijo...

Á poco se escapaban de su pecho sollozos convulsivos: oyóse después un llanto abundante, pero tranquilo; hondos suspiros luego; nada más tarde... tan solo el chisporroteo de la lamparilla, que amenazaba apagarse.

Entonces se dejaron sentir suaves pisadas hacia el lado de la puerta, y crujió esta levemente, cual si alguien la entreabriese con cuidado.

—¿Quién anda ahí?—exclamó Ranoque, incorporándose bruscamente en el lecho.

—Soy yo, hijo mío,—contestó la viuda, entrando en el aposento con un velón encendido, cuya luz cubría con la mano, colocada á guisa de pantalla.

—¿Pero no te has desnudado, criatura?—añadió, colocando el velón en el suelo, y acercándose al muchacho.

Este se había sentado en la cama, y miraba á los ladrillos, con la cabeza baja, sin contestar palabra: entonces pudo notar la viuda que algo extraordinario le acontecía. Cogió sus manos y abrasaban; palpó su frente y estaba ardiendo.

—¡Tienes calentura, muchacho—exclamó asustada!

Ranoque levantó entonces su rostro demudado; y con esa cruda rudeza, propia de la gente del pueblo, que aumen-

taba en él la franca brusquedad de su carácter, dijo sin preámbulos:

—Pasado mañana dan garrote á mi madre... y al tío Canijo.

Quedóse la viuda muda de espanto al oírle, y se dejó caer sentada en la cama á su lado, cruzando las manos, llena de angustia. Ranoque le refirió entonces todo lo que sabía: la viuda murmuraba sin alientos:

—¡Virgen de Consolación!... ¡San José bendito!... ¿qué nos hacemos?...

Ranoque parecía tener un nudo en la garganta: salíanle las frases á trozos, sordas las palabras, cual si fuesen gemidos.

—Yo,—añadió al cabo lentamente, iré mañana á verla... y me estaré á su vera... hasta que la deje... en el camposanto...

—¡Jesús... qué desatino!

—¿Desatino?...

—¡Sí, sí, hijo mío!... ¡que eso sería agarrotarte á tí la honra... y á mí el corazón, hijo del alma!...

—¿Y cómo nos gobernaremos entonces?—dijo enérgicamente Ranoque. La ley es ley, y no ha de ser una para las duras y otra para las maduras.

—¡No hay ley en el mundo que obligue á eso!

—Pero, señora,—exclamó el muchacho, poniéndose ante la viuda de un salto... ¿Acaso es una cosa predicar y otra vender trigo?... ¿No me ha enseñado V. misma que el cuarto mandamiento de la ley de Dios es honrar padre y madre?... ¿Pues cuándo, prosiguió con toda la ruda energía de su carácter, cuándo necesita mi madre que la honre más su hijo, sino en el momento en que le van á dar la muerte por justicia, en mitad de una plaza?

Y al decir esto, el pecho del muchacho se levantó como

una montaña, dejando escapar un sollozo, único, solo, pero terrible, como el estallido de un volcán de dolor que revienta de un golpe. La viuda, al oírle, se hizo atrás sobre el lecho en que estaba sentada, y con las manos juntas, quedóse mirando á Ranoque, con el respeto, con la veneración con que un débil catecúmeno podría contemplar el santo heroísmo de un mártir... El asombro, la admiración, el dolor, el orgullo, todo á un mismo tiempo, la hicieron enmudecer casi espantada de su obra...

—¡Llevas razón, hijo del alma, llevas razón!—dijo al fin, sacudiendo la cabeza... ¡Encargaremos las bestias al tío Matías, y mañana iremos los dos juntos... pero los dos juntos... hijo mío!

V

Hay en la catedral de Z.**, en la fachada que mira al lado del poniente, un balcón de pesado herraje, no muy distante del suelo, cuyas sencillas puertas de madera aparecen de ordinario cerradas. Una vez las vi abiertas, y sentí al verlas ese estremecimiento repentino de todas las fibras, que producen en el alma las cosas sublimes; porque era lo que allí había, lo más profundo, lo más misericordiosamente grande que pudo la caridad inspirar á la fe, para apoyo de la esperanza.

Sobre un altar cubierto de negro, ardían seis velas de cera amarilla, ante un gran cuadro de oscuras tintas, en cuyo fondo se destacaba una imagen de Jesús Nazareno, camino del Calvario, llevando la cruz á cuestas, vestida, en vez de túnica, una hopa en todo semejante á la que llevan al patíbulo los condenados á muerte... Llamábanle por esto el *Cristo de los ajusticiados*, y era costumbre que todos los

que habían de serlo, pasasen ante la imagen al marchar á la muerte, y postrados á sus pies rezasen el Credo... ¡Cuán grande, cuán piadoso, cuán consolador me pareció aquel pensamiento, inspirado por la caridad de la Santa Madre Iglesia Católica! La pálida figura del Salvador, cubierta de sangre y de ignominia, me trajo á la memoria aquella otra figura formidable del Juez de vivos y muertos, que nos describe San Juan. «Su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos ascuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Dios resplandecían en su presencia como siete lámparas, y de su escabel salían voces, relámpagos y rayos...» ¡Y aquella tremenda majestad, aquel Dios que juzga á las mismas justicias, y encuentra manchas en las mismas estrellas del cielo, abandonaba sus formidables atributos, para salir allí en traje de reo, al encuentro de otro reo, escoria de la sociedad; para igualarse á él en ignominia, para borrar sus culpas con su inocencia, para decirle como hermano, minutos antes de sentenciarle como Juez: ¡Marcha tranquilo al patíbulo, que en lo alto del más ignominioso, te rescaté yo con mi propia sangre!...

¡Oh poder de la misericordia divina, y oh poder de la ingratitud humana! El hombre ingrato, el hombre insensible, ve, oye, pero no siente tanta grandeza... Pasa de largo; no cae desfallecido de dolor y de amor, para repetir lleno de esperanza: *Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti!*

Abierta estaba la capilla, encendidas las velas, cubierto el altar de luto; y en la calle, sobre la plataforma de gradas en que la catedral se asienta, veíanse dos sacerdotes y un

caballero, sentados ante una mesa cubierta con paño negro, que sostenía una bandeja con algunas monedas. Golpeaba á veces en ella uno de los sacerdotes, y decía al mismo tiempo con lúgubre tono:

—¡Para hacer bien por las almas de los que van á ajusticiar!

Un grupo numeroso de gente se agolpaba en torno de la capilla, esperando la llegada de los reos, con esa ansia, esa avidez que justifica el dicho de que hay en el hombre algo de la fiera, y que nada es tan curioso en la vida como el espectáculo de la muerte. Eran, en su mayor parte, hombres y mujeres venidos de los pueblecillos vecinos, con el solo objeto de presenciar la ejecución. Algunos traían á sus hijos pequeños, resto todavía de la antigua costumbre de hacer presenciar á los niños el terrible espectáculo: dábanle sus padres una bofetada en el instante de expirar el reo, y decíanles al mismo tiempo:

—¡Para que te acuerdes!...

El reloj de la catedral dió las once, y á poco sonó la misma hora en los demás relojes. Diez minutos después sonaron otras once campanadas, lentas, sordas, siniestras, cual si al golpear las puertas de la eternidad las produjese la guadaña de la muerte... Era el reloj de la audiencia, encargado de marcar la última hora del reo, en gracia del cual, marcha siempre diez minutos atrasado... ¡Diez minutos! ¡Gran piedad, con parecer tan mezquina, la de esos preciosos momentos, en que puede todavía llegar un indulto inesperado, en que puede todavía volverse á Dios un alma impenitente!

Las oleadas de la muchedumbre, al replegarse hacia la capilla del Cristo, indicaron al fin que el fúnebre cortejo salía de la cárcel. Abría la marcha un piquete de caballería, cuyos clarines destemplados resonaban tristes y lastimeros,

como un lamento; detrás venía Canijo entre dos sacerdotes, cubierto con una hopa negra, manchada toda de fango, por haberse dejado caer dos veces, revolcándose en tierra, con la misma rabia, el mismo furor que no le había abandonado un instante, desde que, por haber confesado la Cachana su crimen, fueron ambos condenados á muerte.

Al leerle el juez la sentencia, habíale preguntado, según es costumbre, si tenía alguna necesidad ó algún deseo que pudiera ser satisfecho.

—¿Que si quiero algo?—exclamó Canijo, echando espuma por la boca, y revolviendo ferozmente sus ojos ciegos inyectados de sangre. ¿Que si quiero algo?... ¡Cortarle la cara á la Cachana, es lo que quiero!... ¡Darle una puñaláa en el corazón... hasta que me duerma metiéndole el cuchillo!...

Y agitando sus cadenas con una fuerza salvaje, entregóse á una feroz desesperación, de que nada ni nadie pudo sacarle. Al llegar ante el Cristo de los ajusticiados, los sacerdotes hicieron un último y supremo esfuerzo para despertar en su alma el arrepentimiento; mas Canijo dió una violenta sacudida, que arrojó al suelo á uno de los sacerdotes, y se lanzó camino del cadalso dando aullidos, con la rabia infernal de aquel Luzbel que pinta Klópstock, precipitándose en el abismo al levantarse en el Calvario la cruz de Cristo, que le arrebataba su poderío.

Detrás venía en una carreta la Cachana, tendida como una masa inerte sobre unos sacos de heno, sumida en una especie de estupor, semejante al embrutecimiento. Á su izquierda estaba sentado Ranoque, sosteniéndola entre sus brazos, y prodigándole sin cesar palabras de consuelo y de cariño; á su derecha, el sacerdote que la había confesado, la exhortaba y consolaba también, mostrándole un Crucifijo.

La carreta se arrastraba con pausa cruel entre la apiñada muchedumbre, que se agitaba sordamente en torno, asemejándose su murmullo á un inmenso sollozo que brotase del corazón de un gigante, conmovido ante aquel cuadro, tierno á la vez que terrible. El heroísmo del hijo hacía olvidar por completo la infamia de la madre, y oíanse por todas partes exclamaciones de simpatía, gritos de admiración y gemidos de lástima.

Detúvose al fin la carreta ante el balcón del Cristo, y Ranoque y el sacerdote ayudaron á la Cachana á ponerse de rodillas en la misma carreta, agarrándola cada cual por un brazo.

—Rece V. el Credo, madre;—le dijo Ranoque.

Mas la Cachana se quedó mirando á su hijo, con los ojos estúpidamente abiertos, y se echó á llorar... ¡La infeliz no lo sabía!

Entonces comenzó Ranoque á recitar en voz alta el símbolo de la fe, y su madre fué repitiendo trabajosamente y entre gemidos todas sus palabras.

Al terminar el Credo la bendijo desde el balcón un sacerdote, y bajó después, según la costumbre, para incorporarse al cortejo, presenciar su muerte, y velar luego su cadáver.

En medio de la plaza se levantaba el garrote, desnudo, escueto, terrible, con esa especie de siniestra vida que comunica á ciertas cosas inanimadas el espantoso objeto á que se destinan. Aún más espantoso que el garrote, pues era su complemento, y aún más cruel que la muerte, pues era el que la daba, hallábase sobre el patíbulo un hombre: era el verdugo... Al ver la Cachana ante sí el terrible palo, tornáronse sus ojos vidriosos, su cara lívida, y castañeteándole los dientes de terror, replegóse en el fondo de la carreta gimiendo, como una pobre bestia indefensa, que se

acorrala en su madriguera, huyendo de la muerte. Ranoque la estrechó entonces contra su corazón, y le dijo mostrándole el palo.

—¡Madre!... ¡Vea V. su calvario!

Y sosteniéndola por las espaldas, ayudado del sacerdote subió abrazado á ella las escaleras del cadalso. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

VI

Ranoque volvió al mesón, en que le esperaba la viuda, acompañado por el sacerdote que había auxiliado á su madre. Al despedirse de él, quiso el muchacho entregarle cuatro duros, fruto de sus ahorros, para que dijera misas por el alma de su madre; mas el sacerdote rechazó conmovido el dinero, y le prometió decir sin estipendio alguno cuantas fueran su deseo.

Al verse á solas Ranoque y la viuda, no se dijeron nada: él se dejó caer rendido en la pobre cama que había en el aposento; ella se sentó á los pies en silencio, y se puso á rezar el rosario.

Al día siguiente, cuando ya las caballerías esperaban á la puerta, y la viuda preparaba las alforjas para volver al pueblo, entróse de rondón un caballero pequeñito, calvo sin ser viejo, con gafas de oro, botas de charol, guantes de cabritilla, y bastón con puño de plata: saludó á la viuda diciéndole, *buena mujer,* y abrazó á Ranoque llamándole *heróico mancebo...* Era el director de un periódico ilustrado, que iba á publicar los retratos de Canijo y la Cachana, y deseaba hacerlo también con el de Ranoque, cuya heróica

piedad filial era el tema obligado de todas las conversaciones. Á semejante propuesta miró Ranoque ceñudo al periodista, y contestó con toda la rudeza de su brusco carácter:

—¿Retratarme yo en los papeles?... ¡Primero me retratan en el fondo de un lebrillo de Triana!

Este exabrupto desconcertó al señor director, que sujetándose las gafas y tosiendo dos veces, replicó:

—¡Hombre, hombre!...—La celebridad, la gloria, el heroísmo, imponen el deber de la publicidad... y producen también su dinero... Por de pronto, cinco duros...

—¡Ni que me dieran cincuenta!—le interrumpió Ranoque, volviéndole la espalda y saliendo del aposento.

—¡Fino es el mozo, como tafetán de albarda!—dijo el director, torciendo el gesto y arreglándose la tirilla.

—¿Y qué quiere V., señor?—replicó humildemente la viuda, disculpándole. El pobre, siempre agarrado al trabajo, no está hecho al trato del señorío...

—¡Es sin embargo un carácter!... ¡Sí señora; todo un carácter!—dijo el señor director, dándose con la contera del bastón en la punta de las botas... Supongo que se habrá formado en el club, oyendo los grandes ejemplos de Bruto, las máximas de Catón, los rasgos patrióticos de los convencionales franceses...

—¡Cá, no señor!... Si al pobrecito mío nunca le tiró la leyenda... Sabe su oficio, que es esterero; y sabe también el catecismo con preguntas y respuestas...

El señor director se levantó de un brinco, cual si le hubiese picado una víbora.

—¿Algún cura, sin duda?—dijo.

—No, señor... Yo misma se lo he enseñado.

El señor director irguió su figurilla, y agitando su bastón con puño de plata, añadió solemnemente:

—Ese muchacho hubiera sido un Epaminondas, y V. le ha cortado los vuelos... ¡Ante la humanidad entera, es usted responsable de este delito!

—¿Yo, señor?—replicó apurada la viuda. Ni siquiera sabía que semejante santo estuviera en el cielo... Yo lo encomendé á San José, y si no salió un *Paminondas*, ¡hombre de bien, y cristiano á carta cabal, lo hizo el Patriarca bendito!...

POLVOS Y LODOS

POLVOS Y LODOS

... y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio; porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?...

(Carta escrita al autor por un padre de familia.)

LA primera vez que vi á Manolo H.** era yo muy niño: aún no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped, en casa de mi amigo Fernando, el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernando un hermano mayor, grande amigo de Manolo, y quiso un día llevarnos al magnífico

chàteau en que este habitaba, para ver un soberbio león del Sahara, que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *chàteau* daba frente, vimos detenidos ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta*, tirada por cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas!—exclamó Fernando al verla; y batiendo las palmas de alegría, se tiró del coche de un solo salto.

Preguntéle entonces quién era Currito Pencas, y me dijo que, un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que dirigía el Club tauromáquico de que ambos formaban parte.

—Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del jueves,—añadió sin tomar resuello... Mi hermano mata y Manolo pone banderillas... Yo no hago nada porque soy chico, pero cuando sea grande, pondré también banderillas, y no seré como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo:* yo daré también el *quiebro*... Y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y al decir esto me mostraba un rabito de pelo, rubio como el oro, que atado con un hilo asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reír y le tiré del rabito.

—¡Estate quieto!—me dijo; que se va á enterar mi hermano. Y pasando cariñosamente su brazó en torno de mi cuello, me preguntaba mientras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú no quieres ser torero?

—No,—respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto!—exclamó Fernando, rechazándome lejos de

sí: ¡nunca tendrás entonces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas!...

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era esta una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y artesonado de roble tallado: ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capacete ceñido por un turbante blanco, otra de Milán con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza, se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de Clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura, con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo XVII: tenía esta á los pies una caja de ricas joyas, y constaba en una inscripción esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630. Componían el resto del mueblaje una sillería de roble tallado, una mesa también de roble con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia, había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda, y las extravagancias de gustos pasajeros. Veíanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso

en que la obra sigue siempre al deseo, sin dar tiempo á la reflexión, bronces, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagères* colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones.

Formaban en uno de ellos un extraño trofeo, varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milán tenía terciado un capote de toreo de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. Á los pies de la dama del siglo XVII, estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores, *la hija del aire;* y por debajo de este, encerrado en un rico marco dorado, y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo—¡á los veintidós años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del

siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, una montera de torero!...

No sé si era esto casualidad ó era alegoría: es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa, que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Londres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante de reflejarse en toda su persona cierta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático á primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada, y cerrada con botonadura de gruesos brillantes: una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba á su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pie y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes, *crême* de los salones de la corte, al mismo tiempo que *mocitos cruos* del Club tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue!—exclamó Manolo, invitándole

á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues náa,—prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diecinueve reales cabales... (1). Ya me tenía hasta la moña con que si la corría ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrío en aquel París de Francia, too el día *olivares* (bulevares) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacía á uno tiritá en francés. Llegó por fin el día de la corría, y aquello fué pa morirse de risa, ¡caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de pomáa, y á poco más hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulín!*...

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currito Pencas, continuando:

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llego á dá en Sevilla... ¡caballeros!... se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas!... Pero en aquella tierra nadie entiende la afisión; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleón, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Príncipe imperiá, y una piara de Monsiures y Madamas, tan secos y tan *filimicupistis,* que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entonces los espejuelos, me miró de arriba abajo, y—¡caballeros!... ¡ni que hubiera entrao el gato de casa!—me volvió la esparda, y se puso á platicá con una vieja que traía en

(1) Para comodidad del lector, conservamos en lo posible, en las palabras de este personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acá.—¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza?—me dije yo, que en cuanto le eché el ojo le tomé tirria. Y luego supe que era la Duquesa de la *Mota* (La Motte...) como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acababa de brindá el toro en francés, y...

—¿En francés?...—exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste?... ¡Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio:—«Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico.»

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito, continuando:

—La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto toreá en Granáa, allá en años témporas, y me encargó que guardara bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto salta la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mírame y no me toques:

—¡Perrro V. sangrrra mucho al torrro!...

—Pues si no quiere V. que lo sangre, le dije yo, mándele al méico y que lo mate con la *mepatía*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que mientras la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construío me dice al oído:

—¿Tú me quierrres dar á mí ese traje bonito?...

—Pues ¿no he de querer, prenda?... Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecía una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las Tullerías, con un carté de letra mu fina, que decía:

Al Príncipe imperial. Currito Pencas.

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... Porque á la otra noche me estaba afeitando pa dir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Colfleuri), que era chalán (chambellán) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Moya.

—¿El señó Pencas?—me dijo.

—Para servir á V., amigo; le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entonces más de veinte cortesías... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín, que patatán, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalao al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!... porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitá de la cara!... Venirme á pagar á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía!...

—Tente, Currito, tente,—me dije; que á este hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos siquiera, y dígole mú campechano:

—Siéntese V., Monsiú Coliflor: vamos á echar un ciga-

rro... Y saco la petaca de filigrama de oro que me regaló la Reina.

—¡Oh que linda alhaja!—dijo el Coliflor.

—No es fea,—contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la Reina de España.

—¡Oh que bravos cigarros!

—Regularillos son,—le respondí: el Rey de Portugal me mandó seis cajones iguales.

Y al oír esto el Coliflor, abría cada ojo como un besugo. Y yo entonces más serio que una patata, hago con los billetes una torcía, les pego fuego en el velón, y se los presento para que encienda el cigarro.

—¡Oh señor Pencas!... ¡que V. quema el dinero!...

—No se apure V., señó,—le dije yo entonces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

—¿Qué es lo que V. dice, señor Pencas?...

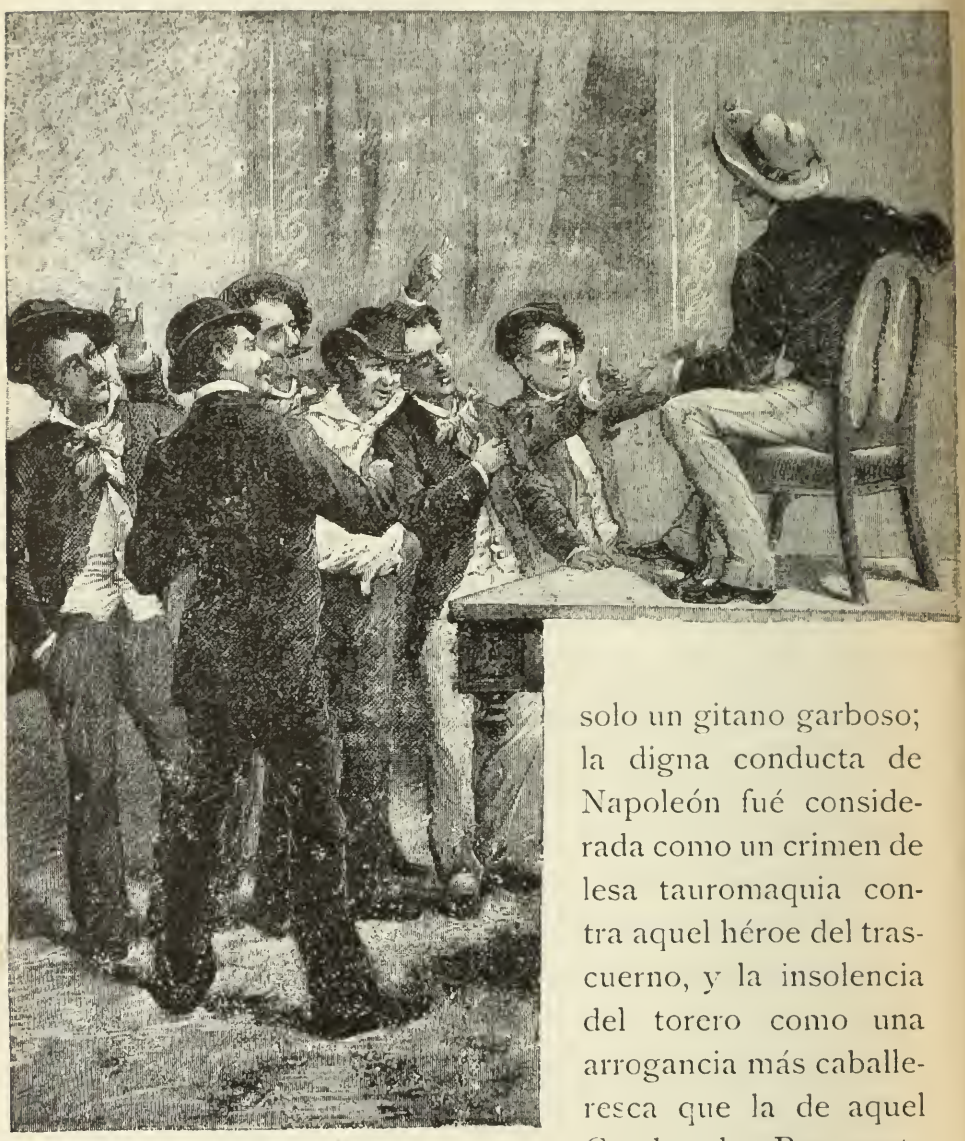
—Digo, por si V. no lo sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está V.?... Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero .. y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está V., Monsiú Coliflor? ¿Está V.?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo,—dije yo volviéndole la espalda. Y aquella misma noche reuní á la caudrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla: ¡Adiós, París!... ¡Te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entonces á su colmo. Aquellos pulidos caballeritos, entu-

siastas del París que llamaba Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales,* se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan



solo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crimen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel Conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, por haberse hospedado en él aquel Condestable de Borbón, traidor á su patria.

Rodearon pués al torero aclamándole, y á los gritos de —¡Bien!—¡Bravo!—¡Bien por Currito!—¡Viva Sevilla!—¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—¡Pues claro está, caballeros!—decía Currito desde lo alto de su apoteosis. Quien descabella seis toros tóos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernando y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luego al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión de los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernando, que no acertaba á separarse de Currito Pencas, se declaró en completa rebelión, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalinata del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luego á casa en el tílburi que nos había traído.

Á poco oíamos á lo lejos la preciosa voz de barítono de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compás de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera *Lucrecia:*

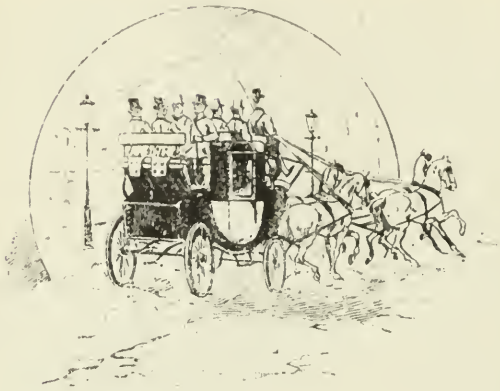
Il secreto per esser felice,
So io per prova, e l'insegno agli amici... (1).

(1) El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

Al oírle Fernando, apretaba los dientes de rabia.

—¡Si yo fuera el león,—exclamaba, rompía la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tílburi, mientras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un *breack,* tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.



En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernando con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernando le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luego muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente coleta.

—¡Déjame!—me dijo bruscamente: ¡no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernando!... Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle?—decía. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia.

II

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos, dando la ociosidad entrada á todos los vicios, prestándoles la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de sus gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció por lo tanto torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto iba Manolo más allá del que dijo: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos.» ¡Manolo creía que no iba á morir nunca!

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal

que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su mayor parte por esa polilla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante joven, que se creía poderoso, heredero tan solo de un corto caudal que aún no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares, en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía, podía venir la miseria. Ni por un momento pensó sin embargo en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero, ó comerciante rico, uno de esos *matrimonios de conveniencia*, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro, en los pergaminos del yerno, cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su arca. Mas según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito. Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; mas su ignorancia y su falta de carrera le cerraban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamás vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, adonde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

Mientras tanto, el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo, que á los dos años había

derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Mas no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan solo á no pagar las deudas que por todas partes contraía, y de locura en locura, de bochorno en

bochorno, de bajeza en bajeza, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedía dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acreedores como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas, para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parecía ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existe siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla! ¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por primera vez en una casa de préstamos, los intereses de la alhaja que empeñaba! ¡Qué humillación cuando se oyó designar entre las mismas personas de su círculo con el apodo de *el joven de los siete cocineros!...*

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, y aún no se había deshecho del coche y los caballos; aún no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados, que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza. Encaminábase un día á paseo,

guiando los caballos de su tílburi, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo bastón del señorito, con puño de Malaquita. De repente se lanzó á los caballos con un palo en la mano, un hombre del pueblo, roto y mal encarado, y detuvo con vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo para castigar al atrevido, sin reconocer en él al infeliz carpintero del Club tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Mas el hombre saltó como una fiera al coche, y agarrando al elegante por el cuello, barbotaba furioso:

—¡Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche!... ¡Paga, canalla, paga ó te estrangulo! Y al decir esto la estaca del artesano se levantaba en alto para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo, se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido, más lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

—¡Tunante!... ¡tramposo!... ¡en el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero!...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y para evitar que el feroz carpintero cumpliese sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Mas ¿dónde encontrar aquellos tres mil reales, mezquina cantidad, que era en aquel tiempo para su agotada bolsa una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, á casa de la Condesa Z.**, ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salón morisco, á que daban entrada, por uno y otro lado, dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios cortinajes de seda de Mogador. Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia; y varias otras damas, amigas y parientas de la Condesa, contemplaban, criticaban y envidiaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salón, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana, en que se hermanaban de un modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á

sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

—¡Oh qué cosa tan magnífica!—exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

—Este es el regalo de mi prima Lady M.**,—dijo la Condesa; y dejando sobre el tapete un pañuelo blanco que tenía en la mano, desdobló los encajes.

—Estos,—decía mostrándolos, pertenecieron á la reina Ana Stuard: forman tan solo los vuelos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

—Pues no me parece muy delicado regalar una cosa ya usada,—dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños, que en todo encontraba faltas.

—Y á mí, sin embargo, me ha parecido este regalo más delicado que ninguno,—replicó la Condesa; porque estos encajes los regaló la reina Ana á la bisabuela de mi prima, y para que no salgan de la familia los ha regalado ella á mi hija.

—Será lo que tú quieras,—dijo desdeñosamente la vieja; pero jamás me pondría yo desechos, aunque fuesen de una reina.

—Desechos son estos que más de una princesa los querría para adornarse,—dijo con sorna la Condesa. Pero para que veas que mi pobre prima no regala tan solo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y al decir esto la anciana, levantó con ambas manos un rico joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarate.

—¡Pero esto representa un caudal!—exclamó asombrada una de las señoras.

—Ni siquiera las he contado,—dijo sencillamente la Condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquísimas perlas, mientras la vieja de los moños decía despechada:

—¡Claro está! Como su marido fué Virrey en la India, no le costaría mucho á la buena Lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la Condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salón vecino. La Condesa invitó entonces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salón en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecía preocupado, aprovechó la ocasión para despedirse.

—¿Te vas, Manolo?—dijo la Condesa, tendiéndole la mano.

—Sí,—replicó este: voy á dar una vuelta por el círculo, y á oír luego los *Hugonotes*... ¡Anoche estuvo Tamberlick delicioso!...

—Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

—¡Ya lo creo!—dijo Manolo; y dirigiéndose á las otras

damas, añadió riendo: ¿Dónde encontraré un anfitrión como la Condesa... y unas *côtelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes,—dijo, que la Condesa-anfitrión es anfitrión inamovible, y que las *côtelettes* están vinculadas á los miércoles. Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

—¡Pero esos son ya demasiados mimos!

—¿Y qué quieres, hijo?—replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera, poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba, en los bolsillos del pantalón primero, y después en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salón morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habían ya salido; y al verse solo Manolo, lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo, mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla; y pálido, desencajado, temblándole las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda,

sonaron en aquel instante al otro extremo del salón: el ratero volvió aterrado la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció: solo había en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que había olvidado la Condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salón; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber á dónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeuntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan solo la palabra *¡ladrón!*, la palabra *¡ratero!*...

Jadeante llegó al fin al puente D.**, solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar, arrojó con furia á la turbia corriente del río las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasión, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente, respiró desahogado!

III

Á la mañana siguiente era ya la una, y aún no se había levantado Manolo; mas no por eso dormía. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hosca mirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexión, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atraíale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasión le había ocultado, y sacudía las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber intentado pagar una deuda con un robo: quería á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubierto de la ruina y la deshonra, y afanábase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes: anegada su razón en un mar de ideas opuestas, parecía oscilar, como una luz que se apaga, dejando tan solo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole, y aquel cortinaje de seda que se movía, cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolcaba en su lecho, y mordía las almohadas desesperado... De nuevo volvía á todas partes los ojos, de nuevo dirigía á todas partes sus pensamientos, y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le aprisionaban sus deudas y su deshonra... ¡Tan solo el infeliz no elevaba sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le había mostrado! ¡Tan solo no los levantaba á María, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar *Madre!*...

Pasaban entonces en su imaginación, cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos días de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda, uniendo á su dolor, el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... ¡Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que lo sufre, algo de la impotente rabia del condenado!

—¡Ah!—decía el infeliz sollozando: ¡si yo supiese ganarme la vida! ¡Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme!... ¡Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos!... ¡Ay! Mi padre no quiso que un ayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano... ¡Mi madre no consintió que un profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio!...

¡Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habían enseñado á invocar nunca!... ¡Ah! ¡si aquel padre, si aquella madre hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, cuán prudente hubieran juzgado la previsión de esos otros padres ricos, opulentos, Grandes, que no se desdeñan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre y hoy más que nunca incierto! ¡Cuán saludable esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al trabajo, para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV, cuando, arrastrado por su fogosidad nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «¿Pero no había varas en mi reino cuando yo me educaba?...»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á

Manolo de sus amargas reflexiones. Al oirlo se incorporó de un salto en el lecho, con esa zozobra compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobrescrito cuya letra no conocía: decidióse al fin á romper el sobre, y cuatro mil reales en billetes de banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permítame V. pués que le ofrezca el mío, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede V. solicitar en el Ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuasión de que le será concedido; y por si acaso se encuentra V. al presente en alguno de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre V. en disposición de hacerlo.

»No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo pués y escuche mientras tanto un leal consejo, que si en algo le punza es tan solo para curarlo. Difícil es ser pobre con decoro, á quien fué quizá rico con orgullo; pero si quiere V. que esto se le haga fácil, practique sus deberes religiosos, y bien pronto echará raíces en su alma esa fuerte hija de la fe, que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y releyó esta carta, y fuera de sí, de alegría, se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente, sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina que le tendía la mano, brotase en su corazón egoísta, y como tal ingrato!... Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja Condesa hubiese descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran estas de seda, y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la Condesa al pasar por allí cuando se despidió de Manolo; y el grito... ¡ah! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora antes, le parecía entonces, sin duda de ningún género, que debió de ser tan solo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que desde luego debió de ocurrírsele: que quizá la misma Condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque común á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!... Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algún buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre, y se encaminó con la mayor frescura á casa de la Condesa.

—¡Audacia! ¡audacia!—se decía para acallar aquellos te-

mores que á medida que se acercaba al palacio de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar, ó el de pedirle perdón, confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaqueáronle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre Condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme en el gabinete, y... vió que la Condesa le tendía la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto, asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse; contúvose, sin embargo, y alegre y chancero como nunca, se puso á bromear con los otros convidados que aquel día tenía la Condesa. Esta, por su parte, le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella

misma las famosas *côtelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó, de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vas á la ópera, Manolo?

—Á lo menos iré al terceto,—respondió este: cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas á hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la Baronesa, porque hoy le toca su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro, repitiendo casi en voz alta:

—¡Nada sabe! ¡Nada sabe!... ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenía de costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la Condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

—¡Imposible que sea ella!—exclamó Manolo, tirando la carta con rabia. ¡Si así fuera, sería esa mujer el demonio del disimulo!...

¡Y no se le ocurrió decir al ingrato, el ángel de la delicadeza!

Á pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado: había de pagar antes que nada su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había después de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un consulado en Rusia,

único país de Europa que no había visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo, iría pagando poco á poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas fríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

Á las doce se dirigió Manolo con los billetes en el bolsillo á pagar él mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión á algún criado, se compensase este con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

—¡Manolo!—gritó este deteniendo el coche. ¿No vienes al Hipódromo?

—¡No, no puedo!—respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

—¡Mira!—¡Manolo!—¡Ven acá!—¡Vamos á las carreras!—gritaban los del coche. Uno de ellos echó pie á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez todavía lacrada, y echándosela á la cara, cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

—¡Ó vienes, ó disparo!...

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el joven que guiaba, y le dijo en alemán, con cierto tono incisivo:

—¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta, hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *El Marqués del Ochavo*, le irritó de tal manera, que contestó también en alemán, con una arrogancia digna de su futuro consulado:

—¡Cuantas quieras te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora después de tomado el *lunch,* había perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía además á cierta Marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportman*. unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la Marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la Compañía de Bufos!...

¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa *gracia divina* que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

IV

Al pie de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardía, brota al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. Á la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo-Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de tumbas de suicidas, la ruleta de Baden-Baden, que expulsada de Alemania ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *hotel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta, sin embargo, un salón de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro. ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compás de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada, para fiar á un punto de la ruleta, cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de *la Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahures y bribones que pululan alrededor de las mesas de juego, como

asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias y se sufren todos los dolores... Allí también acude de cuándo en cuándo la muerte á escarbar en aquel cenagal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma que cae en manos de Dios vivo, mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por Agosto de 18** llegué á este famoso hotel acompañando á otro Padre enfermo que iba á tomar las aguas. Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma, me preparaba yo en el aposento inmediato á escribir algunas cartas. Aún no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan solo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dédalo de corredores, guarnecidos por todas partes de puertas.

—¿Y está muy grave?—le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto,—me contestó con la ma-

yor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... *¡Madonna mía!* ¡qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo!...

Comprendí que no era ocasión de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

—Pero el médico, ¿qué ha dicho?

—Si el médico no lo ha visto, *signor*... Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta... Es un pobrete, *signor;* paga solo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió, diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacasen antes del alba el cadáver de aquel hombre, que aún no se sabía si había muerto. Penetré pués solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre, que respiraba fatigosamente: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca, cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. Á la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones, en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubría su semblante, destacábanse esas manchas rojas y granujientas, amoratadas entonces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté sin embargo: ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso y hasta un criminal, pero no era segura-

mente un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fe, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y después con violencia; habléle luego al oído en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Mas el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente, cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna, y distaba más de una hora de camino por la áspera pen-

diente de la montaña. Fundándome entonces en que, al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub condicione* le di la absolución. Coloqué después mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuándo en cuándo aquellos labios secos, con mi propio pañuelo que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo lejos oía el piano del salón de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido, que iba á expirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia, infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir, bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores, que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entonces hacia el lecho del moribundo: creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontréle, sin embargo, en la misma postura, inmóvil como le había dejado. Entonces volvió á resonar aquel mismo ruido, que me causaba escalofríos: era que el moribundo rechinaba los dientes...

Á lo lejos tocaba entonces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il secreto per esser felice*... Oprimióseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas; y obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; mas estos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

Á las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca una poca de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entonces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendación del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas,* «veas á tu Redentor frente á frente,» el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hacia atrás la cabeza con tal violencia que sentí crujir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror que me corría de pies á cabeza, y apenas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y á poco llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entonces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

Á poco sentí que abrían una puerta que daba al campo, situada al pie de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude distinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro un borrico: sobre este iba atravesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Roccabruna, antigua ciudad de Mónaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino, enredóse la sábana en un matorral, y desgarrándose por

un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

V

AQUELLA tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel, suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España,—me dijo. Vea V. lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y vi con indecible espanto, que iban todas dirigidas á Manolo...

Entonces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia.

¡PAZ Á LOS MUERTOS!

¡PAZ A LOS MUERTOS!

(TRADICIÓN)

I

Orad por los difuntos; que no es la misericordia de Dios más dura que las entrañas de la tierra...

OMBRÍO como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, elevábase á orillas del mar el castillo de Valdecoz. Encaramado sobre un peñasco, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza que reforzaba la puerta miraba hacia el mar, y su torre del homenaje se elevaba orgullosamente hacia el cielo, rematando en una enorme águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blasón roto. Hubiérase dicho que aquel gigante de granito se alzaba en su soberbia, diciendo al mar: *Te des-*

precio.—Á las rocas: *Te domino.*—Y al cielo, decía impotente: *¡No te alcanzo!...*

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio aún más lúgubre que el de la soledad: aquel silencio parecía el de la muerte. Roto el soberbio blasón que en la torre del homenaje sostenía el águila entre sus garras, parecía que, desplegando esta sus alas de piedra, iba á huír de allí graznando aterrada: ¡Lo que he visto!...

La hiedra, fiel amiga de las ruinas, había coronado una lápida corroída por el tiempo y los temporales, en que por debajo de una estrecha saetera, se leía:

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Al leer aquella inscripción, que como único nombre y única historia se descubría junto á un escudo destrozado, hubiérase dicho que la cólera divina había venido á sustituír á la vanidad humana, en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último señor, llamado el *Malo,* desapareció cazando en un bosque que formaba el límite de su señorío: tres meses antes, su hijo único Ferrant, llamado el *Bueno,* había desaparecido también, ignorándose su paradero.

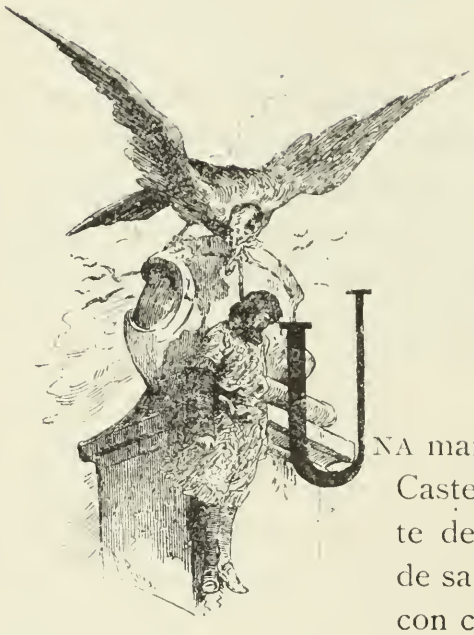
El tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado, sin embargo, una tradición del castillo de Valdecoz, que, viniendo de padres á hijos, llega hasta nosotros, ennoblecida con el polvo de los siglos y bautizada con más de una lágrima de ternura: tradición que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, ó quizá alguno de esos prodigios de que se sirve Dios para despertar el arrepentimiento en el corazón del malvado y mantener la confianza en el del justo.

Bien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al par que profundamente religiosas, no encuentran hoy el santo eco que merecen. La despreocu-

pación es la primera preocupación de este siglo, que se empina sobre el escepticismo, creyendo subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, y consigue tan solo encerrarse en el mezquino círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. Mas no por eso dejaremos nosotros de recoger estas tradiciones cual santas reliquias de la fe de nuestros mayores que venerar, ni dejaremos tampoco de narrarlas cual hermosos ejemplos que imitar.

Niéguelas en buen hora el que no las crea; pero no se juzgue por eso superior á los que tenemos la dicha de creerlas y venerarlas. Á cualquier necio le es dado negar más de lo que puede probar un filósofo; y es por otra parte la sonrisa del escéptico demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

II



UNA mañana de Octubre volvía el Castellano de Valdecoz al frente de sus hombres de armas, de saquear un territorio vecino con cuyo señor mantenía añejas rencillas. Cautivo este de su enemigo, esperaba, con esa altivez de espíritu que en la adversidad es madre del heroísmo, ser colgado del águila que, cual la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant pidió á su padre el perdón del prisionero, recordándole que el verdadero valor se corona, como el mérito, con la modestia, con la clemencia hacia el vencido. Para vencedores como el Castellano de Valdecoz no hay más ley que la de Breno—*Vae victis!* (1)—y desoídos por eso los ruegos de la compasión, fué cumplida la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver del águila, que parecía cebar su corvo pico en aquel horrible trofeo de la

(1) ¡Ay de los vencidos!

muerte, había de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subían al cielo las oraciones del hijo. Á la media noche, el piadoso doncel salía cautelosamente de su estancia: con el mayor sigilo subió á la torre del homenaje, y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, le dió sepultura en la playa, al pie de una roca á que no llegaban las mareas.

Imposible es describir la cólera del Castellano al notar la desaparición del cadáver de su víctima. Todos los del castillo temblaron por Ferrant el Bueno; mas tranquilo él como la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber, se presentó á su padre, confesándose autor de aquella obra que era para el Castellano un delito. En este la sorpresa adormeció á la cólera por un momento.

—¡Desgraciado!—exclamó: ¿qué razón tuviste para desobedecer mis órdenes?

—Dar paz á los muertos, ya que vos dais muerte á los vivos;—respondió Ferrant, con la dulzura del respeto que contiene y la firmeza de la convicción que no se doblega.

—¡Paz á los muertos!—barbotó el Castellano lleno de

rabia y desprecio. ¡Más que mallas y capacete, una cogulla mereces!... ¡Pero no lograrás tu intento!... ¡te lo juro por la barba!... ¡Tú mismo vas á volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba!...

Ferrant se negó resueltamente á cumplir la orden impía de su padre, porque sabía que la autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno y justo acaba. Como el cable que flexible pero fuerte resiste al embate de las olas, resistió sumiso pero firme á las amenazas del Castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó á Ferrant del castillo; y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores, solo, desvalido, llevando en su escarcela, como único tesoro, una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero en vano trató el Castellano desde la partida de Ferrant de distraer en la guerra y en la caza la negra melancolía que también desde entonces le roía el alma: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal, es con la impotencia de deshacer su crimen. Una mañana el Castellano, más triste y taciturno que de costumbre, salió á cazar en un espeso bosque que formaba el límite del señorío, y en vano sus hombres de armas le esperaron un día y otro día, porque el Castellano de Valdecoz no volvió nunca.

Á poco decíase por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque una voz tristísima, tristísima, que clamaba: —¡Paz á los muertos!... ¡Paz á los muertos!...

Los años, cuya rapidez aterra cuando se cuentan pasados, pero que parecen una inmensa cadena de días cuyo último eslabón se pierde en la eternidad cuando se miran

en el porvenir, cambiaron el aspecto del señorío de Valdecoz: ¡los niños se hicieron hombres, los hombres se hicieron viejos, los viejos se hicieron polvo!

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la bocina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el mediodía y el crepúsculo: solitario, cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido más por el peso de una maldición que por el de los siglos. En su soledad, desmoronábase viejo, caduco y sombrío, y renegando de su fortaleza, pedía, cual el Judío errante, por única gracia la muerte. Solo aquella voz triste, tristísima, continuaba á la media noche resonando en el bosque, con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento.

—¡Paz á los muertos!... ¡Paz á los muertos!...

Ferrant el Bueno volvió al señorío de su padre después de haber combatido á los árabes como simple soldado durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó á sus oídos el misterioso lamento: Ferrant se sintió sobrecogido por ese terror misterioso que infunde siempre lo sobrenatural hasta en los ánimos más esforzados: encomendóse, sin embargo, á la Virgen María, y entró denodadamente en la espesura.

Abríase en medio del bosque un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella extraña circunferencia; en su centro vió Ferrant destacarse á la luz de la luna un cadáver informe, sucio y medio podrido. ¡Cosa rara! aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo á la vida. Ferrant se apro-

xima poseído de un religioso terror, y da un grito terrible al reconocer á su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de sorpresa y de dolor, Ferrant intentó abrir con su hacha de armas una fosa en que sepultar el cadáver de su padre; pero la tierra, dura, como lo había sido el corazón del Castellano; seca, como lo fueron sus ojos; repelente, como lo fué su mano para la desgracia, rechazó el acero cual si fuese duro mármol, negándose á dar una tumba al Castellano de Valdecoz. Ferrant vió la mano de Dios, que castigaba al impío.

Pero aquel impío era su padre, y el buen hijo oró, rogó, humilló su frente sobre aquel suelo, instrumento de la justicia divina; y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo á humedecer la tierra y á ablandar sus entrañas. Ferrant vió entonces que esta se abría lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa, en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron á oír nunca aquel grito que pedía:

¡Paz á los muertos!

CAÍN

CAIN

L'intérêt personnel, sous de noms spécieux,
Conduit secrètement leurs coups ambitieux.
Le peuple n'a jamais profité de leur crime;
Il en fut le prétexte, il en est la victime.

Le Franc de Pompignam.

El interés personal, bajo especiosos nombres,
Dirige secretamente sus ambiciosos planes.
El pueblo no se ha aprovechado jamás de su crimen;
El es el pretexto, y él es la víctima.

A la caída de una hermosa tarde de Mayo de 1869 caminaba, por el arrecife que va de Jerez al Puerto de Santa María, un hombre ya entrado en años, que llevaba delante de sí una burra. Iba esta aparejada con una sola albarda, sobre la que, sin jamugas ni asiento de ningún género, se sentaba una mujer de edad madura, que lloraba amargamente, limpiando de cuándo en cuándo sus lágrimas con los picos de un pañuelo catalán que cubría su cabeza. El mismo dolor, más comprimido, y quizá por eso más terrible, se leía en las fac-

ciones del hombre: caminaba con la cabeza baja, retorciendo entre sus manos la vara con que arreaba la burra, y á veces una lágrima, corrosiva como un ácido, iba á perderse entre sus patillas blanqueadas por los años ó las penas. Solía entonces, como si quisiese disimular su pesadumbre, dar un fuerte varazo á la burra, diciendo bruscamente:

—¡Arre, Molinera, que tienes paso de procesión!

Intimidada esta, empinaba las orejas y aligeraba el paso; pero bien pronto volvía á su lento andar, caídas las orejas, que sacudía de cuándo en cuándo, y gacha la cabeza, como si participase del abatimiento de sus amos. Largo rato caminaron estos en silencio, hasta que, señalando el hombre un pedazo de tierra sembrado de melones y tomates que había á orillas del camino, dijo con ese tono fatigado del que, poseído de una gran pena, la disimula, hablando de cosas indiferentes:

—¡Qué bueno va este año el *cojumbral* de Juan Pita!

La mujer ni levantó la cabeza, ni respondió palabra, como si fuese extraño á ella todo lo que no hiciera referencia á su dolor. En aquel momento salió de un sombrajo, que colocado en un alto dominaba el cohombral, un hombre cargado con dos canastas de tomates, que, saltando la gavia que guarnece el camino, fué á emparejar con nuestros caminantes. Era Juan Pita en persona.

—Dios guarde á V., señó Miguel, y la compaña,—dijo incorporándose á ellos.

—¡Hola, Juan!—contestó Miguel. ¿Vas para el Puerto?

—No, señor, que voy á los *Jereles* á vender estas canastas de tomates, que son las primeras que se presentan hogaño en la plaza.

—No diré yo otro tanto: los de mi huerta no van hasta que los soldados los comen.

—Pues los míos son tempranos y es fruta de médico.

—¿De médico?...

—Sí; porque son los que pagan más caro. ¡Ya se ve; como que la noria de donde sacan el agua siempre está dando vueltas, la muerte!

—¿Y á cómo los vendes?

—Pues estos que *otoavía* verdean, á veintiún cuartos; y estos más maduritos, á peseta, y ni un ochavo menos.

—¿Á peseta esos tomates, que más bien que para un gazpacho sirven para engordar marranos?... Quiéreme parecer, Juan, que tienes la manga más ancha que la puerta del cementerio, por donde caben todos los que van, y sobra sitio para los que vienen.

—¿Y qué quiere V., señó Miguel?... Con los tomates de este año tengo que mercar un borrico.

—Pues mira que un borrico pesa mucho sobre la *concencia*.

—Esos son escrúpulos de beata, señó Miguel. Yo, antes de ser hortelano, fuí abogado, y aprendí á *calcular*...

Y Juan Pita, sonriendo cínicamente, levantó á la altura de su pescuezo la mano izquierda, cerrando uno á uno los dedos: significativo ademán, que en todos los países conocidos se ha traducido siempre por lo que Dios prohibe en el séptimo de sus mandamientos.

—¿No es verdad, señá Joaquina?—añadió Juan; que va V. ahí más callada que un poste, y más pomposa en su burra que si fuera en un retablo.

Volvió Joaquina la cabeza, y pudo Juan notar toda la aflicción que retrataba su semblante, y que hasta entonces no había percibido.

—¡Caramba!—exclamó, soltando un voto, y parándose en el camino. ¿Qué tiene V., que lleva todos los tomates de mi canasto en los ojos?

Joaquina prorrumpió en nuevas lágrimas, y Miguel guardó silencio.

—Pero... ¿qué ha pasado, señó Miguel?—volvió á preguntar Juan Pita. ¿Qué es lo que hay?

—¿Qué ha de haber?—exclamó al fin Joaquina entre sollozos. ¡Que Perico, mi vida, mi alma, el hijo de mis entrañas, ha salido soldado y se lo llevan hoy á Cádiz!...

—¡Válgate Dios, señora!... ¡Y yo que nada sabía!—exclamó Juan apesadumbrado.

—¡Hijo mío!—prosiguió Joaquina llorando: ¡Yo no lo parí ni lo crié para que pasase trabajos por esos mundos de Dios!... ¡Tan delicadito como está, hijo de mi alma! ¡Esto va á ser su muerte y ya no le veré más!

—¡No tientes á Dios, mujer, que tiene el muchacho más rejos que un mulo manchego!—exclamó Miguel bruscamente.

Y dirigiéndose á Juan, añadió:

—Sino que á la mujer esta se le ha puesto entre ceja y ceja que al chiquillo le va á suceder algo, y lo está llorando con tiempo, y metiéndole aprensión.

—¡Calla, Miguel, calla!—replicó Joaquina; que de sobra conoces lo bien que digo, sino que en tí la procesión va por dentro... ¡Ay, Dios, y qué tragos más amargos nos traen los años!—seguía lamentándose la infeliz mujer. ¿Qué será de estos pobres viejos sin su Perico, que tanta falta les hace?

—¡Vaya, señá Joaquina, que no es tan negra como V. la pinta!—dijo Juan Pita. Desde que Adán pecó van los mozos á servir al rey, y vuelven como si tal cosa; y mientras tanto, ahí le queda á V. Roque, que es un mozo como un trinquete.

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Miguel, que vino á dar á su rostro contraído una expresión aún más dolorosa.

—¡Roque!—murmuró amargamente; ¡no lo matará á ese ninguna pena ajena!

—¡Ese es otro clavo que tengo en el corazón!—exclamó Joaquina, al par afligida y colérica: la tirria que le tienes á tu hijo Roque, y la cara de vaqueta, y los malos modos que siempre traes con él.

—No es tirria, Joaquina,—replicó Miguel gravemente: es que la venda de padre no me ciega la luz del entendimiento, y veo que ese muchacho tiene malas entrañas.

—¡Pobrecito mío!—gimió Joaquina. ¿Qué sería de él sin su madre, que le quiere tanto y no tiene preferencias con ninguno?

—Tampoco yo tengo preferencias; pero conozco lo que cada cual vale... ¿Querrás creer, Juan, que ese mal alma de Roque oyó que su hermano era soldado, como quien oye

llover; lo vió salir de su casa sin derramar una lágrima, y en vez de acompañarnos á su madre y á mí á despedir á ese bendito de Dios, se queda en la huerta tendido á la bartola, más fresco que una lechuga?

—¡Pero hombre! ¿iba á dejar la huerta sola?—replicó Joaquina, que, como todas las madres, siempre encontraba disculpa á las faltas de su hijo.

—Bien sabe hacerlo cuando se va de *juelga* al pueblo, y á aprender por ahí picardías... Te digo que tiene mala sangre, Joaquina, y que nos ha de hacer derramar muchas lágrimas.

Calló la madre, como si comprendiese la verdad de las observaciones de Miguel; este sacó de la faja un pañuelo colorado, se quitó su sombrero calañés, y fingiendo enjugar el sudor de la frente, limpió dos anchos lagrimones que acudieron á sus ojos.

—¡Anda, Molinera, anda, que la noche se viene encima!—dijo, arreando á la burra.

Mientras tanto, Juan Pita, ya fuera que le mortificase el desairado papel que hace una persona indiferente entre los que sufren una gran pena, ya que esa delicadeza, innata en el pueblo, le indicase que después del giro que había tomado la conversación estaba de más un testigo, aprovechó el silencio que siguió á las últimas palabras de Miguel, para despedirse, y tomando por un atajo que llaman la *Trocha,* retrocedió hacia Jerez, donde pensaba vender sus canastas de tomates.

El afligido matrimonio siguió en silencio su camino, sin que se oyesen más que los pasos de Miguel y Molinera, los comprimidos sollozos de Joaquina, las esquilas del ganado, que por diversos puntos se iba retirando á sus establos, y á lo lejos, la voz de Juan Pita, que, con esa tan general indiferencia del que tiene el pecho lleno de con-

tentos hacia el que lo tiene de desdichas, se alejaba cantando:

En el hospital del Rey
Hay un ratón con tercianas;
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Abismados Miguel y Joaquina en sus tristes pensamientos, pasaron en silencio los dos pilares que llaman las *Cruces,* colocados á orillas del camino, como dos centinelas que marcan la primera legua andada de Jerez al Puerto. Sale de allí una vereda, que, obedeciendo á su propio instinto, tomó Molinera, y que trepa por un cerro árido, sin vegetación, cubierto de yerbas secas, que dejan asomar alguno que otro murallón negro, escueto y pelado, como asomarían por una sepultura escavada los huesos de un enorme esqueleto. Aquella es la tumba que el tiempo ha labrado al castillo de Sidueñas.

En aquel sitio se levantó esta importante fortaleza, armada de ocho torres, que la fortificaban. Es opinión fundadísima que la reina de Castilla, D.ª Blanca de Borbón, vino á llorar entre aquellos muros los desdenes del rey D. Pedro, y allí, por orden de este, el ballestero Juan Pérez de Rebo-

lledo le dió un tósigo, por haberse negado á este crimen con gran valor y nobleza Iñigo Ortiz de Zúñiga, primitivo guardador de la regia prisionera. Hoy, gracias á una mano cuidadosa, que supo incrustar como en un relicario lo que el tiempo y el abandono habían dejado de aquellos muros, que tanto han visto y tanto saben, queda del castillo de Sidueñas una de sus ocho torres, la de D.ª Blanca, que se alza sobre el cerro que cubre sus ruinas, como una cruz sobre una sepultura, como una corona sobre la tumba de un héroe. Encaramada sobre su alto pedestal, no tiene una flor que la adorne, ni siquiera una guirnalda de yedra que la abrace y la sostenga. Severa como cuadra á la guardiana de una tumba, altiva como corresponde á la última morada de una reina, se ciñe su corona de almenas, y muestra á su frente un escudo, en que, bajo una corona de marqués, campea el león de Castilla, y se destacan las tres barras de Aragón.

Allí radica el título de los marqueses del Castillo del Valle de Sidueñas.

Rodean aquel cerro triste y pelado, á la manera que para disimular el horror de la muerte circundan un sepulcro de jardines, cuatro frondosas huertas: la Martela, la de los Nogales, la del Algarrobo y la del Alcaide.

Nace en esta última, al abrigo de una porción de álamos blancos, un manantial que lleva el dulce nombre de *La Piedad*, y que pródigo y compasivo como su nombre, manda uno de sus caños á fertilizar las huertas, mientras el otro sigue el camino del Puerto de Santa María, se detiene ante una ermita arruinada, para acatar la majestad caída, para llorar las ruinas que el hombre hace, indignado ante el abandono del cristiano, y sigue luego pesaroso su marcha, mientras la ermita, sola, triste, con sus muros destruídos, su iglesia sin puertas ni techo, su campanario sin cruz que

lo corone, ni campanas que le den lengua, no protesta como el arrogante, ni se queja como el débil, ni se lamenta como el triste: sino que inútil, cual un altar sin santuario, destruída, cual un cuerpo sin alma, pero imponente, cual un rey sin corona, en la doble majestad de su grandeza pasada y su desgracia presente, se desmorona en silencio!...

II

SIETE años iban á cumplirse desde que Miguel y Joaquina tenían arrendada la huerta del Alcaide, á la que sirve de casa, y como tal se le tiene señalada la torre de D.ª Blanca. Miguel labraba la huerta ayudado de sus hijos Perico y Roque, y estos iban á vender la fruta y la hortaliza en la plaza de abastos de Jerez de la Frontera.

Perico, el mayor, tenía esa buena fe, esa expansión que se hermana tan bien con la juventud—hermosa edad en que el corazón, de par en par abierto, ni abriga temores ni encierra desconfianzas,—como con la alegría se hermana la risa. Amante de sus padres hasta la exageración, si la exageración cupiese en el santo y obligatorio amor de hijo, que

la naturaleza manda y el agradecimiento sanciona, su dicha era proporcionarles un gusto, y su felicidad verlos tranquilos, descansados y contentos. Roque, por el contrario, tenía ese egoísmo, que en la edad madura repugna como un vicio, y en la juventud horroriza como una aberración; la envidia, que siempre supone perversidad de corazón y alcances limitados, porque las almas elevadas solo conocen rivalidades, daba á su carácter un tinte amargo é incisivo, como da la bilis su color verdusco á las facciones de ciertos enfermos. Era ambicioso en el mezquino círculo de ideas en que se agitaba; porque los modernos revolucionarios, al servirse del pobre como de un instrumento, le han quitado aquella bendita conformidad, que la religión y la caridad del rico mantenían en él, y que le daba en su pobreza fuerzas, y en sus dolores esperanzas. ¡Pobre pueblo, que vierte locamente el bálsamo que curaba sus heridas! Pobres ricos, que no saben conjurar la tormenta, cuyos primeros truenos ya resuenan, y cuyos primeros rayos han comenzado ya á incendiar y destruír!...

Como todos los ambiciosos, ya sean de levita, ya de chaqueta, Roque no tenía en sus solapados planes más confidente que su egoísmo; porque la desconfianza, como los escuchas en un ejército, precede siempre con los ojos abiertos y aguzadas las orejas, á su madre la ambición.

La vida de Miguel se deslizaba tranquila en su holgada pobreza, compartiendo su cariño entre su mujer y sus hijos. Pero, al cumplir Perico los veinte años, fué interrumpida aquella dulce monotonía por esa pesadilla que quita el sueño á tantas madres, esa negra nube que todos los años se cierne, lo mismo sobre la casa del rico que sobre la del pobre, pero que el dinero de aquel evita, y la pobreza de este sufre: ¡las quintas!

¡Perico, en quien se cifraban tantas esperanzas; aquel

modelo cumplido de amor de hijos, *tuvo que meter mano en cántaro,* y le tocó la suerte!...

En vano el infeliz muchacho intentaba, aparentando serenidad, consolar á sus padres. Mal puede consolar quien necesita de consuelo; y el dolor, brotando de aquellos tres corazones que tanto se amaban, fundíase en un solo raudal de lágrimas, para recibir una nueva herida, estrellándose contra la fría indiferencia de Roque, á quien jamás inmutaron penas de otros. La violencia del pesar hacía aún más

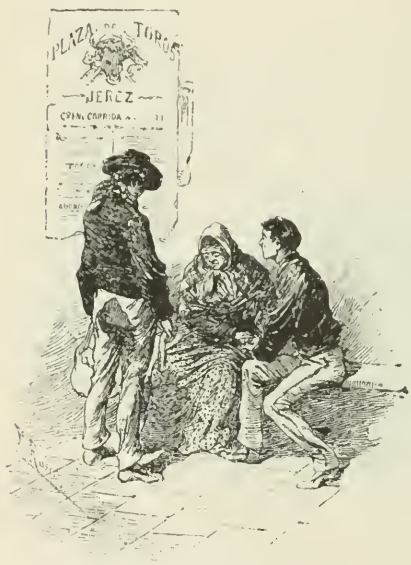
expansivo y cariñoso al infeliz Perico. Su hermano, por el contrario, recibió el abrazo de despedida del pobre quinto sin tener para él una palabra de consuelo ni de ternura; solo al verle desaparecer en compañía de sus padres, se encogió de hombros, y dijo brutalmente:

—¡Hasta que traigas nietos, Perico!...

La estación del ferrocarril presentaba en aquella hora

una de esas escenas, que, en la imposibilidad de remediar, hacen al alma compasiva deshacerse en lágrimas; lágrimas, que son el último baluarte de la caridad, que, cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora.

Cada quinto tenía allí su padre ó su madre, su hermana ó su novia; resonaban por todas partes los lamentos de los que se quedaban, y los consuelos de los que se iban; en unos promesas de amor eterno, en otros promesas de eterna memoria... ¡Como si tras el amor no viniese la indiferencia, y tras la memoria el olvido!



Oíase sobre todo, esa palabra que siempre trae tras sí lágrimas; lluvia del corazón, como el viento trae tras sí agua, lluvia del cielo; palabra que entre personas queridas jamás pronunció la alegría, porque representa siempre la triste idea de la ausencia que separa; palabra reservada al dolor, que es la pena viva; á la tristeza, hija del dolor que se resigna y vive dormido; ó á la melancolía, hermana de la tristeza, que ya no llora, sino suspira: —*¡Adiós!*

¡Cuántos de aquellos pobres quintos la decían por última vez!

Sentado en un rincón de la sala de descanso de tercera clase, Perico apretaba las manos de su madre, mientras ella enjugaba las lágrimas, que, como gotas de acíbar, destilaba su corazón, y surcaban sus mejillas arrugadas antes de tiempo. En pie delante de ellos, Miguel tenía en la mano un morralillo, que encerraba el miserable equipo de su hijo,

y de cuándo en cuándo, el dolor, venciendo la fortaleza del hombre, brotaba en un sollozo ó corría en una lágrima. ¡Joaquina había colgado al cuello de Perico un escapulario de la Virgen de los Milagros, que se destacaba sobre su chaqueta de bayeta amarilla, brillando como un consuelo entre penas, como una esperanza entre dolores, como una promesa en la angustia, como un refugio en el desamparo!...

—¡Ea, madre, no se apure V., que tres años se pasan en un vuelo, decía Perico, esforzándose por sonreír, mientras los ojos se le arrasaban en lágrimas!

—¿Tres años sin verte, y quieres que no me apure?... ¿Y quién me consuela miéntras, quién me ayuda á llevar esta pena, quién me dice que te veré volver como te veo ir?... Madre mía de los Milagros, ¿qué será de mi hijo?...

—Ella cuidará de él, mujer; no te aflijas, que con llorar no has de remediarlo,—replicaba Miguel.

—¡En ella confío, en ella confío!—gimió devotamente la madre. ¡Rézale mucho, hijo de mi alma, que ella sola es el amparo de los pobres y el refugio de los desgraciados!

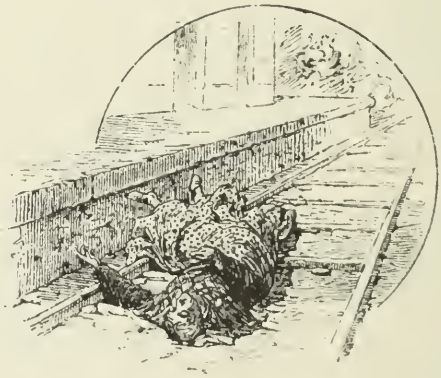
La campana que anuncia la salida del tren suena al fin, haciendo latir tantos corazones y de tan diverso modo: ábrense las puertas, y aquel tropel de padres y de hijos, aquella avalancha de dolor y de lágrimas, que, como las primeras al rodar por la montaña arrastran tras sí nuevas nieves, recogía por donde quiera que pasaba nuevas lágrimas, se precipita en el andén, poblando el aire de lamentos y de compasión los corazones. Llega el tren lanzando resoplidos, como un monstruo fatigado, y se detiene para recibir nueva carga, y luego continuar su afanosa carrera. Vele llegar Joaquina, y quisiera tener fuerzas para hacerle retroceder; convulsamente agarra á su hijo por el brazo, pero ya es preciso que marche; ya van cerrando las portezuelas de los coches, y el fatal grito de *¡Viajeros al tren!* se deja oír.

Joaquina se abalanza al cuello de su hijo, y cree que va á expirar al estrecharle contra su corazón.

—¡Hijo mío, hijo mío, hijo de mi vida!—exclamaba en tono desesperado, y derramando un raudal de lágrimas. Mientras tanto, Miguel, llorando como un niño, le abraza por el otro lado, y sin ser sentido de nadie, introduce en el bolsillo de su chaqueta treinta reales, resultado de sus ahorros, sudor de su frente, fruto de su trabajo, que tantas privaciones representaba. ¡Santo amor de padre, que desgarra el alma en su tierna sencillez!

Ya suena la campana que anuncia la salida del tren, y Perico con el corazón desgarrado, corre á subirse antes que se ponga en movimiento. Joaquina quiere aún volverle á abrazar, pero ya el tren se ha puesto en marcha: lánzase hacia él sin reflexionar lo que hace, y logra agarrarse al estribo y rozar con sus labios la frente de su hijo; mas las fuerzas le faltan, y despedida como una pelota, viene á chocar su cabeza entre la vía.

¿Pero que le importa á ella, si consiguió dar un último beso á su hijo querido?...



III

SENTADO Roque en una piedra de molino enseñaba varias habilidades á un podenco, á quien en su afán de hacer daño, había cortado el rabo y las orejas.

—Ahí viene un *monarco,*—decía, alzando una vara.

Y el perro ladraba, corría de un lado á otro, y agitándose furioso, parecía embestir.

—Ahí viene un republicano,—decía, bajando el palo.

Y el animal llegaba saltando, gruñía mansamente, y se acostaba humilde á sus pies.

Leíase en el rostro del muchacho el brutal *qué se me da á mí,* hijo de esa falta de delicadeza, que muestra en su frente la insolencia, como una diadema, lo mismo que, como un blasón, suele el vicio llevar ante sí el asqueroso cinismo. Al verle recostado en la pared, caída la faja, que dejaba asomar la camisa, atrás el sombrero y martirizando sin cesar á su pobre perro, hubiérasele notado cierto aire de familia con cuatro marranos, que, importándoseles un bledo las glo-

riosas ruinas en que dormían, disertaban no lejos de allí sobre las delicias de la vida *confortable* y la nada de las pompas humanas, que, como el castillo de Sidueñas, al fin y al cabo vienen al suelo: dignos seides de la época en que la actualidad borra el recuerdo del ejemplo que enseña, en que la materia ensalzada se atreve á luchar con el espíritu negado, y en que el estómago llega á vencer á la inteligencia; y lo que es peor, á la conciencia misma!

Joaquina, sentada en el umbral de la puerta, desgranaba unas mazorcas de maíz, y sonreíase de cuándo en cuándo al ver la estúpida atención que ponía Roque á las habilidades del perro.

—¡Qué arrimado á la cola eres, muchacho!—le dijo al fin. Si te caes á cuatro pies y te sale un rabo, de seguro que no te levantas.

—Pues así me parió V.; con que suya es la culpa,—replicó Roque.

—Verdad que te parí, hijo; y cuando veo que hecho un *jaron* se te pasan las horas muertas sin que hagas nada de provecho...

—¡Me da la gana!—la interrumpió el indómito muchacho.

—Con tu pan te lo comas, hijo, que para tí haces,—prosiguió la paciente madre; pero lo digo al tanto de que mientras tú bigardoneas, está tu padre allá en el naranjal trabajando como un negro.

—¿Y quién le manda trabajar?... El que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe.

—En casa del pobre, el día que no se trabaja no se come, y aquí hay muchos á gastarlo, pero á ganar está él solo.

—Pues si quiere que lo mantengan, que se meta en el Asilo, y allí lo mantendrán.

—¡Calla, calla esa boca, que merece picarse para los perros la lengua que tal dice de su padre!... ¿Te enseña eso el mala sombra que te lleva á los *cluns* (clubs), que han de ser tu perdición y la mía?...

—Yo hago lo que me da la real gana, y á V. nada le importa que de mi capa arregle un sayo.

—Me importa, y mucho; que ni la camisa que llevas puesta te pertenece, cuanto más la voluntad.

—¡Vamos, déjeme V. ya el alma quieta, y métase la lengua en un zapato!—contestó Roque, con esa superioridad despreciativa, propia del hijo emancipado, que de las ciudades ha llegado á los campos.

—¡Anda, alma de Caín, que en el infierno te lo dirán de misas!... Los malos hijos viven mal y acaban peor.

—¿Sermón tenemos?... Pues predícame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale,—contestó Roque, volviendo la espalda.

Y por mortificar á su madre, alejóse cantando:

Republicana es la luna,
Republicano es el sol,
Republicana es mi *jembra,*
Republicano soy yo.

La pobre madre siguió en silencio su tarea, mientras lentas y calladas surcaban sus mejillas las lágrimas que el brusco egoísmo y el mal natural de Roque traían de continuo á sus ojos; y como la memoria es un manantial inagotable de penas, cuando nos recuerda el amor de una persona que ya no existe ó vive lejos de nosotros, aumentaba su pesar, comparando la conducta de Roque con la de su otro hijo Perico, tan amante y tan amado.

—Él volverá, se decía.

Y la esperanza, que es el consuelo de un bien futuro, dul-

cificaba en su corazón el recuerdo, que es la tristeza de un bien pasado.

Embebida Joaquina en estos tristes pensamientos, no vió á un hombre largo y huesudo, que, subiendo apresuradamente el cerro, llegó á colocarse frente de ella:

—Salud y fraternidad,—dijo campanudamente.

—¡Caramba!—exclamó Joaquina sobresaltada. ¡Qué susto me ha dado V.!

—¿Tan feo soy que causo miedo?—preguntó el recién venido.

—Como que, si es verdad que el hipo se cura de un susto, con solo asomar las narices pone V. remedio.

No exageraba Joaquina: cuatro brochazos de Goya hubieran copiado de aquel hombre el tipo del patán disfrazado con la levita que odia porque la envidia, como con la piel del león se disfrazaba el asno; del cacique engreído, que, como el tuerto, es rey en tierra de ciegos; del *propagador de luces*, que, como los fósforos, vende al por menor; y así como estos ahuman, ennegrecen y no alumbran, este *cerillero intelectual* va manchando las inteligencias y las conciencias del pobre pueblo, que ciego le escucha por cuatro miserables ochavos.

Aquella fisonomía vulgar é insulsa, aquellos ojos bizcos que, practicando el *nosce te ipsum* de los antiguos, de cuándo en cuándo se escondían para verse por dentro; aquel largo y mugriento gabán con honores de toga romana; aquella corbata verde, roja y blanca, colores de la república, pero de una república tan desteñida, que el verde había pasado de la esperanza al desengaño, el rojo de la púrpura de Tiro al morado de penitencia, y el blanco de la inocente pureza, á la inocencia perdida; por último, y sobre todo esto, aquella tremenda cachiporra en que se apoyaba, con el mismo aire seguro con que un ciudadano pacífico se

apoyaría en sus *derechos individuales,* diseñaban exactamente al orador federal, no exponiendo, sino empuñando sus argumentos; al amigo de Roque, temido de su madre; al Mefistófeles que le imbuía peligrosas ideas, aconsejándole, en nombre de la patria, hurtar á su padre dineros, que como en el pozo Airón, donde se entra y no se sale, caían en sus profundos bolsillos.

No es de extrañar, por lo tanto, que con una cara muy semejante á la que pondría San Antonio al diablo, cuando le tentaba en el desierto, le dijese Joaquina:

—¿Qué mal viento le trae á V. por aquí, con esa corbata *apretáa* de hambre?

—El bien de la patria,—replicó el federal, con la retumbancia del viento.

—Pues aquí no vive su mercé; con que déjenos de tantos bienes, que no convienen.

—¡Señora!—exclamó el federal, que parecía azorado; basta de cuchufletas necias, y dígame usted dónde anda Roque, que tras él vengo.

—Roque ha *dío* al pueblo á vender la hortaliza, y hasta la noche no vuelve,—contestó Joaquina, mintiendo con el aplomo de un diplomático.

—Pues le esperaré aunque sea hasta mañana.

—Hágalo V. sentado, para no cansarse,—replicó Joaquina, levantándose impaciente; y con una caña en la mano fué á recoger una porción de gallinas que vagaban errantes, para ponerlas durante la noche al abrigo de rateros.

Mientras tanto, paseábase el federal por delante de la torre, volviendo la cara en todas direcciones, parándose á

cada instante para escuchar á lo lejos, y mirando con ansiedad hacia el sitio por donde debía de volver Roque. Quiso la fortuna que sus inquietos ojos tropezaran con una lápida de mármol blanco, que corona la puerta de la torre, donde se lee: «que el amor á las glorias de su familia hizo al actual Marqués del Castillo (1) emprender la restauración de este monumento histórico.»

—¡Oh vanidad de los ricos, que desprecio!... ¡No he de dejar de tí piedra sobre piedra!...—exclamó el federal, parodiando el odio y la espantosa jactancia con que Séneca hace decir á la vengativa Medea: *Medea superest!*—¡Medea, basta!

Pero cortó sus bríos la voz de Joaquina, que, con esa malicia y esa profunda intención que usa el pueblo andaluz cuando se burla, cantaba:

La vista recogida
Mucho penetra:
Eso dijo una niña
Porque era tuerta.

—¡No venga V. tirándome pullitas!—gritó el federal colérico, al comprender el sentido de la copla.

—Pues claro está que sé yo de qué pie cojea el banco: aquí viene de perilla aquello de *¿Porqué no come el neguito pan? Porque non dan.*

—O porque no quiere: que, tapando los husillos de mi casa, tengo yo los escudos de armas,—replicó el cacique. ¡Pero más que esos títulos pomposos,—añadió sacudiendo su mugriento gabán, valen estos nobles harapos que me cubren!

—¿Con *guindajito y tóo?*—preguntó la chusca Joaquina, señalando con la punta de la caña una redondela de cartón que, á guisa de cruz, traía el federal en el pecho.

(1) El Excmo. Sr. D. Francisco Ponce de León y Villavicencio.

Aquella redondela, que metafóricamente era medalla, estaba forrada de papel azul; en su anverso se leía: *18 de Setiembre;* y en su reverso: *¡Viva el pueblo soberano!* Una cinta, de las que llaman *tripilla de pollo,* la sostenía; y personificando el quiero y no puedo, imitaba sobre el mugriento gabán una gloriosa cruz en el pecho de un veterano.

—¡Sí, señora, con *guindajito y todo!*— exclamó el cacique furioso. Esta medalla es un monumento, que recordará siempre el triunfo de la Revolución y el heroísmo del pueblo.

—Ea, bien,—replicó cachazudamente Joaquina. Pues lleve V. siempre el paraguas debajo del brazo, porque al primer chaparrón que caiga sobre ese *menumento,* me lo desmorona.

—Nada importa que se desmorone; que aquí estoy yo para sostener sus doctrinas.

—Pues vaya V. á *preicar* en un cortijo sin gente, que allí le entenderán.

—Señora: yo, cuando hablo, hago del pueblo lo que quiero.

—¿Y porqué no se hace V. una levita, y manda la que trae al hospital, para que la echen en el puchero y suelte la grasa?...

De nuevo iba á contestar el indignado cacique, pero la llegada de Roque le atajó la palabra: traía en la mano una espuerta de habas, y seguíanle hasta media docena de pavos, que ansiosos picaban la espuerta.

—¡Roque, hijo mío!—gritó el cacique, corriendo á él. Llegó la hora de gritar: ¡Viva la república!

—¡Glu, glu, glu, glu!—clamaron los pavos, asustados por aquellos gritos.

—Compadre, hasta los pavos dicen ¡viva!—replicó Roque, admirándose de encontrar aquellos cofrades, que, haciendo abstracción de las plumas, eran, como él, bípedos.

Alarmada Joaquina al ver que el federal y Roque se alejaban por detrás de la torre hablando con misterio, siguiólos lentamente, oculta primero tras un pajar, y luego tras un carro, que por tener una rueda rota, ya no servía. Á las primeras palabras del cacique, Roque se llevó las manos á la cabeza, como espantado; pareció luego por sus adema-

nes, que aquel trataba de persuadir al muchacho de algo á que mostraba repugnancia, y el viento trajo distintamente á oídos de Joaquina estas palabras: *Causa del pueblo.—Patria.—Despotismo de los ricos.—Reparto de bienes.*

—¿Y si me pegan un balazo?—contestaba Roque á sus razones.

La pobre madre sintió frío en el corazón, como si aquella bala hubiese ya partido el pecho de su hijo. Pareció al fin Roque ceder á las razones del cacique, y, apretándole este ambas manos con entusiasmo, le dijo:

—¿Con que llevarás tu escopeta y la de tu padre?...

—Sí, contestó Roque; y con la cabeza baja y el aire taciturno, como si alguna grave idea le preocupara, tomó el camino de la huerta, donde en un sombrajo hecho á propósito tenía su cama.

Joaquina no se atrevió á detenerle; entró de nuevo en la torre, é instintivamente fué al sitio en que Miguel acostumbraba á colgar su escopeta. La escopeta no estaba allí, y al salir Miguel no la llevaba; luego Roque la tenía. Una inquieta curiosidad hacía á la pobre madre dar vueltas de un lado á otro, sin dirección fija; sentóse al fin en el umbral de la puerta, y, con la cabeza entre las manos y la vista fija en el suelo, quedó inmóvil. Su imaginación, aguijoneada por la incertidumbre, corría, arrastrando tras sí aquel pobre corazón de madre, estremecido ante las azarosas ideas que lo atormentaban.

Poco á poco se fué el sol, y tras él la luz, y unas después de otras vinieron luego las estrellas; y á medida que las sombras avanzaban, avanzaba también la angustia en el corazón de Joaquina. Llegó Miguel del trabajo, y se metió en la cama después de cenar, serio y taciturno, como tenía de costumbre.

Entonces salió Joaquina á la huerta, y atravesando lo sembrado, dirigióse rápida y calladamente al sombrajo de Roque. Un candil lo alumbraba: Molinera dormía en su cama de estiércol, junto á la hortaliza revuelta, y el serón vacío; Roque, sentado en un pitaco, daba aceite, que sacaba de un cuerno, á las llaves de dos escopetas, cuyos limpios cañones brillaban á la luz.

IV

UÉ haces levantado á estas horas, muchacho?—dijo Joaquina, entrando de repente en el sombrajo.

Roque se levantó de un salto, dejando caer al suelo las armas, y contestó entre airado y sorprendido:

—¿Y á V. qué le importa?

—¡Por María Santísima, dime qué es esto!—preguntó ansiosa Joaquina, dando con el pie á las escopetas.

—¡Señora!—váyase V. de aquí, ó hago un disparate.

—¡No me iré! ¡no me iré!—gritó la infeliz madre, cayendo en el pitaco que antes ocupaba su hijo.

Roque, sin decir palabra, la cogió por un brazo, y de un fuerte empellón la arrojó fuera.

—¡Pícaro!... ¡pícaro!—gimió Joaquina; ¡que voy á llamar á tu padre!...

—¡Llámele V., que para los dos hay!—contestó Roque, amenazándola de nuevo con el puño.

—¡Jesús! ¡Jesús!—murmuraba Joaquina, huyendo de aquel lugar como de un sitio maldito.

Miguel, dormido hacía largo rato, no sintió á Joaquina, que, sin desnudarse, se metió maquinalmente en la cama; pero el dolor y la zozobra ahuyentaban el sueño de sus párpados, y una detrás de otra vió pasar las primeras horas de la noche, con la lentitud de la desgracia, dejando cada cual una arruga en su frente y una herida en su corazón, y espantosas y terribles, como un peligro que se presagia, se adivina, se ve llegar, y no es posible conjurarlo...

De pronto se incorporó en el lecho tan bruscamente, que Miguel despertó sobresaltado: su oído alerta oyó aullar el podenco de Roque, y luego unos pasos, que ligeros se perdían á lo lejos.

—¿Qué tienes que no estás quieta un momento?—preguntó Miguel.

La pobre Joaquina se encogió de nuevo en la cama, y hubiéranse podido oír los latidos de su corazón de madre, que le reventaba en el pecho de dolor, de angustia y de zozobra, por la suerte de su infame hijo. Poco tardó Miguel en dormirse; y Joaquina, deslizándose entonces de la cama, se arrastró hasta la puerta, pero rechinó la llave en la cerradura; Miguel se agitó de nuevo entre sueños, y la infeliz permaneció pegada á la puerta, sufriendo en vida las angustias de la muerte.

Salió al fin al campo: la noche estaba oscura y negra como una mala conciencia, y, tropezando en su veloz carrera con árboles y plantas, voló Joaquina al sombrajo de su hijo. Aún ardía el candil pendiente de una estaca; pero su triste reflejo solo alumbraba aquel recinto vacío.

—¡Roque! ¡Roque!—llamó Joaquina, en queda y contenida voz, tendiendo hacia todas partes sus extraviados ojos.

Nadie le contestaba, y solo se oía, en el silencio de la noche, el ruido de una hoja que caía para morir, y el leve sonido del viento al hacerla su juguete.

—¡Madre mía de mi alma!... ¿dónde está mi hijo?—exclamó corriendo ciega á los naranjales. ¡Virgen de los Milagros, ve con él y no le abandones! Y de nuevo volvía á gritar: ¡Roque! ¡Roque!

—*¡Roque! ¡Roque!*—repetía el eco en las copas de los naranjos, en tan triste son, que parecía un lamento.

Joaquina corrió al arrecife, y llegó hasta las Cruces, llamando á su hijo; volvió de nuevo al sombrajo, después á la ermita, luego otra vez al camino, y siempre el mismo silencio cruel y la incertidumbre misma. Hasta el amanecer duró aquella espantosa carrera, en que la angustia le daba alas, fuerzas el dolor y la zozobra alientos. Rendida al fin, volvió á la torre, y se echó en la cama junto á Miguel, que aún no había despertado. Por su extraviado cerebro pasó la idea de despertar á este y pedirle auxilio en su aflicción; pero ya fuese piedad hacia el pobre viejo, ó quizá que sus labios de madre se negasen á acusar á su hijo, encontró fuerzas para sufrir sola, y esperar á que al rayar el alba Miguel marchase al trabajo.

Entonces tomó precipitadamente el camino de Jerez; varias mujeres y chiquillos que azorados huían de allí se cruzaron con ella en el camino: unas traían colchones, mantas otras, y algunos utensilios de los más necesarios.

Por estas supo la infeliz madre que desde la víspera se batía la tropa con el pueblo, y que suspendido el tiroteo por la noche, al amanecer había estallado de nuevo; dijéronle también que el regimiento de Málaga había llegado de Cádiz, y en aquel momento entraba en la lucha.

—¡Allí está mi Perico!—gritó la infeliz madre, llevándose las manos á la cabeza. ¡Mis hijos!, los hijos de mi alma frente á frente! decía al correr á Jerez como loca, comprendiendo al fin que Roque se hallaba en las barricadas.

Veloz como el rayo subió Joaquina la empinada cuesta

que llaman de las *Playas de San Telmo*, dirigiéndose sin descansar á la Cruz Vieja, teatro de la lucha: al salir por la calle Galván, una barricada le cortó el paso; varios paisanos la ocupaban, trayendo unos municiones, acarreando otros piedras y losas de las aceras, que acababan de arrancar, y algunos con las carabinas echadas á la cara, prontos á hacer fuego.

—Señora, ¿qué trae V. aquí?—dijo uno, empujando rudamente á la infeliz mujer, que no sabía sino exclamar:

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

Joaquina volvió atrás sus pasos, procurando al pasar por otras calles dar la vuelta á la barricada. Los vecinos, que por las puertas y ventanas entreabiertas seguían curiosamente los pormenores de la lucha, miraban con extrañeza aquella mujer, que, desatentada, con el pañolón echado

atrás, y llorando desconsoladamente, cruzaba las calles sin miedo á las balas, ni á los atropellos de la tropa, ni al fuego de los paisanos. ¡No sabían que era madre!

—¡Joaquina!—gritó de repente una voz de mujer, al entrar esta en la calle del Molino del Viento.

Paróse la desgraciada en mitad de la calle, volviendo á todas partes sus extraviados ojos, y, no viendo á nadie, siguió su fatigosa carrera; pero una mujer, que salió de una casa de vecindad, la detuvo por el vestido, exclamando:

—¡Alma de Dios! ¿dónde vas por ahí á que te peguen un balazo?...

—¡Mis hijos!—barbotó Joaquina.

Y sin que pudiese articular otra palabra, extendió la mano hacia el sitio en que, ronco y amenazador, retumbaba el tiroteo.

—¡Para eso sirven, para eso sirven los hijos!—gritó aquella mujer, con esa vehemencia de la gente del pueblo. ¡Ojalá que se ahogaran al nacer, ó se muriese una al parirlos!

Varias vecinas salieron de la misma casa, y rodearon á Joaquina, que, dejada caer en un montón de piedras, lloraba sin consuelo.

—¡Éntrese V. aquí, señora, le decían, y no tiente á Dios por esas calles!

—¡Yo no tengo sosiego hasta que los encuentre!—gemía Joaquina. ¡La bala que les alcance á ellos ha de pasarme á mí primero!...

Y como la vehemencia del dolor rechaza las razones, para correr tras la pasión que la excita, arrancóse bruscamente de los brazos que la sostenían. Una de aquellas mujeres tenía en el Cerro-Fuerte un puestecillo de fruta, abandonado desde la noche antes, al empezar el tiroteo; dióle á Joaquina la llave, aconsejándole que, puesta allí al abrigo de las balas, viese si se descubría á sus hijos: la pobre mu-

jer se encaminó hacia allá, mientras las vecinas lloraban al verla ir, con ese contagioso desconsuelo que sienten las madres ante la desgracia de otra madre.

Aquella miserable tiendecilla solo distaba veinte pasos de una barricada, que, apoyándose en la magnífica ruina de la casa de Villapanés, cerraba la calle del Cerro-Fuerte; del lado de allá estaba la tropa, y del de dentro los paisanos.

Las puertas de la tienda habían sido abiertas de par en par, revuelto su pobre menaje, destrozado el mostrador, y rotos algunos cuadros de santos que colgaban de las pare-

des; solo quedó intacta una estampa de la Virgen clavada en la pared, en la cual fijó Joaquina esa mirada desolada del dolor, cuando, agotadas las lágrimas y los sollozos y los gritos, se reconcentra en el pecho, y allí corroe y despedaza en silencio, si la cristiana resignación lo enfrena; pero, cual

un torrente de lava, se desborda, y tala y destruye cuanto á su paso se opone, si la desesperación impía rompe sus diques.

Joaquina entornó la puerta al sonar los primeros tiros, y, mirando por el hueco, oyó á lo lejos el estruendo de la lucha, que furiosamente se empeñaba, y cual sombras fantásticas veía cruzarse á los combatientes, envueltos en una capa de negro y espeso humo, que, al hacerse más compacta, cayó como una cortina por delante de aquel terrible escenario. La tropa tomó al fin la barricada, y unos paisanos la esperaron á pie quieto, luchando cuerpo á cuerpo, mientras otros, más cobardes, huían abandonando las armas que les acusaban de rebeldes. Aterrada Joaquina al oír que poco á poco se acercaba aquel espantoso estruendo, corrió el cerrojo de la puerta, y sin fuerzas se dejó caer en el suelo. Resonaron entonces á dos pasos de ella las detonaciones de la fusilería, las imprecaciones de los combatientes, los ayes de los heridos, y hasta el ruido de sus cuerpos al caer á tierra; dos balas, una después de otra, pasaron la débil puerta, y fueron á clavarse en la pared.

—¡Roque!—gritó de repente una voz, con la angustia del que pide á dos pasos de la muerte.

Joaquina se levantó de un salto, tan pálida y tan rígida como lo haría, si pudiese, un cadáver de su tumba.

—¡Roque!... ¡Roque, no tires!,—volvió á gritar la misma voz, aún más angustiada.

Sonó al mismo tiempo un tiro y un ¡ay!, el ruido de un cuerpo al caer, y el crujido del acero al dar una puñalada.

Joaquina se avanzó á la puerta, y la abrió de par en par.

¡Dios del cielo!... Perico, aquel hijo tan querido y tan llorado, yacía sin vida en el suelo, con un puñal clavado en el pecho, y en el corazón una bala. En pie, delante de él, estaba Roque: humeaba aún en su mano izquierda una es-

copeta, y chorreaba la derecha, sangre caliente de su hermano... Al ver aparecer á su madre, dió un paso atrás, y su mano crispada dejó en la frente una mancha roja.

—¡Caín! ¡Caín!... ¡En la frente escrito lo llevas!—le gritó Joaquina, con la horrible energía de la madre que maldice y el espantoso dolor de la que ve un hijo muerto y fratricida al otro.

LA MALEDICENCIA

LA MALEDICENCIA

I

Venenum aspidum sub labiis eorum.
Veneno de áspides hay en sus labios.
(Ps. 13, v. 3.)

Tan solo los mugidos del mar y los ronquidos del Duque turbaban, en el salón azul de la *villa* ducal, el silencio de aquella apacible noche de verano. Revolvíase aquel en su lecho de arenas, salpicando á veces de blanca espuma la gran verja de bronce, que aprisionaba la deliciosa *villa,* como los mimbres de una cesta á un ramo de flores: roncaba el Duque inmóvil en su poltrona de muelles, ante un lindo velador de porcelana con pie de bronce, que sostenía cartas y periódicos llegados aquella noche. Los mugidos del mar

revelaban la cólera de una tempestad pasada; los ronquidos del Duque la calma de una digestión bien hecha, y aquellas dos manifestaciones de la naturaleza agitada y de la humanidad en calma, llegaban á oídos de la Duquesa, sin conseguir apartar su atención de la obra que traía entre manos.

Asomaban, por mitones de seda calada que le subían hasta el codo, sus afilados dedos, moviendo sin cesar cuatro agujas de acero, telar en que iba formando, con finísimo estambre rojo, un pequeño objeto que á cada paso estiraba y contemplaba, con esa sonrisa especial, que presta á la fisonomía de la mujer los rasgos característicos de la abuela; porque era en efecto aquel pequeño objeto, que con tanto amor trabajaba la Duquesa, el primer calcetín que había de calzarse el último de sus nietos.

Hallábase sentada frente por frente del Duque, junto á una gran puerta que daba salida al jardín, á la sazón de par en par abierta, para dar entrada á la fresca brisa del mar, que las flores del jardín embalsamaban. Había cenado el Duque á las ocho, según tenía por costumbre en los meses de verano, que pasaba en su deliciosa *villa*. á orillas del Cantábrico, y habíase el buen señor excedido en la cena algo más de lo que á sus sesenta y ocho años y á su constitución apoplética convenía. Mirábalo de cuándo en cuándo la Duquesa entre inquieta é impaciente, hasta que, al oír un ronquido tres puntos más alto que los anteriores, exclamó, golpeando con el pie el pavimento de roble encerado:

—¡Juanito! ¡Juanito!... ¡Que no son todavía las diez y luego te desvelas!...

Juanito se agitó en su poltrona, abrió pesadamente los ojos, y sonriéndose con esa expresión de bienestar congestivo, propio de los viejos gordos cuando cabecean el sueño, prosiguió el suyo tranquilamente.

—¡Eso es!—añadió la Duquesa con redoblada impacien-

cia. ¡Unos huevecitos primero, y un aloncito después, y una pechuguita luego, y la ternera más tarde, y una apoplegía de postre!...

Y esforzando la voz, é hiriendo de nuevo con el pie el pavimento, gritó:

—¡Juanito!... ¡Que de cenas y penas están las sepulturas llenas!

El Duque tornó á sonreírse primero y á roncar después, sin darse por entendido, y la Duquesa prosiguió su tarea encogiéndose de hombros, moviendo sus agujas de acero, estirando su calcetín, y participando ya del inocente gozo que esperaba á su nieto, al ver calzadas de rojo sus piernecillas; privilegio exclusivo hasta entonces de los cardenales y las perdices.

De repente vino á interrumpir sus reflexiones de abuela una diminuta piedrecita, que, lanzada suavemente desde el jardín, fué á rodar á sus pies sobre el pavimento. La Duquesa levantó vivamente la cabeza, y fijó su mirada en el hueco de la puerta abierta; mas solo pudo distinguir las oscuras tinieblas de la noche, cortadas diagonalmente de quicio á quicio, por el foco de luz que del salón se escapaba. Miró entonces al techo, para ver si alguna partícula de sus molduras se había desprendido, y, no descubriendo nada, prosiguió en silencio su tarea.

Algunos momentos después, otra segunda piedrecita, lanzada con más acierto, vino á pegarle primero en los dedos, y á caer después entre los pliegues de su falda. La Duquesa volvió á levantar la cabeza sorprendida, y vió entonces, en el mismo triángulo de luz, que avanzaba fuera de la puerta, y oculta por lo tanto á la vista del Duque, la figura de una mujer con el traje de las caseras vascongadas. La señora dió un brinco en la linda *marquesita* de cretona que le servía de asiento, y exclamó asustada:

—¡Jesús!

Sobresaltóse á este grito la casera, y llevándose un dedo á los labios, con gesto de grande angustia, desapareció en la sombra, haciendo señas á la Duquesa de que en el jardín la esperaba. Mientras tanto frotóse el Duque los ojos, y con su calma de costumbre, dijo entre dos bostezos:

—¿Qué es eso?... ¿qué pasa?

—¡Que... que... que me he pinchado el dedo con esta pícara aguja!—respondió la Duquesa, arrojando con fingida cólera los calcetines del nieto. Y al ver que el Duque se incorporaba, mirando maquinalmente hacia el jardín, púsose con disimulo delante de la puerta.

—¡Válgame Dios!—decía, chupándose el dedo. ¡Si me ha llegado hasta el hueso!...

El Duque estiró las piernas, cruzó las manos sobre su abultado abdomen, y volviendo á cerrar los ojos, dijo reposadamente:

—Que avisen á la parroquia y traigan los santos óleos.

—¡Sí!... como á tí no te duele...

—¿Que no me duele, Clarita?... Te digo, como Madame de Sevigné á su amiga: *Me he dado un pinchazo en su dedo de V....*

La Duquesa hizo un gesto de irónico agradecimiento, y replicó:

—Pues voy á ponerme en el acto un poco de tafetán inglés, no se te encone la herida.

—¡Bien hecho, hija mía!... Picóme una pulga y atéme una sábana... Nelatón debía de venir á operarte.

Y al decir esto el Duque, bostezó en tres tiempos, fijando de nuevo en el jardín sus soñolientos ojos. La Duquesa, que ya se dirigía á la puerta, volvió á ponérsele delante, diciendo vivamente, sin dejar de chuparse el dedo:

—Pues lo que es á quejumbroso, nadie te gana... Por un

sinapismillo que te pusieron el otro día, se oían los gritos en la punta del Machichaco.

—¡Echa!... Andaluza merecías ser, si no fueras vascongada.

—¡Pues claro está!

—Pues está oscuro... Un sinapismo es una *herida civil,* de que le es permitido á un veterano quejarse... No me sucede lo mismo con las recibidas en el campo de batalla.

El Duque había sido Guardia de Corps del señor Rey D. Fernando VII, y recordaba, con cierta fruición belicosa, haber olido la pólvora de los castillos de fuego, que por aquel entonces se quemaban en las fiestas reales.

—¡Ya!—replicó burlonamente la Duquesa, mirando hacia el jardín con disimulo. Sería la de aquel cohete que te chamuscó la casaca en la jura de la Reina... No recuerdo que hayas recibido otra herida.

—¿La casaca?... y también me chamuscó el pelo, hija mía... Y al infante D. Francisco, que estaba á mi lado, á poco más le salta un ojo.

—Mira, Juanito,—replicó la Duquesa, cortando la conversación, al convencerse de que no se descubrían desde allí ni rastros de la casera. Si fueras rey, no habían de llamarte Juan el Batallador, sino Juan el Pacífico.

Y volviendo la espalda sin más ceremonia, salió de la estancia, discurriendo el misterio que podría encerrar la aparición de aquella casera, que al ocultarse en la sombra le parecía haber conocido.

—No me queda duda,—murmuraba; es Pachica, la casera de Azcoeta.

Atravesó entonces varios pasillos con toda la ligereza que le permitían sus cincuenta años, y salió al jardín por una puerta excusada, en busca de Pachica. No tardó mucho en encontrarla; una sombra se destacó en silencio de un bos-

quecillo de lilas, y agarrando bruscamente á la Duquesa por las manos, dijo en vascuence, con voz baja y angustiosa:

—¡Se muere, señora... se muere!

—¿Quién?—exclamó sobresaltada la Duquesa.

La casera rechinó los dientes, dejando escapar exclamaciones comprimidas, que tenían algo de sollozos y mucho de rugidos, y arrastró hacia el interior del jardín á la gran señora, que llena de ansiedad y de zozobra le preguntaba:

—¿Pero, qué pasa, Pachica?... ¡habla, hija mía!...

Mientras tanto habíase despabilado el Duque, y buscaba en los periódicos del día las noticias de la guerra civil, que asolaba á la sazón aquellas hermosas y nobles provincias. La cosa iba de veras: aquellas informes partidas de pobres caseros que, al grito de *Dios, Patria y Rey*, habían enarbolado en Guipúzcoa la bandera de Carlos VII, íbanse trocando poco á poco en aguerridos batallones, que mantenían á raya y aun haciendo retroceder á los soldados de la República; y este fenómeno, que el Duque tenía ante sus ojos en las Provincias Vascongadas, comenzaba á efectuarse también, según testimonio de aquellos periódicos, en Cataluña, Navarra, Aragón, Castilla y aun en la misma Andalucía.

Estas noticias espantaron el sueño al señor Duque, llevándole á los límites que podían tener en él la alarma y la impaciencia; rascóse la nariz, y murmuró por lo bajo:

—¡Cáspita!... ¡cáspita!

Posible era que los carlistas dieran al traste con el gobierno de la intrusa República, y esto le llenaba de júbilo; posible era también que impidiesen la bien planteada restauración de D. Alfonso XII, y esto le hacía torcer el gesto: y posible era, y aun probable, que aquellos batallones nacientes forzasen la línea republicana, que desde las ventanas de su palacio distinguía él en las cumbres de Talaya-

mendi; que llegasen hasta aquel salón mismo, le impusiesen contribuciones, le dieran un susto, le interrumpieran una digestión... y ante el peligro de ver destruído el equilibrio de sus jugos gástricos, el pacífico señor volvía á rascarse las narices, y con inusitada energía exclamaba:

—¡Cáspita!... ¡caspitina!... ¡cáspita!

En este momento entró la Duquesa; venía pálida, haciendo heróicos esfuerzos para disimular el temblor nervioso que la agitaba de pies á cabeza, y por una previsión verdaderamente femenil, traía puesto en el índice de la mano derecha, en que había fingido el pinchazo, un dedil cortado á un guante de cabritilla. Dejóse caer en un pequeño diván, compañero de la *marquesita* que antes ocupaba, y reclinando la cabeza en un almohadón, dijo, con el fin de encontrar eco en su ilustre esposo:

—¡Me estoy cayendo de sueño!...

Pero el señor Duque, que había dormido hasta entonces como una marmota, ó sea *mus alpinus,* según la llama Plinio, no parecía dispuesto á dejarse contagiar con el sueño que su mujer quería infundirle, y contestó, sin soltar el periódico:

—Señal de que no es grave la herida.

—Por ahora no me quedaré manca,—dijo la Duquesa, haciendo jugar las articulaciones de su dedo enfundado, mientras con el rabillo del ojo observaba con angustia que, absorto el Duque en su lectura, no llevaba trazas de levantar el campo.

Siguióse entonces un gran rato de silencio, en que el Duque no quitaba los ojos del periódico, ni la Duquesa los apartaba de un magnífico péndulo, que dejaba oír ese acompasado *tric-trac,* medida del tiempo, tan rápido para el que goza, tan lento para el que sufre, tan terrible para el que piensa que á su monótono compás se va acercando la

muerte. Por dos veces abrió la boca como para decir algo, y por dos veces volvió á cerrarla, con esa indecisión del prudente, que nunca se apresura á hablar, sin haber pesado y medido lo que quiere decir. Incorporóse al cabo un poco en el diván, y dijo con naturalidad perfectamente fingida:

—Dime, Juanito... ¿No fué el hijo de Pachica la de Azcoeta el asistente que se fué con Dieguito?...

El Duque dejó el periódico, arrugándolo contra la mesa, y contestó todo lo incomodado que su índole de pasta de almendra le permitió:

—¡No me hables de carlistas, Clarita..., que ni oírlos nombrar quiero!... Ridículo es que esté trabajando yo con todas mis fuerzas para la restauración de D. Alfonso, y sea al mismo tiempo el padrino y el encubridor de todos esos señores de boina, tan solo porque mi señora la Duquesa no ha digerido todavía las sopas carlistas con que hace cincuenta años la destetaron.

—Pero, hombre, ¡si yo no te pido nada!...

—¡Pues por si acaso!... Tu sobrino Dieguito y el mastuerzo de su asistente son dos buenas piezas... ¡Pasarse á los carlistas á los treinta y dos años, y siendo coronel de artillería!

—Pues no, que iría á esperar á los sesenta...

—¡Á los ochenta que lo hubiera hecho sería siempre un disparate!... El día en que se puso la boina fué para mí el de su muerte, y así lo dije en Biarritz á él y á la bobalicona de su mujer... Dieguito, le dije, para mí has muerto... Toda la parte de los Quiñones, te la dejo en mi testamento...—¡Porque eso sí!... ¡caballero es como ninguno!—Aquí tienes veinte mil reales por si se ocurre algún apuro, y en Burdeos letra abierta á mi nombre... Si necesitas algo, escribe; pero acuérdate que para tu tío ya no existes!...

El Duque lanzó á la señora una mirada de Agamenón

satisfecho, y prosiguió con todo el énfasis de un borrego indignado:

—Y cuando yo creí que mi señor sobrino caería á mis pies confundido, el muy... carlista, se me echa á reír en mis barbas, y se me abraza al cuello, haciéndome arrumacos... ¡Vamos! si cada vez que me acuerdo se me sulfura la sangre... ¡Porque lo que más rabia me daba era, que mientras él se estaba riendo, yo estaba llorando!...

La Duquesa no pudo menos de reírse también de los alardes de severidad de su marido, y dando sin duda por sondeado lo que deseaba sondear, dijo, tomando un libro con tapas de terciopelo y broches de plata.

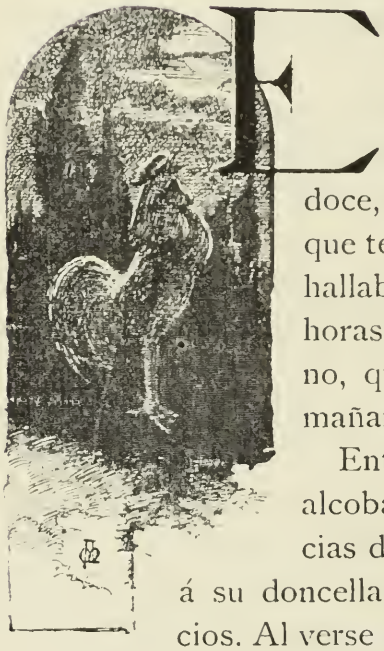
—Bien: no hablemos más de carlistas... y déjame leer en paz mi capítulo del *Kempis*.

El Duque clavó los ojos en su mujer, con aquella mirada con que Júpiter estremecía el Olimpo y tumbaba de espalda á los dioses, y replicó severamente:

—Si hay alguno que trate de que la consecuencia política debe de estar por encima del amor á sobrinos locos, te vendrá de molde.

—Por esta noche, — contestó con calma la Duquesa abriendo el libro, voy á leer este: *Que los viejos gordos y prudentes, deben cenar poco y acostarse temprano...* ¿Quieres que te lo lea de recio?...

II

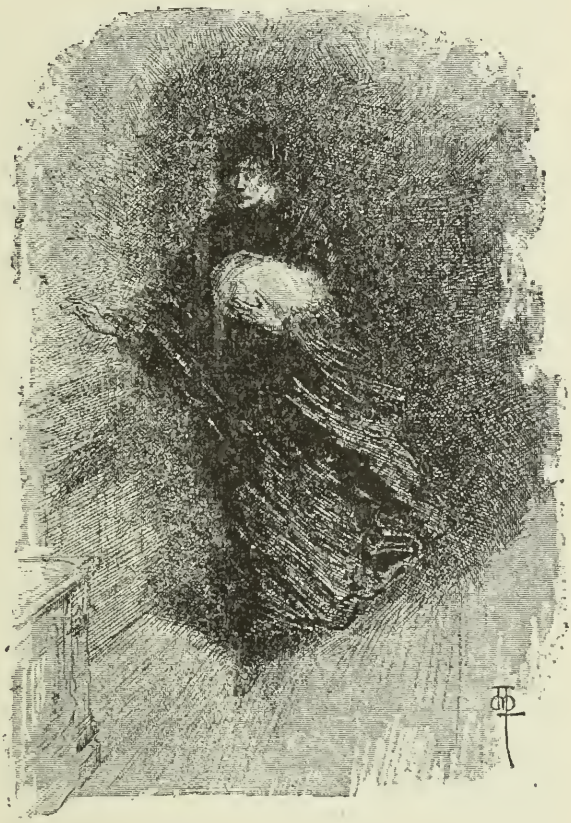


EL reloj de la parroquia dió las doce, anunciando á pobres y ricos que tenían un día menos de vida, y se hallaban, por lo tanto, veinticuatro horas más cerca de ese otro día eterno, que no tiene ayer que llorar, ni mañana que temer.

Entonces entró la Duquesa en su alcoba, libre al fin de las impertinencias del Duque, y despidió en el acto á su doncella, sin querer aceptar sus servicios. Al verse sola aparecieron en su semblante sin trabas de ningún género, la aflicción y la zozobra que había reprimido hasta entonces. Abrió precipitadamente un gran ropero de caoba, cuya puerta la formaba la luna de un magnífico espejo, y sacó varias camisas de finísimo hilo, y algunas otras ropas de tela propia para hilas y vendajes; hizo con ellas un gran paquete, colocando en el centro varios botecitos de árnica y bálsamos y un pequeño estuche de cirujía, y liólo todo en un gran pañuelo de seda. Envolvióse después ella misma en un largo abrigo oscuro, que era al mismo tiempo impermeable, y cubrióse la cabeza y

parte del rostro con una toquilla negra de finísimas mallas de lana. Entonces cogió el paquete, y salió cautelosamente de la estancia, dejando la luz apagada y cerrada la puerta.

El silencio y la oscuridad reinaban ya en toda la casa: la señora se deslizaba á lo largo de los corredores, andando de puntillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, extendida la mano que el paquete le dejaba libre, y deteniéndose á cada paso para escuchar si algún rumor lejano le advertía el peligro de ser descubierta. Sus ojos ansiosamente abiertos veían esas mil luces extrañas que aparecen en la oscuridad; oía esos vagos ruidos que acompañan más bien que turban el silencio de la noche, y se le presentaban delante esos caprichosos fantasmas que brotan en la imaginación á la nerviosa influencia del miedo.



Llegó al fin al piso bajo, destinado solo á recibimiento, y menos temerosa de ser sorprendida, comenzó á caminar con más desembarazo. Á tientas buscó un gran arcón antiguo de madera ricamente tallado, que ocupaba un ángulo del vestíbulo, y corriendo por él la mano, dió con una puertecita,

que abrió silenciosamente. Allí estaba el oratorio: una lámpara de china formada por un tulipán rojo, ardía ante una imagen de la Virgen de la Soledad, que ocupaba el altar: las bellas manos de la imagen sostenían un rico pañuelo de encajes, que había sido el de boda de la Duquesa, y pendía también de ellas un rosario tosco, pero ricamente engarzado; veneranda reliquia en aquella familia, por haber pertenecido á una ilustre antepasada, que llamaban la *Duquesa Santa*, muerta en olor de santidad en las Carmelitas Descalzas. La Duquesa se arrojó, más bien que se arrodilló, en un reclinatorio de ébano con cojines de terciopelo, y ocultando el rostro entre sus manos convulsamente cruzadas, oró breve rato. Encendió después cuatro grandes hachones colocados sobre el altar en macizos candeleros de plata, y fijando en la Virgen una mirada, en que se leían á la vez la angustia y la esperanza, desprendió de sus manos el precioso rosario, y se lo echó al cuello, ocultándolo entre los pliegues de su abrigo. Después salió del oratorio, dejando aquellas luces encendidas, como imagen viva de sus ruegos á la Santa Madre de Dios.

Ya no temblaba: con paso firme salió al jardín, y llegó hasta una puertecita excusada, abierta en la misma verja, donde, acurrucada contra el quicio, la esperaba Pachica. Las dos mujeres se dirigieron al monte, dando un rodeo por las afueras del pueblo. Pachica comenzó á narrar en vascuence una larga historia, que interrumpía á menudo con gestos violentos y sordas exclamaciones. La Duquesa la escuchaba atentamente, con la cabeza baja, sin dejar de andar, haciéndole á veces preguntas cortadas, en aquel mismo idioma que en su niñez había aprendido, siguiendo la costumbre de las familias nobles vascongadas, que tan laudable empeño ponen en familiarizar á sus hijos con ese extraño idioma, problema de los eruditos, baluarte el más

fuerte de las sencillas costumbres de aquella tierra, elogio el más grande de los nobles vascos, que nunca han mancillado su lengua, dando en ella carta de naturaleza á palabra alguna de significación impura.

La noche estaba fresca y serena: á la derecha se extendía el mar, cuya fosforescencia brillaba á veces en la oscuridad, como enormes gusanos de luz que se irguiesen en las crestas de las olas. Á la izquierda se levantaba el monte de Santa Bárbara, cortando bruscamente el oscuro azul del cielo, en que brillaban las estrellas, con esa serena majestad que trae espontáneamente á los labios el verso del real Profeta: *Opera manuum tuarum annuntiat firmamentum* (1).

Las dos mujeres atravesaron diagonalmente la carretera, y comenzaron á trepar por la ladera del monte, siguiendo un estrecho sendero, que se abría paso entre un bosque de manzanos. La Duquesa se apoyaba en Pachica, y no obstante lo escabroso del camino, andaba ligeramente, sin muestra alguna de cansancio. Al doblar la punta del monte que mira al lado de tierra, Pachica se detuvo de repente, y extendiendo el brazo hacia las alturas de Talayamendi, dijo con voz sorda, á que prestaba el rencor sus notas más profundas:

—*Echeko-andria... ¡Ara beltzak!...* (2).

La Duquesa se arrimó instintivamente á Pachica, y mirando con terror hacia el paraje indicado, dijo sobresaltada:

—¡Vámonos!... ¡Vámonos pronto!

Distinguíase, en efecto, sobre el azul estrellado del cielo, el negro contorno de Talayamendi; y en su falda, ó quizá en las verdes colinas que de un monte á otro se extienden, formando pintorescas ondulaciones, semejantes al oleaje de

(1) El firmamento anuncia las obras de tus manos. (Salmo 18.)

(2) Señora... ¡los negros! — Nombre con que en la última guerra designaban en las provincias á las tropas liberales, á las cuales solían también llamar *Guiris*.

un mar de verdura, veíanse algunas hogueras, que relumbraban acá y allá entre los bosques de castaños y de robles como ojos de animales fantásticos, dispuestos en emboscada. Eran las fogatas de la columna republicana, rechazada días antes por los carlistas desde las alturas de Talayamendi.

La Duquesa apresuró el paso, mirando á todos lados con terror, como si temiese ver asomar por detrás de cada árbol una avanzada republicana. Pachica la seguía, dando sordos gemidos y apretando los puños, que levantaba en alto, como si la vista de aquellas fogatas despertase en su corazón el encono más profundo.

Un cuarto de hora después, una gran mole de piedra, que blanqueaba algo sobre la oscuridad del bosque que la rodeaba, les cortó el paso: era el caserío de Azcoeta. Pachica ayudó á la Duquesa á subir diez escalones de piedra, pegados al muro, y se encontraron entonces ante una puerta de madera, por cuyas rendijas se escapaban algunos reflejos de luz: la casera arañó suavemente la puerta, y la luz se apagó en el acto. Abrióse entonces un postiguillo, y una voz de mujer dijo muy bajo:

—*¿Beori alda ama?*... (1).

—*Bay, ni naiz... Iriki zazu* (2); contestó Pachica.

Oyóse entonces descorrer cautelosamente un cerrojo y quitar una tranca, y la puerta giró en silencio sobre sus goznes, dejando un boquerón negro, por donde se escapaba ese olor especial de los establos, y se oía el acompasado ruido propio de las vacas al rumiar los alimentos. Las dos mujeres entraron á tientas en el caserío, y la puerta se volvió á cerrar como por encanto detrás de ellas, dejándolas sumergidas en la oscuridad más profunda. Aquellas pre-

(1) ¿Es V., madre?

(2) Sí, yo soy..., ábreme.

cauciones que tomaba la casera por miedo á los espías republicanos, que inundaban toda la comarca, hacían á la pobre Duquesa temblar de miedo: agarróse con ambas manos á Pachica, y no la soltó hasta que la luz de un fósforo brilló de repente en manos de esta, dejando ver á otra mujer de unos treinta años, que le presentaba, para que lo encendiese, el candil de hierro que antes de abrir había apagado. Colgaban por todas partes aperos de labranza: cuatro vacas rumiaban en un rincón en sus camas de estiércol, separadas por tablones; una escalera de madera vieja y empinada se veía en el fondo, y debajo de ella, asomando entre un montón de helechos, como crías de jilgueros por encima

del nido, vió la Duquesa cuatro rubias cabecitas, cuyos brillantes ojitos se fijaban en ella, con esa admiración mezclada de espanto, que causa en los niños todo lo inesperado y misterioso.

—¡Los huérfanos!—dijo la Duquesa, deteniéndose ante ellos, y echándose á llorar.

—¡Los huérfanos!—repitió Pachica con voz entera, como la de una leona.

Eran aquellos niños hijos de Chomin, el primogénito de Pachica, y era su madre la mujer que había abierto la puerta.

Esta alumbró á su suegra y á la Duquesa, que subieron lentamente la desvencijada escalera, cuyos peldaños se cimbraban y crujían bajo el peso de sus pies. Encontráronse entonces en una especie de granero abuhardillado, lleno en su mayor parte de heno y de helechos. Pachica comenzó

á separar con sus nervudos brazos los montones de gavillas que en el rincón más oculto se apilaban hasta las vigas, y apareció detrás una pequeña puerta.

La Duquesa se adelantó hacia ella, temblando como una azogada... Mas ya no temblaba de miedo: temblaba como tiembla la compasión al presentir una desgracia, como tiembla la caridad al enjugar una lágrima.

Pachica abrió al fin la puerta, y un cuadro extraño á la vez que terrible apareció á la vista. Sobre un jergón de pajas cubierto con una manta, yacía inmóvil un hombre, cuyas facciones tenían la corrección y la palidez marmórea del Apolo de Belveder: una casaca manchada de sangre, con galones de coronel y la cifra de Carlos VII en los botones y el cuello, cubría sus pies, como abrigándolos; y arrodillada ante estos, apoyándose con una mano en el triste lecho, y fijos los ojos en la puerta con ansiedad infinita, había una mujer casi niña, bella y elegante aun en medio del desorden de su traje, con esa distinción inimitable que imprime en la persona el rango del individuo.

La Duquesa llegó hasta el dintel de la puerta, y sin poder articular una palabra, extendió los brazos hacia dentro... La joven lanzó un grito, semejante al del náufrago que se ase á una tabla, y se arrojó en ellos exclamando:

—¡Tía!... ¡Tía Clara!... ¡Tía de mi alma!

III

Un *rum-rum* misterioso circulaba aquella noche por la tertulia íntima de la Condesa. Había nacido el rumor en las mesas de tresillo, pasado luego al círculo de señoras mayores, y prendido al fin algunos chispazos en el de las señoritas, que, hechas todas oídos, se aprestaban á ponerse pálidas ó coloradas, según el caso lo requiriese. Mezclábanse en aquel rumor misterioso los nombres de Diego de Qui-

ñones y su esposa Pilar Trelles, sobrinos de la Duquesa, y varias voces habían preguntado ya con cierto retintín malicioso por qué no acudía esta á su partida de tresillo, hacia más de cuatro noches.

Los chismosos más hábiles en el arte de averiguar vidas ajenas descubrían ya, en el horizonte de la maledicencia, algo gordo, que viniese á distraer sus ocios de verano, y á suplir en parte la falta del baile, suprimido en aquellos mismos días por exigencias de un fraile impertinente... Y vaya V. á ver la razón que alegaba el bueno del fraile: que los ecos de la orquesta se confundían con el tiroteo de carlistas y republicanos, que á dos leguas de allí se batían y se mataban porque les daba su realísima ó su republicanísima gana.

De repente apareció en medio del salón, como llovido del cielo, el Marquesito del Pimpollo, dejando escapar en las más agudas notas de su voz de tiple, esta mágica palabra:

—¡¡Noticia!!...

Y maravillado del efecto que en la concurrencia causaba su exordio, quedóse inmóvil en medio del salón, con la sonrisa en los labios, el cuello graciosamente arqueado, saliente una nuez, digna de competir con las mollares de Ronda, levantado un dedo como quien impone silencio, y jugueteando los de la otra mano en la solapa de su levita, que ostentaba en el ojal un odorífero nardo.

—¡Noticia!... ¡Noticia!...—repitieron por todas partes: y la ociosa actividad de aquellos ilustres señores se paralizó por un momento, esperando algo de aquello que se apresta-

ban á discutir en la asamblea siempre deliberante de sus lenguas murmuradoras. Cesaron las conversaciones, suspendiéronse las risas, los murmullos se apagaron, el tresillo sufrió un paréntesis, capaz de comprometer el alza de sus fondos, y hasta *Chilín*. el perrito americano de la Condesa, dejó las faldas de su dueña, para correr al encuentro de aquel Mercurio, mensajero de secretas nuevas, levantando la patita con todo el aire de una pregunta.

Duró un momento el silencio de la expectación, y desbordóse ruidoso el torrente de la curiosidad. Cincuenta bocas distintas asestaron al Marquesito, cincuenta preguntas diversas que, como otras tantas estocadas, evitó el interesantísimo joven, con los quites de sus perezosos ojos, y las oscilaciones negativas de su perfumada cabeza.

—¿Pero qué es ello?—instó la Condesa, con esa diplomacia femenina, que jamás ataca de frente. ¿Se ha suspendido la jira de la Marquesa?

La sonrisa de Pimpollo se dilató, hasta convertirse en capullo, y contestó á la señora, enviándole una mirada asesina:

—No, Condesa... El jueves, si el tiempo no lo impide, rabiarán de envidia las Náyades del Urola, al verla surcar á V. sus ondas camino de Oiquina.

—¿Han entrado los carlistas en Tolosa?—preguntó el Conde, atacando á su vez, sin dar tampoco la cara.

Pimpollo giró sobre los talones, y sombreando su sonrisa de capullo con la gravedad de sus veinte años, y la importancia de su cargo de *attaché diplomatique*, que hacía tres meses campeaba en sus tarjetas, contestó con la seriedad de Talleyrand y el aplomo de Metternich:

—Ni han entrado los carlistas en Tolosa, ni entrarán en ninguna parte, querido Conde... Necesitan organizar su cuerpo diplomático... Se lo dije á Valdespina y no me hizo caso.

Algunas risitas burlonas comenzaron á oírse por los rincones, y el diplomático en agraz añadió desafiándolas:

—Cánovas y yo opinamos en esto lo mismo.

Las risitas marcaron un rapidísimo *crescendo,* que hubiera ascendido á carcajada estrepitosa, si el Marquesito no hubiese reanudado su discurso diciendo:

—La noticia en cuestión no pertenece á la política, ni pertenece tampoco á la crónica sencilla de los *reporters* veraniegos... Pertenece á la *crónica escandalosa.*

—¿Á la crónica escandalosa?... ¡Jesús!... Y las honestas matronas, y las púdicas doncellas se taparon las orejas y arrimaron las cabezas, estrechando el círculo en torno del diplomático, con un zumbido semejante al aleteo de un enjambre de murciélagos-vampiros, que se aprestasen á chupar la sangre de una víctima.

El pimpollo coronado miró á todas partes sin dejar de sonreír, y, extendiendo una mano, dijo dramáticamente:

—¡¡Se trata de un rapto!!...

¡Ah!... ¡Con cuánto gusto estamparíamos aquí que, á esta escandalosa palabra, cien voces se levantaron á un tiempo, y cien manos señalaron la puerta de la calle, al necio botarate que deshonraba aquella casa pronunciándola!... No sucedió así, sin embargo: dos solas preguntas se dejaron oír, pronunciadas en tonos diversos...

—¿Quién es el Páris?—preguntaron todas las Elenas, con la nerviosa avidez de la curiosidad próxima á verse satisfecha.

—¿Quién es la Elena?—dijeron todos los Páris, con el tono socarrón del que pregunta lo que ya sabe ó á lo menos sospecha.

—La Elena,—prosiguió el Marquesito lentamente, como quien plantea los términos de una ecuación, es una conocidísima dama, ornato de la alta sociedad madrileña... El

Páris es cierto Conde prusiano, que harto de cazar jabalíes en los bosques de Lituania, ha venido á buscar aventuras en el campo carlista... La Elena ha desaparecido de Biarritz, dejando á sus hijos con el aya, y á su Menelao, que no es rey de Esparta, sino coronel de D. Carlos, batiéndose á dos pasos de aquí, en las montañas de Guipúzcoa...

La mecha estaba aplicada, y la mina reventó en el acto... ¡Á la maligna insinuación de aquel botarate, cuya petulancia excitaba un momento antes la risa de todos los presentes, un nombre ilustre, el nombre de Pilar Trelles, hasta entonces puro y honrado, brotó de todos los labios, entre exclamaciones de asombro, de burla, de desdén, de triunfo; sin que á nadie se le ocurriese poner en duda la verdad del hecho, sin que nadie parase mientes en la ruin persona que lo aseguraba!... Porque tiene el mal en nuestros tiempos, una persuasión tan irresistible, que al referir el embustero vicios inventados, alcanza mayor crédito que al narrar el veraz virtudes ciertas. ¡Triste consecuencia de esa tergiversación del sentido moral, que encanalla el corazón, entontece el entendimiento y embota esa preciosa cualidad que llaman *sentido común*, y debieran de llamar *sentido raro!*... Porque, habituada nuestra pervertida sociedad á la atmósfera del escándalo, encuentra verosímiles en cada individuo las aberraciones y maldades de que ella en conjunto se siente culpable, y las acoge, y las propaga, y las comenta, con la rabiosa envidia de la barrendera asquerosa, que arroja lodo sobre la dama vestida de terciopelo, por gozarse en verla á su nivel, manchada en el fango en que ella misma se revuelca... ¡Hasta tal punto degrada al maldiciente ese vicio, nunca bastante anatematizado, gangrena hasta de almas piadosas, que tan horriblemente ha de castigar aquel Dios que, con ser paz y misericordia, juzga reo del fuego eterno al hombre que llamare á su hermano *Raca*, necio!...

Tan solo un viejo, cuyo gran bigote blanco le daba el aspecto de un veterano, se levantó de un salto al oír el grito de los maldicientes, y se acercó al grupo, exclamando:

—¡Falso!... ¡falsísimo!...

Contúvose, sin embargo, como temeroso de dar un escándalo, y haciendo sobre sí mismo un esfuerzo sobrehumano, se quedó inmóvil escuchando. Su voz no había sido oída: habíanla ahogado otras cien voces, que pedían á gritos datos y pormenores del suceso, con esa especie de embriaguez de envidia y de malicia, con que pide el maldiciente pasto para su lengua, á la manera que los antiguos romanos, con otra embriaguez quizá menos culpable, pedían en el circo: *¡Cristianos para las fieras!...*

—¡Señores; *relata refero!*—dijo al fin el Marquesito, atribuyendo á sus cualidades de orador el efecto que causaban sus palabras... Consta que hace cinco días tuvo la Elena, en su casa de Biarritz, una larga conferencia con el presunto Páris prusiano, recién llegado del campo carlista... Consta que la Elena se despidió aquella misma tarde de sus dos niños y del aya Miss Black, diciendo que marchaba en el *exprés* para París, adonde la llamaba un asunto de grandísima urgencia. Estaba conmovida, llorosa y...—¡noten ustedes!—no permitió que nadie la acompañase á la estación.

Consta que, no bien hubo abandonado la Elena su reino de Esparta, entró Miss Black en el tocador, encontrándose allí de cuerpo presente sobre la mesa un precioso *cabas* de piel de Rusia, en que ella misma había visto poner á la señora el dinero necesario para el viaje... La buena Miss atribuye esto á olvido, y, esperando llegar á la estación antes de la salida del tren, echa á correr con el *cabas* para entregarlo á la señora... ¡Vano intento!... Elena ha salido de Esparta, pero no ha llegado á la estación. Miss Black

busca, pregunta, indaga, y la señora no parece. Llega el tren, vuelve á salir, y Miss Black lo ve marchar con la boca abierta y el *cabas* en la mano, sin que la señora haya parecido... Vuelve á casa creyendo encontrar allí á la Elena, desesperada por haber perdido el tren, á causa del olvido del dinero... Pero ni la Elena estaba en casa, ni Miss Black ha vuelto á tener noticias suyas... Cunde la nueva, corre la alarma, pónese en conmoción todo Biarritz, y tira al fin el diablo de la manta... La cándida Elena había equivocado sin duda el tren, y en vez de marcharse á París se había ido á San Juan de Luz, hospedándose en el Hotel-Marsán, donde *casualmente* había llegado horas antes el Páris prusiano... La noche estaba serena, ella es espiritual, él excéntrico, y juntos salieron en coche para Socoa, donde se embarcaron... Unos dicen que fueron á pescar con linternas... Otros que hicieron rumbo á Berlín, para impetrar del gran Canciller el apoyo de Alemania, en favor de su señor Rey D. Carlos VII... Estas son, señores míos, las peripecias del drama: á ustedes toca ahora sacar las consecuencias, y atar todos lo cabos...

Y atusándose el Marquesito su incipiente bigote, puso por contera de su *speech,* un *he dicho,* en falsete, y dejó libre á su auditorio para que, atando cada cual el cabo que creyese más oportuno, torciesen entre todos el dogal que había de estrangular la honra de aquella señora, cuya única culpa consistía—¡entendedlo bien, pobres mujeres!—en la desdichada honra de haber traspasado con su elegancia y su belleza, esa peligrosa línea en que acaba la admiración para dar lugar á la envidia...

IV

IENTRAS el Marquesito hablaba, el viejo del bigote blanco se mordía las uñas, daba vueltas sobre un pie como si tuviera en el cuerpo una legión de diablos, y no se tiraba de los pelos porque era calvo.

Otro viejo de fisonomía vulgar y traje ramplón, hallábase á corta distancia, sentado en una de esas sillas de tijera que llaman de fumar, aunque nunca hayan olido el humo de un triste cigarro. Escuchaba este la conversación como quien oye llover, sin que se pudiese adivinar por su impasible rostro de besugo, si pertenecía á esos seres egoístas, que ven estallar una bomba sin inmutarse, con tal de que no les alcance ningún casco, ó á esos otros pusilánimes, que por su posición subalterna ó su cobarde poquedad de ánimo, jamás salen á la defensa de un amigo, contra un enemigo poderoso. Era el administrador del Duque.

Á este hombre se acercó en dos saltos el del bigote blanco, como poseído de una idea repentina, y agarrándolo por un brazo,

comenzó á hablarle en voz baja. Púsose el otro de pie con gran pachorra, y empujándole el del bigote hasta la puerta, le hizo salir diciendo:

—Vaya V. y vuelva pronto, D. Matías; y entere bien á la Duquesa... que yo me encargo de entretener á estas víboras.

Mientras tanto el Marquesito había terminado su relación, y al volverse, haciendo una pirueta para contestar á una dama, que, más escandalizada que las otras, le hacía nuevas preguntas, encontróse frente á frente con el del bigote blanco. Este le dió una amistosa palmadita en el hombro, y sentándose en un *puff* que allí cerca había, cruzó una pierna sobre otra, y dijo con grande calma:

—Pues yo le digo á V., Marqués queridísimo, que todo lo que acaba de contar es un tejido de absurdos.

Un murmullo de desaprobación acogió aquellas palabras pronunciadas con voz estentórea; y sorprendido el Marquesito, como el ratón que al salir repleto de la despensa se tropieza con un gato, contestó:

—¿Absurdos, mi General?... En ese caso le diré lo de Boileau: *Rien moins vrai, que la vérité*... (1).

El General no se detuvo á contestar, que nunca Boileau había dicho semejante cosa, y prosiguió impertérrito:

—Dígame V., si no, quién lo ha dicho.

—Todo San Sebastián lo decía anoche.

—¿Y por dónde hablaba San Sebastián?... ¿Por las bocas de sus cañones, ó por la farola del puerto?...

—No, señor: por las veinticinco mil lenguas que tienen sus habitantes, si no miente la estadística.

—¿Y de cuál de esas lenguas lo escuchó V.?

—Casanova lo contó en pleno casino.

---

(1) Nada más inverosímil que la verdad.

—¿Y quién lo contó á Casanova?

—En casa de Tablagorda no se hablaba de otra cosa.

—¿Y quién llevó la noticia á casa de Tablagorda?

—¿Y yo qué sé?—replicó el Pimpollo, comenzando á erizar sus espinas. De lengua en lengua ha corrido la noticia.

—Pues ahí le esperaba yo á V., amiguito... Luego se trata de un *dicho*, y no de un *hecho*, puesto que á nadie puede V. presentarme que haya visto al prusiano y á la Quiñones, embarcándose en Socoa, ó pescando en alta mar con linternas, ó en conversación tirada con el gran Canciller de Alemania, como con tanta agudeza aseguraba V. hace poco... Y contra ese dicho, que no tiene el fundamento de un hecho probado, tengo yo otro hecho que á todos nos consta.

—¿Cuál?

—La reconocida virtud y la vida intachable de Pilar de Trelles.

El Marquesito se sonrió compasivamente de la candidez fósil de aquel Néstor, capaz de creer en Lucrecia y de negar el robo de las Sabinas, y contestó en ademán de volverle la espalda:

—General... *vox populi, vox caeli!*... No recorre un dicho tantos centenares de lenguas, sin reconocer por origen un hecho positivo.

El General se puso en pie de un golpe, como si tuviese en las rodillas muelles de acero, y poniendo una mano en el hombro del Marquesito, como le echa el gato la zarpa al ratón que se le escapa, le dijo:

—Pues yo le pruebo á V. que la anécdota más insignificante no pasa por una docena de lenguas, sin quedar completamente falsificada.

—Difícil le será á V. probar eso.

—De manera sencillísima... Es un juego muy divertido... Condesa, ¿quiere V. que lo pongamos?...

Otro murmullo de desaprobación agitó á la concurrencia, y varias voces burlonas murmuraron por lo bajo.—¡Ay! el General nos va á enseñar el juego de *Pipirigaña.*

—No; es el de los *Pollitos.*—Quizá sea el de la *Gallinita ciega.*—Se equivocan ustedes; es el juego del *escondite*... Al General se lo han enseñado los carlistas.—No sea V. malicioso... Si el pobre se esconde, es porque el olor de la pólvora le produce histéricos. ¡Por eso ha empuñado el lanzón de D. Quijote, que es arma blanca, y se mete á *desfacedor* de agravios!...

La Condesa por su parte había seguido el diálogo con cierta inquietud: veía al Marquesito en peligro de que el General le cortase las orejas á poco que se descuidase, y veía también la responsabilidad que á ella le tocaba por haber tolerado en su casa aquel escándalo, tan ofensivo para la familia de los Duques, cuya amistad le convenía. Acordóse pués de Alcibiades cortando la cola á su perro para impedir á los atenienses hablar de cosas más serias, y aunque nunca pensó en sacrificar el rabo de su *Chilín* á la honra de sus amigos, aprovechó la ocasión de sustituírlo al efecto, con el juego que el veterano proponía. Levantóse pués muy satisfecha, y dijo alegremente:

—¡Sí, sí, General!... Pónganos V. ese juego... Así como así, nos aburrimos sin poder bailar.

—Es un juego muy divertido,—replicó el General; y sobre todo, muy filosófico y de grande enseñanza para los noticieros de buena fe... Porque, crea V., Condesa, que la mentira es como la moneda falsa; los malvados la acuñan, y los hombres de bien la hacen circular.

Y con un entusiasmo digno de sus mejores años, comenzó

el buen viejo á disponer el juego, ayudado por la Condesa, mientras decía:

—El juego es antiguo, pero instructivo... Lo aprendí en París, el año 46, de la buena reina Amalia... Ella misma lo puso en las Tullerías, una noche que cierta dama de la corte contó en la tertulia íntima de la familia real, una historia muy semejante á la que Pimpollo nos ha referido (1).

Sentáronse mientras tanto todos los presentes, formando un semicírculo, excepto el Marquesito, que se quedó en medio, pretextando en voz alta que, dirigiéndose á él la lección, debía de reservarse para público del espectáculo, y diciendo en voz baja que aquel entretenimiento contemporáneo de la *Cachucha* y el *Trípili,* era cursi, *rococó* é indigno de un *hombre serio,* que aconsejaba á Valdespina y era consultado por Cánovas.

El General escribió entonces en una cuartilla de papel una pequeña historia, que leyó en voz baja al oído de la primera persona que formaba punta en uno de los extremos del semicírculo, guardando después el papel cuidadosamente en el bolsillo. Este primer confidente de la historia debía á su vez de referirla á su vecino, también en voz baja, y así sucesivamente, ir corriendo en secreto de boca en boca hasta llegar al otro extremo del semicírculo. El último la refería al fin en voz alta, y leyendo entonces el original escrito, se podían apreciar y confrontar las variaciones que la narración había sufrido en el trayecto.

La historia del General comenzó á correr de boca en

(1) El autor de estas líneas se dará por muy satisfecho de su trabajo, si los aficionados á dar noticias escandalosas, y los incautos que las creen, ensayan este inocente juego, y quedan convencidos del poco crédito que merecen esas historias que corren de lengua en lengua. No hace mucho que, en el salón de cierto ilustre grande de España, sirvió esta sencilla estratagema para deshacer una calumnia formidable, imputada á un conocido personaje, digno de todo respeto.

boca, entre risitas, burlas y pullas más ó menos directas, hasta llegar á la Condesa, que se había sentado la última. Esta la escuchó sonriendo, y exclamó al fin, con un gesto de cómico espanto:

—¡Qué horror!... ¡Si eso recuerda las *Noches lúgubres*, y las historias de los vampiros!...

—Diga V., Condesa, diga V. lo que le hayan contado!—exclamó el General lleno de entusiasmo, sacando del bolsillo el papel en que había escrito la historia.

—Pero si es horrible... aunque felizmente falso,—replicaba la Condesa, riendo á carcajadas. Yo declino la responsabilidad de la calumnia, en Cecilia que me la ha contado, y, como decía hace poco Pimpollo, *relata refero*... Me han dicho que el Marqués del Pimpollo y el general Urbano, se batieron por casarse con una inglesa... Que un cura medió en el asunto, y escribió un protocolo de satisfacciones sin poder avenirlos... Que el duelo fué á cañonazos, y el General quedó muerto... El Marqués acompañó el cadáver al camposanto, y se casó con la inglesa, celebrando la comida de boda en el mismo cementerio...

Mil risas y exclamaciones de protesta y de asentimiento, de admiración y de burla, estallaron por todas partes, mientras el General, agitando su papel, decía á gritos:

—Oigan, oigan ustedes el original de la historia, y juz-

guen lo que es correr una noticia de lengua en lengua... He aquí lo que yo he escrito:

«Un diplomático y un militar, disputaban á la puerta de una iglesia, en que se celebraban un casamiento y un entierro... El diplomático decía que basta un protocolo para afirmar la paz entre dos potencias: el militar aseguraba que solo los cañonazos, disparados á tiempo, afirman la paz para siempre. Al ruido de la disputa, salió el cura diciendo:—El militar tiene razón, esas dos potencias, dijo, señalando á los novios, acaban de firmar la paz; y aquel protocolo, añadió indicando á la suegra, no tardará en ponerlos en discordia. En cambio, prosiguió, mostrando al muerto, ese pobre hombre estaba en perpetua guerra, y el cañón de la muerte, cargado de calenturas, le ha dado la paz eterna.

»Apretáronse las manos el diplomático y el militar, y se fueron acompañando al muerto hasta el camposanto, para celebrar luego la comida de boda, en compañía de los novios.»

Una carcajada general estalló al terminar el veterano la lectura de su historia, y oyéronse por todas partes frases de duda y negaciones rotundas.

—¡Pero eso no puede ser!—exclamaba la Condesa.

—Pues nada hay más cierto,—replicó triunfante el General, entregándole el papel que comenzó á circular de mano en mano.

—Ya me lo temía yo—decía, yendo de un lado á otro como gozándose en su triunfo... Bastaba que en la historia figurasen un militar y un diplomático, para que á Pimpollo y á mí nos colgasen el mochuelo. La disputa ha ascendido á desafío; por la palabra *iglesia*, entendieron *inglesa*, y de equivocación en equivocación, y de malicia en malicia, han venido á darme á mí por muerto y al Marqués por casado...

—¿Qué tal, amiguito?—añadió, deteniéndose ante Pim-

pollo, que con los brazos cruzados oía, veía y callaba con un desdén olímpico. ¿He probado mi tesis, ó es cierto que ha celebrado V. su comida de boda al lado de mi sepulcro?...

Los circunstantes se dispersaron por el salón, riéndose del Marquesito y del General, de su juego y de su historia, y poco á poco la conversación volvió á recaer en todos los grupos, sobre la escandalosa aventura que á Pilar de Trelles se imputaba. Porque, en una sociedad en que á cada paso se tropieza con un escándalo ó una calumnia, como en ciertos países desdichados, se encuentra en cada mata un alacrán ó una víbora, la lengua tiende á la murmuración, como tiende por su propia naturaleza el radio al centro, el río al mar, la aguja imanada al polo.

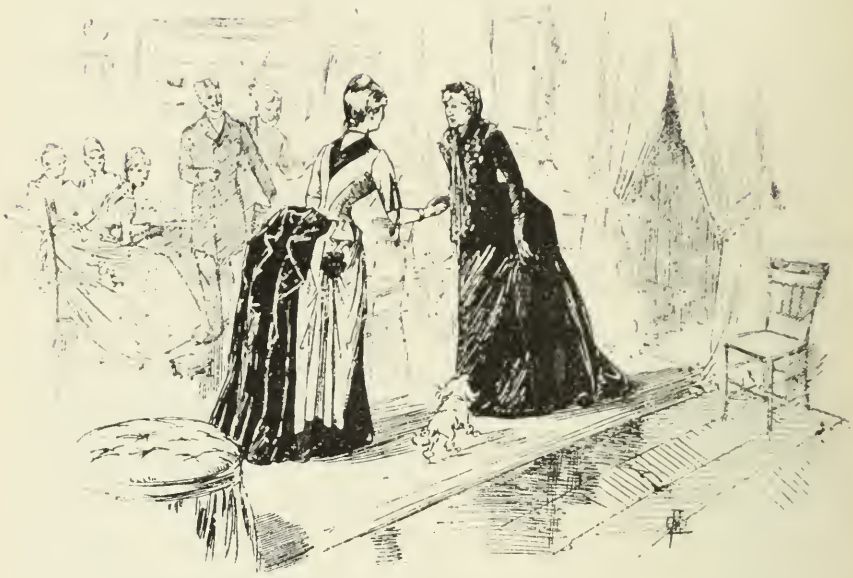
El General por su parte había logrado su objeto, que era dar tiempo á la Duquesa para que, enterada de todo por su administrador, se presentase en la tertulia antes de que se desbandase la concurrencia, y deshiciese la calumnia con las pruebas fehacientes que ella sola tenía. De repente el veterano lanzó una exclamación de triunfo, frotándose las manos, como quien se prepara á aplaudir.

La Duquesa había aparecido en la puerta, y con la sonrisa en los labios, alta la cabeza, y saludando á todas partes, cruzaba el salón con su majestuoso paso de reina. Á su vista todas las conversaciones se suspendieron, y un silencio sepulcral, muy semejante al que produce el miedo, reinó por todas partes. La Duquesa, sin dejar de sonreír, decía para sus adentros:

—¡Ah bribones... y qué á tiempo llego!

Aquellos ladrones de honra habíanse quedado yertos al verse cogidos con el hurto en las manos... Que no tiene el maldiciente el valor del ladrón de encrucijadas: es cobarde, como el ratero de callejuelas, que solo roba ó hiere á traición y por la espalda.

V



La Condesa se levantó de un salto, como si le hubiese pinchado una aguja clavada en la silla, y salió al encuentro de la nueva tertuliana, diciendo cariñosamente:

—¡Gracias á Dios que pareció la perdida!... Si hubiera periódicos en esta población, te hubiésemos anunciado en la sección de pérdidas...

Y cogiendo ambas manos á la Duquesa, le dió un beso tan sonoro y tan traidor como el de Judas Iscariote.

—Pues ya me tienes aquí, sin necesidad de que pagues el hallazgo,—replicó la Duquesa.

Y en vez de sacarle los ojos, le devolvió su beso con igual cariño.

—¿Pero dónde has estado metida cinco días con cinco noches?...

La Duquesa entornó los párpados, ladeó la cabeza, y apoyando la barba en el extremo del abanico, dijo con misteriosa sonrisa:

—¡Hija mía... altos negocios de Estado!...

—¡Ah, pícara carlista!—gritó la otra. ¡Tú conspiras de firme!...

—¡Calla y no me denuncies!... que el General va á prenderme,—replicó la Duquesa, enviando á este con el abanico un amistoso saludo.

Y cambiando acá y allá esas delicadas frases con que las veteranas del gran mundo lo dicen todo, lo disimulan todo, ó hablan mucho sin decir nada, se acercó la Duquesa á las mesas de tresillo, y ocupó en ella su sitio de siempre.

—¿Qué tal ha administrado V. mis intereses durante mi ausencia, D. Lorenzo?—preguntó al sentarse á un caballero gordo y peludo que jugaba gravemente.

—Estamos en alza, Duquesa;—replicó D. Lorenzo, presentándole los naipes. Si es cierto que V. conspira, ya podremos hacer á los carlistas un empréstito. . al diez por ciento.

—¿Al diez por ciento? ¡Jesús!... Ni que fuera V. Samuel Leví, el tesorero del rey D. Pedro... En tal caso les haríamos un donativo. ¿No es verdad, General?...

—Haré la vista gorda, Duquesa;—contestó el veterano. Lo sabré como caballero, y lo ignoraré como rey; que dijo el gran Carlos V.

—¡Cuidado, General, que le cojo á V. la palabra!—replicó la Duquesa, ordenando sus naipes.

Y sin tomar más parte en la conversación, pareció atender exclusivamente al juego, con grande impaciencia del General, que, menos astuto que la dama, no comprendía su táctica. Seguía ella el prudente dicho de Bacon, *no alas, sino plomo,* y para dar mayor vigor á la defensa, esperaba

el ataque, que no tardó mucho en presentarse. Una señora, seca y tiesa como una escoba, se había encargado de ello: dió un codazo á su vecina, como quien dice —*¡allá voy!*— y aprovechando un momento de silencio para hacer más cruel la puñalada, dijo con voz melosa, echándose lánguidamente fresco con el abanico.

—Duquesa... ¿Tienes noticias de Pilarito?

Media hora hacía que esperaba la Duquesa el golpe, y sin embargo, una ficha de marfil se rompió entre sus dedos al recibirlo, y un relámpago de ira brilló un momento en sus ojos. ¡Tanto veneno traía entre sus sencillas palabras aquella melosa pregunta!... Volvióse en el acto con los naipes en la mano, y miró cara á cara á la turba que, cuchicheando irónicamente, esperaba su respuesta.

—¿Cómo quieres que esté la pobre?—contestó al fin, con esa expresión triste y grave que infunde siempre un recuerdo doloroso... Sin separarse un momento de la cabecera de Dieguito... Anoche por primera vez en tres días, pude hacerla dormir dos horas...

Abriéronse todas las bocas, y enarcáronse todas las cejas al oír aquella salida inesperada, y la dama que había hablado, preguntó llena de estupor:

—¿Pero está Pilar en tu casa?...

La Duquesa pareció reflexionar un momento, y contestó al fin con firmeza.

—¡Sí!... Hace cinco días que la tengo allí escondida con su marido.

Y dirigiéndose á la Condesa, que participaba del general asombro, añadió con triste sonrisa.

—Estos son los *altos secretos de Estado*. que te explicarán mi ausencia.

La curiosidad, esa terrible picazón del entendimiento, se apoderó de tal manera del auditorio, que hubiérase podido

oír el aleteo de un mosquito. Nadie estaba dispuesto á creer á la Duquesa, porque iba á defender á un ausente y á combatir una calumnia; pero esperaban mucho de su habilidad y su talento, é inspiraba lo que iba á decir el interés que inspira en día de crisis el discurso del ministro encargado de hacer frente á las interpelaciones peligrosas que amenazan al gabinete. Harto conocía por su parte la Duquesa el terreno que pisaba: armóse pués de la astucia de la serpiente, porque era hábil, y sin abandonar la sencillez de la paloma, porque era piadosa, refirió con esa ingenua sencillez que brilla siempre en la verdad, como un reflejo del cielo, la siguiente historia, en que con maestría consumada iba midiendo las palabras y calculando los efectos.

Al frente de su batallón había rechazado Diego de Quiñones las tropas republicanas que ocupaban las alturas de Talayamendi. Diego se batía como un león, rugiendo con esos gritos sobrenaturales, superiores al aparato eufónico del hombre, que arranca el combate á la ira, al furor, á la venganza, al espanto, al vértigo que causa la sangre que corre y la pólvora que humea... Incautamente se alejó de los suyos, internándose hacia el caserío de Azcoeta, en la parte del monte comprendida todavía en la zona republicana. De repente se encontró rodeado de enemigos, solo con Chomin, su hermano de leche, el hijo de Pachica, que era también su asistente. Un barranco se abría á sus espaldas, y hacia allí se replegaron ambos, dejándose caer de improviso hasta el fondo, y ocultándose entre las espesas matas que lo cubrían. Desorientados los enemigos, comenzaron á retirarse, y Diego se levantó entonces ileso: Chomin tenía rota la pierna izquierda. El coronel no vaciló un instante: cargóse á la espalda al asistente, y comenzó á correr ocultándose tras árboles y matas, en dirección del caserío de Azcoeta, que á un cuarto de hora escaso se ocultaba

en el bosque. Una descarga sonó de repente al otro lado del barranco, y ambos rodaron por el suelo; muerto el asistente, sin sentido el coronel, con un balazo en el pecho.

Cuando Diego volvió en sí, encontróse en el caserío de Azcoeta, adonde algunos de los suyos le habían conducido. Á su lado estaba Pachica, su nodriza, que sin derramar una lágrima le curaba la herida. Las primeras palabras de

Diego fueron para saber de Chomin.—*¡Junac-jun... Diego-chu!* (1) le contestó Pachica con entereza. Y jamás volvió á hablarle de su hijo.

La noticia de la herida de Diego llegó en efecto á Pilar de Trelles, por el Conde prusiano, que se hallaba en Biarritz para asuntos de la guerra. El amor á su marido infundió entonces en aquella mujer, débil y casi niña, alientos para llevar á cabo una resolución heróica: porque el cauterio del dolor comunica á veces un temple de acero á ciertas almas que parecían enervadas por la prosperidad y las delicias. Sin confiar á nadie su intento, por miedo á los espías, embarcóse aquella misma noche en Socoa, en un lanchón de pescadores: acompañábala tan solo el hijo menor de Pachica, que ella tenía á su servicio, y corriendo graves riesgos, llegaron milagrosamente al caserío de Azcoeta. La herida de Diego no era grave; mas su mujer lo encontró moribundo. Habíase obstinado en no dar aviso á nadie de su estado, temeroso de que alguna imprudencia revelase á los enemigos su asilo; y sin más socorros que los escasos que Pachica podía prestarle, hallábase ya en grave peligro de muerte. Por orden de Pilar avisó Pachica aquella misma noche á la Duquesa, y ya hemos visto cómo la noble señora acudió á su llamamiento, llevándole la más estimada de sus joyas: el rosario de la *Duquesa Santa*, que ella misma colgó al cuello del herido, con esa piadosa fe, consuelo siempre del que sufre, y remedio tantas veces de su desgracia.

Sin perder un momento refirió la Duquesa á su marido la desgracia que ocurría. El buen señor se quedó anonadado: comenzó á llorar como un chico, y á duras penas pudo

(1) —¡Los idos, idos... Dieguito!—Dicho popular vascongado, que equivale á *los muertos no vuelven.*

disuadirle su esposa de tomar en el acto el camino de Azcoeta, para echarle una peluca al ingrato sobrino, que después de haber muerto para él al ponerse la boina, se obstinaba en morirse de nuevo sin pedirle antes permiso. La Duquesa avisó al general Urbano, y por mediación suya obtuvo del Brigadier, jefe de la columna, la traslación del herido á su propio palacio: hízose esta con el mayor sigilo, por no estar en las atribuciones del Brigadier el dejar de considerar á Diego, una vez descubierto, como prisionero de guerra. Entonces escribió el Duque al General en jefe, y aquella misma mañana había recibido una cariñosa carta de este, autorizando á Diego para disfrutar de la libertad más absoluta, con lo cual cesaba todo peligro, y se hacían inútiles todos los misterios.

En cuatro palabras refirió la Duquesa todos estos hechos, con esa concisa elocuencia que, sin haber leído á Tácito ni á Plutarco, tienen las mujeres en circunstancias apuradas. Con la maestría de un orador parlamentario, puso en primer término aquellos hechos más de bulto, que podían destruír mejor la calumnia levantada; y su voz, siempre insinuante, supo tomar tal tinte de ternura al describir el valor de Diego, el heroísmo de Pilar y el infortunio de los nietos de Pachica, que algunos de los presentes se sintieron conmovidos. Ella lo estaba en efecto, y sus grandes ojos negros, llenos de lágrimas, se paseaban por toda aquella concurrencia sin encono ni rencor, como si creyese encontrar en todos aquellos corazones un eco fraternal de la emoción que el suyo sentía... Mas quiso la mala estrella de Pimpollo que, al terminar la Duquesa su relación, le divisaran sus ojos á dos pasos de ella, escuchando atentamente con incrédula ronrisa. La mujer se acordó de que era mujer, y no le fué posible resistir á la tentación de la venganza. La sombra de Fulvia, picando con un alfiler de oro la lengua

del orador romano, debió de pasar en aquel momento ante su vista.

—Aquí está la carta del General en jefe,—dijo, sacando una del bolsillo. Es digna de leerse, porque se acredita en ella de cumplido caballero.

Y enjugándose las lágrimas, ó haciendo como que se las enjugaba, alargó con la mayor naturalidad la carta al Marquesito, diciendo:

—Hazme el favor de leérnosla, Pimpollo... Justamente trae para tí una postdata.

El Marquesito creyó reventar de satisfacción, al saber que el General en jefe se ocupaba de su persona, y poniéndose en el ojo derecho el lente de un solo vidrio, que en su última expedición había traído de Inglaterra, leyó solemnemente.

«Querido Duque: Jamás te perdonaré que no hayas tenido en mí la suficiente confianza, para escribirme desde luego la gloriosa desgracia de tu sobrino, y en penitencia te impongo la carga de escribirme cada dos días el estado en que se encuentre. Por telégrafo aviso al Brigadier Z.**, que Diego es libre para ir adonde mejor le plazca, sin que nadie le moleste. El batirse con enemigos como tu sobrino, es una honra para el ejército, y puedes decirle de mi parte, que si D. Carlos le da, como merece, la Cruz de San Fernando, yo le enviaré de regalo la misma placa que llevo en el pecho. Ponme á los pies de Clara y de Pilar, y aprende á no desconfiar nunca de tu antiguo amigo, X.**»

El Marquesito registró la carta por todos lados, y no encontrando postdata alguna, preguntó sorprendido á la Duquesa:

—¿Pero no decía V. que ponía para mí una postdata?...

—¿Pues no la ves, hombre?—replicó la dama, tomando la carta; y poniendo el dedo en el espacio en blanco que

por debajo de la firma quedaba, acercó el papel á las narices de Pimpollo, y dijo á media voz, con una frescura sin igual en los fastos de la crueldad femenina:

—«El botarate difamador de tus sobrinos, no merece que le castigue la espada de un caballero... Clara puede encargarse de cortarle la puntita de la lengua con sus tijeras de bordar...»

VI

CONSIGUIÓ la verídica relación de la Duquesa destruír por completo la calumnia referida por el Marquesito?... Ni nosotros lo aseguramos, ni osará asegurarlo nadie que conozca cuán difícil es arrancar á la maledicencia la tajada de honra en que ha hincado ya el diente.

Es, sin embargo, cierto, que al terminar aquella noche la tertulia, una señora anciana se acercó á la Duquesa, y poniéndole en la mano dos monedas de oro, le suplicó, casi con lágrimas en los ojos, que las hiciese llegar en su nombre á los nietos de Pachica.

Es igualmente auténtico, que cierta viuda alegre y cierta solterona triste sostenían entre los azules almohadones de la preciosa berlina que de la tertulia las conducía á casa, el siguiente diálogo:

—¿Pero has visto qué actriz tan consumada?...

—Cruces me estaba yo haciendo... Ni á Matilde Díez, ni á la Ristori le cede la palma.

—Por supuesto, que lo de la herida de Diego será filfa... filfa completa.

—No lo creo... La herida debe de ser cierta: Clara es lista y ata bien los cabos...

—¿Entonces?...

—Entonces, es menester estar ciega, para no ver de dónde ha salido la herida...

—¡Ah!... ¡Ya caigo!... ¡Algún desafío!

—¡Pues claro está!... Si eso se cae de su peso... Que Diego fué en persecución de los fugitivos, que los alcanzó en alguna parte, que hubo estocadas, y... *¡tableau!*...

—¡Eso es! ¡Sí, sí!... No puede ser otra cosa.

—Para mí como si lo viera... Y esa Clara, que es capaz de urdir un enredo en la punta de una aguja, se ha traído al matrimonio á su casa, y ha inventado toda esa historia...

—No faltarán inocentes que se la traguen.

—Lo que es yo, ya soy vieja... quiero decir: he visto mucho, y no comulgo con ruedas de molino.

—Pues mira que la fresca que le soltó á Pimpollo, fué de padre y señor mío.

—Quita allá, mujer; que me dió lástima el pobre muchacho... No sé cómo la Condesa permite en su casa semejantes groserías.

—*En fin,* querida, no va encontrando una de quién fiarse...

—Tienes razón, hija... Mañana mismo voy á escribir á Cauterets, para prevenir á mi hermana... Al fin, tiene hijas

jóvenes, y bueno es que sepan estos ejemplos para que vivan precavidas.

—También yo voy á escribir á las de la Tijera, que han vuelto ya á Madrid, y les contaré *ce* por *be* toda la aventura.

La berlina se detuvo, y la viudita puso punto final, diciendo:

—Pero mire V. por dónde ha salido la Pilarito, con su cara de Filotea...

Á lo cual contestó la solterona, elevando los ojos al cielo, con un púdico suspiro:

—*¡Ah bon Dieu de la France!...*

LA PRIMERA MISA

LA PRIMERA MISA

EN Andalucía son muy frecuentes por el verano esas repentinas tormentas, que duran en aquel alegre cielo lo que un gesto de cólera en el rostro de un niño; y lo mismo que pasado su arrebato deja ver este entre sus lágrimas una sonrisa, sucede allí que, llorando aún las nubes por un lado, aparece por el otro un alegre rayo de sol y un brillante arco iris.

Entonces dice el pueblo andaluz, que sabe todas estas cosas de muy buena tinta, que el diablo riñe con su suegra.

Una de estas tormentas, que no por ser cortas dejan de ser terribles, como lo es en la vida todo lo que, saliendo de los límites de lo natural, entra en el dominio de lo apasionado, descargó en Z.** en la noche del 15 de Julio, víspera de la Virgen del Carmen, patrona del hospital del pueblo.

La lluvia había apagado las luminarias que ardían en la

torre de la iglesia, y puesto lacias las banderas y gallardetes que la adornaban; pero no eran bastantes los esfuerzos de la tempestad para imponer silencio á las campanas de la torre, que, al mismo tiempo que la fiesta de la patrona, anunciaban para el siguiente día una primera misa. Á intervalos dejaba de bramar el huracán como cansado, y cesaban los truenos al separarse las nubes, cual gladiadores que se apartan, recobran nuevas fuerzas, y de nuevo se acometen, se asen, se estrechan y se despedazan: oíanse entonces las campanadas de la iglesia, que, dominando al uno y despreciando á los otros, seguían perennes, como el que la verdad inspira y la razón le asiste, diciendo alegres á los vecinos:—¡Aleluya! ¡Aleluya!

En medio de los barrancos que las calles del barrio alto forman, es donde se encuentra el hospital del Carmen. Como si desdeñase grandezas, vuelve la espalda á un castillo que fué morada de Grandes de España, y abre en una plaza, que forman humildes casas de pobres, su gran puerta, coronada por este profundo letrero: *Abierto para la salud temporal de los pobres y para la salud eterna de los ricos*. Pegada á sus muros, como el nido de una golondrina, se encuentra una pequeña casa, que la cal blanquea, perfuma una mata de reseda pendiente del tejado, y santifica una rama de laurel bendito, prendida en el balcón con dos lazos azules.

Allí vivía D. Blas, el Capellán, con su hermana Mariquita y Pepito su sobrino.

En la noche á que nos referimos, brillaba la humilde casa de limpia, y notábase en ella ese orden, ese primor con que una persona amante prepara todo cuanto ha de servir y agradar á otra persona amada á quien espera. Esperábase en efecto á Pepito, el sobrino querido que había crecido á la sombra de aquellos dos ancianos, como crece un alegre rosal á la sombra de dos graves cipreses; el huérfano aban-

donado, á quien la caridad de sus tíos había recogido niño inocente, formado joven intachable, y hecho al fin sacerdote modelo. Pepito, como le llamaban ambos ancianos,

acababa de recibir en Cádiz las sagradas órdenes, y venía á celebrar su primera misa, en la iglesia del Carmen, de que era Capellán su tío.

Era este un pobre exclaustrado de la orden de San Francisco, hombre sencillo, de esos á quienes el mundo llama

almas de Dios con cierta mezcla de compasión y desprecio, y que son, en efecto, almas purísimas que Dios acepta por suyas. Treinta años hacía que desempeñaba su modesto y difícil cargo, con ese celo, hijo de la caridad, con esa constancia, complemento de toda virtud, con esa callada abnegación, que tan pocos comprenden, y que es el rasgo más característico del sabio, del santo, del mártir y calumniado clero español.

No era, sin embargo, D. Blas hombre de muchas letras: jamás había entendido más latín que el de su misal, ni más rezos que los de su orden; pero ¡qué paz la de su alma! ¡qué tranquilidad la de su conciencia! ¡qué igualdad la de su carácter, que nada alteraba! ¡qué bienestar el de su corazón, que, como el de su Padre San Francisco, á quien invocaba á todas horas, ardía en esas llamas de caridad inmensa, que no encuentra pena sin consuelo, ni desgracia sin remedio, y que, cual el pelícano, es capaz de abrirse el pecho y dar su propia sangre, cuando ya nada tiene que dar!

¡Qué sublime y qué al alcance de todos era la filosofía de aquel pobre anciano, que solo supo amar á Dios y al prójimo, y sintetizar la religión, cuyo ministro era, invocando á Dios con estas dos solas palabras: *¡Padre nuestro!*

Y si bien había muchos que se reían del pobre exclaustrado, nadie había que no le amase y le respetase; porque poseía esa *humilde superioridad* de la virtud, que se persuade y suavemente se filtra en la opinión, sin ajar á nin-

guno, y no la altiva superioridad del talento, que se impone con orgullo, y al humillar á los otros hace nacer la envidia.

Don Blas había vivido varios años solo; pero un día vió entrar por sus puertas á una pobre mujer que traía en brazos un niño de pocos años, cuya preciosa carita sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonríe la inocencia á la desgracia que desconoce. Aquella mujer era D.ª Mariquita, la hermana del Capellán, y aquel niño era hijo de otra hermana menor de ambos, que acababa de morir, y cuyo marido había desaparecido. Don Blas abrió sus brazos, su corazón y su exigua bolsa á la hermana y al huérfano que le pedían amparo, y á la sombra de su pobre sotana comenzaron á deslizarse aquellas dos existencias, con la suave tranquilidad de la tarde que declina, la de la hermana; con la bulliciosa alegría de la aurora que amanece, la del niño.

Había sin embargo en aquella pobre morada un extraño misterio, que paralizaba á veces la risa continua de D. Blas, y hacía enmudecer á intervalos los regaños continuos de D.ª Mariquita. Una mañana había recibido esta una carta de Ceuta, dirigida á su antiguo domicilio, cuyo sobre atestiguaba con diversos sellos los muchos parajes que había recorrido hasta llegar á su destino: encerráronse ambos hermanos para leerla en el despacho del Capellán, y permanecieron allí tres horas cumplidas. Don Blas salió pálido y no rió por más de ocho días; D.ª Mariquita tenía los ojos rojos é hinchados, y cesó de regañar durante toda aquella semana.

Desde entonces preparaba D.ª Mariquita todos los años, cuando se acercaba la Pascua florida, algunas ropas de hombre, de tela grosera; rompía una alcancía en que había ido reuniendo á costa de mil privaciones algunos ahorros; compraba varios atados de cigarrillos del estanco, y lo colocaba todo en un paquete, que entregaba á su hermano: este subía entonces en una calesa, y tomaba la carretera

de Cádiz, durando siempre su ausencia de seis á ocho días. Nadie supo sin embargo nunca á dónde iba, ni cuál era el objeto de su viaje.

—¿Pero á dónde va el tío?—preguntaba Pepito á D.ª Mariquita, con su curiosidad natural de niño.

Esta le miraba entonces con una expresión indecible de amor y de ternura, y respondía con su natural acritud:

—¡Á contar los frailes, que dicen que falta uno!...

Una vez hizo Pepito la misma pregunta á su tío: fijó este en el niño una mirada, en que se hermanaban el horror, la angustia y la ternura, y le respondió al fin con una severidad en él inusitada:

—El niño curioso y necio,
Causa fastidio y desprecio.

Pepito se agarró asustado á las enaguas de su tía, y jamás volvió á preguntar nada acerca de aquel viaje misterioso.

Doña Mariquita esperaba siempre ansiosa la vuelta de su hermano; salía á recibirle á la puerta misma de la calle, y le interrogaba con la vista.

—¡Nada! ¡nada!—respondía D. Blas desalentado; ¡más duro que una roca!... ¡más entero que los muros de Ceuta!

Doña Mariquita se echaba á llorar, y ambos hermanos permanecían por algunos días sin reír el uno y sin regañar la otra.

Poco á poco el pobre huérfano fué haciéndose hombre, sin dejar de ser ángel, y obtuvo en el Seminario de Cádiz una beca de gracia por intercesión de su tío. Allí dió muestras de un talento poco común, de una aplicación extraordinaria y de una ejemplar conducta.

Celebróse en cierta ocasión en el Seminario un acto público por mandato del Sr. Obispo, y Pepito fué el seminarista designado para defender una tesis *de Trinitate*. El júbilo de D. Blas no reconocía límites, y comenzó sin pérdida de tiempo á hacer sus preparativos de viaje.

—¿Pero cómo va V. á ir?—decía apurada D.ª Mariquita, que no obstante su avanzada edad hablaba siempre de V. á su hermano, por respeto al sacerdocio. Ni un real hay en casa para pagar la calesa...

Don Blas soltó una de sus alegres risotadas, y exclamó:

—¿Pues cómo ha de ir un pobre mendicante, sino en el caballo de su Padre San Francisco, que no necesita ni pienso ni albarda?...

—¡Á pie!—exclamó D.ª Mariquita. ¡Á pie cuatro leguas, y con setenta años á cuestas!...

—¡Cuatro leguas!... Cuatro millones de ellas andaría yo de rodillas por oír á ese hijo de mi alma, que ha de ser otro

Tomás de Aquino... ¡Mariquita!—añadió solemnemente, agitando en una mano su descomunal sombrero de teja, y en la otra un cepillo con que en vano había intentado ali-

sar los pelos que no tenía; ¡acuérdate de lo que te digo!... Yo no lo conoceré, porque el camposanto me está llamando para abonar la cosecha de malvas; pero tú eres joven

(Mariquita contaba á la sazón sesenta y cinco años), y podrás verlo... ¡Ese niño se ha de calar una mitra!...

—En la alcancía debe de haber lo menos veinte reales,—observó tímidamente D.ª Mariquita.

El rostro del Capellán se nubló repentinamente, y volvió la espalda murmurando:

—¡Calla, hija, calla por Dios!... ese dinero es sagrado.

Ni por la cátedra de San Pedro hubiera cambiado don Blas la silla con que le brindó el Rector del Seminario, en el mismo estrado que ocupaba el Sr. Obispo. Lloraba unas veces, reía otras, y sobre el fondo de sencillez que retrataba siempre su bondadosa cara, pasaban cuantas emociones pueden agitar un corazón amante, mientras se volvía para todas partes lleno de satisfacción, como si dijese á la concurrencia entera:

—¿Pero no han caído ustedes en la cuenta de que yo soy el tío de ese sobrino?...

Al terminar el acto rodearon todos al seminarista, para darle la enhorabuena: el mismo Sr. Obispo le dirigió halagüeñas palabras, y le entregó por su propia mano un hermoso ejemplar de la Suma de Santo Tomás de Aquino. Don Blas se abrió calle entre la multitud, á fuerza de codazos.

—¡Paso, señores, paso, que es mi sobrino!—decía.

—¡Hijo, hijo mío!—exclamó al fin, abalanzándose al cuello del seminarista... ¡Y la pobre Mariquita que no te ha oído!... ¡pero deja, deja que yo le cuente!...

Y al decir esto el buen anciano lloraba como un chico; pero poniéndose de repente serio, porque cruzó por su mente la idea de que aquel triunfo podría quizá engreír al humilde joven, añadió, poniendo una mano en la cabeza de este y otra en la suya propia:

—¡Muy bien, Pepito... has hablado como un libro!... ¡Pero

ten presente, hijo mío, que lo mismo á esa cabeza que á esta calabaza, se las ha de comer la tierra.

Y luego se echó á llorar, y después se echó á reír, y de nuevo volvió á abrazar á su sobrino.

Don Blas regresó al pueblo en una calesa, que le forzó á aceptar el Rector del Seminario, llevando dos ejemplares impresos de las tesis latinas que su sobrino había defendido. Por el camino se las leyó al calesero, que, como era natural, se quedó en ayunas.

No bien llegó á su casa, entregó á D.ª Mariquita un ejemplar de las tesis, y guardó el otro para ponerlo en un marco en el testero de su despacho.

—¡Si aquello no es para contado, Mariquita, sino para visto!—decía, mientras despachaba una cazuela de ajo molinero, en que consistía toda su cena. ¡Válgame mi Padre San Francisco, y qué chavalito ese, que apenas tiene veinte años y se mete ya debajo del brazo á Escoto y á Suárez y á Santo Tomás de Aquino!... ¡Vamos si á ese niño era menester engarzarlo en plata y guardarlo en un relicario!... ¡qué desparpajo, qué respuestas, y qué latín, Mariquita, qué latín!... ¡Si yo mismo no lo entendía!...

—¡Si no hay otro!—decía D.ª Mariquita, llorando á lágrima viva. ¡Si cuando lo crió Su Divina Majestad rompió el molde porque no lo hubiera igual en toda la tierra!

—¡Allí estaba todo el señorío de Cádiz, quitándoselo de las manos, lo mismo que una reliquia, y el pobrecito mío, humilde como mi Padre San Francisco, sin levantar los ojos del suelo!... ¡Es un ángel, Mariquita!

—¡Un santo, Blas!

—¡Pues no; que cuando le ponían dificultades, ya sabía el mocito espantarse las moscas!... Había allí un vejete cojo, listo como una pimienta, que todo se lo negaba...

—¿Que se lo negaba?—exclamó asombrada la vieja. ¡Sería algún pícaro judío!...

—No, mujer, que era un canónigo...

—¡Pues sería envidia!

—No, mujer... si negaba, como quien dice, en broma, para ver si Pepito se tenía firme en los estribos.

—Pero siempre saldría ganando mi niño...

—¡Pues claro está! ¿Quién había de tumbarlo en tierra, con un sentido tan fino como el que tiene, y unas verdades tan de á puño como las que defendía?... Mariquita, acuérdate de lo que te digo: en cuanto cante misa el niño, me lo hacen cura párroco.

—¡Lo menos canónigo!—dijo D.ª Mariquita.

Don Blas soltó una de sus estrepitosas risotadas.

—Pues ya puedes empezar á coserle los capisayos,—dijo; porque si á ese paso lo empujas, para Navidad es Obispo, para Semana Santa Papa, y para Pascua le tienes hecho Padre Eterno.

Y asombrado el buen viejo de su chiste, comenzó á reír de nuevo.

—¡Ay! ¡si su pobre madre levantara la cabeza!—dijo tristemente Mariquita.

La alegría desapareció del rostro de D. Blas, como un relámpago; alzó los ojos al techo suspirando ruidosamente, inclinó la cabeza y cruzó las manos:

—¡Pobre Ana de mi corazón!—dijo, y rezó un *Pater noster*.

Requiescat in pace,—añadió al terminarlo.

—Amén,—respondió D.ª Mariquita, enjugándose las lágrimas con el pico de su delantal.

No bien se vió esta en el cuchitril en que dormía, leyó de cabo á rabo, á la luz de un velón de Lucena, las seis tesis defendidas por su sobrino.

—Ni palabra entiendo,— decía; pero ello bueno tiene que ser, porque es cosa de la Santísima Trinidad, y del señor Obispo, y lo ha compuesto Pepito...

Y la buena vieja se aprendió de memoria las seis tesis; y al terminar todas las noches el largo catálogo de sus oraciones, las recitaba devotamente, diciendo con esa bendita fe de los pobres de espíritu, á quienes promete Cristo el reino de los cielos:

—¡Por mi niño Pepito!... ¡para que el Señor le dé salud y suerte, y me lo libre de pecado!...

II

PEPITO iba á llegar de un momento á otro, y esta alegría inmensa se reflejaba en los dos ancianos según su distinto carácter. Don Blas lloraba y reía según su costumbre, y se paseaba por la humilde pieza que le servía de despacho, repasando el sermón que había de predicar en la misa de su sobrino, é importunando á cada momento á D.ª Mariquita con preguntas, hijas á veces de su alegría, á veces de su impaciencia, siempre de su constante buen humor y de su paz inalterable.

Doña Mariquita se agitaba en la cocina en medio de un arsenal de pucheros, sartenes y ollas de Medina, que contenían el festín de Baltasar que para el día siguiente preparaba, y gruñía más que había gruñido nunca, porque iban siempre sus regaños en razón directa de su actividad y alegría; eran como una coraza de púas, con que ocultaba los hermosísimos sentimientos de su corazón delicado, sufrido y triste, como lo es una pasionaria.

—¡Mariquita!—gritó por centésima vez el Capellán desde su despacho.

—¿Mande V.?—contestó esta desde la cocina.

—¡Á que, con tanto pollo para mañana, no has preparado cena para Pepito esta noche!

—¡Á que le va á suceder á V. lo que al corregidor de Almagro!—respondió D.ª Mariquita en el mismo tono.

—¿Pues qué le sucedió?...

—Que de puro meterse donde no lo llamaban, se murió un día de pena, porque á su vecino se le quemó la olla.

Don Blas soltó una de sus risotadas.

—No fué por eso, hija;—observó cachazudamente. Fué porque le salió el chaleco corto.

—Llámele V. hache, y no se meta en camisón de once varas, que se le van á liar los pies.

—Bien, hija, bien; ya me callo... ¡No te incomodes, por Dios!... Yo lo decía al tanto de que el niño traerá hambre...

—¡Pues que se roa un codo!

—¡Ave-María purísima, mujer!... que parece que te han despechado con leche de avispas.

—Y á V. con jarabe de métome en todo.

Don Blas calló, derrotado como siempre, y D.ª Mariquita prosiguió chamuscando los plumones de un pollo, que había muerto consolado con la idea de encontrar sepultura eclesiástica en el estómago del misacantano.

—¡Mariquita!—volvió á llamar D. Blas más tímidamente.

—¡Dale tijereta!—refunfuñó esta, que luchaba á brazo partido por sujetar las patas del pollo, que con una gracia digna de Terpsícore se empeñaban en bailar un bolero.

—Á Pepito le gustan mucho las patatas aconejadas...

—Y á mí más los conejos apatatados.

—Lo digo, porque, como mañana tendrá que estar en ayunas hasta tan tarde... y eso se prepara pronto...

—¡Dale tijereta! ¡y qué cansera le ha entrado con la cena del niño!... Descuide V., que no ha de soñar esta noche con las ánimas benditas.

—Bien, hija, bien; haz cuenta que no he dicho nada...

Á poco apareció D. Blas en la cocina, con los papeles del sermón en la mano.

—¿Sabes qué estoy pensando?—dijo. Que como el niño vendrá cansado, podías ponerle en la cama mi colchón de lana; que yo con el jergón tengo bastante.

—¿Sabe V. lo que á mí se me ocurre?—contestó D.ª Mariquita impaciente. Que de tanto charlar se le va á caer á V. la campanilla esta noche, y nos quedaremos sin sermón mañana... ¡Con que déjeme el alma quieta, que nadie le da vela en este entierro!...

Doña Mariquita se guardó muy bien de añadir, que el único colchón de su cama estaba ya puesto en la de Pepito, y que ella había de dormir, por lo tanto, sobre las tablas peladas. El Capellán se volvió con la cabeza gacha al despacho, murmurando:

—¡Y que le pusieran á esta niña Mariquita de la Paz, en vez de ponerle Mariquita de la Guerra!

—¡Y que le pusieran á este hombre D. Blas y no D. Posma!—replicó la aludida, comenzando la difícil, intrincada y trascendental tarea de introducir el relleno en el caparazón del pollo. No habían pasado diez minutos cuando D. Blas apareció de nuevo en la cocina.

—¡Mariquita!—dijo con voz temblorosa.

—¿Á que me gasta el nombre esta noche?—exclamó esta más impaciente que nunca.

—Mariquita, ¡óyeme por Dios!—continuó el Capellán angustiado; que me acaba de dar una corazonada, que sin duda viene del cielo... Dios y mi Padre San Francisco son los que me la mandan...

Doña Mariquita alzó la cabeza asustada, y al notar la agitación de su hermano, se acercó con las manos llenas de relleno, las cejas enarcadas y la boca abierta.

—Ahora mismo,—prosiguió D. Blas, estaba allí, delante del cuadro de mi Santo Padre, y se me ocurrió de repente, sin saber cómo, que si Pepito pidiese mañana en la Misa lo que tú y yo pedimos en vano hace dieciocho años, de seguro que el Señor lo concede... Sí; de seguro, porque jamás niega Su Divina Majestad la gracia que el nuevo sacerdote le pide en su primera Misa... Y esto es cierto, cierto, cierto... El P. Guardián de mi convento fué quien me lo dijo...

—¿Y quién tiene valor para dar al niño esa puñalada?—exclamó con espanto D.ª Mariquita.

—Le diré que ofrezca la misa por mi intención, que será esa misma, y con esto basta.

—¿Y si sospecha algo?... ¡Por María Santísima, Blas!... eso sería asesinarle...

—¡Dios me ayudará, mujer!... Mi Padre San Francisco me tendrá de su mano...

Doña Mariquita iba á replicar, pero el alegre sonido de los cascabeles de una calesa sonó en aquel momento, y los dos hermanos se precipitaron á la escalera exclamando:

—¡Ahí está!... ¡hijo de mi alma!

Un sacerdote joven subía ya apresuradamente, y recibió en sus brazos á los dos ancianos, estrechando contra su pecho aquellas cabezas blancas, sin que se oyese otra cosa que sollozos de júbilo. Don Blas se dejó caer al fin á los pies del recién venido.

—De rodillas, Mariquita, de rodillas,—gritó... ¡Hijo, hijo mío, la bendición... tu primera bendición, para estos dos pobres viejos!...

Y las manos ungidas del nuevo sacerdote se levantaron

por primera vez á los cielos, para atraer sobre aquellos dos ancianos venerables, la bendición del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Sacó entonces Pepito una cinta de seda blanca partida en dos pedazos y cuidadosamente envuelta en un papel.

—Aquí tiene V. la cinta con que me ataron las manos

en mi ordenación,—dijo, entregándosela á D. Blas: la mitad para V., y la mitad para mi tía.

—¡Dios te lo pague, hijo mío!... ¡Dios te lo pague! la guardaré mientras viva, como una reliquia, y con ella me atarán las manos después de muerto!...

Doña Mariquita había tomado su parte, y la besaba llorando á lágrima viva, sin decir palabra.

Dos horas después salía D. Blas de la alcoba de su sobrino y se dirigía de puntillas á la suya.

Doña Mariquita le esperaba en la puerta.

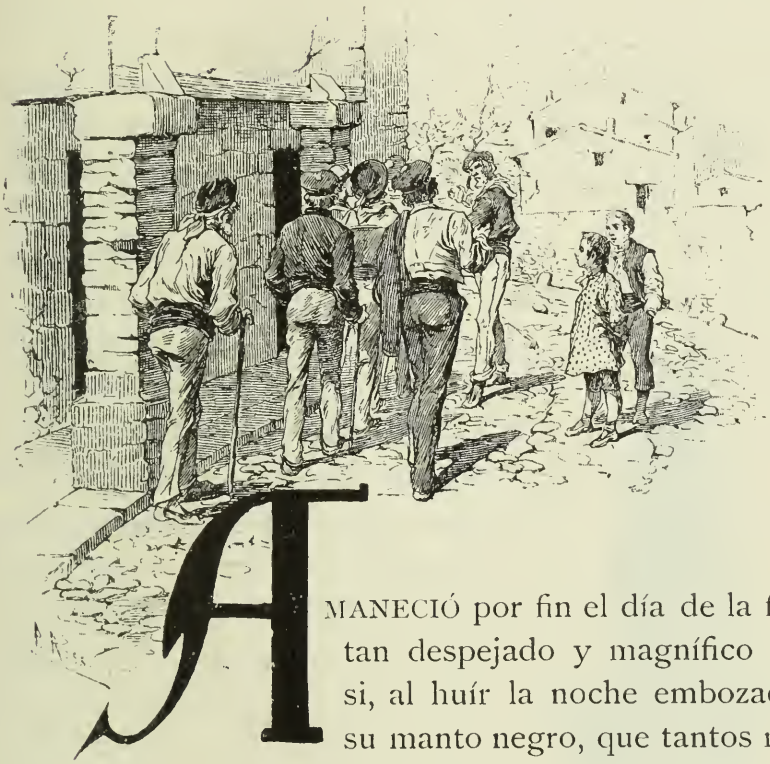
—¿Qué ha dicho?—le preguntó ansiosa.

—Que así lo hará.

—¿Y nada sospecha?...

—¡Nada!... El inocente está seguro de que sus padres han muerto... ¡Hijo de mi alma, paloma sin hiel, nacida de un lobo carnicero!... ¡El corazón se me partía al oírle, Mariquita!... ¡me dijo que era su idea aplicar la misa por el descanso eterno de sus padres!... ¡Sus padres!... ¡aquella santa recibiría ya en el cielo la palma del martirio!... ¡pero él... el verdugo... si resiste á la misa de su hijo, cierta, cierta es su muerte impenitente!...

III



AMANECIÓ por fin el día de la fiesta, tan despejado y magnífico como si, al huír la noche embozada en su manto negro, que tantos misterios, tantos temores y tantos crímenes oculta, arrebatase también bajo sus sombríos pliegues la tormenta de la víspera. Entonces atracó al muelle del pueblo un falucho destrozado, procedente de Ceuta, que había corrido el temporal y perdido el rumbo de Lisboa, que era su derrotero. La tripulación saltó en tierra para visitar el primer santuario de la Virgen que encontrase: que este era el voto que había hecho á la Santa Patrona de los

navegantes en aquellos momentos de terrible peligro, en que se reanima la fe al calor de la esperanza. Un viejo caminaba entre los tripulantes, que no parecía como ellos hombre de mar: traía la cabeza vendada con un pañuelo encarnado, y puesta encima una montera de pellejo de conejo, que prestaba á su fisonomía torva un aspecto aún más repugnante. Vestía un chaquetón destrozado y unos calzones de paño burdo con vivos amarillos, y notábasele al andar esa especie de cojera que marca, cual una terrible contraseña, á los desgraciados que por mucho tiempo han arrastrado un grillete. Parecía sumamente fatigado, y veíansele entre los cabellos desgreñados y la barba cana algunos cuajarones de sangre fresca.

La tripulación, conducida por una turba de chiquillos que habían acudido á la novedad del espectáculo, llegó á la iglesia del Carmen, que era la más cercana al muelle. Don Blas descendía en aquel momento del púlpito, después de haber predicado su sermón, interrumpido á cada instante por lágrimas y sollozos, que encontraron más de una vez eco en el numeroso auditorio que le escuchaba. Allí estaba D.ª Mariquita, arrodillada en primera fila, con aquel traje de paño de seda negra, que solo salía el Jueves Santo, y aquella mantilla de blondas con fondo de raso ribeteado de terciopelo, que únicamente en aquel mismo día abandonaba el fondo del arca.

El celebrante había vuelto al altar después de entonado el Credo; asistíale su tío por un lado, y por el otro el señor Vicario. Todo había desaparecido sin embargo ante la vis-

ta del nuevo sacerdote: veía aproximarse el momento en que Jesucristo iba á venir por primera vez á sus manos, y sentía una especie de santo pavor, semejante al que hace á los querubines velarse el rostro con sus alas. Inclinó su frente sobre aquella ara de piedra, que encerraba reliquias de mártires, que le enseñaban á dar la vida por la fe, y pidió luego por la Iglesia, que es su depositaria, por el Papa, que es su jefe, y por el Rey, que debe ser su defensa. Juntó después las manos, inclinó levemente la cabeza, y quedó inmóvil con los ojos cerrados: el nuevo sacerdote iba á pedir la gracia de su primera misa... Había llegado el momento de presentar ante el acatamiento divino aquella misteriosa petición, objeto de las plegarias de los dos ancianos durante dieciocho años. Don Blas bajó la cabeza y cruzó las manos, y D.ª Mariquita ocultó el rostro entre las suyas, reteniendo ambos hasta el aliento, como si temiesen detener el vuelo de aquella oración de que tanto esperaban. El celebrante separó al fin sus manos y prosiguió aquellas hermosas oraciones en que la Iglesia parece extender con sus ruegos un manto de amor y de piedad sobre todos sus hijos vivos y muertos. Un confuso rumor sonó entonces por un momento á los pies de la iglesia: hallábanse arrodillados en aquel sitio los tripulantes del falucho náufrago, y el viejo del chaquetón pardo había en aquel instante lanzado un gemido, llevándose las manos á la cabeza, y caído al suelo sin conocimiento. Cuatro de sus compañeros le levantaron instantáneamente, y guiados por algunos hombres del pueblo le llevaron al hospital, sin que la mayor parte de los circunstantes parasen la atención en aquel incidente.

Siguióse á la misa el besamanos, y después de la acción de gracias, las enhorabuenas, y dos horas más tarde se sentaba D. Blas á su modesta mesa, teniendo á la derecha

al Sr. Vicario, á la izquierda á su sobrino, y en torno al administrador del hospital y á otros tres eclesiásticos. Doña Mariquita, ayudada por una pobre viuda á quien socorría, preparaba en la cocina y presentaba ella misma en la mesa, aquella larga serie de platos, en que había agotado todo su saber culinario y todos sus escasos ahorros. Don Blas, alegre, chancero y hablador como nunca, mantenía el buen humor entre sus convidados, y no creía hacer bien los honores de su mesa si no propinaba á cada uno de ellos una indigestión segura, con sus importunas instancias á que de todos los platos repitiesen. Había llegado la hora de los postres y D.ª Mariquita colocó en el centro de la mesa, con un aire de satisfacción indescriptible, el regalo que la Superiora del hospital había hecho al misacantano. Era un blanquísimo cordero, casi de tamaño natural, hecho de pastas de almendras, tendido en una bandeja y recostando la cabeza en un peñasquito de piñonates; tenía las pezuñas, los ojos, el hocico y la punta del rabo teñidos de chocolate, y encerraba en sus dulces intestinos multitud de frutas de almibar; con las patitas delanteras sostenía un cáliz de caramelo, en cuya copa se levantaba entre nubes de merengue una hostia de azúcar, sobresaliendo por encima una banderita de raso encarnado, en que se leían estas palabras bordadas con lentejuelas: *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.*

Todos celebraron con alegres risas la alegoría de la Superiora; el Sr. Vicario desclavó la banderita para entregarla al misacantano, y propuso un brindis en honor de la buena religiosa.

De repente entró apresuradamente un hombre en busca del Capellán: era un mozo del hospital que venía á avisarle

que un pobre moribundo pedía confesarse. Don Blas se levantó, dejando su copa á medio beber, con esa prisa, con ese santo anhelo con que el buen sacerdote deja cuanto á él pertenece, para correr tras de un alma que pertenece á Cristo. Detúvole sin embargo su sobrino.

—Deje V. que yo vaya, tío,—le dijo. El Sr. Obispo me dió ya las licencias y puedo confesarle... Deje V. que le empiece á pagar hoy mismo tanto como le debo...

Don Blas pareció titubear un momento; instóle á su vez el Sr. Vicario, y el buen anciano volvió á sentarse, exclamando con un acento que trajo lágrimas á los ojos de todos los circunstantes:

—¡Ve, hijo mío!... Ve, y aprende desde luego á ser esclavo de las almas que redimió Jesucristo...

El joven sacerdote llegó al hospital por un pasillo que ponía á este en comunicación con la casa del Capellán. Tendido en un jergón estaba, en un aposento bajo, el viejo que se había desmayado en la iglesia: tenía una tremenda herida en la cabeza, causada por el golpe de una verga rota que le había caído durante el temporal, dejándole clavada una astilla; el nuevo golpe que recibió al caer en el templo, desmayado de fatiga, se la había introducido hasta los sesos, y al extraérsela el médico en el hospital, declaró que, recobrase ó no el conocimiento, le quedaban pocas horas de vida. Había al fin vuelto en sí el herido, y sus primeras palabras fueron para pedir un confesor.

El joven sacerdote se detuvo un poco, sobrecogido ante aquel horrible espectáculo, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Jamás había visto el tímido joven correr la sangre; jamás había sondeado tampoco los repliegues de una conciencia, y por primera vez en su vida veía una herida de muerte, que brotaba sangre fresca, y veía al mismo tiempo asomar por aquellos ojos sombríos esas

otras heridas del alma que encancera el remordimiento. El herido fijaba angustiosas miradas en la puerta, y no bien apareció en ella el sacerdote, murmuró con una voz bronca y entrecortada, que el estertor de la muerte comenzaba a hacer fatigosa, y que la angustia del pecado hacía aterradora:

—¡Padre cura!... ¡Mis pecados son inmensos!

—¡Infinita es la misericordia de Dios, hermano mío!—exclamó el joven, con un acento que le salió del alma.

De los ojos del moribundo comenzaron á brotar lágrimas sin cuento, y sus manos desfallecidas intentaron en vano levantarse para golpear su pecho. El sacerdote se inclinó hacia él, diciendo palabras de consuelo; y pasándole el brazo por la espalda, le incorporó con cuidado: cayó entonces pesadamente aquella cabeza desgreñada y sangrienta, que parecía escapada de un patíbulo, sobre el inocente pecho del sacerdote, templo vivo de Cristo. Una hora duró aquella confesión, que entrecortaban de continuo los sollozos, que hacía á veces ininteligible el estertor de la agonía, y cuyo valor aseguraban siempre las lágrimas ardientes del arrepentimiento. El sacerdote levantó al fin su mano derecha, sin dejar de sostener al herido con la izquierda, y pronunció por primera vez la santa fórmula de la absolución, que borra los pecados del alma. El moribundo dió entonces un gemido de bienestar, y permaneció inmóvil por algunos minutos; agitóse al fin bruscamente, murmuró algunas palabras ininteligibles, abrió de un modo horrible los ojos y también la boca, y dando una violenta sacudida inclinó la cabeza hacia adelante, dejando en la sotana y en el blanco alzacuello del sacerdote una roja mancha de sangre.

El joven conoció que había expirado, y le dejó caer suavemente en su triste lecho; cerró luego aquellos ojos, que

ya no veían, y arrodillándose á la cabecera oró largo rato. Levantóse al fin y se dirigió á la puerta; pero volviendo atrás por un movimiento instintivo de su corazón, que no supo explicarse, cruzó sobre el pecho del cadáver sus manos sucias y callosas, besándolas antes.

Cuando salió era ya de noche, y una Hermana de la Caridad le esperaba á la puerta.

—¿Y el herido?—le preguntó.

—Ha muerto... como un santo,—contestó el sacerdote.

—¡Bendito sea Dios!—dijo la Hermana; y entregándole un papel doblado, añadió: Haga V. el favor de dar ese papel á D. Blas... Es el pasaporte de ese infeliz, único documento que traía, y en él encontrará su nombre para apuntarlo en el Registro... Entró hoy á las once, y lo enterrarán esta noche misma.

El joven guardó el papel sin mirarlo, y volvió á su casa profundamente conmovido, dirigiéndose al punto al despacho de su tío. Estaba este sentado á la mesa, rezando los

maitines del siguiente dia, y por no incomodarle el sobrino, pues sabía cuánto le desagradaba que le interrumpiesen en el rezo, le dió brevemente el recado de la Hermana, le añadió que el herido había muerto perfectamente contrito, y se marchó á su aposento, dejando el papel sobre la mesa.

—Bien, hijo mio, bien,—le dijo el anciano... Buenas primicias te ha concedido el Señor.

Don Blas prosiguió pausadamente su rezo, y cerró al concluírlo su enorme breviario forrado de cuero; tomó entonces de sobre la mesa un cuaderno en que, por ser el hospital pequeño y no muy frecuentado, llevaba él mismo el Registro, y lo abrió para apuntar el nombre del difunto. Entonces desplegó aquel papel mugriento, en que había de encontrarlo, y lo arrimó á la luz del velón para leerlo.

—¡Virgen Santísima!—exclamó, dejándolo caer aterrado y llevándose ambas manos á la cabeza.

Largo rato permaneció inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, blancos los labios, y murmurando con voz tan queda que apenas se oía:

—¡Madre de misericordia!... ¡Padre mío San Francisco!...

Volvió al fin á tomar aquel papel mugriento y casi roto ya por los dobleces, y leyó una y otra vez las cortas líneas que encerraba. Era un pasaporte común, expedido á favor de *José Luis López y García, licenciado, por indulto extraordinario, del presidio de Ceuta.*

Don Blas se levantó tambaleándose, y echó el cerrojo de la puerta; volvió de nuevo á sentarse, y permaneció más de una hora sin movimiento, con la vista clavada en aquel nombre, que había sacudido en un momento cuantas fibras podían vibrar en el corazón del anciano... Porque aquel José Luis López era el padre de Pepito; era el malvado que había asesinado á su esposa y huído con una mujer

perdida, abandonando á su hijo; el criminal, que, preso al fin por la justicia, había sido condenado á cadena perpetua en el presidio de Ceuta; el enemigo á quien el heróico sacerdote visitaba todos los años para llevarle socorros materiales que el desvergonzado tahur aceptaba, y socorros espirituales que el criminal envejecido jamás quiso aceptar... Aquel era el pecador cuya conversión pedían incesantemente, hacía dieciocho años, ambos ancianos; allí estaba el secreto, que, por salvar la honra de aquel niño inocente, habían ocultado en sus pechos cual una ascua ardiendo que les abrasaba, pero que nunca habían dejado escapar...

Y de repente veía el buen anciano que la mano de la Providencia desataba todos los cabos y concedía todos los ruegos. Un indulto extraordinario abría al criminal las puertas de aquella prisión, que debía de ser su tumba; una borrasca le arrojaba en aquellas playas; una herida providencial le ponía á las puertas de la muerte, y un supremo golpe de la gracia le hacía depositar sus culpas en el seno de su propio hijo, y recibir la absolución de sus mismas manos inmaculadas!

Don Blas se estremeció de pies á cabeza... Pero el hijo inocente no había sospechado que aquel asesino, á quien abría las puertas del cielo, era su propio padre, y allí tenía él, angel custodio de su honra, la única prueba del fatal secreto; allí estaba, en sus manos, y podía hacerla desaparecer para siempre y en un instante.

El anciano no vaciló: cerró violentamente el Registro del hospital, sin apuntar el nombre del difunto, y lo colocó en su sitio.

—¡La gracia de su primera misa! ¡La intercesión de mi Padre San Francisco!—murmuraba.

Tomó luego el pasaporte y lo quemó á la luz del velón, y de un soplo esparció después las cenizas. Entonces aban-

donaron al débil anciano las fuerzas febriles que le habían sostenido: cayó al suelo de rodillas y exclamó con voz apagada:

—*Nunc dimittis servum tuum, Domine!*

El alma del padre criminal se había salvado y la honra del hijo inocente estaba asegurada.

La gracia de la primera misa había sido concedida.

HOMBRES DE ANTAÑO

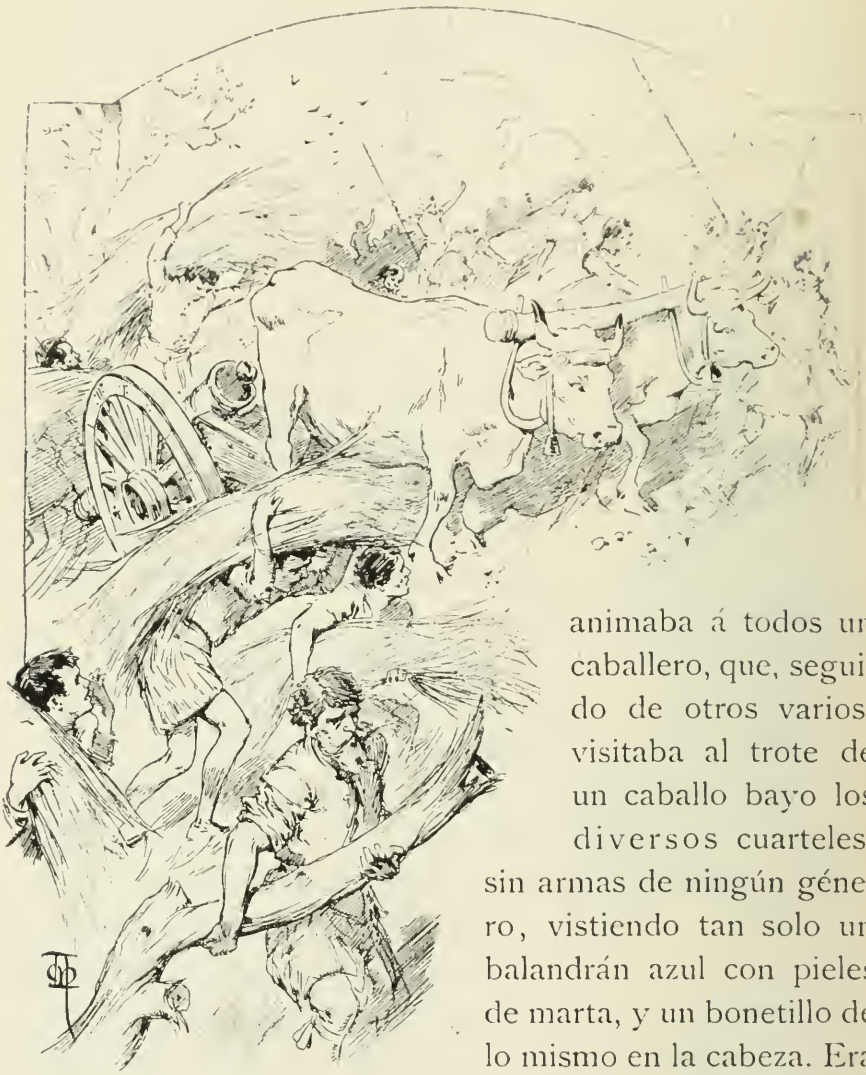
HOMBRES DE ANTAÑO

... y eran en sus hazañas largos para facellas, cortos para contallas.

(P. Juan de Mariana.)

EL 8 de Abril de 1579 notábase una extraordinaria animación en el real de las tropas acampadas al pie de los muros de Mastricht, á una y otra ribera del Mosa. Alemanes, borgoñones, irlandeses, italianos y españoles se agitaban por todas partes en sus respectivos cuarteles, con esa ordenada actividad que revela siempre la unidad en la dirección y la fidelidad en la ejecución. La caballería ligera de herreruelos traía ramas y malezas de las riberas del río: unos preparaban con ellas fajina para rellenar los fosos; otros, cestones de tierra para proteger el manejo de la artillería, y sacas de lana y de hoblón, especie de simiente de que hacían en Flandes la cerveza, para reparar las trincheras. Algunos conducían en sus cureñas, tiradas por bueyes, los cañones que se habían de colocar, para batir las murallas, en los fuertes bastiones levantados á igual altura de las defensas: todos, en fin, se apres-

taban para el asalto que, después de un sitio de tres meses, había de darse al rayar el alba del siguiente día. Dirigía y



animaba á todos un caballero, que, seguido de otros varios, visitaba al trote de un caballo bayo los diversos cuarteles, sin armas de ningún género, vistiendo tan solo un balandrán azul con pieles de marta, y un bonetillo de lo mismo en la cabeza. Era Alejandro Farnesio, Duque de Parma y de Plasencia, Gobernador general de los Países Bajos en nombre de Su Majestad Católica el Rey D. Felipe II el Prudente.

Destacábanse en el fondo los negros muros de Mastricht,

la triste ciudad afligida entonces por el triple azote de la guerra, el hambre y la herejía. La soldadesca hereje había saqueado los templos católicos, destrozado las imágenes, y puesto algunas de ellas en las baterías y murallas adonde era más de temer la arcabucería y artillería de los españoles. Una de gran tamaño y hermosura, que representaba á la Virgen María sosteniendo en brazos á su divino Hijo, habíanla descolgado sobre la batería más próxima á las trincheras católicas; y revestidos los soldados con los ornamentos sacerdotales, parodiaban en torno las ceremonias del culto, llevando su atrevimiento hasta pasearse por el mismo rebellín del foso, adornados con tan sagrados atavíos. Sacrílega provocación, que despertó en el campo católico esa santa ira, madre siempre de grandes acciones; esa santa ira, que no comprende la cobarde indiferencia de nuestra época, y llama por eso intolerancia y fanatismo; esa santa ira, que el mismo espíritu de verdad aconseja y justifica en aquellas palabras: *Irascimini, et nolite peccare.* «Airaos, y no queráis pecar.»

Había sonado ya el toque de cajas, que indicaba á los soldados católicos la hora de retirarse á sus respectivos cuarteles: al oscurecer entraban en sus barracas á un segundo toque, y ya no era permitido transitar por el campamento, sin dar á los centinelas el santo y seña del día.

Tenía lugar en este intervalo, en uno de los cuarteles en que los famosos tercios españoles se acampaban, un espectáculo ordinario entonces, extraño hoy, que hubiera hecho sonreír á más de un soldado bisoño de nuestros días de motines y pronunciamientos. En una especie de plaza que dejaban libre las hileras de tiendas, hallábase una apiñada multitud de soldados, sentados unos, de pie otros, formando un gran corro. Veíase en medio á un hombre, de pequeña estatura y débil aspecto, subido sobre un tambor, que

sostenía una tabla: vestía la sotana de la Compañía de Jesús, y enarbolando un crucifijo, predicaba á los temibles tercios la palabra divina, preparándoles á morir para enseñarles á vencer.

Y aquella turba de hombres aguerridos, feroces muchos, procaces no pocos, émulos de los macabeos, en el valor todos, en la virtud rarísimos, escuchaban con la cabeza baja aquellas tremendas verdades, mientras más de una lágrima surcaba atezadas mejillas, y se escondía en bigotes grises, y más de una manopla de hierro golpeaba un coselete de acero, bajo del cual se ocultaba un corazón contrito. Porque el rasgo característico de aquella época, tan ensalzada de unos, tan calumniada de otros, lo que la aleja de la nuestra tanto cuanto se ha nublado su gloria y se ha disminuído su poder, era que la fe vivía en todos los pechos; era que el respeto al sacerdocio daba una fuerza irresistible á la corrección cristiana; era que una moral acomodaticia no había tergiversado los nombres de lo bueno y lo malo. Por eso los muchos que obraban mal, sabían que mal obraban, y temían la censura pública: y esta convicción y este temor dejaban abierta la puerta á la vergüenza, que engendra al purificarse la humildad de espíritu, y al arrepentimiento, que pide y alcanza el perdón y asegura la enmienda.

Muchos soldados y oficiales se apartaban del corro, y se alejaban lentamente, dirigiéndose á varias barracas, que se distinguían de las otras en una cruz que las coronaba: iban á confesarse con los misioneros de la Compañía de Jesús, llamados por el Duque de Parma al real, y que con aquel fin se hallaban allí prevenidos.

Un caballero joven y de gentil presencia volvía de dar la guardia en uno de los dos puentes de barcas, que mantenían la comunicación entre el ejército de uno y otro lado

del río. Traía el vistoso uniforme rojo y amarillo de la infantería de los tercios, y la falta de coselete revelaba su graduación de alférez. Joven petulante y de costumbres demasiado alegres, había sufrido varias amonestaciones de los misioneros Jesuítas, que habían irritado su ánimo contra ellos. Detúvose, sin embargo, en un grupo de caballeros que, sentados en unos haces de forraje, escuchaban la palabra de Dios á dos pasos del que la predicaba.

Habíase ya puesto aquel sol que para muchos no volvería á lucir, y los muros de Mastricht iban tomando el aspecto de una enorme silueta negra, que se destacaba sobre las tintas pálidas y rojas del horizonte. Habían encendido los herejes dos hogueras sobre la muralla, una á un lado y otra á otro de la imagen de María colocada sobre el baluarte: distinguíase á su resplandor rojizo la sagrada imagen, vuelta la espalda hacia la ciudad apóstata, y presentando á los españoles su divino Hijo, como si les pidiese el amparo de la fe que él cimentó en el Calvario.

Volvióse el Jesuíta hacia los muros, é indicó la imagen con el dedo.

—¿Quién no tiene ánimo para rescatarla?—dijo con sencillez. Hacedlo, y á sus pies daremos gracias por la toma de Mastricht.

Arrojó al oír esto al suelo sus manoplas el alférez que escuchaba, y exclamó con una arrogancia hija más bien de su antiguo despecho, que de la insolencia:

—Jamás pise yo tierra de Castilla, si ese Juan Fernán-

dez no tiene por más fácil escalar un baluarte que echar una absolución!...

Estas palabras llegaron á oídos del Jesuíta: bajó entonces del tambor con el crucifijo en alto, y se dirigió al grupo de caballeros. Su ruin estatura parecía haberse agrandado: su humilde aspecto había desaparecido, dejando lugar á una imponente majestad, que tiene algo de sobrehumana.

—¿Conocéisme?—exclamó, agarrando por un brazo al arrogante alférez.

—¡Sí!—respondió este entre turbado y sorprendido.

—¿Sabéis que soy sacerdote?

—Sí...

—Pues ¡arrodillaos á mis pies, y besad esta mano, que absuelve y bendice en nombre de Cristo!...

Y al decir esto el llamado Juan Fernández, era su voz tan poderosa, era tan avasallador su acento, que subyugado el caballero descubrió lentamente la cabeza, hincó la rodilla en tierra, y besó la mano que el Jesuíta le tendía.

Todos guardaban silencio: el caballero se había vuelto á levantar. Arrojóse entonces á sus pies el P. Juan Fernández, y hundió la frente en el polvo.

—¡Satisfecho heis al ministro de Dios, señor caballero!—decía. El hombre... el ruin, el villano Juan Fernández, no es digno de besar el polvo de vuestras huellas... Pisadle, Sr. Álvar de Mirabal; pisadle, que tan solo pisaréis envoltura de miserias!...

El caballero rompió á sollozar. El toque de cajas dió en aquel momento la segunda señal, y el corro se deshizo lentamente, entrando los soldados en sus barracas.

Dos horas después reinaba en el campamento un profundo silencio, interrumpido tan solo por los gritos de alerta de los centinelas. Un hombre, envuelto en un largo ferreruelo negro, salió entonces de la tienda del P. Juan Fernández: era el alférez Álvar de Mirabal, que, después de confesarse con el Jesuíta, había jurado á sus pies morir en el asalto, ó rescatar la imagen de María que los herejes profanaban.

II

MADRUGÓ más la artillería enemiga que la de los católicos, y apenas rayaba el alba, un cañonazo disparado desde la puerta de San Pedro hirió malamente á cinco soldados que se hallaban en las trincheras, y echó por tierra sin vida al sargento Tello Páez: penetróle la metralla por entre la falda del morrión y la rodela, y le vino á salir por el ojo izquierdo. Fué la primera víctima que cayó aquel día, en que tantas otras habían de seguirle.

Tocóse entonces al arma en los reales del Duque, y la gente acudió á sus puestos en el orden que ya tenía designado. Habíanse construído, siguiendo la misma línea de las trincheras, seis fuertes bastiones á la misma altura de las defensas, y repartido en ellos cuarenta y ocho cañones gruesos de batir, que habían de abrir brechas en la cortina de la muralla que unía la puerta de San Antón con la de San Pedro. Una mina arrancaba de las mismas trincheras hasta el rebellín del foso, y pasando por debajo de este escondía un

enorme depósito de pólvora en los mismos cimientos de la puerta de San Servasio. Esta mina debía de volar cuando las baterías hubiesen cuarteado el lienzo de muralla que batían, para dividir así la atención de los sitiados entre ambas brechas: su detonación sería también la señal para atacar, por las puertas de San Antón y de San Pedro, tres banderas walonas y cuatro de tercios españoles, y por la de San Servasio la infantería tudesca y la de herreruelos, con cuatro banderas de los tercios. El resto de banderas había de esperar de refresco la fatiga de los sitiados, para atacar á una segunda señal la parte llamada del Burgo, que por ser más baja y tener secos los fosos, podía más fácilmente asaltarse con escalas.

En esta parte era donde habían descolgado los herejes la imagen de María, colocándola sobre el estrecho reborde que por debajo de las troneras guarnecía la batería, á no escasa altura de las trincheras católicas. En ellas estaba el alférez Álvar de Mirabal, silencioso, quieto, un poco pálido, esperando con disimulada impaciencia la señal del asalto. Había dejado su rodela y desceñídose la espada, y llevaba tan solo dos pistolas al cinto y en la mano una de aquellas largas picas flamencas, llamadas saltafosos (springstock), que tenían en el regatón una gran pieza de madera que les impedía hundirse demasiado en el cieno, cuando las usaban los naturales, al mismo tiempo que para combatir, para asaltar atrevidamente fosos y pantanos.

Tardóse largo tiempo en batir la muralla, porque los sitiados acudían con gran presteza para hacer reparos, dirigidos por un ingeniero francés, Sebastián Tapín, y por el traidor español Manzano, desertor de los tercios, que había de pagar más tarde su alevosía, muriendo en la carrera de baquetas á que le sentenció el de Parma, cuando Alonso de Solís le hizo su prisionero.

Hallábase Alejandro Farnesio en una pequeña eminencia de lo interior del campamento, sobre un caballo frisón, que caracoleaba impaciente, presagiando la batalla: vestía unas armas doradas con banda roja, y rodeábanle D. Pedro de Toledo, Carlos de Manzfelt, Lope de Figueroa, y varios maestres de campo, que trasmitían y ejecutaban sus órdenes. Resonaban los cañones de las baterías, roncos cual los truenos que preceden á una tormenta: á eso del mediodía

se divisó, entre el humo de la pólvora, cuarteada la muralla, vióse claramente bambolearse un torreón é inclinarse del lado del foso. Alejandro hizo una señal, y cien cajas y cien clarines hicieron resonar á un tiempo, las unas su redoble, los otros su voz metálica. Reinó entonces un silencio solemne: enmudecieron los cañones, las espadas se inclinaron, las picas vinieron á tierra, la bandera que cobijaba dos mundos besó humilde el polvo, y aquellos hombres cubiertos de hierro, ménos fuerte que el temple de sus almas,

aquellos tigres feroces, que esperaban ansiosos lanzarse sobre la presa, hincaron la rodilla por espacio de varios minutos, para implorar el auxilio del Dios de las batallas: que

tal era la costumbre, dice D. Bernardino de Mendoza, guardada siempre por los cristianos, y sobre todo por los españoles, antes de comenzar la pelea.

Alejandro hizo otra señal, y una descarga horrible y una detonación espantosa sonaron juntamente, al mismo tiempo que el lienzo de muralla y la puerta de San Servasio desaparecían a la vez, con la misma rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia. La mina había volado y el asalto comenzaba.

Vióse entonces, antes que nada, á un hombre que pareció cruzar los aires desde las trincheras católicas á la batería del Burgo: viósele vacilar un momento en el borde del repecho que sostenía la imagen de la Virgen; afirmarse por una vigorosa sacudida, y dejar caer el saltafosos de que se había servido para dar aquel prodigioso salto. Encontróse entonces solo, desarmado, sin más apoyo que una estrecha cornisa, teniendo bajo los pies una altura considerable, y sobre la cabeza un gran número de enemigos que, repuestos de su primera sorpresa, disparaban sobre él sus arcabuces. El guerrero no vaciló: agarróse á la imagen, que era grande y de peso; dejóse caer con ella desde lo alto de la batería, y rodando sin soltarla, llegó á las trincheras del campamento. Púsose entonces de pie, chorreando sangre de varias heridas, y embrazando una adarga y blandiendo una partesana que allí encontró abandonadas, se unió gritando—¡Santiago!... ¡Virgen María!—á los tercios, que cual terrible avalancha se lanzaban en aquel momento sobre los muros de Mastricht.

Era el alférez Álvar de Mirabal, que había cumplido su juramento.

III

PELEABAN mientras tanto sitiados y sitiadores en ambas brechas, con igual coraje y encarnizamiento. Había detenido en la de la muralla el terrible ímpetu de los walones, que iban en la vanguardia, un reparo fortísimo de cadenas y puntas de vigas, levantado como por ensalmo, y un contrafoso lleno de clavos y pedazos de hierro: ganáronlos al fin con gran carnicería de ambas partes, ayudados por las cuatro banderas de los tercios que detrás atacaron, y peleóse entonces pica á pica sobre el mismo adarve de la muralla. En la brecha de San Servasio se había trabado una atroz pelea: acudían los defensores con gran presteza á hacer reparos, ayudados de tres mil mujeres, que, repartidas en tres compañías, traían tierra y maderas, y arrojaban sobre los tudescos y herreruelos, fuegos artificiales, piedras y agua hirviendo. Estos por su parte rellenaron el foso con fajina, tierra y cascotes que habían caído de la ruina de la puerta, y se abrieron un camino para acometer. Morían por ambas partes, y ninguna cejaba, aumentando los montones de cadáveres atravesados en la brecha, para los católicos la dificultad de la entrada, para los herejes la facilidad de la defensa.

El de Parma mandó entonces atacar al resto del ejército por la puerta del Burgo: arremetieron furiosamente mil y quinientos de la vanguardia, y llegaron á salvar el foso sin que los sitiados disparasen un solo tiro. Ya los católicos arrimaban las escalas, trepaban muchos á la muralla, y un capitán de herreruelos llegó á clavar en ella un estandarte azul, con una imagen de Cristo, en todo semejante al que envió Pío V á D. Juan de Austria cuando la batalla de Lepanto. Al mismo tiempo vinieron á animar á los que en las dos brechas peleaban, los gritos de ¡victoria! ¡Santiago! ¡ganada es la puerta del Burgo!...

Sonó entonces una detonación horrible, más fuerte que el estampido de cien truenos, y viéronse volar por los aires hombres, piedras, armas, escalas, tierra, miembros humanos, todo en confuso remolino, y caer luego pesadamente en los fosos, entre una nube de polvo y humo, que prestaba á tan terrible espectáculo todo el horror de las tinieblas. Los herejes habían volado una mina abierta sigilosamente por debajo de la puerta del Burgo, sin otra ayuda que la de las tres compañías de mujeres, y destruído así aquella lucida vanguardia que encerraba la flor del ejército: allí murió Fabio Farnesio, primo del de Parma; el Conde de San Jorge, el Marqués de Malaspina, el Conde de Mondoglio, con otros cuarenta y cinco capitanes de cuenta, y más de dos mil soldados de todas las naciones.

La victoria se había hecho imposible, y Alejandro Farnesio mandó por aquel día retirar el asalto.

Aquella misma tarde visita Alejandro los cuarteles, animando á los soldados, consolando á los heridos, y repartiendo entre ellos cuantiosos socorros, con aquella liberalidad y gracia que parecía haber heredado de su antecesor, tío y amigo queridísimo, el Sr. D. Juan de Austria. En un ángulo del cuartel de los tercios españoles, habían colocado

los soldados la imagen de María rescatada por Mirabal, sobre una cureña cubierta con una bandera ganada aquel mismo día á los herejes. Alejandro preguntó lo que aquello significaba, y refiriéronle entonces la hazaña del alférez, que allí se hallaba presente, y la escena que con el P. Juan Fernández había tenido lugar la víspera.

—Traed acá esa jineta,—dijo el Duque á un paje que caminaba tras un caballero, llevando una lanza corta, cuyo hierro dorado salía de una borla de seda, y era en aquel tiempo insignia de los capitanes de la infantería española. Y entregándola él mismo al alférez, añadió:

—Tomadla vos allá, Sr. Álvar de Mirabal, que bien merece el mando de una bandera, quien tales empresas acomete.

Preguntó entonces Alejandro por el P. Juan Fernández; mas este no parecía. Todos le habían visto durante el asalto acudir á los sitios de más peligro, en compañía de los otros misioneros, para retirar á los heridos y auxiliar á los moribundos: viéronle más tarde en la gran tienda levantada en el centro del campamento para socorro de los heridos, ocupado en las mismas tareas: después nadie le había visto. Tan solo un soldado viejo dijo que, media hora antes, le había interrogado el Jesuíta minuciosamente, acerca de la posición del foso de la puerta del Burgo, en donde habían quedado abandonados tantos heridos, sin auxilio de ningún género; luego le vió entrar en su tienda lanzando exclamaciones de dolor y de lástima.

—¡Vedle! ¡vedle!... ¡allá va!—gritaron entonces varias voces.

Y los que estaban en lugar más elevado pudieron ver al P. Juan Fernández, que traspasando las trincheras del campamento, se dirigía solo, sin prisa, sin temor, sin más arma que un crucifijo pendiente del cuello, hacia el foso de la

puerta del Burgo. Los herejes le vieron venir desde el muro, y dispararon contra él un falconete. Mas el Jesuíta siguió adelantando impávido, sin apresurar el paso y sin retenerlo tampoco. Los herejes lanzaban gritos de furor, y los católicos le veían marchar reteniendo hasta el aliento, porque adivinaban su heróico designio. Al llegar al foso sonó una descarga de mosquetería, y el Jesuíta cayó exánime al borde y rodó después al fondo, quedando inmóvil sobre un montón de muertos.

Las sombras de la noche extendieron poco á poco sus tinieblas sobre aquel campo de desolación, y entonces pudo verse que no había desamparado el ruin cuerpo del Jesuíta el alma heróica que lo animaba: levantó con precaución la cabeza de la almohada de muertos en que se apoyaba, y escuchó ávidamente si se oía en el rebellín del foso algún rumor de herejes. Nada se escuchaba: sentóse entonces con presteza y estiró sus miembros entumecidos por aquella hora larga de inmovilidad absoluta, en que se había fingido muerto para escapar del fuego de los herejes. Comenzó entonces á remover á tientas aquellos fríos cadáveres, diciendo en voz queda:

—Hermano, ¿vivís?... Soy el P. Juan Fernández, que viene á confesaros, para que salvéis vuestra alma...

Á veces nadie respondía; á veces un quejido revelaba la presencia de un cuerpo, que sufria aún los rigores de la vida; de un alma á quien todavía era tiempo de enviar al cielo. Entonces se arrastraba el Jesuíta en aquella dirección, y repetía su temerosa pregunta: un segundo quejido contestaba, y al punto removía en la oscuridad los cadáveres que oprimían al herido, colocaba su oído junto aquellos labios moribundos, oía sus pecados, y dándole la absolución, le abría las puertas del cielo.

Así recorrió de un cabo á otro cabo toda aquella parte

del foso, confesando á cuarenta y dos moribundos. Acabada aquella tarea, á la vez sublime y espantosa, trepó con gran trabajo al borde del foso antes de que clarease el alba, y ensangrentado, cubierto de lodo, exánime, sin fuerzas para sostener el crucifijo que llevaba, volvió á los reales.

Las avanzadas de las trincheras le recibieron con gritos de alegría y entusiasmo, que llegaron á oídos del Duque

de Parma, que en aquel momento montaba á caballo para dirigir la mudanza de las baterías que habían de proteger el segundo asalto. Dirigióse en persona á recibir al P. Juan Fernández, y se apeó de su hacanea blanca, al divisarlo entre un grupo de oficiales y soldados que le conducían victoreándole. Tomó Alejandro Farnesio con su mano cansada de pelear aquella otra mano cansada de bendecir, y la llevó respetuosamente á sus labios: condújole luego hasta su propia hacanea, y le dijo:

—Subid, P. Juan Fernández, y encaminaos á mi tienda, que allí encontraréis apercibimiento.

Y volviéndose al nuevo capitán Mirabal, que entre otros muchos allí había acudido, añadió:

—Tenedle vos el estribo, Álvar de Mirabal, y confesad que esta vez fué mayor hazaña echar una absolución, que escalar un baluarte (1).

---

(1) Los autores y obras de que se han tomado los pormenores de esta histórica relación son los siguientes: P. ALCÁZAR, S. J., *Crono-Historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo.*— P. NIEREMBERG, S. J., *Vida del P. Juan Fernández.*— P. FAMIANO ESTRADA, S. J., *De Bello Belgico.*— LUIS CABRERA DE CÓRDOBA, *Historia de Felipe II.*— EL COMENDADOR DE ALANGE, D. Bernardino de Mendoza, *Comentarios de las guerras de los Países Bajos.*— EL MARQUÉS DE LA ESPINA, D. Carlos Coloma, *Guerras de los Estados Bajos.*

LA RESIGNACIÓN PERFECTA

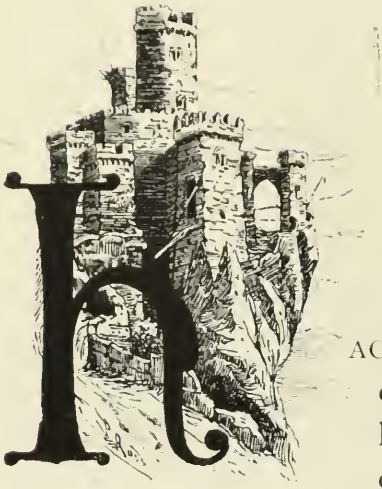
LA RESIGNACIÓN PERFECTA

I

Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas,* que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación, los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentirlas y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *Mochilero,* es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II



HACE muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda, y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura solo puede formar idea el que la haya

contemplado, como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo, que solo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo?—pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas, y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de V. se ha parado,—dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el Señor que le da cuerda,—replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve V. que á las doce salimos de la venta del Mimbral, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come,—replicó el tío Pellejo. Á las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve V. allí las tres hermanas? prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orión; pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto ménos. Media hora después, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé cómo ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y porqué llama V. á esas estrellas lágrimas de la Virgen?—pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino, vino;—contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en el cielo... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pincel de Rúbens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningún Rúbens que la pinte, ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón, que se complace en ver en María la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—¿Quién le ha contado á V. eso, tío Pellejo?

—Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... Á mí no me lo ha contado *naide;* pero mire V., señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio; un poco más hacia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro... Chana (1) no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sose-

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

gar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡*Misté* yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de África, y por él se supo que de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió, como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos se le desencajaron, y se puso más blanca que un papel.

—Vamos á Algeciras, Cristóbal,—me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo: creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo; pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga!... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta

del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua; que bien merece que Dios mate á tu último hijo!

—¿Y porqué hace Dios con nosotros esas tropelías?—grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores!—contestó con una voz, que parecía un juez sentenciando á muerte... ¡Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... ¡Cuéntalas, si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se

me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mí lloraste,—decía yo á voces; si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... ¡Madre de misericordia, cúbreme con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos dere-

chos al hospital: preguntamos á un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Pérez,—dijo; entró el 25 de Mayo... Salió el 1.º de Junio...

—¿Y para dónde ha salido?—preguntó Chana.

—Para el camposanto, con los pies por delante,—respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—Vamos al camposanto,—dijo.

Y fuimos al camposanto; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. Á la vuelta caminamos siete horas, sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abrevar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana?—pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos?—dijo. Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché á llorar como una criatura; porque, aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal,—me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo; había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuese derecho al Cristo del Mimbral, y postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor!—decía alzando sus cruzadas manos. Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser!—dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... Él bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor,—decía, postrado ante la imagen; salva su vida!... ¡No dejes á mi hija sin madre!... ¡Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

—¡Cómo ha de ser!—se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad

de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—¡Señor!—decía, apoyando su frente en la reja; ¡salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido. ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió á su casa esperanzado: acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca: hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura á los pies de su madre.

—¡Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer!... ¡Perdí mi hija!... pensaba Juan, volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo á la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Solo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan!—dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

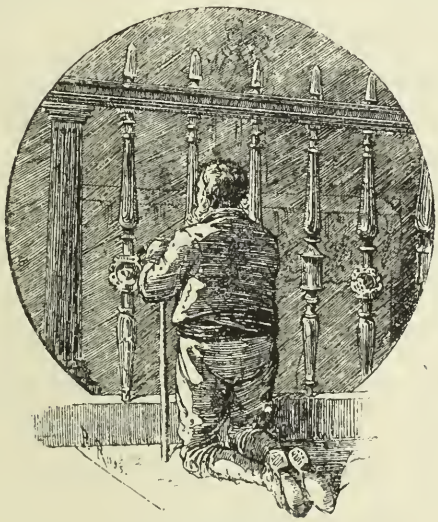
El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana?—le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

—Á Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres días de verde,—me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazón le sobraba; pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos.

¡Yo me quedé solo, señorito; solo!... Solo y sin más hato que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral, me asomo á la capilla y le digo:

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... ¡Setenta años tengo ya... Señor! no se os olvide...



III

STE era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fábula ascética*, que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo en que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?...

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica, y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el germen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad:* aquella bendita falta de ambición que solo pide el *pan nuestro de cada día:* aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero también es cierto que á veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no solo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes, encontraron al pobre *resignado,* amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo.* Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios, para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótense bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿qué faltó primero en España?... ¿la caridad del poderoso ó la resignación del desvalido? . . . . . .

. . . . . .

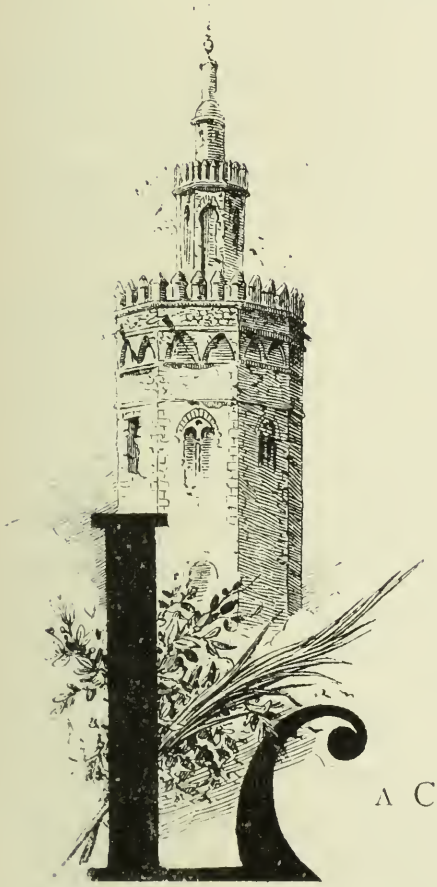
Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio, al pie de aquella imagen de Cristo, que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

—¡Señor, aquí está Juan!

EL VIERNES DE DOLORES

EL VIERNES DE DOLORES

Consolatrix afflictorum.
Ora pro nobis.



LA Cuaresma tocaba á su fin, al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos, y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la

perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes, por una España fantástica, que solo existe en la necedad ó en la malicia de alguno de estos *touristes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban en honor de sus respectivas imágenes, esos septenarios y novenas, cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia á la vieja sultana, á quien puso el santo Rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día 1.º de Abril había comenzado el quinario del Santo Cristo de la Expiración, y debía de terminar el Viernes mismo de Dolores. La pequeña capilla, situada en la plaza del Museo, abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles, que acudían á postrarse ante la famosa imagen, que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase esta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos, quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est*, que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pie de la cruz estaba la imagen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo á estos hijos predilectos suyos, aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena, tan sin consuelo que á todo dolor sobrepuja, tan

inmenso como el mar, *velut mare,* en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de estos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio, como si la doblegase el peso de un pensamiento; sus brazos caían á lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas, que parecían pedir algo, con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada; con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, ¡sus ojos permanecían secos, como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María, y cruzó las manos sobre el pecho: *Ora pro nobis!* repetía con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum,* y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar, exclamando en voz tan alta que todos la oyeron: *Ora pro nobis!... Ora pro nobis!...*

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió sin embargo. Solo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó, como obedeciendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su

pequeño banquito de tijera. Al terminar el quinario ya había anochecido; la señora se dirigió á la puerta, y á poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él, como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza, propio de las almas elevadas, que, al compadecer y consolar el dolor, empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y, aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas va sustituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse estos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños ricitos, que, con el nombre de *nenes,* introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido, negro y sumamente modesto; solo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso: *No me ha dejado,* que en premio de su lealtad añadió D. Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla (1). Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera, que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante á los que veinte años

(1) El Rey D. Alonso el Sabio, en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de D. Sancho el Bravo, añadió á las armas de esta insigne ciudad la empresa de una madeja anudada con el lema NODO, en esta forma: NO 8 DO. Esto es, *no madejado,* ó sea, *no me ha dejado.*

atrás usaban las elegantes, con el bien aplicado nombre de *ridículos*.

El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil viéndole ir, como si luchase entre la caridad, que la impulsaba á interrogarle, y la discreción, que la detenía, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella inmensa pena desconocida.

Á la tarde siguiente ambos ancianos se encontraron también en el quinario del Santo Cristo: mudo él é inmóvil como la víspera, pero aún más abatido: ¡su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele á veces aquellas palabras entrecortadas, que, cual las rachas de una borrasca, llegaban á oídos de la anciana, sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda, aquellos brotes de dolor, alguna angustiosa súplica una y otra vez repetida; súplica que ella, sin conocerla, hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración, y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. Á poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entonces:

—¿Vamos á casa de D. Tomás, abuelito?—preguntó al anciano.

—No, hija mía,—respondió este con profundo abatimiento. Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa...

Y, apoyándose en el hombro de la niña, se dirigió como la víspera hacia la calle de las Armas. La señora los siguió de lejos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros, y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo. Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes, esos innumerables grupos de gente ociosa, que mirando desvanecerse el humo de un cigarro, ó entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que llaman los ingleses *dinero perdido*, y que es á los ojos del cristiano que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales: cruzábanse por todas partes hombres y mujeres, unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos—¡quizá ninguno!—en busca de Dios, que se llama á sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo, que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano á la niña, como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano, como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡Solo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa, situada al final de la calle Z.**, y entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán, que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella: era el 69. Luego volvió á desandar lo andado, y, caminando penosamente, llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacá-

banse en el fondo los almenados muros del Alcázar, joya morisca, sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los reyes de Castilla.

El reloj de la Catedral daba entonces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón más de ochenta años!

II

LA antecámara del señor Gobernador se hallaba poblada de un sin número de esos pretendientes de ambos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plu-

mas satíricas, que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de carnaval sobre el rostro de un cadáver. La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales, por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... ¡Ah! levantad esas caretas de carnaval ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira, que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequín; entonces se helará la risa en vuestros labios, y aprenderéis á ser observadores más profundos, críticos menos burlones, y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de cerrarse de allí á dos días, hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado este tiempo. El Capitán general había llegado dos horas antes á conferenciar con el Gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban. Un portero muy gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las bocamangas, los disponía en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería, que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los castillos de fuego, y leyendo un periódico, cuya lectura solo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba, ó

hacer una observación agresiva á cualquiera que, cansado de esperar, le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del Capitán general, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á conocer á nuestros lectores en el quinario del Santo Cristo:

—¿El señor Gobernador?—preguntó al portero.

—Ocupado,—contestó este, sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele V. esta tarjeta,—dijo la señora, sacando una de su inseparable bolsito.

—Ocupado con el Excelentísimooo señorrr Capitánnn generalll!—tornó á decir el portero, recalcando las palabras.

—No importa,—persistió la anciana. Pásele V. esta tarjeta.

—¿Que no importa?—gritó el portero, girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia. Y mirando de arriba á bajo á la modesta mortal, que tal pretensión abrigaba, continuó colérico: ¿Se ha pensado V. que va á salir el señor Gobernador á llevarla en brazos á su despacho?... Que no importa... ¡Pues me gusta la salida!... ¡Siéntese en aquel rincón, y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase V. esta tarjeta,—repitió, sin embargo, con imperio.

—¿Pero está V. sorda ó hablo en griego?

—Pase V. esta tarjeta al instante, ó...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz, que solo el por-

tero pudo oír lo que dijo. Una mujer aseguraba luego que le había amenazado con la cárcel; otra, que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo, y tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del Gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto, al ver que este se presentaba en persona en la antecámara, seguido del Capitán general.

—Pero señora,—exclamó, dirigiéndose á la anciana, ¿porqué no me ha avisado V. y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes?...

La señora tendió sonriendo una mano al Gobernador y otra al Capitán general, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos: unos decían que era un duende, otros aseguraban que era la *vieja del candilejo;* los más dijeron que era la Reina Cristina, que había venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué la más aceptada, por la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida Reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero, en mitad de la plaza de San Francisco.

—Había de parecer un melón de cuelga,—dijo una vieja rencorosa. Otra, en alto grado previsora, añadió:

—Pues como no le ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la soga.

Mientras tanto, el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las caballerizas gritando:

—¡El coche del señor Gobernador!

Y sin duda los negocios de la Reina Cristina debían ser de fácil expedición, porque, diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

—Mañana á primera hora,—le decía el Gobernador, tendrá usted cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré á llevárselas.

—Gracias,—contestó la señora, con sumo interés. Le espero á V. sin falta.

Advirtióle entonces el Gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

—Al menos,—dijo el Capitán general, permita V. que yo la acompañe.

—Eso es para mí tanta honra, que no la desecho,—replicó la anciana. Y apoyándose en el brazo que el General le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

III

Qué noticias me trae V.?—decía la señora al Gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

—Muchas en cantidad, malas en calidad,—contestó este sentándose.

La anciana separó un atrilito, que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

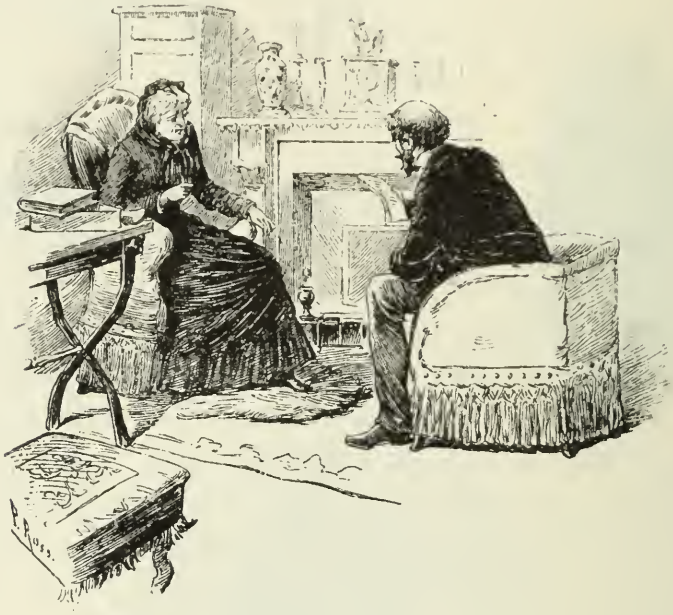
—Veamos, veamos,—dijo con gran interés.

—Desde ayer,—dijo el Gobernador, ha tenido V. en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es este.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

«El inquilino de la casa núm. 69, de la calle Z.**, se llama D. Esteban Rodríguez, cuenta sesenta y dos años de edad, y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota, y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de

los cuales tiene la mayor doce años, y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. Don Esteban Rodríguez ha estado empleado veintitrés años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del Ministerio. Desde entonces ha venido poco á poco á la miseria: debe al casero 3.625 reales, y este le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa, si



el día 5 del corriente, á las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda...

—¡Mañana es día 5!—le interrumpió con terror la señora. Mañana, ¡Dios mío!... Mañana, Viernes de Dolores!...

—Don Esteban no tiene con qué pagar,—continuó leyendo el Gobernador, y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El D. Esteban es persona honrada y de toda confianza.

El Gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Razón tenía para afligirse!...

No bien quedó sola la anciana, volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—¡Imposible!—murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... ¡Imposible que, en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande!... ¡Si yo fuera rica!... ¡Si yo pudiera hacerlo en su nombre!...

De nuevo volvió á quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules, y surcaron lentamente sus mejillas.

—Á las tres de la tarde, ¡Dios mío!—murmuró, levantando los ojos á un crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. Á las tres de la tarde, hora en que expiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo!... ¡Seis niños, Virgen Santísima, seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano, que es la sombra de un sepulcro... ¡Pobres niños de mi alma!... ¡Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos! por esa hora en que expiró tu Hijo, por ese quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos tú, ó deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos, y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupitre, y se puso á escribir una carta, cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Sr. Marqués de X.**, alcalde primero de Sevilla; al pie del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima*.

Tres horas después recibía un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del

Ayuntamiento, y una cariñosa carta del alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *En favor de D. Esteban Rodriguez.*

Abrió luego un cajoncito del pupitre, cerrado con llave:

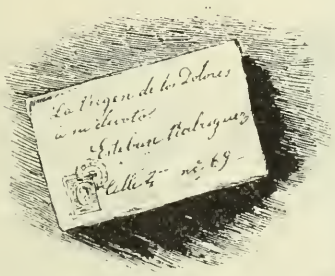
en el fondo había varias monedas de oro, y algunos billetes de banco. La anciana se puso á contarlos: eran seis de á mil reales cada uno.

—Hasta Junio no puedo cobrar más,—murmuró entre dientes. ¿Qué importa?... Á mí no han de embargarme...

Y envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre, sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Do-*

lores á su devoto; y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los días, la señora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cuándo en cuándo se sonreía...



IV

El Viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

—Vendrá de seguro,—pensó la anciana. Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el quinario había comenzado, y el desgraciado cesante no venía.

—¿Qué habrá sucedido?—pensaba la anciana. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas, que invocan á Dios en los dolores, y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeron su atención. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres, que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mu-

jer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto. Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pie del presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado, al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡También esta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica; por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente la observaba.

—¿Es esa señora tu mamá?—preguntó á la niña.

—Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

—Está tullida, pero hoy ha hecho la Virgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino, que, para impulsarlos á la caridad señaló Dios á los poderosos, y que tantos, tantos, jamás han gustado en su vida. ¡El placer de hacer felices!

Y sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana, que hacía limosnas de príncipe, debía solo al favor de sus poderosos amigos, una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin, la que, sin saberlo, se había retratado á sí misma, al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo; el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.»

Aquella anciana era la ilustre Marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el pseudónimo de *Fernán Caballero* (1).

(1) El autor de esta verídica narración, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando también arrancar algunos de ellos á la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado D. Esteban Rodríguez, son completamente supuestos.

LA INTERCESIÓN DE UN SANTO

LA INTERCESIÓN DE UN SANTO

I

EL EMPERADOR Á LA MUERTE

¿Qué cosa es aquesta atán sin pavor,
Que me hace dançar á fuerça sin grado?
Sin dubda es la muerte, que no ha dolor
Del hombre que sea grande ni cuytado.
¿No hay algún rey ó duque esforçado,
Que me agora pueda della defender?
Acorredme todos; mas no puede ser,
Ca ya tengo el seso del todo turbado.

(La Danza de la Muerte.)

ERA uno de esos días de Marzo, en que allá á las alturas de Castilla saca de repente el invierno su garra de hielo, para disputar á la primavera la posesión del tiempo. Un cielo plomizo con matices cárdenos, que anunciaban la proximidad de una tormenta, cobijaba los tristes contornos de Tordesillas, cubiertos á la sazón de altos matorrales rojizos, semejantes á la crin erizada de un león gigantesco: serpenteaba entre ellos, como una culebra blanca, la estrecha vereda que en 1555 unía por todo camino á la villa entonces famosa, con Valladolid, la corte entonces potente.

Veíanse aún por tierra, como muestra de desidia ó señales de miseria, las murallas derribadas treinta y cinco años antes por el Conde de Haro, cuando arrancó la villa á las Comunidades, destrozando el batallón de cuatrocientos clérigos levantado por aquel Obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, á quien llamaba Guevara, al encabezar sus cartas, *Ilustrísimo Señor y revoltoso Perlado.*

La tierra, llenando su misión de sepultar así á los hombres como á los monumentos, iba cubriendo poco á poco aquellas ruinas, entre las que asomaban ya sus verduscas copas algunas higueras silvestres: veíanse detrás las terrizas casas del pueblo agruparse en torno del antiguo Alcázar y las viejas iglesias, como si buscasen la defensa que ya no tenían, al abrigo de aquellos dos grandes principios, *el altar y el trono,* que dieron vida y gloria á la antigua España respetada y libre, cuando tapizaba los templos de su Dios con las banderas ganadas á sus enemigos.

Algo extraordinario acontecía aquella tarde en el vetusto Alcázar, que encerraba entre sus negruzcos muros las penas y las dichas, los crímenes y las buenas obras de tantas generaciones de reyes: salían á veces por un estrecho ajimez frontero al Monasterio de Clarisas, gritos salvajes, aullidos lastimeros, que hacían estremecer de espanto á los villanos que en diversos grupos poblaban los contornos, sin apartar sus miradas del Alcázar, con esa paciente curiosidad que despierta en las muchedumbres de todas las épocas, todo lo que á sus ojos aparece grande, misterioso ó terrible. Por dos veces apareció en la ventana más próxima al estrecho ajimez, el busto de una dama joven y de majestuosa presencia, que interrogaba con la vista el camino de Valladolid, como si á alguien esperase: quitábanse entonces los villanos las pardas caperuzas, y estrechábanse entre sí retrocediendo, como poseídos de temor y de respeto.

Mientras tanto una anciana ya decrépita cruzaba á grandes pasos la estancia mayor del Alcázar. Apoyábase en una larga vara, que sacudía á veces frenéticamente, al compás

de un canto extraño, que repetía sin cesar haciendo gestos y contorsiones. Cubríala una vieja saya francesa de carmesí á medio abrochar, y un monjil altibajo forrado en armi-

ños pelados y sucios. Su toca á la Borgoñona dejaba escapar desgreñados mechones blancos: traía á los pechos un joyel destrozado junto á una medalla riquísima, y veíase en su brazo izquierdo un antiguo brazalete de oro abollado, que desde el codo le bajaba hasta la muñeca, dejando ver los engastes vacíos de ricas piedras que ya no tenía.

Destacábase aquella extraña figura sobre los viejísimos tapices que pendían del artesonado techo, representando con dibujos informes y desteñidos, pasajes del Antiguo Testamento. Veíase en el fondo, á través de una puerta abierta, un retrete tapizado con viejos paños, y más lejos una alcoba, en cuyo centro se levantaba una enorme cama con dosel y colgaduras de terciopelo azul empolvadas y desteñidas. Hallábanse revueltas las ropas del lecho, como si acabara de ser abandonado, y arrastraba por el suelo la colcha desgarrada, en cuyas cuatro esquinas campeaban las armas de Castilla.

Recorría la anciana de un cabo á otro todo aquel recinto con maravillosa viveza, golpeando el suelo con su vara, y cantando con voz baja y plañidera, que ponía en el ánimo compasión y espanto:

—¡Ensiella, ensiella, encalabaciella!
—El Rey D. Juan casó en Castiella.
—Todas las damas convidó,
Si non una que y dexó...

Suspendía á veces su canto ante un ajimez que, cerrado con fuertes barrotes, se abría en la alcoba frente por frente al Monasterio de Clarisas: erguía entonces su enjuto rostro con la majestad de una reina y el extravío de una loca; lanzaba gritos salvajes sacudiendo los barrotes de hierro, y tornaba á su trabajoso andar y á su lastimero estribillo:

—¡Ensiella, ensiella, encalabaciella!
—El Rey D. Juan casó en Castiella...

Conmovían profundamente estos gritos á otra dama, que, oculta casi por completo en el hueco de una honda ventana, la seguía con ojos de compasión y de cariño. Hallábase sentada sobre un viejo cojín de tafetán morado, en uno de los bancos de azulejos moriscos que los alféizares de la ventana formaban: vestía rica saya de paño negro acuchillada de raso, con gorguera alta á la austriaca, y el copete de encajes en la cabeza, propio de las grandes señoras de la corte. Tenía en las manos uno de esos Psalterios cuyas ricas miniaturas admiran hoy á los artistas, y rezaba devotamente el Oficio divino, confundiendo en una sola mirada los salmos del rezo, el camino de Valladolid y los paseos de la anciana, como si el favor que pedía al cielo para esta, hubiera de venir por aquella vereda que sin cesar observaba.

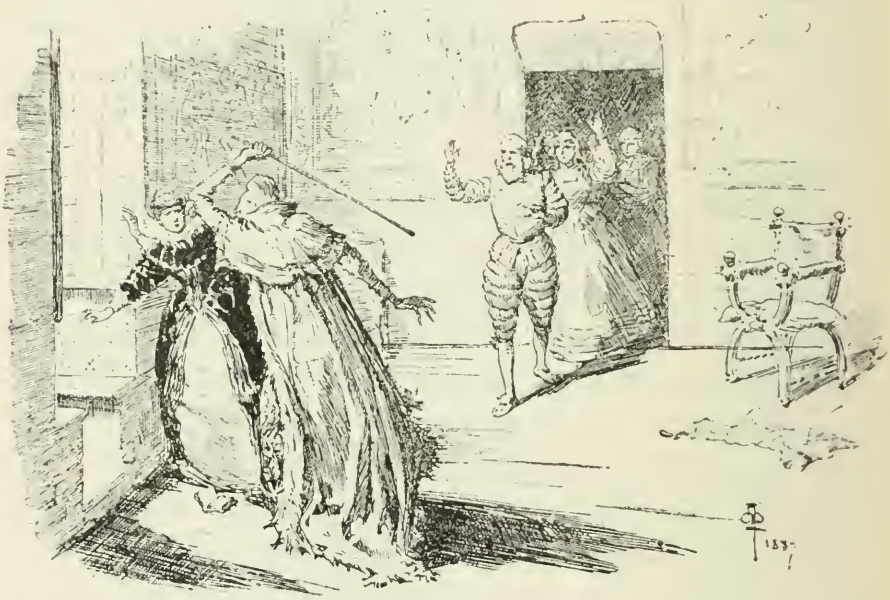
La tarde caía con esa pesadez atmosférica, que excita á las personas nerviosas y exaspera á los locos. La anciana redoblaba sus gritos, la dama aumentaba su fervor, y los villanos comenzaban á retirarse lentamente, volviendo sin cesar los ojos hacia el palacio, hasta desaparecer al fin en la parroquia de San Pedro, cuyas campanas anunciaban á los vecinos rogativas públicas. Entonces apareció en el camino de Valladolid una leve polvareda, tras de los árboles todavía sin follaje, que levantaban acá y allá sus ramas, como esqueletos de largos y descarnados brazos. Poco á poco fuese haciendo más visible á los ojos de la dama, que se había puesto de pie llena de esperanza; vióla acercarse primero, clarear algún tanto después, y dejar á la vista, por último, cuatro mozos de á caballo y otros tantos peones, que conducían caballeros en sendas mulas á dos religiosos de aquellos que el vulgo llamaba entonces Teatinos, y eran clérigos regulares de la Compañía de Jesús, á la sazón naciente.

La dama cruzó las manos llena de júbilo al reconocerlos, y lanzándose á la estancia, exclamó alborozada:

—¡Albricias, señora Madre! ¡que nos manda Dios al Padre Francisco!...

Alborotóse la vieja al oír estas palabras: tornóse su semblante de extraviado en ceñudo, y clavando en la dama una mirada torva enarboló el palo haciendo ademán de lanzarse sobre ella. Aterrada esta retrocedió hasta agarrarse á los tapices, gritando con toda su fuerza:

—¡Denia!... ¡Denia!... ¡Doña Isabel!



Un caballero anciano apareció al punto, como si acechase, para entrar, aquel grito de angustia: seguíanle dos robustas mozas de servicio y un camarero, y otra dama de maravillosa hermosura, que pálida del susto, no osaba traspasar el dintel de la puerta.

Al verlos la vieja comenzó á temblar: dejó caer la vara con cierto inocente disimulo, y fuese replegando poco a poco hacia la pared, hasta acurrucarse en un rincón debajo

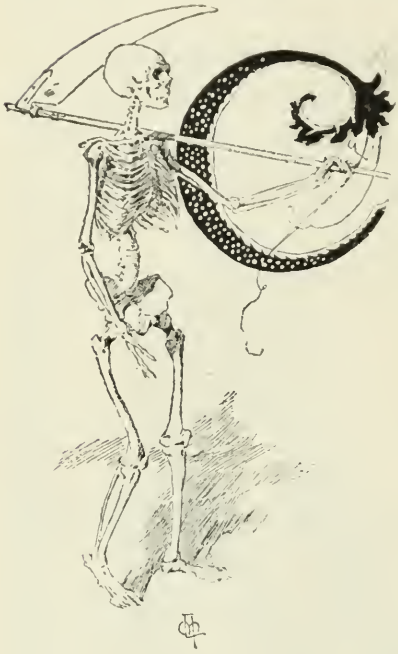
de una mesa: allí comenzó á gemir y á revolverse, con ese terror que inspira á los dementes la presencia del loquero que contiene sus arrebatos.

La dama la miraba absorta, con una especie de doloroso espanto: dejóse caer en un escabel, y como si interrogase al cielo, exclamaba sollozando:

—¿Aquestas son, Señor, las grandezas humanas?...

Justos eran, en efecto, su desengaño y su quebranto; porque aquella mujer que se retorcía en el suelo como un gusanillo, era la madre de dos emperadores y cuatro reinas, reina ella misma la más poderosa de su tiempo. Era doña Juana de Aragón, conocida en la historia con el nombre de *¡La Loca!...*

II



QUARENTA y siete años hacía que era Tordesillas sepulcro de un cadáver y de una loca: allí se había retirado la Reina doña Juana, llevando consigo el cuerpo de su esposo el Rey D. Felipe, que había paseado por toda Castilla. Quiso el Rey Católico poner término á las extrañas correrías de su hija, que contristaba los pueblos á su paso, afirmando por todo el reino la fama de su locura: logró al fin conducirla á Tordesillas, acompañada siempre de aquellos tristes despojos de la muerte, que nunca perdía de vista. Depositáronlos primero en el Alcázar mismo, en un rico arcón de encina labrada, cubierto á la usanza árabe con paños de brocado, y cerrado con tres llaves de bronce, que guardaba la Reina en su escarcela. Mas aprovechando luego un débil rayo de razón que alumbró á la infeliz señora, trasladaron el triste cuerpo al Monasterio de Clarisas, fundado por D.ª Beatriz y D.ª Isabel, hijas de D.ª María de Padilla y del Rey D. Pedro I. Mandó entonces la Reina abrir un ajimez en su propia alcoba, frente por frente al Monasterio, y desde allí

vigilaba aquellos amados despojos, temerosa unas veces de que se los robasen los flamencos, y esperanzada otras de verlos recobrar la vida, según predicción que aseguraba haberle hecho un cartujo de Miraflores.

Pasaba la triste Reina días enteros sin tomar alimento alguno, encerrada en una estancia á oscuras, y cubiertos rostro y cabeza con un capirote de luto: así la encontró su padre el Rey Católico, cuando por primera vez se avistó con ella en Tórtoles, después de viuda. «El Rey, dice un cronista, se quitó el bonete, y la Reina el capirote que traía: echóse á los pies de su padre para besárselos, y él hincó la rodilla para levantalla, y duró la plática más de dos horas. Entró luego la Reina D.ª Germana, su madrastra, y aunque le besó la mano como á madre, calóse luego el capirote y no pronunció palabra.»

Clareaba á veces la lumbre de su razón por breves momentos: lamentábase entonces de que la tuviesen por loca, y mostraba gran respeto á su padre y á Cisneros, y estimación profunda de su difunta madre, la gran Reina Católica. En uno de estos momentos escribía á Mr. de Veyre: «Hasta »aquí no hos he escripto, porque sabeys de quand mala vo»luntad lo hago: mas pues allá me judgan que tengo falta de »seso, razón es de tornar en algo por mí, como quiera que »yo no me devo maravillar que se me levanten falsos testi»monios, pues que á nuestro Señor ge los levantaron... que »si en algo yo husé de pasyón, y dexé de no tener el esta»do que convenía á mi dinidad, notorio es que no fué otra »la causa syno celos, e no solamente se halla en mi esta »pasyón, mas la Reyna mi Señora, á quien Dios dé gloria, »que fué tan excelente y escogida persona en el mundo, »fué asymismo celosa. Mas el tiempo saneó á su Alteza, »como placerá á Dios que hará á mí.»

No plugo á Dios que el tiempo sanease los celos de

D.ª Juana, sino que antes al contrario, de tal modo remataron su juicio, que hasta las mujeres que se acercaban al cadáver de su esposo se los inspiraban: prohibió que entrase hembra alguna en los templos en que posaba el cadáver al fin de cada jornada, y hallándose en una de ellas cerca de Torquemada, y habiendo mandado depositar el cuerpo en el patio de un convento que creyó de frailes, hízolo sacar al campo al saber que lo era de monjas, y veló á su lado toda la noche, sufriendo los rigores del frío extremado y del viento impetuoso, que apagaba las antorchas con que alumbraban los de su comitiva tamaña desventura (1).

En tan triste estado pasó la infeliz Reina los últimos cincuenta años de su vida, encerrada en el vetusto Alcázar de Tordesillas, en que no se había hecho reparo alguno desde los tiempos de su abuelo D. Juan II; aquel Rey letrado, juguete de favoritos, marido también de otra Reina loca, que decía tres horas antes de morir al bachiller Cibdareal, para desengaño de muchos: —*¡Bachiller... naciera yo fijo de un mecánico, e hobiera sido fraile del Albrajo e no Rey de Castilla!*—Y era tanta la pobreza en que vivía D.ª Juana y quedaron á su muerte las gentes de su casa, que el Marqués de Denia, su mayordomo mayor, se queja amargamente de ella en carta escrita al Emperador Carlos V su hijo, y lo mismo atestigua y de lo mismo se lamenta la Infanta doña Juana, en los pliegos que dirigió al Emperador su padre, á su hermano el Príncipe D. Felipe y á D. Fernando de Valdés, Inquisidor general y Arzobispo de Sevilla, noticiándole la muerte de la desdichada Reina su abuela.

Resintióse gravemente en Enero de 1555 la salud de esta, que no obstante de contar ya setenta y dos años, se con-

---

(1) Este asunto fué el que sirvió al Sr. Pradilla para su magnífico y célebre cuadro de *D.ª Juana la Loca.*

servaba robusta, aunque falta siempre de seso: abriéronsele llagas en varias partes del cuerpo, que irritaba ella misma con su continuo trajinar y moverse, sin permitir que nadie se las viera ni curara. Hiciéronse por otra parte más frecuentes sus accesos de furor; permanecía días enteros sin vestirse ni tomar alimento, y daba día y noche voces y alaridos que ponían pavor á los vecinos y consternaban á las gentes de su servicio. Vestíase otras veces las añejas galas que consigo traía, y tomaba aires y mandos de reina, bien que recordase que lo era en efecto, bien que cediese á la extraña y general manía de los locos, que se fingen siempre grandes personajes, como si quisiese Dios demostrar en ellos que corren parejas con los delirios de la locura las vanidades de la grandeza.

Hallábase Carlos V en Bruselas, con intentos de presidir la dieta de Augusta: el Príncipe D. Felipe había marchado á Inglaterra á desposarse con la Reina María Tudor, y quedaba por gobernadora en Castilla la Infanta D.ª Juana, Princesa viuda de Portugal. Á esta señora acudió el Marqués de Denia, mayordomo de la Reina, enviándole las tristes nuevas de la salud de esta, que anunciaba un próximo desenlace con los más lamentables accidentes; porque uno de los síntomas que en aquellos tiempos contristaban más el ánimo en la locura de D.ª Juana, era que nada desquiciaba más su mente ni despertaba tanto su furor, como cualquiera palabra que á cosas de piedad ó á provecho de su alma fuese encaminada. Afligieron grandemente estas nuevas á la piadosa Infanta, y partióse á Tordesillas llevando entre las gentes de su cámara á la Condesa de Lerma, D.ª Isabel de Borja, nuera del de Denia, y primogénita del Santo Duque de Gandía, entonces humilde Padre Francisco de Borja. Mas antes, esperándolo todo de la santidad insigne de este varón, á quien había ella misma visto ha-

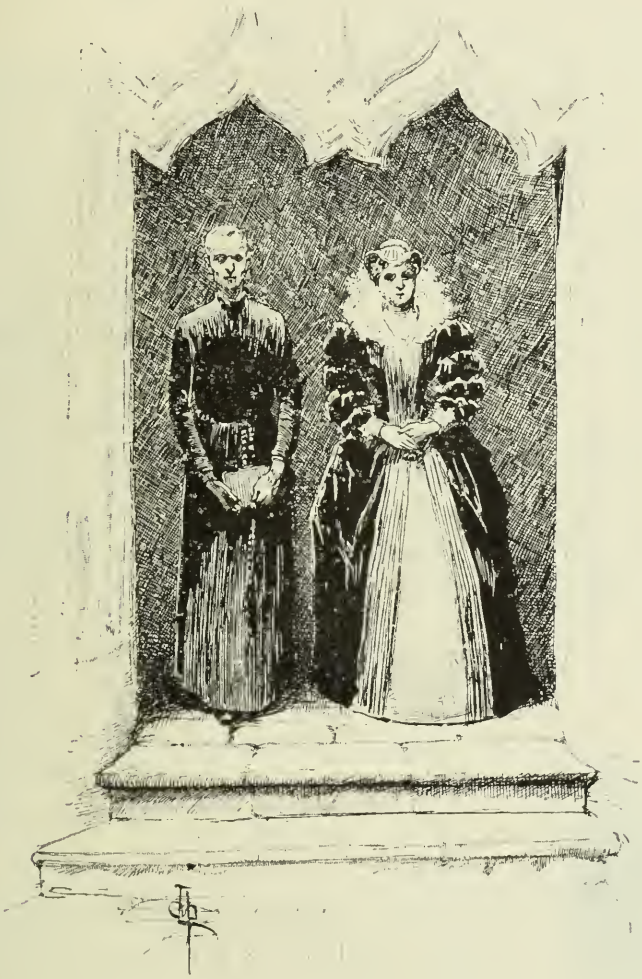
cer en su presencia el famoso milagro del *lignum crucis*, envióle un propio ordenándole pasar á Tordesillas, para asistir á la desdichada Reina, á quien amenazaba saltear la muerte en medio de la locura.

Hallábase San Francisco de Borja en Sanlúcar de Barrameda visitando las casas de la Compañía, como Comisario general de su Santo Padre Ignacio de Loyola. Ordenó al punto la marcha el Santo Borja, y partióse de Sanlúcar con el P. Bustamante, llegando á Tordesillas á los 25 de Marzo. Recibiólo la Infanta con el agasajo que sus esperanzas y su veneración al Santo le inspiraban, y quiso presentarlo aquella misma noche á la Reina, esperando que la repentina vista de aquel maravilloso cambio, que la Europa entera admiraba en el antiguo Duque de Gandía, despertase en la infeliz demente algún rayo de razón, que pudiera aprovechar la prudencia del Santo en bien de aquella misma alma, próxima á comparecer ante el tribunal divino. Había el P. Francisco en su juventud vivido dos años en compañía de la Reina D.ª Juana, sirviendo de menino á la Infanta D.ª Catalina, que nunca quiso separarse de su madre, hasta que la razón de Estado, tan cruel para los reyes, le forzó á dejar á la pobre demente, para ir á casarse con el Rey de Portugal D. Juan III.

Al arrebato de la Reina, aquella tarde había sucedido una postración física y moral, que revelaba bien á las claras cuán rápidamente se desmoronaba y hundía aquella vieja máquina. Acostáronla las mujeres de su servicio sin que, como otras veces opusiese resistencia, y aun llegó á tomar una escudilla de caldo de manos de la vieja María de Cartama, su dueña favorita, que desde los tiempos de su juventud la servía y acompañaba.

Mandó la Infanta traer gran copia de luces á la alcoba de su abuela, y acudieron á ella con todo el aparato que

en el desmantelado Alcázar pudo desplegarse, los Marqueses de Denia, sus hijos los de Lerma, las dueñas de la Reina, y los grandes que desde Valladolid habían acompañado á la Infanta gobernadora. Todo esto miraba la Reina con es-



pantados ojos, incorporada en los almohadones de su lecho, sin moverse ni quejarse, ni preguntar tampoco el motivo de tan desacostumbrado movimiento.

Entró entonces la Infanta con grande majestad, trayendo á su lado al P. Francisco. Contaba á la sazón el Santo

cuarenta y cinco años: era de alta estatura y habían las penitencias reducido á delgadez extrema aquel cuerpo, notable en su juventud por su robustez demasiada. Vestía una vieja sotana de la Compañía, ceñida á la cintura con el orillo del paño, y pendíale de este un rosario de cuentas ensartadas en una cuerda de vihuela.

Estaba la Reina algo sorda, y no se dió cuenta de la entrada de ambos personajes, hasta que los tuvo delante. La Infanta se acercó entonces á su oído, y le gritó con fuerza:

—Señora madre..., aquí tenéis al Duque de Gandía, que viene á besar la mano á V. A.

Y al mismo tiempo dobló el P. Francisco ambas rodillas ante aquel desengaño vivo de las grandezas humanas, que tan firmemente traía él grabado en el pecho. Fijó la Reina en el Santo sus extraviados ojos, sin tenderle la mano: hizo un ademán verdaderamente regio, murmurando: *¡Alzaos...* y le pidió unos tafetanes rojos para ceñir una banda á Juan de Padilla el comunero, degollado en Villalar treinta y cuatro años antes!...

III

DESALENTÓSE con esto la Princesa, y perdieron toda esperanza las gentes del Alcázar, que por conocer más á fondo la locura de D.ª Juana, y confiar menos en la santidad del P. Francisco, no creían que pudiera rematar, sino con la muerte, aquella demencia que contaba cincuenta años de arraigo. Solo el Padre Francisco se retiró impasible, sin manifestar temores ni

esperanzas: rechazó con humildad el hospedaje que la Infanta le brindaba en palacio, y el que le ofrecía en sus casas de Tordesillas su hija la Condesa de Lerma, y hospedóse como de costumbre en un hospital, que lo fué entonces el de *Mater Dei.* Allí comenzó á agenciar con Dios el buen suceso de su venida: veíasele cada día más pálido y demacrado, como si la oración prolongase más sus insomnios, y las penitencias afligiesen con nuevo rigor su cuerpo, salir del hospital para visitar á la Reina, que sin ganar nada en juicio, perdía en fuerzas á cada paso. No esquivaba, sin embargo, la presencia del Santo, y oía sin enojo sus pláticas, interrumpiéndolas á veces con preguntas impertinentes, que harto probaban cuán lejos estaba de sacar fruto de ellas.

Á todos menos á la Infanta parecían inútiles aquellos trabajos, y más se afirmaron en ello, cuando á los pocos días sobrevino á la Reina un nuevo acceso de furia, en que no obstante su avanzada edad, y lo quebrantado de sus alientos, y lo dolorido de sus llagas, no eran parte á contenerla en el lecho las fuerzas de dos mujeres robustas. Rindióse al fin con gran fatiga, ya muy entrada la noche, y durmióse al cabo con extraño sosiego, durando su sueño más de ocho horas: velaba á su cabecera la dueña María de Cartama, que atónita de esta novedad la miraba de hito en hito y le palpaba los pulsos, temerosa de que aquel desacostumbrado sueño rematase en síncope, precursor sin duda de la muerte. Penetraba ya el sol por todas partes en la cámara, cuando la dueña se decidió al fin á despertar suavemente á la Reina. Abrió esta los ojos dando un gran suspiro, y preguntó con mesura qué hora era. Espantóse la dueña de aquella pregunta, extraña en quien ignoraba casi la medida del tiempo hacía tantos años; consultó sin embargo una clipsidra ó reloj de agua, de barro flamenco,

que fuera del alcance de la Reina, que todo lo rompía, se hallaba en la alcoba, y contestó que eran más de las ocho y media.

—Pregúntolo,—dijo entonces la Reina, por saber si tardará el Duque Francisco.

Asombróse de nuevo la Cartama, y aun creció más su pasmo, cuando, incorporándose trabajosamente la Reina, le pidió para cubrirse un capotillo negro, que indicó ella misma dónde estaba. Dió luego un hondo suspiro, y pidió con gran sosiego que le trajeran un crucifijo: trájole la dueña uno grande de metal, que dentro de un mueble estaba escondido, y la Reina lo tomó con ambas manos, sin poderlo mantener en alto por su mucha flaqueza. Con gran ternura lo miró en silencio una buena pieza de tiempo, y tornó luego á suspirar hondamente, diciendo primero en latín y después en romance:

—*In te. Domine. speravi. non confundar in aeternum!...*

Espantada la dueña corrió fuera de la cámara, dando voces de que la Reina había recobrado el juicio. Alborotáronse los del Alcázar, dudando unos del hecho, clamando otros milagro, y corriendo todos en tropel á cerciorarse por sus propios ojos. Acudió á las voces la misma Infanta doña Juana, y haciendo detener á todos en el retrete, entró ella sola en la cámara con la Condesa de Lerma. Hallaron á la Reina con el crucifijo en la mano, apoyado en las rodillas, y cayendo de sus ojos dos hilos de lágrimas. Conmovióse la Infanta á esta vista, y no osaba adelantar, apoyándose en la de Lerma, que también lloraba enternecida. Viólas la Reina desde el lecho, y dijo entonces con gran sosiego:

—Llegaos acá, D.ª Juana, y dadme nuevas del Duque Francisco.

Acercóse la Infanta llorando de júbilo, y contestó que

presto llegaría el Santo, creyendo que á esto iba encaminada la pregunta; mas la Reina, moviendo la cabeza reposadamente, dijo entonces con mucha dulzura:

—Ya sé eso, hija mía... Pregúntoos ahora, cuál es el hábito y vida que trae el Duque Francisco.

—Sentóse la Infanta en el mismo lecho de su abuela, que era ancho y largo en extremo, y como la de Lerma quedase de pie á su lado, mandóle la Reina tomar una almohada y sentarse allí cerca.

Refirióle entonces la Infanta la conversión del Santo Duque, su retirada del mundo, su profesión en la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola, y la vida apostólica y llena de prodigios con que admiraba á la Europa. Todo esto escuchaba la Reina atentamente, haciéndose repetir las cosas, que, por estar algo sorda, al pronto no entendía: calló luego largo rato al terminar la Infanta, y díjole al fin como maravillada:

—Dígoos, hija, que siempre pensé bien del paje Íñigo y del Marqués de Lombay; mas nunca creyera que se tornaran tan santos.

Asombróse la Infanta á estas razones, y tuvo ya por cierto que la luz de la razón iluminaba á la Reina, y entraba en caja su memoria; porque no de otra manera podía recordar que era Ignacio de Loyola el mismo paje Íñigo que había conocido ella en la corte de su padre el Rey Católico, ni que fuese el Marqués de Lombay, menino de D.ª Catalina, el mismo Duque de Gandía, de cuya conversión y virtudes se trataba.

Llegó en esto el Santo Borja acompañado del doctor Herrera y del viejo Juan de Arispe, contador de la Reina: recibiólos esta con agrado, y manifestó deseos de quedarse á solas con el P. Francisco. Dos horas duró esta plática, en que quedó patente á los ojos del Santo, con cuánta mi-

sericordia había escuchado el Señor sus ruegos; porque no solo atinaba la Reina en sus razones, y daba exacta cuenta de lo que se le preguntaba, sino que conocía hallarse en el trance de la muerte, pedía confesión con muchas lágrimas,

y lloraba, al mismo tiempo que sus pecados, los excesos de su locura, como si fuese delito la desgracia.

Esperaban impacientes el término de esta plática la Infanta D.ª Juana y las gentes todas del Alcázar, y aun los vecinos mismos de la villa, que, sabedores de la maravillosa

nueva, formaban corrillos en torno del palacio. Apareció al fin el P. Francisco rebosando júbilo, y con aquella serena jovialidad con que tan bien sabía encubrir sus virtudes y sus prodigios, dijo á la Princesa:

—Dé V. A. gracias á Dios, que cayó ya el idolillo y cesó por ende el maleficio.

Y al decir esto puso en manos de la Infanta una vieja escarcela que le había entregado la Reina: en ella venían tres llaves de bronce, enrojecidas por el orín, como si las lágrimas derramadas por la infeliz Reina en aquellos cincuenta años de viuda hubiesen caído gota á gota sobre ellas.

Eran las que cerraban el ataúd del Rey D. Felipe el Hermoso.

IV

INSTALÓSE desde aquella hora San Francisco de Borja en el Alcázar, y al otro día, que fué Domingo de Ramos, confesó despacio á la Reina: y fué tanta su contrición, tantas las lágrimas que derramaba, y tan grande su acierto al explicar sus culpas y expresar su arrepentimiento, que maravillado el Santo declaró más tarde, que no lo hubiera hecho con más piedad y tino, si en aquellos cincuenta años hubiese frecuentado los Santos Sacramentos.

Convocó entonces el P. Francisco ante la Princesa al Marqués de Denia, al doctor Herrera y al contador Juan de

Arispe, y dijoles que era de su opinión tan cabal el juicio de D.ª Juana, que creía lícito administrarle sin escrúpulo el Santo Viático; pero que todavía, para satisfacción del vulgo, que pudiera en esto recibir escándalo, y porque el peligro de muerte no aparecía tan cercano, era su deseo que se consultase el caso á Salamanca, y viniese á la posta el Maestro Fr. Domingo de Soto, á formar cabal juicio del que había recobrado la Reina.

Vinieron todos en ello, admirando la humildad y prudencia del P. Francisco, y partióse aquella misma tarde para Salamanca el contador Juan de Arispe, dando la vuelta á los tres días, que era ya el de Miércoles Santo, en compañía de Fr. Domingo de Soto, lumbrera á la sazón de la esclarecida orden de Predicadores. Tanteó el docto dominico el juicio de la Reina en varios puntos y pláticas, y declaró al cabo que, no solo encontraba en ella razón firme y memoria clara, sino que descubría además cierto saber milagroso que tenía algo de infuso; y que era, por lo tanto, opinión suya firmísima, que se le debían administrar sin dilación los sacramentos que faltaban, dando gracias á Dios por suceso tan portentoso, que atribuía sin duda alguna á la poderosa intercesión de San Francisco de Borja.

Acogió la Reina con trasportes de júbilo este acuerdo; y fijóse el día siguiente, que era Jueves de la Cena, para llevar á cabo la ceremonia. Reconcilióse á la mañana con grande devoción y muchas lágrimas; pero cuando ya se aparejaba el Santo Borja á llevarle el Viático, sobrevino á la Reina un vómito tàn recio, que, repitiéndole muchas veces, le impidió por desdicha recibir este consuelo.

Administráronle entonces la Extremaunción, porque la muerte se acercaba á largos pasos, amenazando saltearla por momentos. Á la noche se presentó la agonía, y encen-

dieron entonces las candelas: púsole una en la mano San Francisco de Borja, y la Infanta su nieta se la sostenía derramando muchas lágrimas: á la cabecera estaba de pie San Francisco con el crucifijo en la mano, y rodeaban el lecho de rodillas, además de la Infanta, Fr. Domingo de Soto, los Marqueses de Denia, los Condes de Lerma, el doctor Herrera, los grandes de la comitiva de la Infanta, y las mujeres del servicio de la Reina: lloraban todos, con-

templando la agonía con esa temerosa compasión que sobrecoge al hombre á la vista del trance fiero de la muerte, que sabe ha de llegar para él de idéntico modo, más tarde ó más temprano.

Confortaba el Santo á la agonizante acercando á sus labios el crucifijo, con devotas palabras que á todos arrancaban lágrimas, y la Reina, con muestras de gran piedad, heríase el pecho con su flaca mano. Parecía ya tener perdida el habla, y preguntóla por eso el Santo si quería que repitiese en su nombre la protestación de la fe; mas con

gran pasmo de todos volvió la Reina el rostro hacia el que le hablaba, y dijo con voz entera:

—Empezad á decirla vos, para que la vaya yo repitiendo...

Hízolo así San Francisco, y no solo se alentaba la Reina al repetir sus palabras, sino que ella misma adelantaba á veces frases enteras, y con voz clara y robusta dijo al terminar: —*¡Amén!*

Presentóle entónces San Francisco una imagen de Nuestra Señora, para que le besase la mano; y negándose ella con la cabeza, le besó los pies con grande humildad y ternura. Hizo luego ademán de querer besar también el crucifijo, y recogiendo todo su aliento, exclamó en voz alta:

—¡Jesucristo crucificado sea conmigo!...

Alentó luego un breve rato con gran fatiga; torció la cabeza hacia el lado en que el Santo le presentaba el crucifijo, boqueó dos veces, y entregó el alma...

V

Así murió cuerda y santamente aquella desgraciada Reina, después de cincuenta años de locura, en la noche del Jueves Santo, 11 de Abril de 1555, á la misma hora en que recuerda la Iglesia la agonía de nuestro Señor en el huerto de las olivas. Suceso que, con ser tan portentoso y referirse á persona tan señalada, es poco conocido de las gentes, por no dar cuenta de él los historiadores más

populares, que dan por otra parte razón de hartas menudencias: que no parece sino que, á semejanza ellos de los cortesanos de entonces, vuelven la espalda á la triste Reina, no bien la dejan encerrada en Tordesillas, pobre, loca y desvalida, desdeñándose de referir su santa y prodigiosa muerte en brazos de San Francisco de Borja.

Dan fe, sin embargo, de este hecho, el P. Orlandini en la *Historia de la Compañía*, el Obispo de Pamplona, Fr. Prudencio de Sandoval, en su crónica de Carlos V, y más detenidamente que ninguno, en su *Vida de San Francisco de Borja*, el P. Álvaro de Cienfuegos, Cardenal después de la Santa Iglesia Romana, que sacó de los apuntamientos del doctor Herrera, testigo de vista del suceso, la mayor parte de los pormenores que llevamos referidos. Y da, finalmente, testimonio el más fiel de todos ellos, la siguiente carta de San Francisco de Borja al Emperador Carlos V, en que, callando todo lo que pudiera ser elogio suyo, dice todo lo que puede ser gloria para Dios y consuelo para el ánimo del César.

«*Con un correo que á 10 de Abril despachó el Marqués de Denia, dando cuenta á vuestra Majestad de la indisposición de la Reina, hice relación de la merced que nuestro Señor hizo á su Alteza en su enfermedad, por haberla dado, al parecer de los que se habían hallado presentes, muy diferente sentido y juicio en las cosas de Dios, del que hasta allí se había conocido en ella. El contador Arispe dará más particular cuenta á vuestra Majestad, como hombre que siempre tuvo el gran cuidado del bien espiritual de su Alteza, y que tanto ha trabajado en que se pusiesen todos los medios para atraerla en el recuerdo de Dios Nuestro Señor. Doy muchas gracias á la Majestad divina por la satisfacción que á todos estos reinos quedó del buen fin que su Alteza tuvo, cuyas últimas palabras, poco tiempo an-*

tes que expirase, fueron: Jesucristo crucificado sea conmigo» (1).

---

(1) El Sr. D. Modesto Lafuente, en su erudita *Historia General de España,* es uno de los pocos historiadores modernos que se detienen á referir este caso, si bien yerra, diciendo que la Reina recobró el juicio *momentos antes* de expirar... «viéndose con maravilla, dice, que momentos antes de expirar recobró su razón tan largos años trastornada, y siendo las últimas palabras que pronunció: *Jesucristo crucificado sea conmigo.*» Esto no es exacto: la Reina confesó tranquilamente el Domingo de Ramos y murió el Jueves Santo por la noche, estando, por consiguiente, en su cabal juicio seis días por lo menos, en el trascurso de los cuales se hizo la consulta á Salamanca y llegó Fr. Domingo de Soto. De la misma carta de San Francisco de Borja que insertamos se desprende que el 10 de Abril, es decir, la víspera de la muerte de la Reina, que acaeció el 11, ya había despachado el Marqués de Denia un correo al Emperador, en que el mismo Santo le noticiaba la vuelta á la razón de su anciana madre. Esto, sobre aumentar lo maravilloso del caso, impide que se confunda con otros análogos, aunque tan poco comunes, observados en algunos locos, que, momentos antes de expirar recobran la razón, como si Dios quisiese en su misericordia darles este momento, para dolerse de las culpas que no tuvieran lloradas.

PILATILLO

Á LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO

DE NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA

EN LA CIUDAD DE ORDUÑA

Cuando por mi mala salud y mi mucha ventura quiso Dios traerme á este Colegio de Orduña, era uno de mis mayores entretenimientos veros jugar á las horas de recreo. Dábame esto cierto desasosegado consuelo, semejante al inquieto gozo de quien teme perder el bien que disfruta: aquella pura alegría vuestra, que tan simpático eco encuentra en el alma, aquella sencilla plenitud de dicha que nada busca más allá de las tapias del Colegio, revelan en vosotros, como en ninguna otra parte he visto, esa santa *infancia del corazón*, que garantiza al joven una edad madura llena de virilidad, y una honrada vejez exenta de remordimientos. Pero detrás de este lisonjero *hoy* veía yo un *mañana* incierto; y la facultad de prever, que es de las más bellas y de las más tristes que tiene el hombre, hacíame pensar en vuestro futuro á la vista de vuestro presente... Parecíame entonces que por detrás de esas montañas que limitan á Vizcaya, veía adelantarse, como una avanzada de los vicios, la sombra del *respeto humano*, primer fantasma que se os presentará en el mundo; aterrador espantajo de jovenes, gran vencedor de cobardes, que huye ante los que le hacen frente, y subyuga y encadena á los que ante él tiemblan: veía su negra mano revolverse entre vosotros, como la garra de un gavilán en un nido de pájaros; veía que á ninguno podía pillar por esas blusas tan largas, recuerdo del niño; veía que atrapaba á muchos por esos bigotes tan cortos, preludio del hombre!...

Acordábame entonces de cierto Gabriel, colegial en un tiem-

po, como hoy vosotros, y para vuestro solaz y provecho quise escribiros una página de su historia. Leedla y meditadla: y cuando os veáis en circunstancias análogas, que no tardarán en presentarse, acordaos de cuán fácil es caer... ¡Acordaos de cuán fácil es levantarse!

Sé que amaréis á Gabriel no bien le conozcáis, y por eso quiero dejaros aquí otro recuerdo suyo, que os será de provecho. Conservaba él en un libro lujosamente encuadernado todas las cartas que le había escrito su buena y discreta madre. Al frente de este pequeño monumento de maternal ternura y exquisita prudencia, otra persona que amaba mucho á Gabriel y cuidó de su educación en cierto tiempo, había escrito algunas páginas, de las cuales extracto lo siguiente, para que lo tengáis por dicho á vosotros, cuando por última vez salgáis de este Colegio, dejando esa blusa que os ha salvado, y llevando esos bigotes que han de comprometeros .....

.....

«Hoy nos vamos á separar para siempre, y puedo decirte lo que de Jesucristo dice el Evangelio: *In finem dilexit eos.* «Los amó hasta el fin.» Conozco tu carácter, porque lo he estudiado muy despacio: conozco también la sociedad en que has de brillar, porque en esa misma sociedad me eduqué yo y en ella viví hasta que supe despreciarla. Por eso he procurado con todas mis fuerzas grabar en tu corazón tres grandes principios, que no has de olvidar nunca, si quieres ser en el mundo lo que Dios exige de ti: digno hijo de tus padres, representante de una casa ilustre, y fiel caballero cristiano. Para ello, hijo mío muy querido, conserva siempre el santo temor de Dios, fomenta de continuo en tu corazón el amor de la familia, guíate siempre por el sentimiento del honor.

»En estas cartas de tu madre encontrarás máximas saludables, que te lleven por ese camino. Por eso he querido que las colecciones y las guardes: para que en todas las épocas de tu vida encuentres en su lectura, y la bendigas, la mano que te guió en tu infancia, en tu juventud, y quién sabe si también en tu edad madura. No sabes todavía lo que vale una madre, ni lo comprenderás tampoco hasta el día en que la pierdas. ¡Triste prerrogativa de la flaqueza humana, que no acierta á comprender el valor de lo que posee hasta que lo llora perdido!

»Es probable, pobre hijo mío, que seas en este mundo adulado y aplaudido; y esta consideración me apena el alma en el momento de dejarte. La adulación es un veneno delicioso, que trastorna poco á poco la razón del que lo gusta, y concluye por volverle al fin necio, si es vano; loco, si es soberbio. Vuelve entonces los ojos á estas cartas, y oye en ellas la verdad de boca de tu madre: lee también estas líneas, último testimonio de mi cariño, y puede que aprendas en este libro, lo que dijo el P. Kempis para desengaño de los que ensalzan, y consuelo de los que calumnian: *No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.* Conócete á ti mismo, Gabriel, y sabrás conocer á los hombres.

»Otra vez te lo digo, hijo mío: conserva el temor de Dios, y huirá de ti la duda que devasta el alma. ¿Á dónde volverás los ojos cuando empieces á sufrir, si no guardas en tu corazón la fe de tus padres? Porque cree, Gabriel, que si la fe no fuera la primera de las virtudes, sería el mayor de los consuelos. No enseñan los filósofos á llorar: solo la Religión endulza el llanto, y enseña á gozar entre lágrimas

»Fomenta en tu corazón el santo amor de la familia; y su dulce ternura, su santa pureza (entiéndelo bien, hijo mío, *su santa pureza)* te enseñarán á comprender esta verdad, que te pido por amor de Nuestro Señor Jesucristo que grabes bien en tu alma. En la vida del hombre, hijo mío, solo dos mujeres tienen cabida legítima: su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores puros y santos, son los demás divagaciones peligrosas ó culpables extravíos.

»Guíate siempre por el sentimiento del honor, que es un hijo humano de la moral divina del Evangelio. Nobleza obliga, y obliga de tal modo, que solo consiste en obrar como caballero el serlo. Decía un padre noble á un hijo embustero:

... si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede
Quien con él nació perdello?

»El honor es como el cristal, Gabriel; el menor soplo lo empaña. Mantén el tuyo ileso, aun á costa de la felicidad y la vida: que en estos combates llaman al muerto vencedor, y al matador

vencido; y menos hieren el pecho de un noble los dolores, que la deshonra.

»Conserva, hijo mío, mis palabras en tu corazón, y no las tengas en poco porque salen de labios humildes. Dijo un poeta antiguo:

Non vale el azor menos
Por nascer en vil nio,
Nin los enxiemplos buenos
Por los decir judío.

»Y ahora, hijo mío muy querido, quédate con Dios y él te bendiga, como yo le pediré todos los días. Si en algo te ofendí, perdóname; y mientras seas feliz, olvídame; pero cuando te llegue la hora de sufrir, hijo mío queridísimo, acuérdate entonces de mí, y encontrarás un amigo, que en nombre de Dios te espera siempre con los brazos y el corazón abiertos.»

Aquí acababa el manuscrito y había por debajo de él una firma. Vosotros podéis sustituírla con cualquiera otra: desde la de vuestro Padre Rector, que es la primera de esta casa, hasta la última entre todas ellas, que es la de vuestro afectísimo en Cristo,

LUIS COLOMA, S. J.

Orduña, Viernes de Dolores, 16 Abril de 1886.

PILATILLO

Pilatus autem, volens populo satisfacere... tradidit Jesum.
Y Pilato, queriendo contentar al pueblo... entregó á Jesús.

(*San Marcos*, cap. XV, 15.)

I

QUÉ guapo era Gabriel!... En pie delante de su espejo, se abría la raya con un peine de concha, afanándose por amoldar aquel bosque de cabellos rubios, algo ásperos, que se levantaban sobre su frente, formando esos artísticos remolinos, con que el gusto pagano de los griegos coronaba las estatuas de sus Adonis y sus Apolos. Vano era su intento: la naturaleza vencía siempre al arte, y aquellos rizos rebeldes se levantaban y se volvían á encrespar, como empeñados en formar un cojín al invisible *cántaro de la lechera*. que se posaba sobre aquella frente de dieciséis años, tan tersa como si

jamas la hubiera cruzado un recuerdo triste, tan pura como si nunca la hubiese turbado la sombra de un remordimiento... ¡Pobre Gabriel!... ¡qué guapo era!...

¡Qué alegre la expresión de sus rojos labios, que se abrían para sonreír á todo el mundo, como si no supiesen pronunciar otra palabra que la de hermano, ni otro nombre que el de madre! ¡Qué pura la mirada de sus grandes ojos pardos, que se abrían de par en par, como las puertas de un templo, dejando ver como aquel su santuario, su alma inocente, cándida, que aún no descubría las espinas en las flores, ni en el disco del sol las manchas!... ¡Pobre Gabriel!... ¡qué guapo era!...

Triunfó al fin la naturaleza sobre el arte, y con un gesto de impaciencia arrojó Gabriel, sobre el mármol de su lavabo, el peine de concha: atusóse con ambas manos los conatos de bigote que ya comenzaban á brotarle..., echóse á reír, dió un salto, y pasó á otro asunto serio, importante, trascendental: iba á ponerse la corbata... ¡Y qué corbata! De manifiesto se veía sobre la cama aquella prenda aún sin estrenar, de finísimo raso azul celeste, con pequeños lunares blancos. Gabriel la tomó con cariño, con respeto, con veneración casi, y pasándola en torno de su cuello, se dispuso á formar el lazo... ¡Le gustaba tanto aquella corbata, que tenía los colores de la Inmaculada, y era regalo de su madre!...

Pronto quedó hecho el lazo, con esa soltura, ese *chic* inimitable, propio de la elegancia natural, de la elegancia genuina, que llama un autor, la nobleza de la gracia. Gabriel se contempló en el espejo, y quedó satisfecho; los picos algo doblados del cuello dejaban ver la morbidez viril de su garganta, y hacía resaltar su blancura el raso azul de la corbata.

¡Si me viera mi madre!, pensó, ruborizándose sin saber porqué se ruborizaba, diría ¡qué guapo!... Y si me vieran los chicos del Colegio, dirían también ¡qué elegante!...

Y sin que su amor propio le sugiriese por entonces otras ideas, ni le despertase tampoco otras aspiraciones, Gabriel giró sobre un pie, y se puso el chaleco cantando:

¡Oh María, Madre mía!
¡Oh consuelo del mortal! etc., etc.

¡Era tan feliz!... Graduado ya de bachiller, se veía al fin estudiante en la Universidad, libre en la populosa Sevilla, dueño absoluto de un aposento en una casa de huéspedes, propietario exclusivo de un capital de veinticinco duros, señor de todos los fantásticos limbos de la adolescencia, rey de todas las ilusiones de color de rosa, conquistador de todos los horizontes dorados, y libre... libre sobre todo, para salir cuando quisiera y entrar cuando fuera su gusto; para detenerse en todos los escaparates de la calle de las Sierpes, para tomar sorbetes en el Suizo todas las noches, para caracolear en un caballo alquilado camino de *las Delicias,* para pasear en barca de Triana á San Juan de Aznalfarache, para asistir á las funciones de la Catedral, á las paradas de la guarnición, y—¡oh dicha incomparable!—á las corridas de toros... Y los deseos de Gabriel se elevaban, como el águila libre ya de sus cadenas, describiendo círculos inmensos en aquellas azuladas llanuras de su imaginación, sin sospechar ningún *más allá* oculto, que pudiera echar por tierra el lema de su independencia.—*¡Libertad sin temor: goces sin remordimiento!*—Porque todo aquel inmenso cúmulo de placeres, todo aquel mar sin límites de goces, había Gabriel de disfrutarlo sin la menor ofensa de Dios, cuyo santo temor creía sentir más vivo que nunca dentro del pecho; sin el más mínimo disgusto de su madre, cuya dicha era por repercusión su propia dicha; sin desdecir en nada del decoro de su nombre, tan honrado por él mismo con notas de sobresaliente, con premios de buena

conducta, con la misma corona imperial que por elección unánime había adornado sus sienes durante los seis años de su permanencia en el Colegio de los Jesuítas... ¡Imposible era que la Universidad trocase en *Augústulo*, al Gabriel que tantas veces habían proclamado los Padres del Colegio, con el glorioso nombre de *Augusto!*

¡Con qué gratitud tan profunda recordaba Gabriel á aquellos buenos Padres, que tanto le habían amado y tanto bien habían hecho á su alma! ¡Con qué buena voluntad había compartido su tiempo, según las instrucciones de ellos recibidas, entre sus estudios, sus ejercicios de piedad y sus horas de recreo y esparcimiento! ¡Con qué candorosa sencillez decía todas las noches, al arrodillarse ante la imagen de la Inmaculada, cuyo congregante había sido, y era y esperaba ser hasta la muerte!

—¿Lo ves, Madre mía, como soy bueno... y el P. Velasco se equivoca?...

Porque había en el Colegio un P. Velasco, un pícaro Padre Velasco, que era para las ilusiones de Gabriel la sombra que marca los negros contornos del desengaño; la voz del esclavo, que repetía sin cesar al triunfador romano, en medio de su triunfo: ¡Acuérdate de que eres mortal!... Llamóle un día á su cuarto, como Padre espiritual que era del Colegio, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con cariñosa tristeza:

—¡Gabriel!... eres bueno y dócil...

Y la hermosa frente de Gabriel se levantó erguida, cubierta con aquella púrpura que debió de enrojecer la de Luzbel, la primera vez que se complació en sí mismo. Mas el P. Velasco no había concluído.

—Pero tu bondad,—prosiguió, es soberbia, y tu docilidad, débil... Tu soberbia te pondrá en el peligro, y tu flaqueza te hará caer en él... Huye de los malos amigos, hijo

mío; porque el *respeto humano,* será tu ruina... ¡Gabriel, acuérdate de Poncio Pilato!...

Y Gabriel bajó la frente enrojecida esta vez, con aquella otra púrpura que debió de agolparse al rostro del Ángel soberbio, al ver adivinados sus pensamientos. Mordióse los

labios hasta hacerse sangre, y salió del cuarto del P. Velasco, con el firme propósito de no volver nunca. Mas el Padre le perseguía por donde quiera, y jamás pasaba á su lado sin decirle al oído:

—¡Pilatillo!... ¡Acuérdate de Pilato!...

Irritado un día Gabriel le respondió bruscamente, faltándole al respeto. El P. Velasco se metió las manos en las

mangas, lo miró de hito en hito, y siguió su camino sin decir palabra. Parecióle á Gabriel que llevaba los ojos llenos de lagrimas, y dió dos pasos para detenerle y pedirle perdón: contúvole, sin embargo, el amor propio herido, que cual un ácido sutil penetraba en su corazón, ahogando sus buenos impulsos.

—¡No... caramba!—murmuró, dando una patada en el suelo. ¡Así verá que Pilatillo sabe ser firme!

Aquella noche no podía Gabriel conciliar el sueño. Poco á poco fueron apagando las luces del dormitorio, quedando al fin alumbrado solamente por algunas lámparas medio apagadas, á cuya vaga luz le parecía distinguir, cobijando aquel extenso recinto, las blancas alas del Ángel del pudor, que con un dedo sobre los labios, imponía á la maldad silencio... De repente oyó abrir con precaución la puerta de su camarilla, y entornó los ojos para fingir que dormía: vió entonces una sombra que se inclinaba sobre él; sintió primero que le arropaban cuidadosamente en el lecho; sintió después que una mano hacía sobre su frente la señal de la cruz... Gabriel entreabrió entonces los ojos, y vió al P. Velasco á su cabecera...

Un sollozo inmenso le subió del corazón á la garganta, y quiso arrojarse á sus pies y pedirle perdón. Mas la soberbia le encadenó de nuevo, cual un grillo de hierro, y volviendo á cerrar los ojos, fingió que dormía. El P. Velasco se alejó suspirando.

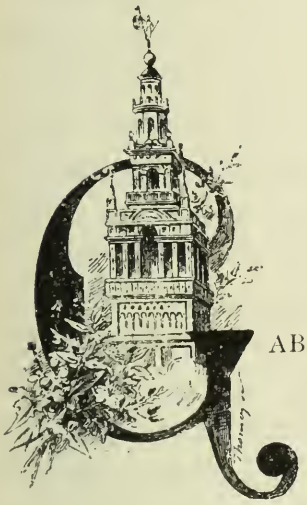
Desde entonces jamás volvió el prudente religioso á llamar á Gabriel, Pilatillo. Avergonzado este por su parte, evitaba su presencia, y solo el día en que iba á dejar el Colegio para siempre, se atrevió á presentarse en su aposento. El P. Velasco le recibió con aquella afabilidad á la vez grave y dulce que le caracterizaba: dióle cariñosamente el abrazo de despedida, y le entregó, como recuerdo suyo,

una gran fotografía envuelta en un sobre, y sin duda preparada de antemano.

Gabriel rompió el sobre no bien salió del aposento, y vió entonces una magnífica reproducción del gran cuadro del Ticiano, que representa á Pilato entregando á Jesucristo al pueblo deicida. Por debajo del procónsul romano, había escrito el P. Velasco: *¡Eccehomo!...*

Gabriel sintió un movimiento de ira que le turbaba la vista: rasgó en dos pedazos la fotografía, y fué á tirarla por un balcón abierto... Mas se detuvo en el acto: iba en ella la imagen de Nuestro Señor, y hubiera creído profanarla..

II



GABRIEL miró el precioso reloj de oro que le había regalado su abuela el día en que fué á mostrarle su diploma de bachiller, y vió que marcaba las cinco y media.

—¡Caramba!—exclamó, haciendo una pirueta.

Y tomando el sombrero y el lindo *roten*, con puño de hierro trabajado en Elgóibar, que había comprado la víspera, se lanzó á la puerta, tirando estocadas al aire, para probar la flexibilidad de la caña.

Detúvose en la mitad de la escalera, dióse una palmada en la frente, y volvió á subir de dos en dos y de tres en tres los escalones... Habíansele olvidado dos cosas: la peseta en cuartos que para socorrer á los pobres llevaba siempre, y tomar agua bendita en la concha de nácar que pendía á la cabecera de su cama.

Era el 27 de Mayo, víspera de la Ascensión, y Gabriel iba, como todas las tardes, al Sagrario de la Catedral, donde celebraban las *Flores de Mayo:* poético nombre que en algunas partes suele darse á los solemnes cultos tributados á la Virgen sin mancilla, durante ese mes que llaman por excelencia el *Mes de María.*

Pero antes de dirigirse á la Catedral, quiso Gabriel dar un par de vueltas por la calle de las Sierpes, jardín de sus delicias, más agradable á sus ojos que los laberintos de Hyde-Park, el bosque de Boulogne, ó los jardines colgantes de Babilonia. Y no era lo que atraía á Gabriel hacia aquel gran centro del movimiento y del comercio sevillano, la continua muchedumbre de gente que de día y noche afluye á la famosa calle por todas sus transversales, como por todas las venas refluye al corazón la sangre, ni el fresco y perfumado ambiente que mantienen allí en el verano los toldos que dan sombra al transeunte, y los puestos de flores y macetas que por todos los rincones se encuentran, embalsamando la atmósfera. Lo que atraía la atención de Gabriel, lo que formaba el mayor de sus entretenimientos, y le hacía cruzar las calles de arriba abajo, eran... los escaparates de las tiendas. Aquellos inmensos mostruarios de todo lo superfluo, porque lo necesario no necesita exhibirse; aquellos brillantes reclamos dirigidos al bolsillo, por el lujo, la vanidad, el vicio mismo, absorbían la atención de Gabriel horas y horas, y no faltaba día sin que inspeccionase todos aquellos tesoros de la industria y del arte, que se le figura-

ban de su propiedad exclusiva, y puestos allí únicamente para su sencilla diversión y honesto entretenimiento.

Mil veces había ya escogido, desechado y vuelto á elegir los regalos que por vacaciones pensaba llevar á su madre, á sus hermanos, á su abuela, á los criados mismos; y aquella tarde, en la tienda esquina á la calle de Gallegos, donde es fama que tuvo la suya de velones el famoso sevillano D. Manolito Gázquez, honra y prez de los embusteros andaluces, acababa de encontrar un objeto que le había hecho prorrumpir en exclamaciones de admiración y gestos de entusiasmo. Era un muñeco de movimiento, en que el artista había querido personificar las pavorosas creaciones del *Bú, el Cancón, el Coco, el Carlanco* y demás auxiliares de madres y nodrizas, que llenan las imaginaciones de los niños. Representaba á un viejo de fisonomía espantosa, enormes espejuelos y capacidad torácica inconmensurable, sentado en una butaca: entre sus piernas abiertas sostenía un saco lleno de niños blancos y rubios, que por un oculto mecanismo iba pinchando con un tenedor enorme que en su diestra tenía, y abriendo horriblemente la boca, se los tragaba uno á uno, para arrojarlos después por debajo de la butaca. Gabriel se desternillaba de risa, cada vez que algún mofletudo *bebé* desaparecía por la boca del muñeco, y pensando en el gozo inmenso que podría proporcionar á Luis, el más pequeño de sus hermanitos, si le regalaba aquella maravilla, se dispuso á entrar en la tienda, para adquirir el juguete á cualquier precio, por exorbitante que fuera. Pero en el mismo momento, una mano se apoyó en su hombro, y una voz alegre, á la vez que bronca, exclamó entre dos ternos mondos y lirondos como los chinarros de un arroyo:

—¡Jinojo, Gabriel!... ¿Tú en Sevilla, canastos?...

Gabriel se volvió rojo como una amapola, con las cejas encarnadas y la boca abierta, y vió junto al suyo el rostro

de un mozalbete que le abrazaba, moreno, con patillas de *boca de hacha*, peinado el pelo en forma de *chuletas*, atrás el sombrero, y un chicote apagado en los labios. Por el rostro parecía un gitano, por el traje un señorito cursi, y por todo su continente uno de esos estudiantes, que se matriculan en la Universidad, y siguen el curso con un pie en el café y otro en la taberna.

—¡Hola, García!—dijo al fin Gabriel con su cándida sonrisa, procurando zafarse de aquellos brazos que le estrechaban con riesgo de hundirle una costilla. Pero García tenía en cuenta aquello de, tanto te quiero como te aprieto, y siguió zamarreando á Gabriel con grande alborozo, dándole puñadas en la espalda, y gritando en estilo algo más enérgico del que en sus labios ponemos:

—¡Qué sorpresa, jinojo!...—¿Pero cuándo has venido, tunante?...

—Desde primeros de mes estoy en Sevilla,—contestó Gabriel, poniendo ambas manos en los hombros de García, por ver si lograba despegárselo en parte.

—¿Y qué, canastos, vienes á hacer en Sevilla, jinojo?...

—Pues á examinarme,—contestó Gabriel. He estudiado

privadamente en casa, y vine á cursar en la Universidad el mes de Mayo, hasta que llegue el examen.

—¡Bien, jinojo!... ¡Caramba, Gabrielillo, cuánto me alegro de verte!... ¿Pero dónde, demonios, te metes, que hasta ahora no te he visto el pelo, canastos?...

—Pues en la Universidad, y en paseo, y en casa, y en la calle, y...

Gabriel iba á decir inocentemente que en la iglesia, pero una tosecilla inesperada le cortó la palabra, y poniéndose un poco colorado, preguntó:

—¿Tú no vas á la Universidad?... Nunca te he visto...

—Por el motín de Enero estuve dos días, por ver si le rompía el hocico al cara de mona del catedrático que me colgó dos veces.

Gabriel abrió espantado los ojos, y no ocurriéndosele otra cosa que decir, dijo:

—¡Qué cosas tienes!...

—¡Pues así soy yo, jinojo!... Á dinero me ganará cualquiera, pero á bruto no me gana nadie, y el que me la hace, me la paga...—¡Qué canastos!—hay que saber vivir, y aquí se pasa bien si uno lo entiende. Ya verás, charrán (añadió volviendo á darle puñadas); ya veras cómo yo te adiestro, y te diviertes en cuanto tomes terreno con tres ó cuatro *barbianes*... ¿Dónde ibas ahora, tunante?...

Gabriel se puso de nuevo colorado como un tomate, y mirando á todas partes, como quien busca la huída, dijo:

—¡Psche!... á ninguna parte... Hacía hora para irme á estudiar...

—¡Deja que los libros se vayan al cuerno, canastos!—contestó García rodeándole el brazo al cuello... Anda, vente conmigo á Tabladas, á ver el ganado de mañana.

—¿Pero hay mañana toros?—preguntó Gabriel.

—¿Pues dónde vives tú, jinojo?... Lagartijo y Frascuelo

matan, y los toros son de Saltillo... Anda, vámonos á Tabladas...

Y al decir esto, arrastraba á Gabriel, medio sofocado por su brazo, hacia la plaza de San Francisco.

—¡No puedo, hombre... no puedo!...—decía Gabriel procurando zafarse, tengo que estudiar...

—¡Déjate de libros, canastos!... que ya estudiaron bastante Justiniano y Triboniano para jorobar al prójimo... ¡Que no los mataran las viruelas cuando chiquitos!... Anda, jinojo, vamos; que á las ocho estaremos de vuelta.

Gabriel había logrado por fin desasirse de su amigo, y en ademán de marcharse, decía brotándole fuego la cara, y casi lágrimas los ojos:

—No puedo, hombre, no puedo... Te digo que no puedo.

—Pero, jinojo,—exclamó García deteniéndole por los faldones de la levita. ¿Tienes miedo de que te enganche un bicho por el *futraque*... ó es que tienes á menos venir conmigo?...

—¡No, hombre, no!—exclamó Gabriel cada vez más apurado. Si lo tomas por ahí, me obligarás á que vaya.

—¡Pues claro está que por ahí lo tomo, canastos!... Cuando así se desaira á un amigo, ¡jinojo! por algo se hace ¡canastos!...

—¡Pues si has de tomarlo á desaire, vamos allá!—dijo Gabriel bajando la cabeza.

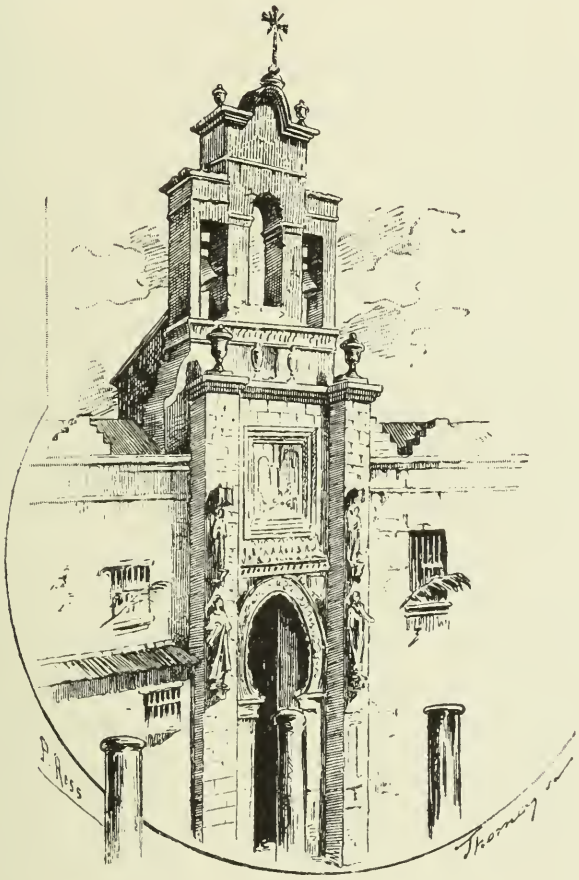
Y mohino, contrariado, furioso consigo mismo y también con García, siguió á este, sosteniendo en su interior uno de esos diálogos que tan á menudo entabla la pasión, con esa otra voz misteriosa, que suena dentro del hombre, tan clara, tan inflexible, tan burlona, tan cruel á veces y siempre tan justa!...

—Preciso será que vaya,—decía Gabriel. ¿Qué dirá este

animal si no voy?... Que soy un gallina ó que soy un orgulloso...

Y la voz misteriosa le respondía con cierto tonillo irónico:

—En cambio de lo que ese animal diga, tu buena, tu



santa madre, dirá que eres un valiente, que eres un buen estudiante.

—Y después de todo,—proseguía Gabriel, haciéndose el sordo, nada malo hay en ir á Tabladas.

—Nada,—replicaba la voz: absolutamente nada... Pero no irás al mes de María.

—¡Ah! es que el mes de María, no es obligatorio, ni mucho menos... Y por una tarde que falte, ya podré hacerlo luego en casa, y no pierdo la indulgencia...

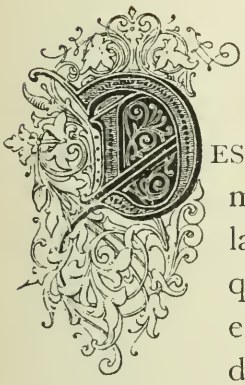
Gabriel tenía razón en estricta justicia, y la voz calló; pero calló suspirando.

Dirigiéronse pués los dos amigos á la plaza de San Francisco, para tomar un coche de punto que los llevase á Tabladas, la famosa pradera donde se ponen de manifiesto los toros que han de lidiarse, para que desde el día antes puedan los aficionados examinarlos á gusto. Gabriel quiso tomar un coche cerrado; pero García prefirió uno abierto, de esos que llaman *victorias*, y el vehículo comenzó á rodar, sonando á hierro viejo, camino del campo de Tabladas, y pasando antes por la Catedral. Hallábase abierta la gran puerta árabe del patio de los naranjos, y en el fondo se distinguía á la izquierda, en su retablo, el Eccehomo que llaman del Perdón, con su manto de púrpura, su corona de espinas, su caña en la mano, su cabeza baja, humilde, paciente...

Gabriel se llevó la mano al sombrero para descubrirse; pero en el mismo momento soltó García una risotada, y señalándole la colosal estatua de San Pedro que adorna uno de los ángulos de la puerta, comenzó á contarle la conocida patraña de que aquel San Pedro mató á una vieja, dejándole caer las llaves de bronce que tiene en la mano. Gabriel se quedó con la suya en el aire, sin llegar á descubrirse, y sus ojos se cruzaron con los de la imagen, pareciéndole al mismo tiempo que aquellos cárdenos labios le decían como en el colegio el P. Velasco:

—¡Pilatillo!... ¡Acuérdate de Pilato!...

III



DESDE que el manteo nivelador y el tricornio más ó menos mugriento desaparecieron de las universidades, rompióse también el lazo que unía á la grey estudiantil, formando de ella un solo cuerpo y un solo tipo. Los estudiantes de hoy no tienen otro rasgo común, que los que pueden infundirles la igualdad de procedencia, de educación ó de clase: hogaño como antaño formando también pandillas, pero pandillas aisladas, independientes entre sí, que reciben su unión de alguna de aquellas tres cualidades, y no del tradicional espíritu de compañerismo. Á veces el virus revolucionario de la época une á estos elementos heterogéneos entre las turbas de un motín, ó las firmas de una protesta, pero aun entonces aparecen divididos y aun más alejados que nunca por las opiniones políticas, germen el más fecundo en aferradas antipatías y odios encarnizados. Hay pués estudiantes aristócratas, estudiantes modestos y estudiantes perdidos. El estudiante vago, es planta que nace, crece y fructifica sus calabacines, lo mismo en el aristocrático casino, que en el modesto café, que en la innoble taberna.

En el número de los estudiantes perdidos contábase Blas García: era de aquellos discípulos de Temis, que no pagan á la patrona, que comienzan vendiendo los libros y acaban empeñando la capa: truenos de callejuela, rayos de garito, tempestades de timba, que se creen hombres corridos, y

solo son niños infames. Era paisano de Gabriel, y había cursado cuatro años en Sevilla sin aprobar más que uno, por *prescripción*, como afirmaba él mismo. Su padre, modesto mercader en paños, tenía la tienda en el piso bajo de la gran casa solariega de los padres de Gabriel, y de ahí venía el conocimiento de ambos. Acostumbrado sin embargo Blas á mirar á su vecino de abajo arriba, jamás había tenido con él trato íntimo; mas la ausencia de la patria acorta las distancias y ablanda los corazones, y al encontrarse con su paisano en la calle de las Sierpes, le abrazó con no fingido afecto, dispuesto á constituírse en Mentor de aquel inexperto Telémaco, á tantear el bolsillo de aquel incauto Creso, y á darse tono con aquel amigo ilustre. Porque el estudiande de este jaez, que es siempre demócrata, jamás desperdicia la ocasión de hacer alarde de los empalmes ó amistades que puedan prestarle humos aristocráticos.

Esta era la razón porqué había escogido Blas un coche abierto; y repantigado en sus raídos almohadones, con ese aire pretencioso, y por ende ridículo, del que hallándose fuera de su lugar quiere aparentar lo contrario, miraba á todas partes, como diciendo á los transeuntes:

—¿Pero no me ven ustedes con Gabrielito Fonseca, el hijo del mayorazgo, sobrino de tres condes, primo de dos duques y ahijado de un Obispo?...

Por su parte Gabriel, que no obstante su inocencia tenía esos puntos de vanidoso tan comunes en los jóvenes que comienzan á hombrear, hacíase un ovillo en el otro extremo del coche, y volvía el rostro hacia el interior, imaginándose que nadie le miraba porque él no miraba á nadie, á la manera que el avestruz perseguido oculta la cabeza bajo el ala, creyendo que el cazador no lo ve porque él no ve al cazador: extraño punto de contacto, que no es el solo que suele encontrarse entre la dialéctica de los hombres y la de los

avestruces. Avergonzábase pués Gabriel de su compañero, no tanto por lo que era como por lo que parecía, y comenzaba á encontrarse entre esos dos angustiosos *¿qué dirán?*, que turban y avasallan al infeliz esclavo del respeto humano. ¿Qué diría Blas si se hubiese negado á acompañarle?... ¿Qué diría la gente al ver que le acompañaba?...

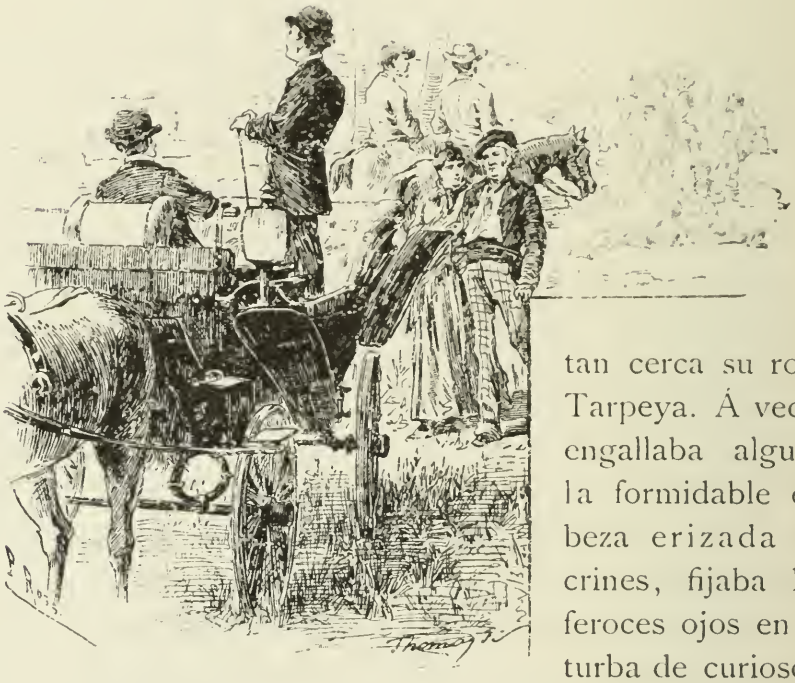
Mas por desgracia para el uno, y por fortuna para el otro, la turba elegante no paseaba todavía sus coches por *La Orilla del Río*, las Delicias estaban aún desiertas, y los dos amigos atravesaron aquellos sitios en que el uno quería exhibirse y ocultarse el otro, sin encontrar más que majos á caballo y coches de alquiler atestados de gente de rompe y rasga, que se dirigían al campo de Tabladas, para tomar la corrida del día siguiente, allá como quien dice, desde el huevo de Leda.

En la curva que forma el Guadalquivir, algo más allá de las Delicias de Arjona, es donde comienzan los campos de Tabladas, verde llanura que fertilizan las aguas del río, perfuman los naranjos de las no lejanas huertas, y hace célebre la costumbre que arriba mencionamos. Expónense allí desde la víspera los toros que han de lidiarse, hasta que al amanecer, ó por la madrugada, son conducidos á la plaza para *enchiquerarlos*, esto es, encerrarlos en los toriles.

Acuden allí á examinar á los *bichos*, discutir sus cualidades y pronosticar sus hazañas, los diestros que han de lidiarlos, con su séquito, en que alterna el título de Castilla con el pelón del matadero; los chulos de segundo orden, planetas menores que tampoco carecen de satélites; los triperos, pillos y charranes que forman el estado llano de la *afisión;* los personajes *laicos* de la misma, los ganaderos, los elegantes *crúos*, los pinchitos de la Macarena, los galanes de Triana, y todo el tropel de la gente del bronce, amiga de jaleos y de animales de cuatro orejas.

Cuando Gabriel y García llegaron á Tabladas, una mu-

ralla de coches, jinetes y peones se extendía formando un gran semicírculo, cuyo diámetro era el río. En medio, y á respetuosa distancia, se veían rodeados de cabestros y vaqueros de á pie y de á caballo, siete magníficos toros, seis para la corrida, y uno de reserva. Pacían tranquilamente los feroces animales, sin sospechar siquiera que fuese aquella su hora de Capitolio, ni presumir tampoco que tuviesen



tan cerca su roca Tarpeya. Á veces engallaba alguno la formidable cabeza erizada de crines, fijaba los feroces ojos en la turba de curiosos, y se azotaba los ijares con la cola. Entonces el círculo se agrandaba como por encanto, volvíanse los ojos hacia el camino, y no faltaba pinchito de Triana ó héroe de la Macarena que volviese también los pies, emprendiéndolo de vuelta, por *prudencia* sin duda. Los vaqueros se echaban á reír, y el toro volvía la espalda sin reírse, con la salvaje majestad de un rey Atila, enviando un mugido de desterrado á sus dehesas lejanas y á sus vacas ausentes, que recordaba *vasto cum gemitu*, como dice Virgilio.

Aquel pintoresco espectáculo encantaba á Gabriel, y de pie en el coche, apoyadas ambas manos en su elegante *roten*, y este en el asiento, paseaba sus ojos dilatados, de las reses á los vaqueros, y de estos á los curiosos, haciendo sin cesar preguntas á su amigo, que este se apresuraba á satisfacer con la suficiencia de un maestro, usando un tecnicismo que seguramente no poseía en la noble ciencia del Derecho. Explicábale cuál toro era *berrendo en tinto* y cuál en *colorao;* indicábale sin vacilar el que ofrecía por su *trapío* mejores esperanzas para la lidia, y profetizaba cuál había de resultar en la plaza *bravucón, abanto* ó de *sentío.* Mostróle luego algunas notabilidades del toreo que por allí se hallaban presentes, con las cuales, según él decía, tenía amistades íntimas y trataba con gran *satifasión,* en el café de Emperadores, en casa de Silverio y en la tienda de los Andaluces. De repente lanzó García una de sus interjecciones favoritas, y se tiró del coche exclamando:

—¡Jinojo! ¡allí está Desperdicios!... Me lo voy á traer y nos lo llevaremos á Sevilla...

Gabriel hizo un gesto de repugnancia, y quiso detener á García; pero este le contestó, volviendo el rostro á medida que se alejaba corriendo:

—¡Jinojo, hombre, canastos!... Si es Frasquito Muñoz, banderillero del Gordito... Ya verás qué *barbián*... No tengas cuidado, hombre, ¡caramba! que es muy llano...

La repugnancia instintiva que el nombre de Desperdicios causó en Gabriel, aminoróse en parte con la noticia de que era el así llamado, uno de aquellos héroes que veía él desde el tendido, atravesar la plaza airosos hasta lo sumo, ligeros como pájaros, cubiertos de oro y seda, entre los aplausos y los gritos de la muchedumbre. Pensó que iba á ver de cerca al héroe, que iba á estrechar su mano, á cruzar con él sus palabras, y—¡oh poder de la cachucha y la coleta!—su

corazón palpitó con violencia, y llegaron casi á excitarse sus nervios.

Algo que recordaba la noble altivez del caballero, algo que se unía al recuerdo de su madre, y despertaba en su alma los ecos del órgano y el perfume del incienso, se sublevó sin embargo tan fuertemente en el pecho de Gabriel, que subyugado por un momento, pensó en marcharse... ¿Pero cómo iba á volver á Sevilla si dejaba el coche, y qué diría Blas si de aquella manera le abandonaba?...

Gabriel se indignó contra lo que él llamaba su timidez y sus escrúpulos, y rechazó la tentación diciendo:

—¿Pero acaso es pecado grave ni leve, hablar con un torero... ó estrechar una mano porque pone banderillas?...

Volvía en esto García con un hombrecillo de unos treinta años, preso en unos calzones negros, tan ajustados que parecían de punto, con faja de lana encarnada, chaquetita corta gris con trencillas negras, sombrero hongo de alas anchas y tendidas con un palito de dientes sujeto en la cinta: traía la cara afeitada, enormes *chuletas* en ambas sienes, y coleta hecha trenza que ocultaba bajo el sombrero. En el ángulo izquierdo de la boca sostenía siempre una colilla, y escupía sin cesar por el derecho, con cierto chasquido propio que producía la saliva al pasar por entre sus dientes ralos y sucios. Aquel personaje era Frasquito Muñoz, alias Desperdicios, parte infinitesimal de un Paquiro ó de un Redondo, que muy bien podía ser un pillo de playa, un pelón del matadero ó un recluta de presidio. Porque lejos de ser, como García había dicho, uno de esos toreros de rumbo, que van por todas partes derramando garbo y lujo, era uno de esos chulos de tercero ó cuarto orden, caricaturas grotescas de los primeros, que forman en el gremio lo que pudiera llamarse, el género cursi. En el café y en el círculo de admiradores del jaez de García, ponderaba

sus hazañas con estupendas mentiras; pero nunca habían pasado sus proezas de presentar las banderillas á los que habían de ponerlas en las corridas formales, sin pisar jamás los medios de la plaza, mientras el toro no estuviese enganchado: alguna que otra vez ponía en las novilladas un par de rehiletes, clavando uno en el morro y otro en el rabo; y en los pueblecillos, transformado en sobresaliente, cogía el trapo, empuñaba el estoque y embestía á la fiera, hasta que harto el animalito de pinchazos y cansado de vivir, se metía él mismo hierro arriba, resultando suicidio lo que se tenía por asesinato.

García presentó ceremoniosamente el héroe á Gabriel, y este, colorado como un tomate, se quitó el sombrero, le tendió la mano, y se quedó con la boca abierta, por no saber si llamarle Frasquito ó Muñoz, Desperdicios á secas, ó señor de Desperdicios. Este por su parte, se tocó al sombrero, escupió dos veces, y con el señorío de un Paquiro, se subió al coche y se sentó á la derecha, limitándose á decir:

—Para servir á V., amigo...

Gabriel se sentó á su lado, y García se acomodó como pudo en el estrecho asientillo de enfrente. El cochero dió la vuelta para regresar á Sevilla, y Desperdicios tomó la palabra para hacer el juicio crítico de los toros y de las cuadrillas que habían de lidiarlos, hato de vagos, según él, *toreros bonitos*, que no sabían sino pintar la cigüeña en el café, y tomarle en la plaza asco á las reses.

—Desde que murió Cúchares, decía, la afisión se cortó la coleta... ¡Aquel sí que era torero, caramba! y eso que facurtades no tuvo nunca. (Desperdicios quería decir piernas.) Cuando murió en la Habana, la Purga lo vió encuerecito y ni un puntazo tenía... ¡Si á aquel hombre no lo parió mujé, que lo parió una vaca!...

García le escuchaba como á un oráculo, y hacía coro á

sus lamentaciones, y Gabriel oía y callaba, porque, ¿que iba á decir Gabriel?

El coche se detuvo, ya cerrada la noche, á la entrada de la calle de las Sierpes, y los tres echaron mano al bolsillo para pagar al cochero; pero García, por más que ahondaba la mano, nada sacaba, y Desperdicios, después de buscar arriba y abajo, vió—¡misté que demonche!—que no llevaba *prata suerta*...

Pagó Gabriel, por lo tanto, al cochero, y quiso entonces retirarse; pero Desperdicios, que no se dejaba vencer en rumbo, le dió una palmada en el hombro, diciendo:

—¡Camará! ya que ha pagao V. el coche, véngase á tomá café en Emperaores... que acá no vivimos de gorra...

Gabriel rechazó tan delicada oferta, poniéndose colorado; pero Desperdicios volvió á insistir, y García comenzó á instarle, y contra su voluntad y contra su gusto, bajó Gabriel la cabeza aturdido, siguiendo á los dos amigos al cafe de Emperadores.

Porque, ¿qué hubiera dicho, si no, el señor de Desperdicios?

IV

ENCUÉNTRASE el café de Emperadores en la acera derecha de la calle de las Sierpes, entrando en ella por la plaza de San Francisco. Era, en la época á que nos referimos, un local espacioso, bajo de techo, adornado con un lujo churrigueresco, muy en consonancia con sus habituales parroquianos, gentes todas de medio pelo.

La animación de los días de toros comienza en Sevilla desde la víspera, y puede leerse el anuncio de la corrida en todas las fisonomías, sin necesidad de ir á buscarlo en los carteles de las esquinas. Hallábase, por lo tanto, el café de bote en bote, y notábase en la concurrencia esa animación loca, esa alegría bulliciosa propia de los goces sensuales, tan distinta de la plácida tranquilidad, de la sonrisa, por decirlo así, seria, que acompaña á los profundos goces del alma.

Gabriel entró en el café renegando de Desperdicios, que con su aire jacarandoso marchaba por entre las mesas, gol-

peando las blancas baldosas del pavimento con el garrote que llevaba en la mano, y de Blas que se creía en el apogeo de la gloria, al verse entre su ilustre paisano Gabriel, y su célebre amigo Desperdicios. Llamáronlos desde una mesa en que varios estudiantes de la calaña de García se hallaban ya acomodados, y allí tomaron asiento. Presentóles este á Gabriel como á su amigo íntimo, ponderando por lo bajo sus riquezas, su prosapia y la estrecha amistad que á él le unía con aquella ilustre familia, que le había confiado el cuidado y dirección de su noble vástago. Los estudiantes acogieron á Gabriel con esa grosera cordialidad, que las gentes faltas de delicadeza llaman *trato campechano*. y nuestro héroe, refractario por educación, por carácter y hasta por temperamento á todo lo bajo y grosero, encontróse allí como gallina en corral ajeno, ruborizándose á cada palabra que le dirigían, y no acertando él á pronunciar ninguna. Por dos ó tres veces habíale García tirado de la levita, diciéndole al oído:

—¡Jinojo, Gabriel!... espabílate, ¡canastos! y déjate de finuras, que estás entre hombres!

Esforzábase con esto el pobre Gabriel por ponerse al nivel de sus compañeros, consiguiendo tan solo hacer más patente la distancia inmensa que los separaba: porque, para las gentes de la calaña de García, *finura* significa todo lo que no sea desperezarse, estirar las patas, y echar por la boca en ternos y pestes, toda la podredumbre del alma. Un incidente vino á agravar la situación del pobre muchacho: sacó Desperdicios su petaca de cuero llena de tabaco picado, y la hizo correr á la redonda de mano en mano, por el círculo de amigos. Gabriel la pasó á su vecino, diciendo ingenuamente que él no fumaba.

—¿Cómo que no fumas, canastos?—exclamó García, echándole una mirada de basilisco.

Y haciéndole él mismo un cigarro gordo como una morcilla, se lo puso en los labios, asentando esta máxima, digna de cualquier La Rochefoucauld de cortijo:

—¡Jinojo!... ¡El hombre ha de oler á tabaco, y ha de tener partidas de mulo!...

Gabriel se chamuscó las narices al encender, atorósele el humo al chupar, y el cigarro se le deshizo por completo al toser violentamente, cayendo la ceniza encendida en la mano de Desperdicios. Este soltó un taco y dió un respingo, las risas de todos estallaron, y el torero, mirando á Gabriel con enojo, se guardó la petaca en el bolsillo diciendo en voz alta:

—¡Valiente ave fría!...

Otro apuro más serio esperaba aún á Gabriel: uno de los estudiantes sacó dos fotografías inmundas, que acababa de comprar allí mismo á un vendedor de fósforos y periódicos, que con todo descaro las vendía, y la conversación tomó entonces un giro tan cínico, tan asqueroso, que Gabriel comprendió al fin que era necesario á todo trance imponer silencio á aquella canalla, ó volver la espalda en el acto. ¡Para lo primero no tuvo valor... y le faltó también para lo segundo!...

Bajó los ojos, cerró los oídos, elevó en su interior el corazón á Dios... Pero temió las burlas, temió las risas, quizá las desvergüenzas de aquellos truhanes, y no se movió de su sitio... La conciencia le gritó enérgica, imponente, amenazadora; y Gabriel quiso capitular con la conciencia, diciéndose angustiado:

—¡Luego, Dios mío!... ahora no, que van á reírse... ¡Más tarde!... Cuando no llame la atención mi despedida...

Aquella lucha de Gabriel no se pasó por alto á los estudiantes, y unos á otros se miraron sonriendo maliciosamente. García acudió en su auxilio, y se puso á hablar de

toros con Desperdicios. La fachenda y los embustes del torero atrajeron entonces la atención general, y Gabriel respiró libremente. Poco á poco fuese animando la conversación, dividiéndose los interlocutores en dos bandos: uno partidario de Lagartijo, otro de Currito Cúchares, con Desperdicios, su discípulo, al frente.

—¡Rafaé no es más que un torero bonito!—gritaba Desperdicios.

—¡Rafaé es un torero bragao!—gritaba más alto su contrincante. ¿Cuándo le has visto tú á Currito un coleo de diez minutos, como el que hizo Rafaé en Córdoba cuando la cogida de Triguito?...

—¡Esas son pinturas!—replicaba Desperdicios. ¡Como hay que vé al mataó no es guindando del rabo del toro, canastos!... sino con el estoque en la mano, delante de un bicho picardeao, como me vi yo en Algeciras por San Roque con un toro de Veraguas... Eso es ser bragao ¡jinojo!... ¡Tres pases le di y un mete y saca, y er bicho se vino abajo, y la plaza tamié parmoteando!... ¡Aquello fué la mar!... Me tiraron sombreros, y puros, y pichones, y durces, y levitas, y sillas, y tablones, y...

—¡Y... como ya no había más que tirar... salió un civí y le tiró un tiro!—le interrumpió socarronamente el partidario de Lagartijo.

Aquella salida cayó como un jarro de agua sobre el vanidoso entusiasmo del torero, provocando risas generales. Irritado Desperdicios volvió á todas partes sus ojillos saltones, y encarándose con el más débil, con Gabriel, que por hacer algo le miraba también fingiendo reír á carcajadas, le dijo con un gesto de *¡Ya pué V. encendé la vela de la agonía!*

—Diga V., mocito... ¿tengo alguna corría de monos en la cara... ó es que le hago á V. gracia?...

Helóse la risa en los labios de Gabriel, la sangre se le agolpó al rostro, y maquinalmente volvió los ojos en busca de García; pero por desgracia hablaba este á dos pasos de allí con un mozo del café, y el pobre muchacho contestó balbuceando.

—¡Hombre... yo!... como todos se reían...

Desperdicios se tiró el sombrero al cogote, puso un codo en la mesa, y la otra mano en la cadera, y mirando á Gabriel de hito en hito, le dijo, escupiendo á derecha é izquierda:

—Pues si toos se ríen, á mí me da la rear gana de que usted se ponga serio... ¿Estamos, D. Guindo?...

La turbación de Gabriel llegó á su colmo, y sin saber qué contestar ni qué hacerse tampoco, volvió los ojos suplicantes á su amigo, llamándole angustiado:

—¡García!... ¡García!...

Mas antes de que este pudiera venir en su auxilio, Desperdicios, cambiando repentinamente de tono y de modales, pasó á Gabriel una mano por la cara, diciendo con voz afeminada y contorsiones grotescas:

—¡Ay Jesú, Maama!... no se asuste V., que se le va á escomponé er meriñaque!...

Gabriel retrocedió bruscamente en la silla en que se hallaba sentado... Púsose pálido como la cera... rojo después como la grana, y una luz vivísima, luz sin duda del infierno, iluminó de repente su entendimiento... Levantóse de un salto, erguido como una fiera, y arrojó á la cara del torero la taza que tenía delante.

—¡Canalla!—gritó... ¿Qué te has pensado?...

¡Y sus labios... aquellos puros labios que habían llamado tantas veces *Madre* á María Inmaculada, se mancharon por primera vez con una palabra impura!...

Siguióse entonces un momento de confusión. García acu-

dió en el acto; algunos estudiantes contuvieron á Gabriel, que volvió á caer en una silla echando espumarajos de rabia, y haciendo trizas las copas y las tazas contra el mármol de la mesa... Desperdicios se quedó clavado en el asiento, pálido como un difunto. El cordero se le había

transformado en león, y el ave fría le enseñaba garras y pico de águila.

—¡Vamos, señó, que too ha sío guasa!—dijo, amainando velas, y tendiendo á Gabriel su mano. Pero este la rechazó de un puñetazo, y siguió lanzando bramidos de furor y enérgicas interjecciones.

—¡Gabriel!... ¡jinojo! ¡eso no es nada! ¡canastos!—gritaba García. ¡Aquí todos somos amigos!... ¡Eh!... ¡mozo!... trae copas, y manzanilla y pasteles... ¡Esto es un disgustillo que se ahoga con vino!... ¡Ea, jinojo! ¡juerga!... ¡juerga y alegría, canastos!...

Poco á poco fuese calmando Gabriel: el mozo trajo una bandeja de pasteles, copas y dos botellas de manzanilla, y todos se esforzaron por desagraviar al ofendido, que se bebió sin pestañear cuantas copas le ofrecieron. Al calor del vino restablecióse la paz: Gabriel sirvió una copa á Desperdicios, y este otra á Gabriel, y todos aplaudieron y todos gritaron estrechándose las manos:

—¡Juerga, jinojo, juerga!—gritó García en el colmo de la dicha... Caballeros, ¿dónde se arma la timba?...

Pusiéronse todos á deliberar, y la petaca de Desperdicios dió mientras tanto la vuelta, como entre los Pieles rojas el *calumet* del consejo.

—¡En casa de D.ª Joaquina!—gritó una voz decisiva.

Gabriel preguntó por lo bajo á García, quién era aquella señora. Este, titubeó un momento al contestar, y dijo al fin sencillamente:

—Es una viuda que tiene tertulia... Ya verás qué campechana...

—¡Vamos!—gritó Gabriel levantándose el primero, bajo la influencia del vino y de la ira; y arrojando sobre la mesa una moneda de cinco duros, para pagar el gasto, se dirigió hacia la puerta murmurando:

—¡Iré!... ¡iré!... aunque sea una tertulia cursi, aunque tenga que aburrirme toda la noche... ¡Oh! no volverán á tomarme por un mandria, por un...

Y el furor ahogaba las palabras en la garganta de Gabriel, que para acallar sin duda alguna voz importuna, se decía á sí mismo, apretando los puños:

—¿Acaso no se puede sin ofender á Dios, tratar con gente de medio pelo?...

La pandilla se puso en marcha, dando empujones á los transeuntes, entrando y saliendo en las tiendas, alborotando las calles con sus gritos, y llamando á los aldabones de las puertas ya cerradas. Llegaron por fin á un callejón sin salida, y detuviéronse ante una casucha de ruin aspecto, cuya tradicional cancela sevillana aparecía cubierta por una cortina sucia, á rayas encarnadas y blancas. La puerta se abrió sin que llamasen: una vieja levantó la cortina, y Gabriel pudo ver detrás de ella, varias mujercillas abigarradamente vestidas, que fumaban sentadas en el patio. La vieja tiró de la cancela hacia dentro, y dijo en voz baja:

—¡Adelante, niños!...

Y todos entraron: ¡todos!... Todos menos el Ángel de la guarda de Gabriel, que se quedó á la puerta, cubriéndose el rostro con las alas!...

V

SEVILLA, la graciosa andaluza que se lava en el Guadalquivir y se perfuma con azahares, es una pobre muchacha algo alegre, quizá loca, que no ha podido olvidar todavía que sus padres la criaron piadosa. Aun en los días en que se marcha á los toros con la saya de medio paso, y el zapatito picado, la mantilla de blondas y la teja de carey, centenares de campanas la despiertan para convidarla á Misa antes de rayar el alba.

¡Qué alegre, qué sonoro resuena el eco de aquel bronce, para quien deja el descanso con la conciencia tranquila, y al escuchar aquel cariñoso *¡Ven! ¡Ven!*—contesta sonriendo *¡Voy! ¡Voy!...*—¡Qué solemne, qué augusto, qué lleno de promesas llega á oídos del que se arranca al insomnio del pesar, enjugándose las lágrimas, para acudir á aquella voz que le dice: *¡Espera! ¡Espera!...* ¡Qué lúgubre, qué terrible, qué llena de amenazas, resuena en la conciencia manchada del que se tapa los oídos para no oír, y oye, sin embargo, de aquella lengua de bronce: *¡Teme! ¡Teme!...*

Así debían de resonar aquellos solemnes acentos en los oídos de tres hombres, que, á la lívida luz del crepúsculo, doblaban la esquina de un callejón sin salida, para tomar en silencio el camino de la plaza de toros. Era uno Desperdicios, el segundo era García, el otro era Gabriel.. Pero no Gabriel alegre, risueño, con la corbata azul y blanca, colores de la Inmaculada y regalo de su madre; sino Gabriel, pálido, ojeroso, cabiz bajo, con las manos en los bolsillos del pantalón, y en alto el cuello de la levita, porque tenía frío en todo su cuerpo; con los ojos apagados, tristes como las aguas de un lago en que el sol no penetra, porque tenía también frío en toda su alma.

La pálida luz del crepúsculo comenzaba ya á esparcir sus cadavéricas tintas, sorprendiendo en las desiertas calles á los perros que buscan en los montones de basura su sustento, y á esos seres extraños, de todas edades y sexos, tipos jamás vistos de día, que en las grandes poblaciones salen por la noche de sus madrigueras, y vuelven á retirarse, como las alimañas del campo, cuando el primer rayo del sol apunta.

No obstante lo temprano de la hora, las buñoleras de la puerta de Triana habían instalado ya sus puestecillos en las avenidas de la plaza de toros, y á la luz de un candil de hierro despachaban los clásicos buñuelos y la copa de ani-

sete, á los numerosos grupos de gente de los arrabales, que acudían á la plaza, para presenciar el encierro y lidiar el *toro del aguardiente*. Esta costumbre ordinaria en otras grandes poblaciones de Andalucía no siempre tiene lugar en Sevilla: acostúmbrase allí por lo común á efectuar el encierro de los toros á media noche y á puerta cerrada, y suprímese el tradicional toro que llaman del *aguardiente*, por el mucho que se expende y que se bebe durante su lidia, en que puede tomar parte todo el que haya pagado los cuatro cuartos de entrada.

La plaza no presentaba en su interior ese aspecto pintoresco que ofrece el público de las corridas de toros, matizado de colores, rebosando animación, lujo, gracia, vida y movimiento. Veíase, por el contrario, una muchedumbre de hombres y mujeres de la más abyecta plebe, ocupando todas las localidades, desde la grada hasta el palco, con esa espantosa gritería que resuena también por la tarde, pero que era á la sazón aún más soez y más discordante. Centenares de vendedores circulaban por todos lados, con un pequeño vaso sucio y grasiento, y una botija verde de aguardiente, que pregonaban con estas palabras: —*¿Á quién lo meto á torero?*... Significativa pregunta, á que se encargaba de dar respuesta el líquido de la botija, capaz de infundir los alientos de un Paquiro, á todo el que lo llevase á los labios.

Gabriel y sus dos compañeros habíanse acomodado en un asiento de cajón, delante de la barrera misma. Un vendedor de aguardiente pasó por allí con su botija verde, y Desperdicios lo llamó, diciendo á sus amigos:

—¡Ea, caballeros!... ¡vamo á matá er gusaniyo!...

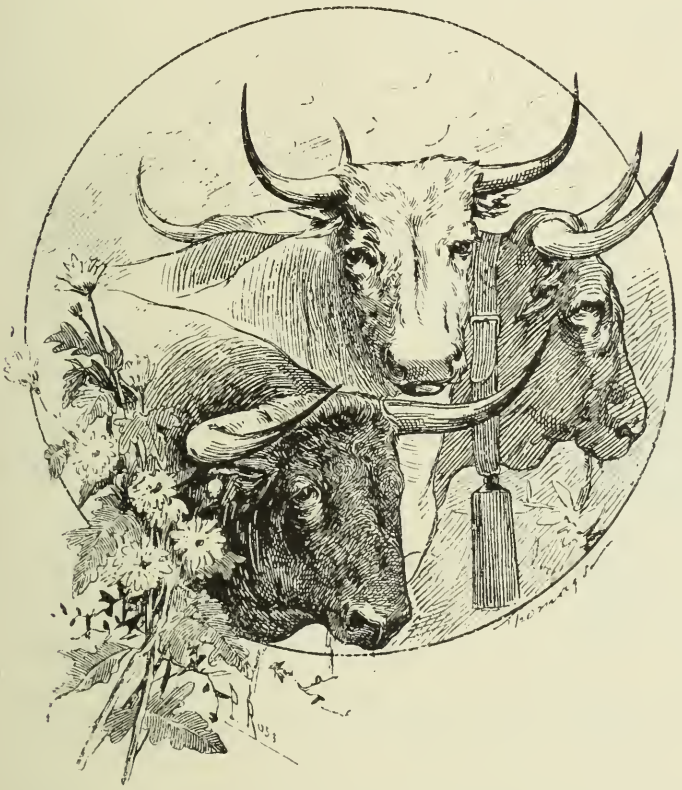
Y como si el *gusanillo* que tuvieran en el estómago fuera una serpiente boa, echóse al coleto cada uno tres de aquellos vasitos, Desperdicios sin alentar, García haciendo figu-

ras, y Gabriel de pronto, con los ojos cerrados, sofocando las violentas náuseas que aquel brebaje le provocaba, como si quisiese sofocar también otras violentas ansias que le atormentasen el alma.

En aquel momento los *guindillas* comenzaron á correr de un sitio á otro, al lado de la barrera, haciendo despejar la plaza á toda prisa: abriéronse al mismo tiempo de par en par las dos grandes puertas, que, colocadas frente á frente, dan entrada al redondel, una bajo el palco de la presidencia y otra al lado de los toriles. Un profundo silencio reinó entonces, y todas las miradas se dirigieron á la puerta de entrada, bajo el palco del presidente: oyóse primero una gritería lejana; luego los cencerros de los cabestros que sonaban á distancia, y dos minutos después se precipitaban en la plaza, entre torbellinos de polvo, los siete toros de la corrida, los cabestros que los acompañaban, los vaqueros, picadores y aficionados caballeros, tipo genuino de Andalucía, que lo mismo se viste un frac que se pone una zamarra y empuña una garrocha. Una algazara infernal de gritos, silbidos y golpes dados en las tablas estalló entonces, haciendo á los toros retener asustados su veloz carrera, volver á todas partes los inquietos ojos, arrancar como para desbandarse, ceder al fin á la querencia de los cabestros y á las hondas de los vaqueros, y desaparecer en tropel por la puerta de los toriles, entre los gritos de la muchedumbre y los torbellinos de polvo.

Uno solo, negro como la noche, se desbandó á la entrada misma del corral, y volvió á la plaza, arremetiendo furioso á las chaquetas, trapos y pingajos que con espantosa gritería descolgaba el público desde la barrera: plantóse al fin en medio de la plaza, y revolvió á todas partes sus feroces ojos, con la arrogante cabeza en alto, como pidiendo á la presidencia enemigos dignos de medir con él sus fuerzas.

Los vaqueros de á caballo, con sus garrochas en ristre, corrieron entonces á escape, con esa ligereza y gallardía heredada de los árabes, describiendo en torno de la fiera círculos prolongados: llegaron los de á pie, crujiendo sus hondas, y acercaron un cabestro que hacía resonar acompasadamente su bronco cencerro: entonces el toro, más cuerdo



que los hombres, rindióse á aquel emisario de paz, bajó la cabeza, acercóse trotando al manso, y entró pegado á él en los toriles, como un niño travieso conducido á casa por su madre.

Cerróse tras ellos la ancha puerta, y una multitud de hombres y de chiquillos comenzaron entonces á descolgarse por todos los lados de la barrera al redondel de la plaza, armados de capotes viejos de toreo, trapos, prendas de ves-

tir, garrotes y palos usados de banderillas. Sonó un clarín: abrióse la puerta del *chiquero*, y el toro del aguardiente se precipitó en la plaza, arremetiendo á aquella muralla humana, que se desbandó por todas partes, cayendo unos aquí, levantándose otros allá, y huyendo la mayor parte sin detenerse un punto, hasta lograr de un solo salto el abrigo salvador de la barrera. Una hora larga duró aquella *orgía tauromáquica*, en que los revolcones alternaban con los cachetes, las obscenidades con las blasfemias, las carreras con los sustos, la barbarie del hombre con la brutalidad de la fiera; hasta que exhausto el pobre animal, viejo ya y no criado para la lidia, replegóse contra la barrera para hacer frente á sus enemigos, que lo acosaban á trancazos, y le pinchaban banderillas hasta en el hocico, por el solo placer de hacerle daño... ¡Ah! ¡qué cruel es el hombre, no rey, sino tirano de todos los animales, que se queja si un tigre lo devora, y sería capaz de devorar á todos los tigres, si los cocineros hiciesen chuletas de ellos, ó los empresarios de toros los arrojasen á la plaza con las garras cortadas, ofreciéndole en vez de toros, *tigres del aguardiente!*...

Mientras tanto las copas que para *matar el gusanillo* habían tomado nuestros amigos, produjeron en ellos efectos distintos. Desperdicios charlaba hasta por los codos, rebosándole, sobre su fachenda natural, la que el alcohol le inspiraba. García, tumbado en un banco, experimentaba todas las bascas y congojas de una borrachera en regla; y Gabriel, el inocente Gabriel, desencajado, fuera de sí, desabrochada la camisa, que dejaba asomar un escapulario azul y una medalla de oro pendiente de una cadena del mismo metal, gritaba y manoteaba con una especie de vértigo, semejante al espantoso *delirium tremens*, que ataca á los encenagados en el vicio de las bebidas alcohólicas.

De repente, hostigado el toro por una banderilla que un

pinchito de Triana le había clavado en las ancas, atravesó la plaza, veloz como una flécha, y fué á guarecerse de nuevo en el lienzo de barrera, que al asiento de Gabriel correspondía. El presidente hizo una seña, y otro clarín sonó entonces, llamando á los cabestros que habían de llevarse al infeliz animal, librándole al cabo de sus verdugos. Un incidente sobrevino en aquel momento, de esos que con tanta frecuencia acontecen en las plazas de toros, donde toda libertad es permitida, y toda insolencia y desvergüenza encuentra salvoconducto. Tres estudiantes de los que en la noche pasada habían acompañado á nuestros héroes, atisbaron á Desperdicios desde el tendido en que se hallaban, y deseosos de dar un mal rato al enemigo de Lagartijo, comenzaron á gritar, golpeando la barandilla con los bastones, no bien aparecieron en la plaza los vaqueros y el cabestro que habían de llevarse al toro.

—¡Que lo mate Desperdicios!... ¡Que lo mate Desperdicios!...

El grito corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y un momento después toda la plaza gritaba al mismo tiempo, y al son de golpes acompasados.

—¡Que lo mate Desperdicios!... ¡Que lo mate Desperdicios!...

Esta grotesca ovación exasperó de tal modo al torero, que, echando venablos por la boca, quiso huír de la plaza, exclamando lleno de rabia:

—¡Que lo maten unas tercianas, jinojo! ¡Que caiga un rayo y lo parta, canastos!... ¡Pues no fartaba más, sino que Frasquito Muñoz le limpiara er moco á un buey paleto!...

Gabriel gritaba también agitando el sombrero, y detuvo á Desperdicios por la chupa; pero este lo rechazó de un empujón, y extendiendo hacia el toro su brazo, que temblaba de ira, gritó:

—¡Allí lo tienes entablerao, gallina!... ¡Descabéllalo tú, si es que te atreves!...

—¿Gallina yo?—exclamó Gabriel fuera de sí.

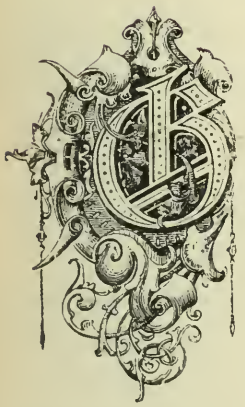
Y con la rapidez de un rayo quitóse la levita y se lanzó de un salto á la arena. García quiso detenerlo, pero logró tan solo cogerle por el sombrero, y este se le quedó en la mano.

Arrojóse entonces tras él haciendo eses; pero ya era tarde. Gabriel estaba delante del toro, y con la levita en alto, dió una patada en la arena citándolo... El animal bajó la cabeza, dejando ver su lengua ensangrentada: reculó contra la barrera escarbando con la pezuña, movió las orejas, y arrancó de un golpe...

Un grito terrible, uno de esos gritos que parecen salir de millares de pechos por una sola boca, resonó entonces en la plaza.

Vióse á Gabriel voltear por el aire, y caer luego en tierra, boca abajo, con los brazos abiertos, pesado, inerte como un saco de arena...

VI



GABRIEL abrió los ojos y encontróse en una estrecha cama, pobre pero limpia. Una cortina blanca se extendía por la derecha, otra igual por la izquierda, y una tercera cubría el frente, encerrándolo como en un ataúd de lienzo. Gabriel miró hacia detrás, y vió sobre la pared desnuda una cruz negra de palo, colgada á la cabecera, y por debajo una tablita en que, con caracteres también negros, se veía escrito el número 33. Parecióle entonces que tras la cortina de la derecha oía una respiración fatigosa; y tras de la izquierda, de cuándo en cuándo, una tos cascarrienta. El movimiento de Gabriel al volver la cabeza hizo crujir la cama: levantóse suavemente á este rumor la cortina del centro, y sus ojos atónitos vieron aparecer á una Hermana de la Caridad. La cabeza de Gabriel retrocedía en la almohada á medida que adelantaba la Hermana, como si tuviese ante sí una aparición del otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntó la religiosa afectuosamente, inclinándose sobre el lecho.

—¿Pero dónde estoy?—murmuró Gabriel espantado.

La Hermana le miró con una profunda expresión de lástima, y contestó con dulzura:

—En la casa de Dios, hermano.

Incorporóse Gabriel bruscamente en el lecho, y cogiendo á la religiosa por una manga, dijo con los ojos desencajados:

—¿En el hospital?!!...

—¿Pues no le digo que en la casa de Dios, hermano?—replicó la Hermana, apartándose suavemente.

—¡En el hospital estoy!... ¡En el hospital!—exclamó Gabriel aterrado; y la vergüenza y el horror le desvanecieron de nuevo.

Gabriel se hallaba en efecto en el hospital, donde le habían conducido en una camilla, sin poder identificar su persona: Desperdicios había desaparecido, y García, borracho como una cuba, no se dió cuenta exacta del suceso, y al verse solo en la plaza, acabó por tumbarse en un tendido, donde le encontraron roncando á la hora de los toros. Al llegar al hospital, Gabriel permanecía aún sin conocimiento: un médico le reconoció cuidadosamente, y volvió al fin la espalda diciendo:

—¡Bah!... Aguardiente y un porrazo: que duerma la mona con calma, y quede en observación por si el susto trae cola.

La finura de las ropas de Gabriel, la pulcritud de sus manos, y la distinción que, no obstante su estado lamentable, se observaba en toda su persona, revelaban bien á las claras que no pertenecía á la clase de gentes que pueblan los hospitales. Acostáronle, sin embargo, en una sala común, y una Hermana, la que hemos visto acudir á su primer movimiento, quedó á su cuidado.

Al desvanecerse de nuevo Gabriel, la Hermana le aplicó á la nariz un tarrito de éter. Entonces abrió los ojos, y tornó á cerrarlos de nuevo, lanzando un profundo suspiro:

—¡Ánimo!—le dijo la religiosa: eso no es nada...

Gabriel guardó silencio y permaneció largo rato con los ojos cerrados, inmóvil y pálido como un cadáver. De repente abrió sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Hermana... ¿me voy á morir?...

—¡No, hermano mío!—exclamó la religiosa conmovida. ¡Si no es nada!... Un susto y nada más... El médico ha mandado tan solo un par de días de observación y reposo completo...

Gabriel volvió á cerrar los ojos, y dos anchos lagrimones se deslizaron por sus mejillas, cayendo lentamente en la almohada: vióle la Hermana mover los labios como si orase, y apretar contra su pecho, por debajo de la cubierta de la cama, algo que ella no veía. La hermana, creyéndole al fin tranquilo, se alejó de puntillas, dejándolo solo... ¡Solo en la cama de un hospital!... ¡Solo con su inocencia perdida!...

Entonces sacó Gabriel de debajo de la cubierta la medalla de oro que llevaba al cuello, y comenzó á besarla sollozando. Era la medalla de su primera comunión, mandada acuñar expresamente por su madre. Por un lado tenía la imagen de la Inmaculada, por otro la fecha, *8 de Diciembre,* y esta inscripción: *Monstra te esse matrem* (1).

—*Monstra te esse matrem!*—exclamó Gabriel, anegándola en lágrimas; y los sollozos, los amargos sollozos del arrepentimiento, á que el perdón concedido presta después dulzura tan inefable, embargaron su garganta, dejando

(1) Muestra que eres Madre.

escapar tan solo, cual saetas de dolor que del corazón le brotasen, agudos y prolongados ¡ay!...

Dos horas duró aquella congoja, en que mil veces distintas creyó volverse loco... Dios ofendido... su madre desolada... deshonrado su nombre... eran las tres ideas que su imaginación confundía y barajaba en torbellino espantoso, uniendo lo verdadero á lo imaginario, lo cierto á lo temido, lo humillante á lo terrible, para aplanar por completo su corazón, como si aquellas tres grandes barreras del alma, Dios, la familia, el honor, se derrumbasen sobre él, sepultando toda idea de consuelo, todo asomo de esperanza, entre los escombros del pecado, la ingratitud y la ignominia... ¡La racha impía de la desesperación soplaba entonces sobre su alma, árida, abrasadora, como el simoum del desierto, inspirándole diabólicas ideas que el pobre niño rechazaba, oprimiendo aterrado la medalla de la Virgen, con la angustia del que se ve caer, se siente derrumbar, y no quiere despeñarse!...

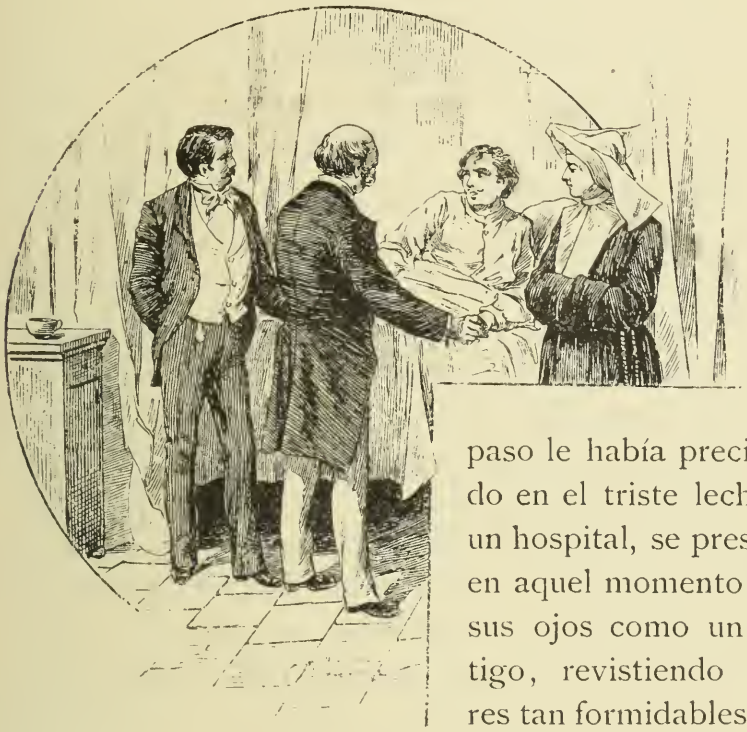
—*Monstra te esse matrem!*—exclamaba: *Monstra te esse matrem!*

Sucede á veces, en esas grandes tempestades del corazón, que la imaginación encrespa y acrecienta cual una maléfica Nereida, que un incidente ordinario, una observación sencilla, quizá una pena distinta, bastan para imprimir otro curso á las ideas y otro rumbo al sentimiento, echando por tierra los sombríos castillos que había levantado aquella loca enemiga de la razón, que tanto atormenta al hombre.

Un ruido de pasos y de voces produjo en Gabriel este efecto. Acercábase poco á poco aquel rumor, y deteníase con frecuencia por breves intervalos; oyólo al fin á dos pasos de su cama, detrás de la cortina, y un solo sentimiento predominó entonces en Gabriel, ahogando todos los otros que atormentaban su alma. ¡La vergüenza!... Ocultó el ros-

tro en la almohada y cubrióse la cabeza con la sábana, sin osar menearse. La cortina se descorrió al fin, presentándose el médico acompañado de la Hermana y un practicante, para hacer su visita ordinaria.

¡Esta fué la gran expiación de Gabriel!... El *qué dirán*, vano fantasma del cobarde respeto humano, que paso á



paso le había precipitado en el triste lecho de un hospital, se presentó en aquel momento ante sus ojos como un castigo, revistiendo colores tan formidables, matices tan ignominiosos, que el infeliz Gabriel sintió que subían á su rostro los tintes más rojos de la vergüenza, y angustiaban su corazón los desfallecimientos más amargos de la congoja. Quedóse encogido en el lecho, sin osar rebullirse ni aun alentar, esperando que pasarían de largo, creyéndole dormido.

Pero el médico se acercó al lecho, y levantó el embozo, y el rostro de Gabriel apareció entonces amoratado, confundido, bajos los ojos, que dejaban escapar hilos de lágri-

mas, imagen viva de la confusión que debió de retratar el semblante de nuestros primeros padres al ver sorprendida su culpa. Compadecido el médico le dirigió con bondad algunas preguntas acerca de su estado, y Gabriel, sin levantar los ojos, contestó con monosílabos. Entonces el practicante le preguntó su nombre y su domicilio, para apuntarlo en el registro. Esta pregunta inesperada aterró á Gabriel: cruzó sus manos suplicantes, y con la mayor aflicción pidió llorando desconsolado, que le perdonasen aquella formalidad, que le dejasen morir solo y en un rincón, antes que deshonrar su nombre, apuntándolo en el registro de un hospital, á que no le había traído la pobreza, sino su locura y su propia miseria.

Enternecido el médico al oírle, púsole una mano en la frente, y apartando cariñosamente los rubios bucles que la cubrían, le dijo con ternura:

—Bien, amiguito: no es necesario... Ánimo y juicio... que si pasa V. la noche tranquilo, y no siente molestia ninguna interna, mañana podrá dormir en su casa.

Gabriel besó espontáneamente aquella mano que le acariciaba, y conmovidos los tres circunstantes se alejaron al fin, dejando la cortina cuidadosamente corrida.

¡Ah! ¡Cuán claro vió entonces Gabriel, á la viva luz del cielo que la humillación trae consigo, el culpable desprecio de Dios, el insensato temor del mundo, la ciega falta de sentido común que encierra el respeto humano! ¡Cuán prudentes y paternales le parecieron entonces aquellas amonestaciones del P. Velasco, y cuán previsor aquel dicho que tanto irritaba su soberbia.—¡Pilatillo... acuérdate de Pilato!... Porque, como Pilato y peor que Pilato, había él vendido á Cristo, no por temor á un pueblo irritado ni á las iras de un César, sino por miedo á las burlas,—¡qué vergüenza!—de un mozalbete perdido y de un canalla truha-

nesco... Y por huír de la chacota grosera de aquellos entes despreciables, habíase expuesto ya al justo desprecio de las almas honradas, que le veían en el abyecto lecho de un hospital, y le esperaban todavía —¡qué dolor!— las amargas reconvenciones de su madre, y las justas censuras de todos los que tuviesen noticia de aquel episodio, terrible á la vez que ridículo, culpable al mismo tiempo que ignominioso!...

—¡Qué ceguera!— exclamaba Gabriel, llevándose ambas manos á la frente. ¡Qué insensatez la mía!... Jamás podrán convenir entre sí las opiniones de los hombres, porque la pasión es la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos ellos... Y en la imposibilidad de agradar á todos, ¿no es una locura ciega, una estupidez insensata, preferir el aplauso de los malos, á la aprobación de los buenos? ¿Merecer el justo desprecio del mundo sensato, como mi madre, por evitar las burlas injustas del mundo canalla, como García?... ¿Qué hubiera dicho aquel perdido?!!... ¿Y qué dirá esa Hermana tan santa, qué dirá ese médico tan bueno, qué dirá mi madre... ¡mi madre de mi alma, cuando se le rompa el corazón al saber la vergüenza y la ignominia de su pobre hijo?!!...

Y aquí interrumpían de nuevo los sollozos á Gabriel, hasta que con nueva exaltación santa y sensata, proseguía diciendo:

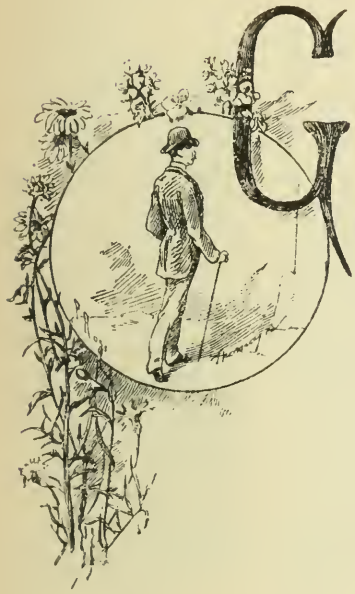
—¡Qué mezquina maldad, qué ridícula infamia, pecar por respeto humano!... ¡Pecar, no por el placer de un goce prohibido, ni por el logro de un interés vedado, sino por el temor de una risa burlona! ¡Atreverse á desafiar las iras de un Dios por no osar hacer frente á las risas de los hombres!... ¡Como si las risas de los hombres no fuesen la prenda más segura de la aprobación del cielo! ¡Como si en el momento en que el mundo reprueba al justo, no perteneciese ya por entero á Jesucristo!...

Estas reflexiones fortalecían el ánimo de Gabriel, haciéndole sacar de la amarga raíz de la culpa el fruto sabroso de la enmienda, y llevándole suavemente á impulsos de la gracia, en busca del remedio de su daño. Entonces se volvieron sus ojos naturalmente á aquellos buenos religiosos que habían custodiado su inocencia, que le habían profetizado su caída, y le habían enseñado con previsión amorosa los medios de levantarse. Los Jesuítas tenían en Sevilla un Colegio; pero Gabriel jamás había estado en él, é ignoraba si residía allí algún Padre conocido.

—¿Y qué importa?—se decía cada vez más animado. ¿Acaso los Jesuítas no tienen á gala poseer todos un mismo corazón y un mismo pensamiento?... Cualquiera me recibirá en sus brazos con amor, y me guiará con prudencia... Cualquiera me reconciliará con mi Dios y me ayudará á consolar á mi madre... ¡Madre, madre!... ¡pobre madre mía!... ¡Cuánto va á sufrir!...

Y el pobre niño seguía llorando: llorando en la soledad; pero á la vista ya del remedio, y con el corazón abierto á la esperanza... El sueño y el cansancio le rindieron al fin, poco antes de rayar el alba; y cuando la Hermana fué á hacer su primera ronda y en silencio descorrió la cortina, encontróle dormido aún, con la medalla de la Inmaculada en la mano, dos grandes lagrimones en los ojos y una leve sonrisa en los labios...

VII



GABRIEL no salió del hospital hasta después de puesto el sol, porque sentía esa imperiosa necesidad de ocultarse, que obliga al culpable á esconderse en las tinieblas, temeroso de que le adivinen sus remordimientos.

Con rápido paso alejóse del hospital en que había comenzado á expiar su culpa, para dirigirse al Colegio, donde esperaba borrarla. Mas á medida que adelantaba, hacíanse sus pasos, sin saber porqué, más tardos, desfallecían sus alientos, y mil dudas y mil temores invadían su ánimo, produciéndole cierta inquietud, cierta aridez amarga que secaba sus buenos propósitos, como la arena del desierto la savia de una planta... ¡Qué artero es el espíritu de tinieblas, y con cuánta traidora astucia suele tender á la inconstancia y debilidad humana, la más pérfida de sus redes; la demora del buen propósito; el *más tarde será*, el *mañana lo haré*, que va siempre á despeñarse en el abismo sin fondo del *nunca!*...

Ya no le parecía á Gabriel necesario, ni aun juzgaba

siquiera prudente, confiarse sin necesidad á un Padre desconocido: ya creía fácil disculpar en su casa con cualquier pretexto aquella larga ausencia; inquirir si había llegado á oidos de su madre la aventura, y confesarse luego, más tarde, cuando encontrase á un sacerdote desconocido, á quien no tuviese que revelar su nombre. ¡Había tantos en

Sevilla, y le sería tan fácil encontrarlo!... Además, pensaba Gabriel, deteniendo cada vez más el paso, es ya tarde... El Colegio estará cerrado, y sería una imprudencia incomodar á estas horas.

Esta esperanza sedujo á Gabriel por completo, porque veía en ella una manera de conciliar el impulso interior que le arrastraba al Colegio, con la repugnancia á ir allá, que, á

medida que se acercaba, sentía con más fuerza. Un carro atravesado en la calle le sirvió de pretexto para tomar por otra que alargaba el camino; dos mujeres que reñían le *obligaron* á pararse un buen rato, hasta ver en lo que paraba la riña; y á pesar de todo, encontróse más pronto de lo que era su pensamiento y también su deseo, á la puerta del Colegio. Hallábase esta abierta de par en par, y un mozo de cordel, cargado de equipajes, enderezaba contra la esquina su pesada carga. Los pies de Gabriel se torcieron sin saber cómo, y en vez de entrar en el zaguán, pasó de largo; mas en el mismo momento uno de esos episodios tan comunes en las estrechas calles de Sevilla, le obligó á retroceder y á refugiarse en el portal, para no ser atropellado. Un coche desembocaba por el extremo de la calle, el burro de un aguador venía por el otro, y ambos cogieron en medio al mozo de los equipajes, formando con los transeuntes un compacto remolino, de que salían los gritos del cochero, las voces del aguador y las imprecaciones del mozo. Gabriel acechaba impaciente la ocasión de poner el pie en la calle, cuando un anciano asomó por la puerta del Colegio, atraído por el ruido, y al ver á Gabriel exclamó alborozado:

—¡Gabrielito!... ¡Gracias á Dios que lo vemos por acá!... Su mamá de V. le había anunciado al P. Rector su visita, y le estábamos esperando... Entre, entre V., que le voy á avisar corriendo...

—¡No, no, H. Bernardo!—exclamó Gabriel, turbado hasta lo sumo. Es ya tarde, y sería incomodarle...

—¿Qué ha de ser tarde, si aún no han dado las ocho?... Estará en la capilla con los niños, haciendo el mes de María... Entre V., D. Gabriel, que voy á llamarlo corriendo...

Y el buen Hermano Bernardo, que había conocido á Ga-

briel en el otro Colegio, y desempeñaba á la sazón en aquel el oficio de portero, le arrastró mal de su grado á la sala de visitas.

Gabriel se sentó confuso, indeciso, sin saber qué partido tomar: latíale violentamente el corazón á cualquier ruido, y aquella aridez, aquella sequedad crecía y subía en su alma, ahogando por completo sus propósitos de antes... Ocurriósele entonces hacer al P. Rector una visita de mero cumplido, y despedirse lo más pronto que le fuera posible.

—Es lo mejor,—se dijo al fin decidido: quizá mi madre no sepa nada, y pueda quedar todo oculto... Y en cuanto á confesarme... ya lo haré más tarde... otro día...

El P. Rector tardaba, y aquella espera se le iba haciendo á Gabriel insoportable. De repente llegaron á sus oídos los ecos de una orquesta lejana, que preludiaba el andante de un cántico á la Virgen... Las fibras todas de Gabriel se estremecieron al oír los primeros acordes, y su alma entera pareció acudir á sus ojos, como atraída por aquellos dulces acentos. La orquesta repitió los primeros compases, y la sequedad, la angustia de Gabriel retrocedió paso á paso en su alma, como se rasgan poco á poco las oscuras tinieblas de la noche, al apuntar la primera luz del alba. Varias voces de niños, puras, argentinas, unidas como diversos rayos de luz en un mismo reflejo, cantaron entonces:

Venid y vamos todos
Con flores á porfía;
Con flores á María,
Que Madre nuestra es...

—¡Que madre nuestra es!—repitió Gabriel en voz baja; y un sollozo repentino subió á sus labios, mientras sus manos se levantaban hasta el pecho, porque el corazón se le dilataba dentro, como si amenazara romperse. Otra voz

sola, más pura y vibrante que las anteriores, cantó entonces, con la dulzura de la piedad modulada por la inocencia:

Tu poderosa mano
Defiéndanos, Señora,
Y siempre y desde ahora
Á nuestro lado estés...

Gabriel no pudo resistir más... Su angustia se deshizo en lágrimas, como de repente las tormentas se deshacen en lluvias, y cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer en la banqueta en que se hallaba sentado... ¡Aquel era el cántico de las *Flores de Mayo,* que tantas veces había repetido él ante la Virgen en sus tiempos de Colegio, en los días de su infancia, en la época de su inocencia!... Sus labios quisieron repetir entre sollozos aquellas dulces palabras; pero temió su lengua profanarlas, y permaneció muda... Los niños repetían sin embargo, como si la inocencia invitase al arrepentimiento á unir con ella sus voces.—*¡Venid y vamos todos... Que Madre nuestra es!...*

—¡Que Madre nuestra es!—repitió al fin Gabriel, derramando un raudal de lágrimas, y golpeándose el pecho con ambas manos.

—¡Que madre tuya es!—repitió otra voz á su espalda; y antes de que Gabriel pudiera incorporarse, el P. Velasco le echaba los brazos al cuello, diciéndole con íntimo afecto:

—¡Hijo!... ¡Hijo mío!...

—¡Oh!... ¡no me llame V. hijo!—exclamó Gabriel, escondiendo el rostro avergonzado, en aquel pecho que tan paternalmente le oprimía.

—¡Del corazón, hijo mío!... ¡Del corazón de mi corazón, que es Jesucristo!—replicó el P. Velasco, arrastrándole suavemente á un gabinete próximo, y sentándose junto á él sin dejar de abrazarle.

—¡Llora, Gabriel!—le dijo entonces; llora, hijo mío, que aquí estoy yo para enjugar tus lágrimas...

—¡Gabriel lloró... lloró sin medida, sin tasa, como llora el arrepentimiento para lavar las culpas; como llora la contrición para purificar las almas!... ¡Pero con qué consuelo

tan hondo lloró sobre aquel pecho amigo! ¡Con qué dulzura tan santa corrieron junto á él sus lágrimas!...

—¿Y qué me hago ahora, Padre?—preguntó al fin con voz ahogada, después que hubo referido al religioso todas sus desdichas, sin callar ningún accidente, sin omitir la menor circunstancia.

—¿Qué te haces ahora?—replicó el P. Velasco. Lo que hizo San Pedro... *Flevit amare;* lloró amargamente... Tres veces negó él á Cristo por flaqueza, como tú lo has hecho;

por respeto humano, como á ti te ha sucedido... ¿Y sabes el castigo que le impuso su divino Maestro?... Pues no le dió ninguna reprensión; no le hizo ningún reproche. Por toda pena le impuso... la gloria de confesar su amor otras tres veces... ¡También lo has negado tú pecando, Gabriel!... Confiésalo de nuevo públicamente... Mañana termina el mes de María, y celebramos en la capilla la comunión general de los Congregantes... Tú me ayudarás la Misa, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello recibirás la comunión al frente de todos...

Gabriel cruzó las manos y bajó la cabeza, como si el peso de tanta bondad le abrumase.

—¿Te parece duro el castigo, hijo mío?

—¡Oh, Padre... Padre!—exclamó Gabriel sollozando.

—Pues bien, hijo del alma... Ya no hay que pensar más en lo pasado, sino para sacar experiencia y aprovechar la enseñanza... Y ahora, añadió levantándose, á descansar y á prepararse para la cena, que ya tienes dispuesto el cuarto.

—¿Pero me esperaba V. acaso?—preguntó Gabriel sorprendido.

—Sí,—replicó el P. Velasco. Te esperaba á ti, y espero también á otros... De estas casas, hijo mío, salen muchos hijos pródigos... Por eso está siempre abierta la puerta, para que no tengan que aguardar cuando llamen á ella... ¡Lo triste, Gabriel, lo triste, hijo mío, es... que muchos no llaman nunca!...

Entonces se atrevió á decir Gabriel tímidamente.

—¿Y mi madre?...

—Tu madre,—replicó el P. Velasco, no será más severa que lo ha sido Cristo, y corre de mi cuenta arreglar con ella este negocio... ¿Cuándo le escribiste por última vez?

—El mismo día en que empezaron mis desdichas.

—Es probable que no sepa nada, y ya procuraremos que

no lo sepa nunca... Nadie te conoce: García ignora las señas de tu habitación en Sevilla, y por la cuenta que le tiene sabrá callarse... Conque á cenar, Gabriel, que voy yo á arreglar tus asuntos.

Y llamando á otro Padre para que le acompañase, el P. Velasco se puso el sombrero y el manteo, y se encaminó derecho á la casa de huéspedes. Media hora después estaba de vuelta, y entregaba á Gabriel una carta de su madre, escrita la víspera: la buena señora escribía perfectamente

tranquila, y encargaba á su hijo que hiciese una visita al P. Velasco, nombrado en aquellos mismos días Rector del Colegio.

—¡Magnífico!—exclamó este al terminar Gabriel su lectura. Con esto y una cartita mía, estamos ya fuera de compromiso... Y gracias que la buena de tu patrona no ha dado con todo al traste; porque alarmada con tu desaparición, se disponía ya á dar parte á la policía, y á escribir á tu madre... Felizmente llegué yo á tiempo, y pude sosegarla.

Gabriel estrechó la mano del Padre, y la llevó con ve-

hemencia á sus labios. Este se puso en pie para retirarse, y dijo con cierto tono especial, tendiéndole los brazos:

—¡Conque... *Periquillo!... ¡Acuérdate de San Pedro!...*

Gabriel se arrojó en ellos sollozando.

VIII

L día siguiente se celebraba en el Colegio la fiesta del *Amor hermoso:* Gabriel confesó por la mañana con el P. Velasco, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello comulgó antes que todos en la Misa de los niños. Después de comer se despidió de los Padres para volver á su casa: el P. Velasco le acompañó hasta la puerta, y como la última vez que le despidió en el Colegio, le entregó una gran fotografía encerrada en un sobre.

Representaba á San Pedro en el átrio de Caifás, y la misma mano que escribió entonces por debajo de Pilato—*Ecce-homo*—había escrito esta vez por debajo de San Pedro—*Flevit amare.*

Gabriel la conserva en un magnífico marco: piensa legarla á sus hijos, y según nos ha asegurado él mismo, siempre que la mira, llora... dulcemente..

MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO

MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO

(EPISODIO DE 1812.)

¿Y qué nos hacemos ahora con este pueblo descatolizado?... Volverlo á catolizar con la enseñanza, con la caridad, con el ejemplo.

UNA de las primeras víctimas de la fiebre amarilla del año 20 fué en Sanlúcar un pobre carbonero llamado Juan Barragán. Vivía en una miserable tiendecilla del barrio alto, ejerciendo su industria en compañía de su compadre y asociado Juan Chanca.

Arrojaron su cuerpo en la fosa común, y unas cuantas espuertas de tierra hicieron desaparecer su persona al par que su memoria. La oscuridad tiene sus ventajas, y el olvido, después de la muerte, no es la más pequeña de ellas en un país como el nuestro, en que no siempre se observa aquella sabia ley de Solón, que prohibía tachar la fama de los muertos.

Á pesar de su insignificancia, Juan Barragan mereció los honores de la celebridad; pero cada talento especial requiere su época, y Juan Barragán se adelantó á la suya. Hércules en el siglo XIX hubiese sido á lo más un maestro de gimnasia, y los siglos mitológicos llorarían la falta de su Amadís de Gaula. Juan Barragán, nacido en nuestros días, hubiera llegado á ser ministro de Hacienda, pero nació en los pasados, y no pudo salir de su oficio primitivo: carbonero y prestamista. Su ingrata época no añadió á su nombre ningún retumbante título; solo tuvo para aquel genio desperdiciado, para aquel brillante sin reflejos, porque ningún rayo de la actual civilización vino á herirle, el apodo de *Medio Juan*, que por su endeblez física le daban.

Medio Juan tenía conciencia de su debilidad, y como en su nombre, creíase en su persona incompleto. Pero Dios, que nunca deja mancas sus obras, le sugirió la idea de buscar un complemento en su compadre Juan Chanca, que por su colosal talla era llamado en el pueblo *Juan y Medio*.

Así pués el Juan falto buscó y halló en el Juan sobrante, el apoyo que el alma encuentra en el cuerpo: era lo bastante matemático para comprender que

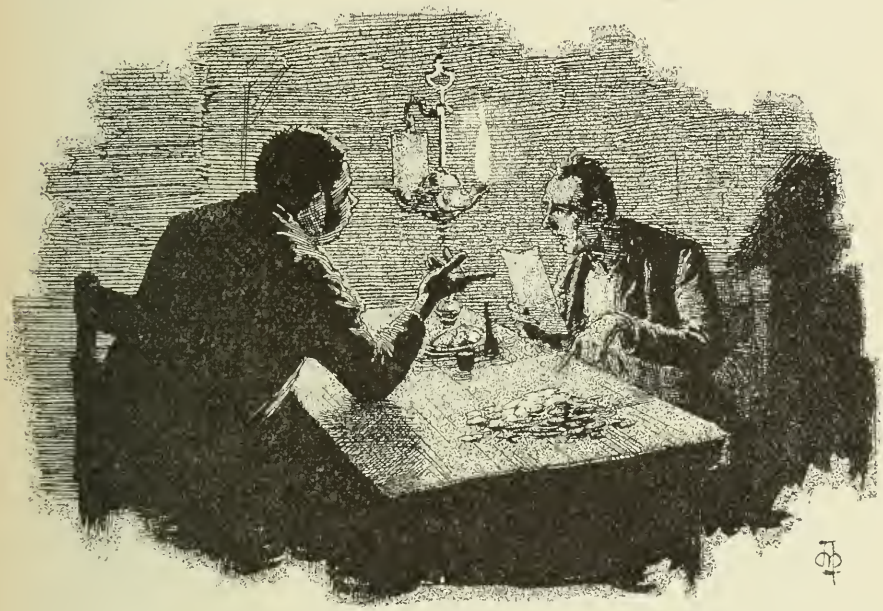
$$\tfrac{1}{2}\ \text{Juan} + 1\ \text{Juan}\ \tfrac{1}{2} = 2\ \text{Juanes}.$$

Era Medio Juan, en la sociedad creada, la inteligencia que medita y plantea; Juan y Medio la fuerza bruta, que vence obstáculos y pone en práctica. El uno, sin salir de la tienda, procuraba engañar á todo bicho viviente, incluso á su asociado; el otro era siempre el editor responsable, la última razón que alegaba Medio Juan en las continuas pendencias que sostenía con sus marchantes y deudores.

Pero á pesar de que el primero tenía sobre el segundo la ventajosa diferencia que el espíritu tiene sobre la materia, nunca pudo hacerle víctima de sus enredos. Á la supe-

rioridad ladina de Medio Juan la enfrenaba su endeblez física; y la inferioridad intelectual de Juan y Medio se apoyaba en la exagerada desconfianza del estúpido, que siempre se cree engañado, y en la salvaguardia de sus puños, que de un solo golpe atontaban una res.

En la noche del 25 de Agosto de 1812, la sociedad liquidaba cuentas. La puerta se hallaba asegurada por dentro



con una enorme tranca, y sobre el mostrador había un velón de metal, con una sola de sus cuatro piqueras encendida. Medio Juan, sucio por el abandono, y por el carbón tiznado, cotejaba una porción de papeles cubiertos de colosales números, y murmurando cifras y guarismos, iba apilando las monedas de un gran montón de dinero que ante sí tenía. Juan y Medio, con los codos apoyados en el mostrador, y en ambas manos la cabeza, miraba con marcada desconfianza; ora las cuentas en los papeles escritas, ora la fisonomía astuta de su compañero, ya las monedas que poco á poco se iban apilando unas sobre otras.

Había aquella noche descargado en Sanlúcar una tormenta espantosa, que amenazaba arrancarlo de cimientos: torrentes de lluvia caían del barrio alto al bajo amenazando inundarlo, y el mar subía también hacia allí, bramando, como una fiera hambrienta que pide su presa. La lluvia había apagado alguno que otro farol que ardía en las calles ante una imagen; las nubes ocultaban las estrellas del cielo, y solo de cuándo en cuándo un relámpago hacía ver las primeras desiertas, y el segundo encapotado.

Mas no era la tormenta la sola causa que producía en Sanlúcar aquella soledad en las calles y aquel silencio en las casas. El mariscal Soult había levantado el sitio de Cádiz, y los franceses se retiraban. Un destacamento de estos, que se hallaba en el pueblo, debía de partir aquella noche, y temerosos los vecinos de que los franceses celebrasen su marcha con escenas de robos y pillaje, había cada cual cerrado su puerta, escondido los dineros y alhajas, y preparádose á la defensa. En el barrio alto, no por estar avecindado en lo general por gente pobre, dejaba de observarse la misma silenciosa alarma: ni una luz, ni una puerta abierta, ni la menor señal de persona viviente se notaba, que pudiese demostrar no ser aquella una población de muertos. Solo la carbonería de los dos Juanes dejaba escapar, por la cerradura y rendijas de su desquiciada puerta, algunos reflejos de tenue luz.

—Á treinta y dos duros, trece reales y un piquillo de seis cuartos partimos, compadre;—dijo al fin Medio Juan, colocando detrás de su oreja la colosal pluma de ave de que se servía. Y alargando á su asociado las enmarañadas cuentas, añadió:

—Aquí están los papeles que lo cantan.

Tomó estos Juan y Medio, y después de mirarlos por todos lados, los arrojó sobre el mostrador, meneando la cabeza.

—Yo no entiendo estas cuentas ni estas pláticas,—dijo.

—¿Y qué le hago yo, compadre?... ¿Acaso sabe V. algo más que arrear borricos?

—Pues cate V. porqué sé también que al burro tonto lo mete en vereda el arriero loco,—replicó Juan y Medio, mirando fijamente á su compadre.

—¿Pero qué cuenta es la que V. entiende, señor?—dijo Medio Juan, bajando los ojos ante los de su temible asociado.

—Una entiendo, y es la del cabrero.

—¡Ya!... cabra fuera, peso duro en la montera... Pues ajústela V. pronto; que agua ha de ser esa cuenta si es más clara que la mía.

Juan y Medio colocó su ancha y musculosa mano sobre el montón de pesos duros, y preguntó á su compadre:

—¿Qué son estos?...

Miróle Medio Juan admirado, y creyendo que se burlaba de él, contestó mohino:

—Berengenas.

—¿Todas?...

—*Toitas.*

—*Mu* bien hablado, compadre... ¿Y V. quién es?

—¿Yo?...

—¡Usted!

—¡Un pícaro!—dijo Medio Juan, dándose por ofendido de la desconfianza de su compadre.

—Y yo un pícaro y medio,—contestó este sin inmutarse. Conque cate V. aquí mi cuenta.

Y acompañando con la acción la palabra, fué diciendo:

—Una berengena para el pícaro, y otra para el pícaro y medio.... Una para el pícaro, otra para el pícaro y medio...

Medio Juan le miraba hacer, royéndose las uñas en silen-

cio, y apilaba las monedas que con el nombre de berengenas le iba entregando su compadre. De repente sonó un fuerte golpe en la puerta, que hizo crujir sus mal unidas tablas. Medio Juan dió un salto en la silla, extendiendo ambas manos sobre el montón de dinero, y Juan y Medio levantó vivamente la cabeza, empuñando, sin decir palabra, un trabuco naranjero que en un rincón se hallaba. Reinó un corto silencio, interrumpido solo por el recio golpear de la lluvia que caía á torrentes. Un nuevo golpe, seguido de otro aún más fuerte que el primero, hizo á Medio Juan saltar azorado de su asiento, y á Juan y Medio dar un paso hacia la puerta, montando antes el trabuco.

—¿Quién va?—preguntó en recia voz, mientras Medio Juan le cogía por un brazo, murmurando angustiado:

—¡Pare V., compadre!... ¡pare V., que nos perdemos!...

Y tan rápida como calladamente, sepultó el dinero en el fondo de una espuerta, que llenó luego de carbón; después apagó la luz de un soplo.

Quedó la miserable tiendecilla alumbrada solamente por una candileja que ardía en la pared, ante una estampa de la Virgen, cuya moribunda luz prestaba á los objetos una movilidad fantástica. Medio Juan aprovechó esta oscuridad para remover en el fondo de la espuerta, ya fuese guiado por sus instintos rapaces, ya con objeto de ocultar mejor el dinero; pero Juan y Medio, que no le perdía de vista, le atrajo hacia sí bruscamente, diciendo:

—¡Deje V. quieta la espuerta, compadre!

—¡Señor, por María Santísima!—murmuró este; si iba á ponerla mejor...

Oyóse entonces en la calle un murmullo de voces, que el ruido de la lluvia hacía ininteligible, seguido de nuevos y cada vez más fuertes porrazos en la puerta. De repente gritó una voz ronca y mal humorada:

—*¡Eh quoi donc!... Enfoncez la porte!...* (1).

—¡Los franchutes!—exclamó Medio Juan despavorido, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Los franchutes!—repitió Juan y Medio, abriendo de par en par la puerta, sin soltar por eso á su compadre.

(1) ¡Y bien!... ¡Echad abajo la puerta!

II

NA fuerte bocanada de viento y de lluvia penetró en la tienda al abrir Juan y Medio la puerta: la ya moribunda luz de la candileja se apagó instantáneamente, y las cuentas de Medio Juan volaron de un lado á otro. Al mismo tiempo vieron ambos compadres precipitarse en la tienda cuatro soldados franceses, envueltos en largos capotes que chorreaban agua por todas partes.

—¡Eh!... ¡cristiano! .. ¡abra V. los ojos!—gritó Juan y Medio, rechazando bruscamente á uno de ellos que con él había tropezado.

El francés perdió el equilibrio, y cayó sentado en el suelo, jurando y blasfemando en su idioma, y amenazando á Juan y Medio con ambos puños. Apaciguáronle sus compañeros, mientras Medio Juan temblaba como un azogado, y Juan y Medio se replegaba contra la pared, dispuesto á hacer uso de su trabuco.

Pero los franceses, que parecían venir de paz, se limitaron á examinar las paredes de la tiendecilla, como si buscasen alguna salida, á la luz de una linterna que uno de ellos traía; cambiaron luego entre sí algunas palabras en su idioma, y acercándose á Medio Juan el sargento que los capitaneaba, le preguntó:

—¿Los *boricos*?...

—¿Los borricos?—repitió este.

—Allí asoman las orejas,—dijo Juan y Medio, señalando la sombra de los morriones franceses que se proyectaba en la pared.

Volvió el sargento la cabeza hacia el sitio indicado, y ya fuera que no entendiese la maliciosa salida de Juan y Medio, ó que la prudencia le aconsejara quizá huír de réplicas peligrosas, tornó á preguntar al primero:

—¿Dónde están tus *boricos*?

—¿Mis borricos, señor?—contestó Medio Juan. ¡Si yo no tengo ninguno!...

El francés hizo una señal de duda, y Medio Juan continuó humildemente:

—¡Créame su mercé, por la gloria de mi madre!... ¡Yo soy un pobre infeliz, que no tiene más que estos cuatro ciscos para ganarse la vida!

—Dame á mí tus *boricos*.—replicaba el francés impaciente; *le* capitán lo *comanda*.

—¡Señor, por María Santísima!—gritaba Medio Juan... ¡Que me parta ahora mismo un rayo, si tengo yo un *ruchillo* siquiera!...

—¡Lo que era menester, que lo partiera á V. por gallina!—exclamó de repente Juan y Medio, dando un empujón á su compadre. Y adelantándose hacia el francés, le dijo colérico:

—¡Los borricos están en la cuadra, y al amo lo tiene V. delante!... Conque ¿qué se ofrece?

—¡No lo crea V., señor!—gimió Medio Juan, cada vez más angustiado. ¡Aquí no hay más borrico que ese hombre que va á ser mi perdición!

—¡Calle V. la boca, compadre, y sáquese la vergüenza, si es que la tiene escondida!—replicó Juan y Medio. Y volviéndose hacia el francés, que ya empezaba á incomodarse, añadió:

—¿Se sabrá lo que V. quiere?

—*Yo* quiero que tú me *donnes* los *boricos*.

—Pues á mí no me da la real gana de dárselos.

—¿*Et* porqué?—exclamó el francés, colérico al par que sorprendido de semejante arrogancia.

—¡Porque á mis bestias no les calienta el lomo ningún franchute, mas que fuese el mismo Pepe Botella!

Al oír esto los franceses, echaron mano á sus armas, y Juan y Medio levantó el trabuco, dispuesto á disparar un tiro al primero que diese un paso adelante. Medio Juan se refugió en un rincón, mesándose los pelos, y gritando angustiado:

—¡Compadre, no sea V. bruto!...

En este momento apareció en la puerta un oficial francés, seguido de otros cuantos soldados, y los que se hallaban en la tienda bajaron al punto las armas. El sargento habló en su idioma con el recién venido, señalando á los dos Juanes, de los cuales el uno se mantenía en guardia con su trabuco montado, y el otro salía de debajo del mostrador al ver ya la paz restablecida.

Acercóse entonces el oficial francés á Juan y Medio, y con los mejores modos y en español correcto, le dijo:

—Oiga V., amigo; yo no vengo á robarle sus borricos... Quiero tan solo que me los alquile para llevar á Jerez esta misma noche unos barriles de pólvora.

—¿Lo ve V., compadre, cómo sus mercedes no venían á ninguna *tropilía*?—dijo Medio Juan, acercándose.

—Se pagará bien y adelantado,—añadió el francés, metiendo la mano en el bolsillo.

—¡Ni que me dieran mi peso en oro sirvo yo á franceses!—contestó Juan y Medio fieramente.

—No le haga caso su mercé, que este hombre no sabe lo que se dice,—dijo Medio Juan. Entiéndase V. conmigo, que yo le llevaré hasta el fin del mundo.

—¿Cuántos burros hay?—preguntó el francés.

—Tres, y la liviana (1) cuatro.

—Bastan los tres... Usted vendrá con nosotros.

—Como su mercé mande.

El oficial, que parecía intranquilo, dió á Medio Juan tres monedas de oro, diciendo:

—Tome V. por ahora, y no perdamos tiempo.

Al ver brillar el dinero, Juan y Medio bajó el trabuco, y dió un paso hacia su socio.

—Compadre, V. cerrará la puerta, le dijo este, indicándole con un expresivo guiño el sitio en que había escondido el dinero.

—Yo voy con V.,—contestó Juan y Medio.

—¿Pues no decía V. que no quería venir?

—Y ahora digo que voy.

—Compadre, tiene V. más pareceres que un abogado,—dijo Medio Juan, encogiéndose de hombros, porque sabía que toda discusión era inútil.

Frente por frente de la casa había un establo, donde se hallaban los borricos; en un momento estuvieron estos aparejados con cabezón y albarda, y cubiertos ambos carboneros con sus sayales de paño burdo, que los preservaban en parte de la lluvia. Juan y Medio no había soltado su trabuco, ni ayudado en lo más mínimo á su compadre, que con una actividad maravillosa todo lo disponía.

—Deje V. esa escopeta,—dijo al Hércules el oficial.

—No, señor,—replicó Juan y Medio. Esta es mi mujer, y donde quiera que yo voy viene conmigo.

Entonces preguntó Medio Juan tímidamente:

—¿Y á dónde vamos?

—Al castillo,—le contestaron.

---

(1) La burra más ligera, que sirve de guía en la recua.

La caravana se puso en marcha, bajando del barrio alto al bajo, y tomando entonces el camino del castillo, situado en la playa, á un cuarto de hora del pueblo. Causaba ese terror que inspira siempre lo misterioso y desconocido, ver atravesar aquellos hombres encapotados las desiertas calles, marchando lentamente, porque el tardo paso de los burros no les permitía caminar más á prisa, y sin que la tempestad los aterrase, ni los truenos les impusiesen, ni la lluvia que caía á torrentes les hiciera apresurar el paso.

Á veces, cuando el viento cesaba de mugir, y los truenos no retumbaban, dominaba el ruido de la lluvia el tardo y acompasado andar de los franceses, que producía un extraño y pavoroso efecto. Solía entonces abrirse lentamente alguna que otra ventana, y el recio golpear de la lluvia impedía llegasen á oídos de los extranjeros las maldiciones é injurias con que los vecinos celebraban su partida. De una casa situada á la salida del barrio bajo, dispararon un tiro, cuya bala pasó rozando el alto morrión del sargento.

La playa presentaba un aspecto de terrible grandeza, á que la noche prestaba el sentimiento de terror que inspira: distinguíase hacia el lado del mar enormes masas negras, que ora se alzaban, ora caían mugiendo horriblemente; y entre el ronco estruendo de los truenos y el espantoso bramar de las olas, oíase á intervalos, como un grito de angustia entre el fragor de una batalla, el lúgubre son del caracol que sirve de seña á los pescadores, á quienes la necesidad empuja, y el miedo no arredra, y que navegan confiados en el faro, que al presentar sus distintas fases, aparece ya amarillo como la palidez del espanto, ya rojo como los tintes de la sangre fresca, ya verde cual una esperanza viva que anima y consuela, y hace cerrar los ojos para salir sin temor al encuentro del porvenir.

Á veces, cuando un relámpago iluminaba aquella escena

de la naturaleza, espantosamente sublime, se veía dibujarse sobre su luz rojiza la negra silueta del castillo, que desafiando al cielo, y arrollando al mar, se adelanta por entre sus olas, como un valiente centinela para gritar:—¿Quién vive?—al atrevido que osa acercarse.

En el primer patio del castillo se hallaba el resto del destacamento francés, custodiando seis barriles cuidadosamente envueltos en cubiertas de empleita. Los soldados ayudaron á Medio Juan á cargar cada uno de los borricos con dos de aquellos misteriosos barriles, que ataron sobre las albardas con fuertes cordeles. Juan y Medio, apoyado en su trabuco, los miraba hacer sin prestarles auxilio de ningún género.

De pronto, al levantar trabajosamente del suelo uno de aquellos barriles, dijo Medio Juan, cruzando con su compañero una mirada rápida, cual un relámpago:

—Más pesan que si estuvieran llenos de oro...

—¡Ya está acá!—murmuró Juan y Medio, sin moverse de su sitio.

—*¡Allons!... ¡la nuit s'en va!...*—dijo un oficial anciano, á quien todos prestaban obediencia.

Los franceses abandonaron por fin el castillo, dirigiéndose hacia un espesísimo pinar, que nacía en la misma playa. Cerraban la marcha ambos oficiales montados á caballo, y volviendo á cada instante los rostros hacia atrás, como si esperasen algo. De repente sonó una detonación espantosa, que los ecos de las olas prolongaron: los fugitivos se detuvieron aterrados, volviendo los ojos hacia el castillo, y al reflejo de una inmensa hoguera que la copiosa lluvia no era bastante á apagar, vieron volar aquellas erguidas torres que amenazaban al cielo, y caer aquellos robustos muros que resistían al mar. La tempestad enmudeció por un momento, como asombrada de que el hombre destru-

yese lo que respetaba ella misma: sonó entonces una risa de demonio, y el francés viejo gritó:

—*¡¡Allons!! C'est la France qui vous dit ¡Adieu!...* (1).

(1) —¡¡Vamos!!... Es Francia que os dice ¡Adiós!...
No es nuestro ánimo imputar los hechos vandálicos cometidos en España por los invasores de aquella época, á los hijos de la noble y desgraciada Francia, á quien tan de corazón amamos y admiramos. Solo es responsable de ellos aquel ejército de advenedizos de todas las naciones, que trajo á nuestra patria el gran bandolero de tronos y coronas, Napoleón Bonaparte.

III

RA el intento de los franceses reunirse con la columna del mariscal Soult antes del amanecer, hora en que debía de llegar aquella á Jerez de la Frontera: tomaron para esto un atajo que, según Medio Juan, que conocía palmo á palmo todo aquel terreno, ahorraba gran trecho de camino. No era esta, sin embargo, la razón que había movido á Medio Juan á guiarlos por aquella senda: harto había comprendido el ladino carbonero que no era pólvora, sino oro, lo que en aquellos barriles se custodiaba; y atraída su codicia hacia aquel tesoro, con la fuerza irresistible con que el imán atrae al acero, formó al punto el temerario proyecto de apropiárselo en todo ó en parte al menos. Determinó por el pronto llevarlos por aquel camino, no más corto, sino más difícil y escabroso, para que la misma dificultad de la marcha le dejase obrar más libremente; después comenzó á coordinar su plan, dando vueltas á su idea, con la misma ansia con que las da el gato en torno del pernil que contempla desde el suelo colgado en alto.

Juan y Medio participaba también de la sospecha y de los deseos de su compadre; incapaz, sin embargo, de llevar á cabo ninguna empresa de otro modo que á estacazos, ponía todas sus esperanzas en el ingenio de su compañero,

esperándolo todo de su inventiva, y temiéndolo todo de su bellaquería.

Dos horas caminó el destacamento, aguantando la copiosa lluvia que caía, y hundiéndose hasta las rodillas en el barro del camino. Marchaban en medio ambos compadres llevando del diestro los borricos, y rodeados de soldados que, no obstante la oscuridad, incesantemente los vigilaban. Descomponía á veces el orden de marcha la misma dificultad del camino, y estas eran las ocasiones que acechaba Medio Juan para cruzar rápidamente con su compañero algunas palabras.

—Compadre, ¿tiene V. ahí una navajilla?—le dijo de repente en voz baja.

—¿Para qué la quiere V.?—contestó Juan y Medio, desconfiando siempre.

—¡Si será *pa* afeitarme, caramba!—replicó Medio Juan, comprimiendo la ira. ¡Deme V. una navajilla, y dos de esos barriles son nuestros!...

Juan y Medio sacó de su faja una pequeña navaja y se la entregó á tientas á su compadre. Este detuvo un poco el paso hasta colocarse junto al último de los borricos, y siguió caminando en silencio; la lluvia había cesado, y un fuerte viento desunía las nubes, dejando aparecer alguna que otra estrella. Á poco comenzó Medio Juan á cantar, primero entre dientes y luego en voz alta, algunas coplas andaluzas. Mientras tanto, iba desatando con el mayor disimulo el ronzal del borrico: ató luego uno de sus extremos á una pata delantera del animal, y tomando el otro cabo se acercó á Juan y Medio.

—Tome V. esta cuerda, compadre,—le dijo. Antes de diez minutos llegamos al Salado... En cuanto cante yo la copla *La buena de mi suegra. jale* de la cuerda con fuerza para que caiga el borrico... y adelante sin pestañear... ¡Mu-

cho ojo, compadre, por María Santísima!... *jale* V. en cuanto remate la copla... y si no la remato, quieto hasta que la remate... ¿Está V. impuesto?

—Sí, señor,—respondió Juan y Medio.

—¡Pues mucho ojo, compadre!... *Misté* que la cabeza nos *iié* (hiede) ya á pólvora francesa!...

Luego se subió de un brinco en el borrico, como si estuviese cansado de caminar, y se puso á cortar con la navaja las fuertes cuerdas que mantenían pendientes ambos barriles, á uno y otro lado de la albarda.

Oíase ya en efecto el ruido de un arroyo, que, acrecentado por las lluvias, se deslizaba más turbulento que de costumbre por su lecho de arenas y guijarros. Podíase, sin embargo, vadear fácilmente por aquella parte, adonde tan solo llegaba el agua muy por debajo de la rodilla de un hombre. Aquel arroyo era el Salado.

Medio Juan seguía montado en el burro, entonando de cuándo en cuándo sus coplas, sin que extrañase esto á los franceses, conocedores ya de esta costumbre tan general y constante entre el pueblo de Andalucía. Había calculado Medio Juan tan exactamente el tiempo necesario para cortar los cordeles, que al entrar los borricos en el vado estaba ya la obra terminada. Entonces comenzó á cantar:

La buena de mi suegra
Me dió unas medias...
Cada vez que reñimos
Me quedo en piernas.

Al terminar el último verso, Juan y Medio tiró de la cuerda, y el burro cayó en mitad del vado, ahogando con su ruido al caer en el agua el que produjeron ambos barriles al caer á la vez en el fondo, en donde quedaron clavados por su propio peso, sin que la corriente tuviese fuerza para arrastrarlos. Al mismo tiempo hundió Medio Juan la

navaja en las ancas del burro, y libre ya este de la carga, y hostigado por aquel terrible aguijón, se levantó instantáneamente, arrastrando á su dueño á la otra orilla del arroyo.

Fué toda esta maniobra tan rápida y hábilmente ejecutada, que los franceses pasaron el vado y siguieron su cami-

no sin notar que uno de los burros caminaba ya sin carga. Medio Juan juraba y renegaba del baño á que le había obligado la caída del borrico, y los franceses se reían de sus juramentos, no extrañándose de que el mal humor le hubiese hecho cesar en sus cantos. Caminaron todavía cerca de media hora hasta llegar á un estrecho callejón, guarnecido á derecha é izquierda de espesos vallados de tunas y

pitas, que, según Medio Juan aseguraba, iba á desembocar en la carretera, á una legua larga de Jerez; allí pensaban los franceses esperar hasta el alba la llegada de la columna que el mariscal Soult mandaba.

Al entrar en el callejón, cambiaron rápidamente los dos compadres algunas palabras. Era el callejón largo, y de tal manera estrecho, que los dos espesos vallados llegaban á unirse en lo alto, formando una especie de bóveda que presentaba por todas partes las punzantes espinas de las tunas. Veíanse forzados los franceses para evitarlas á caminar casi en hilera, buscando siempre á tientas el centro del callejón, y guiados por el sonido de los cencerros que los burros llevaban. Medio Juan caminaba arrimado al vallado de la izquierda, procurando evitar las espinas, al mismo tiempo que parecía buscar en él algo, con una varilla que llevaba en la mano. Detrás venía su compadre.

De repente desaparecieron ambos Juanes en el vallado, cual si se los hubiese tragado la tierra: habíanse entrado por un portillo conocido de ellos, y se hallaban en el interior del viñedo que el vallado defendía. Aquel era el instante del peligro; diez minutos permanecieron ambos compadres inmóviles, conteniendo hasta la respiración, empuñando Juan y Medio su trabuco, que no había abandonado, y escondiéndose Medio Juan tras las fornidas espaldas de su socio. Pasó al fin todo el destacamento sin notar la falta de los carboneros, y fuése perdiendo á lo lejos el rumor de los pasos y el eco de los cencerros, que resonaban pausadamente.

Entonces dijo Medio Juan, resollando con fuerza:

—¡Compadre!... ¡dése V. con los talones en el cogote, si no quiere que los franchutes le *afusilen!*...

Y corriendo desaladamente, atravesaron el viñedo por la parte opuesta, volviendo en menos de media hora al vado

del arroyo. Á tientas buscaron y hallaron los dos barriles, cuyo peso les hacia resistir á la corriente, como Medio Juan habia previsto. Rodaronlos con gran trabajo hasta una alcantarilla arruinada, distante un tiro de piedra, y los escondieron en una cavidad en que los trajinantes y contrabandistas solian hacer fuego, y ellos mismos lo habían hecho repetidas veces.

Entonces se separaron ambos compadres: Juan y Medio había de permanecer por las cercanías hasta la noche siguiente, guardando el escondite; Medio Juan había de ir á Sanlúcar, informarse de si los franceses se habían definitivamente retirado, y volver á la noche con la burra que les quedaba, para trasladar al pueblo el misterioso tesoro.

Al partir Medio Juan, le detuvo Juan y Medio por un brazo.

—¡Compadre!—le dijo; como toque V. á la espuerta que

quedó allí con el dinero, le pego un palo en la nuez, que no lo cuenta!...

—¡Que no reventara V. de desconfiado!—exclamó Medio Juan ofendido. Pierda V. cuidado, que no muerde la burra el pesebre cuando le echan cebada.

Juan y Medio se sentó encima del escondite, y Medio Juan tomó el camino del pueblo, con una agilidad que maravillaba en su raquítica naturaleza. Á poco le oía su compadre cantar á lo lejos, con una tonada de la época:

Franceses vienen por tierra,
Franceses vienen por mar.
¡Ja, ja, qué risa me da!
¡Ja, ja, qué risa me da!...

IV

CUANDO Medio Juan llegó á Sanlúcar, estaba ya muy entrado el día, y la gente se agitaba por todas partes celebrando la retirada de los franceses. Habíanse despachado emisarios en varias direcciones para averiguar si la retirada era definitiva, y con el fin de defender al pueblo en el caso de que los invasores volviesen, acudían al Ayuntamiento numerosos pelotones de hombres armados. Medio Juan se guardó muy bien de decir á nadie una palabra de lo que sabía, y se encaminó sin vacilar á su tienda. Consistía esta en una sola pieza, ocupada en su mayor parte por el carbón, que servía para el consumo diario de los marchantes: en el lado opuesto había un mostrador mugriento y desvencijado, en que se veían clavadas algunas monedas falsas, y un peso de latón cuyo fiel no era seguramente el de la balanza de la justicia. Había en la pared del fondo, ennegrecida por el polvo del carbón, una estampa de la Virgen del Carmen, pegada con pan mascado, ante la cual pendía

una candileja día y noche encendida. Encima del mostrador se hallaba colgado un sucio cartel, con este letrero, cuya inmutabilidad transformaba en presentes *hoy* todos los futuros *mañana*, y en capital efectivo todos los créditos inciertos:

Oy no se fía aquí: mañana sí.

La primera diligencia de Medio Juan, al entrar en la tienda, fué buscar la espuerta en que había escondido la noche antes el dinero, y la encontró intacta en el mismo sitio en que la había dejado. Metióla debajo del mostrador sin registrar su contenido, ya fuese por temor á la amenaza de su compadre, ya porque el gran caudal, de que se creía dueño, satisficiese su rapaz codicia; restregóse entonces las manos de gusto, y encendió la candileja que colgaba ante la Virgen. Entró luego á visitar la burra, que solitaria en el establo, le saludó levantando una oreja y después otra, al compás de un lastimero rebuzno. Medio Juan le echó un buen pienso para prepararla al viaje que le esperaba, y volviendo á la tiendecilla se tendió sobre una manta á descansar un rato.

No pudo, sin embargo, estar mucho tiempo tranquilo: una agitación febril le hacía moverse de un lado á otro, no obstante la fatiga de la noche pasada; y de tal manera le preocupaban el miedo de que los franceses volviesen, y el ansia por registrar las entrañas de aquellos misteriosos barriles, que por primera vez en su vida se distrajo hasta el punto de pesar, sin sisa de ningún género, una libra de carbón que entró á comprar una vieja.

Á eso de las cuatro de la tarde llegó la noticia de que los franceses se habían incorporado á la columna de Soult, en Jerez de la Frontera, y que sin tomar descanso alguno seguían para Sevilla. Nadie hablaba, sin embargo, de la

aventura de los carboneros, ni jamás se supo tampoco cómo y cuándo habían notado los franceses su huida, y el robo que les habían hecho.

Medio Juan respiró al fin libremente, y no pudiendo esperar más su impaciencia, aparejó la burra sin perder tiempo, y tomó el camino de la alcantarilla del Salado. Cargaron sin dificultad ambos compadres el pesado robo, y antes de la media noche estaban de vuelta en la tienda.

Viéronse al fin á solas y en seguro, teniendo delante aquellos misteriosos barriles, que ya podían llamar sin temor suyos, y en cuyos senos esperaban encontrar las minas de California. Medio Juan temblaba como un azogado, y derramaba el aceite del candil con que alumbraba á su compadre. Este rompió de un hachazo la tapa de uno de los barriles. Medio Juan abrió desmesuradamente los ojos, para ver mejor los montones de *peluconas* que esperaba: solo apareció una capa de arena.

Juan y Medio soltó un juramento.

—¡*Ajonde* V., compadre!... ¡*Ajonde* V.!—exclamó Medio Juan con angustia; que para llevarse arenas de la mar, lo mismo las hay en Francia!...

Juan y Medio metió ambas manos en la arena, y tropezó con un objeto duro: extrajo una parte de ella, y apareció entonces por un lado la cruz de plata de un copón, y por otro la dorada copa de un cáliz...

—¡Jesucristo!—exclamó Juan y Medio, retrocediendo aterrado.

Medio Juan se puso pálido como un cadáver, y se llevó las manos á la cabeza.

—¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos!*—murmuraba.

Juan y Medio levantó á pulso el barril, y con una vigorosa sacudida lo vació en el suelo de un golpe. Cayeron entonces, mezclados entre la arena, cálices de oro y plata, copones riquísimos y viriles guarnecidos de brillantes y perlas. Medio Juan se inclinó para levantar un copón de oro.

—¡No toque V. á eso, compadre!... ¡No toque V. á eso, que se le van á secar esas manos tan sucias!—exclamó con terror Juan y Medio.

Abrieron entonces el otro barril, y apareció también lleno de ricas alhajas de iglesia, robadas por los franceses en templos y catedrales.

Juan y Medio se sentó en el mostrador sin decir palabra, y Medio Juan se dejó caer sobre el carbón dando gemidos.

—¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos!*—repetía con voz lastimera. ¡Tres borricos tirados á la calle!... ¡Dos noches de fatiga!... y un dolor en el espinazo, que no me puedo doblar, de los malditos chapuzones en el Salado!...

Ni por un momento pasó por las mientes de los dos carboneros la idea de apropiarse aquel rico tesoro que pertenecía á la Iglesia. ¡Tan grande era en aquel tiempo el respeto

que imponían las cosas santas aun á los más desalmados! ¡Hasta tal punto sabía enfrenar la palabra *sacrilegio* la codicia de aquellos dos bribones, á quienes irritaba su defraudada esperanza, y que no osaban sin embargo compensarse con una pequeña parte de aquellas inmensas riquezas, las fatigas pasadas y los daños recibidos!...

Juan y Medio golpeaba furiosamente con sus enormes pies las tablas del mostrador.

—¿Y qué nos hacemos ahora, compadre?—preguntó al fin de repente.

—Buscar una *jiguera* alta, y ahorcarse,—contestó Medio Juan con desaliento.

—¿Pero adónde llevamos todo eso?...

—¿Y yo qué sé, compadre?... Haga V. una leva de monaguillos, y que lo vengan á recoger!...

—¿Pero no ve V.,—exclamó Juan y Medio, saltando exasperado del mostrador, que si nos metemos en líos con la justicia, salimos con un grillete?...

—¡No sea V. bruto, compadre!... que á nadie han ahorcado todavía por devolver lo que no es suyo... Mañana se le avisa al cura, y se hace lo que su mercé mande.

Así lo hicieron, en efecto, ambos compadres, no bien hubo amanecido, sin que hubieran osado ni aun levantar del suelo aquel tesoro de la Iglesia. El párroco determinó dar parte al Obispo, y dos días después quedaban en poder de este las alhajas restituídas, y recibían los dos Juanes, por mano del mismo párroco, una cantidad suficiente para compensar la pérdida de los borricos, y para indemnizarlos de las fatigas pasadas.

—¿Y qué clase de hombres son esos?—había preguntado al párroco el Obispo.

—Son dos hombres de mala nota, que á la sombra de una carbonería prestan dinero á subidísimo premio.

El Obispo cruzó las manos admirado.

—¡Loado sea Dios,—dijo, y bendita la tierra en que hasta los hombres de ese jaez respetan de este modo las cosas santas!... Mientras sea este el sentir de nuestro pueblo, no hay miedo de que triunfe entre nosotros la revolución que ha destrozado á Francia...

Medio siglo después, la revolución había triunfado del todo en España, y los hijos de aquellos hombres amenazaban la propiedad de los ricos, enarbolando la bandera del socialismo.

Habíanlos precedido otros hombres más elevados, que violando la propiedad sagrada de la Iglesia que el pobre respetaba, le habían enseñado á violar sin escrúpulo la propiedad menos sagrada de sus palacios, que ellos querían hacer respetar. Ellos desataron los vientos, y las tempestades no se han hecho esperar: habían removido el ara del altar, en que toda sociedad descansa, y esta se conmovía hasta en sus cimientos, amenazando sepultar á inocentes y culpados...

Modérense pués las quejas, y procúrese más el remedio; que todo daño lo aminora la compensación; todo pecado lo borra el arrepentimiento, y á un pueblo descatolizado, le vuelven á catolizar la enseñanza, la caridad y el ejemplo (1).

(1) En el prontuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan solo en Andalucía; lo cual prueba no ser este un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entonces dominaba.

MIGUEL

MIGUEL

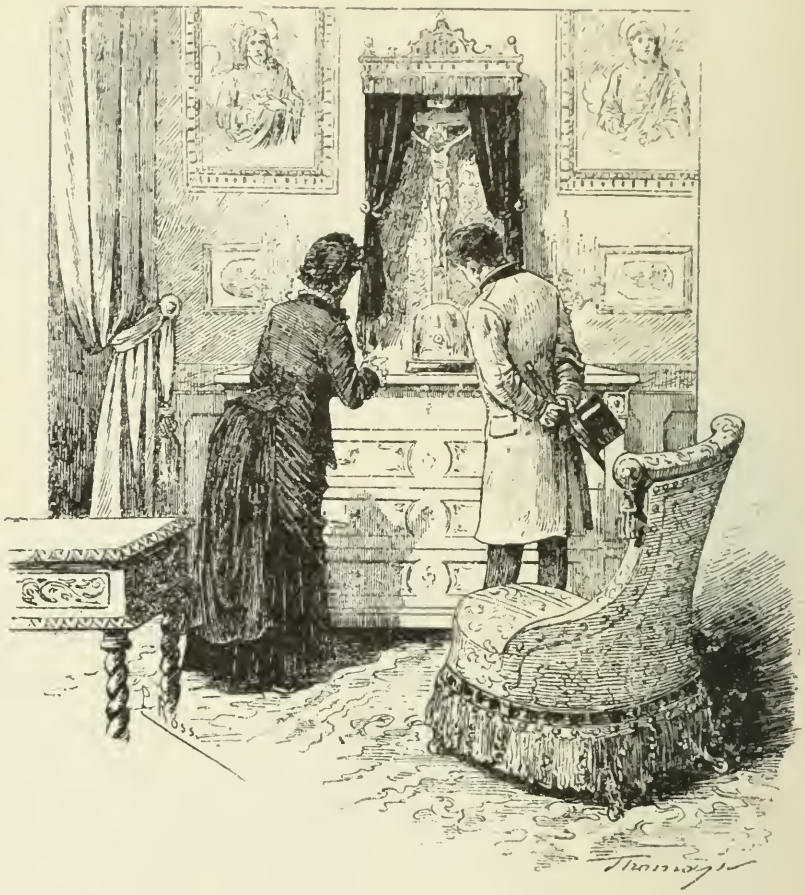
> ... No hay inconveniente por mi parte en que publiques ese hecho de mi vida, si así te parece de provecho: solo te pido que no hermosees mi retrato con los delicados tintes de tu paleta. Preséntame tal cual yo era, y gracias á Dios ya no soy, para que así resalte más á los ojos de todos lo que me dijiste un día paseando en Ch.**: *Nihil longe est a Deo.* «Nada hay lejos de Dios.»
>
> *(Carta de Miguel al Autor de estas líneas.)*

LLAMABA la atención de todos cuantos entraban en la salita de confianza de la rica viuda de H.**, un objeto extraño, colocado á los pies de un magnífico crucifijo de marfil, que se destacaba en el fondo de la pieza, bajo un dosel de terciopelo negro. Era una especie de relicario de plata, primorosamente cincelado, y guarnecido de riquísimas esmeraldas, que esparcían sus agradables reflejos, ora á los velados resplandores del sol que penetraba por las cortinas de muselina bordada, ora á la suave luz de los dos reverberos de bronce que ardían en los ángulos de la chimenea, bajo sus bombas de cristal nevado.

Cualquiera hubiera creído encontrar bajo el cristal redondo que formaba el centro de aquella rica alhaja, alguna

reliquia venerada ó alguna imagen piadosa, mas solo se veía una moneda ordinaria de veinte reales, con el busto de D.ª Isabel II, arañada y horadada violentamente en el centro.

La primera vez que vi este extraño objeto me preguntaba



sorprendido cuál sería su significado, y absorto en estos pensamientos, mientras esperaba á la señora de la casa, no sentí sus ligeros pasos que había ahogado la alfombra.

—¡Hermosas esmeraldas! ¿no es cierto?—me dijo, sonriendo de un modo que probaba hasta la evidencia que mi curiosidad había sido sorprendida.

—¡Magníficas!—contesté un poco turbado, al verme cogido *in fraganti*. Bien merecen guarnecer una reliquia.

La señora se echó á reír.

—Para mí lo es esa moneda,—replicó al fin gravemente: ella salvó la vida de mi hijo, y cambió su corazón por completo... Por eso la he colocado á los pies del Señor, como un exvoto.

Mi rostro debió de retratar entonces un signo de interrogación tan marcado, que, sonriendo la señora bondadosamente, me dijo:

—Cuando vea V. á Miguel, dígale de mi parte que le cuente esta historia.

Busqué á Miguel, y no pude sacarle una palabra: era entonces mi amigo muy filósofo, y contestaba á mis preguntas con aquella sentencia del Korán: «La palabra vale plata, pero el silencio vale oro,» y añadía, que según Rabí Efendi, ilustre poeta turco, la naturaleza ha dado al hombre dos oídos y una sola lengua, para enseñarle que más debe de oír que de hablar. Instéle á que diese gusto á mis dos oídos con su única lengua; pero todo fué en vano. Por lo visto, sus estudios orientales le habían hecho desconfiar de las amistades de levita.

Fióse al fin de amistades de sotana, y algunos años después nos refirió él mismo la siguiente historia, sin sospechar que el amigo que gastaba esta iba á serle más traidor que el que había gastado aquella, lanzando al público sus confianzas. Y á fe que el pobre Miguel no merece traición semejante; es un excelente muchacho, padre ya de cinco chicos, que ha sido capaz de escribirnos hace poco las palabras que sirven de epígrafe á estas líneas.

Por lo visto, no saca ya sus citas del Korán, ni de Rabi Efendi, el poeta turco.

II

RA Miguel en toda la extensión de la palabra un calavera; pero no un calavera que hubiese llegado á serlo guiado por instintos perversos ó depravadas ideas: era una de las muchas víctimas que hace en la juventud la hipocresía del vicio. Arrastrado por las malas compañías, había comenzado por fingirse libertino para amoldarse á las costumbres de sus compañeros, y había concluído por serlo realmente, tanto como ellos lo eran.

Su padre, rico mayorazgo de un pueblo de campo de Andalucía, para nada se había ocupado de la educación de su hijo. Complacíase tan solo en verle á los quince años correr liebres al galope de una yegua, con la seguridad del más diestro jinete; derribar vacas en los *tentaderos* de sus cortijos, con el pulso de un picador de plaza, y pasear en la feria del pueblo un magnífico potro jerezano, clavado en su silla vaquera, con su fina manta murciana en el arzón delantero, su sombrero *calañés* un poco ladeado, y su rico marsellés verdoso, con botonadura hecha de centenes de oro.

No había dejado en el mismo abandono la buena madre de Miguel el corazón de aquel hijo único tan amado: había con sumo tacto dirigido hacia el bien esos primeros impulsos, que, como las flores reciben la vida de su tallo, reciben ellos su ser entre los besos de una madre, y de los cuales

puede decirse algo de lo que del alma ha dicho un Padre de la Iglesia: que tan elevada es ella, que podrá el pecado oscurecerla y afearla, mas jamás borrarla y destruírla. Supo pués aquella buena madre infundir en el corazón de su hijo la fe como un deber, la esperanza como un consuelo, y la caridad como un goce; y supo además fomentar con tal destreza sus sentimientos naturalmente compasivos, que bien pronto vió florecer en el niño hermosas obras, que en la limitada esfera de sus cortos años, bien podían llamarse heróicas.

Era pués Miguel en lo moral, á los dieciocho años, un excelente joven, que amaba á su madre con delirio, y conservaba en toda su frescura y lozanía las santas ideas y puros sentimientos que ella le había inculcado. Tenía en lo físico una hermosa figura, que hubiera quizá parecido poco fina entre los figurines de modas cortadas en patrones extranjeros, que forman la flor y nata de nuestra juventud elegante; pero que era en realidad la de ese varonil tipo, español genuino, que reúne al natural señorío del caballero, algo del airoso garbo, de la espontánea gracia que, llevada á un extremo ya chabacano, se observaba en otros tiempos en el antiguo jaque de Andalucía.

Decidió al fin el padre de Miguel que cursase este en Sevilla la carrera de leyes; y provisto el joven de cartas de recomendación para su parentela, perteneciente toda á la más alta nobleza, partió, con gran sentimiento de su madre, para esa hermosa reina de Andalucía, que enarbola sobre su Giralda la enseña de la fe, como si quisiese adver-

tir al que llega, que á todos sus blasones antepone el de católica.

Tenía Miguel en medio de sus buenas cualidades un grave defecto, que fué el principio de su perdición: era su carácter dominante, y exagerado su amor propio. Acostumbrado á tratar tan solo con inferiores, á quienes dominaba y de quienes era adulado, no podía avenirse á ser en la nueva sociedad que le abría sus puertas una figura de segundo orden, que tropezaba á cada paso con iguales, y muy á menudo con superiores. Habíale, por otra parte, la falta de roce con gentes de alta clase, engendrado cierta timidez, cierta cortedad de genio, que le ponía á veces en circunstancias embarazosas cuando se hallaba en esta esfera, y que no tuvo fuerza de voluntad para vencer con el aprendizaje por que todos los jóvenes pasan, cuando comienzan á frecuentar el delicado trato de señoras.

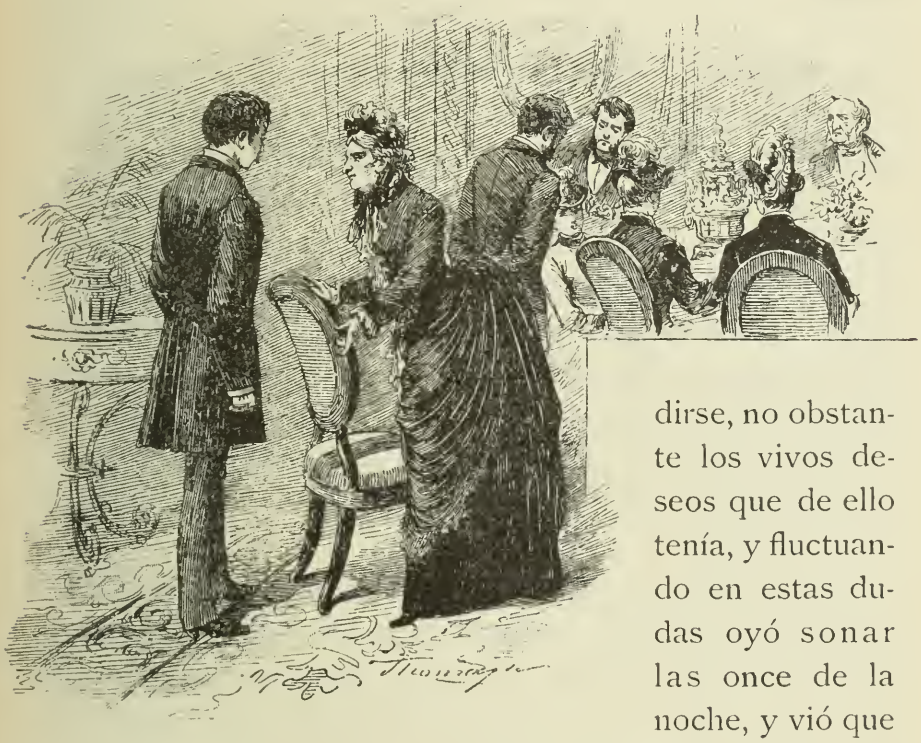
Uno de esos pequeños ridículos, que tan honda mella dejan en los caracteres impresionables, y que bastan á veces para torcer el rumbo de un joven, acabó de precipitarle. Á poco de su llegada á Sevilla fué á visitar por vez primera á cierta anciana Duquesa á quien no conocía, algo parienta de su padre. Recibióle la señora con el agrado y la finura propia de las gentes del gran mundo: poco á poco vió Miguel que la sala se iba llenando de señoras y caballeros, que acudían á felicitar á la Duquesa, por celebrarse en aquel día la fiesta de su santo; y luchando el pobre joven entre sus deseos de retirarse y el temor que le causaba despedirse solo ante aquella brillante concurrencia, dejaba pasar las horas y las horas. Llegó al fin la de comer, y la Duquesa, sonriendo entonces amablemente á su tímido pariente, le dijo:

—Por supuesto, Miguel, que V. comerá con nosotros.

Miguel se puso colorado como un tomate, y sin atreverse

á aceptar ni á negarse tampoco, se inclinó en silencio, tomando con los demás convidados el camino del comedor.

Acabada la comida volvió á llenarse el salón de gente, como si se hubiese dado allí cita todo cuanto ilustre y elegante encerraba Sevilla. Desesperábase Miguel, porque ninguna ocasión le parecía bastante oportuna para despedirse, no obstante los vivos deseos que de ello tenía, y fluctuando en estas dudas oyó sonar las once de la noche, y vió que dos criados entraban con el servicio del te dispuesto. La Duquesa, mujer de mundo, que comprendía todos los apuros del pobre joven, se acercó á él, sonriendo bondadosamente, y le dijo:



—Vamos, Miguel; hágame V. el obsequio de tomar una taza de te.

Miguel hubiera deseado hundirse en el suelo por escotillón, como sucede á los personajes de las comedias de magia; pero en la imposibilidad de desaparecer de este

modo bajo la alfombra, optó por aceptar la taza de te que le ofrecian.

Había mientras tanto comenzado á diluviar: los tertulianos se retiraron poco á poco en sus coches, y no habiendo encontrado Miguel la ocasión oportuna de despedirse, que desde las tres de la tarde andaba buscando, se encontró al fin solo, frente á frente de la Duquesa, que á duras penas contenía la risa que el aire mustio y avergonzado del pobre muchacho le causaba. Tartamudeó este algunas excusas; pero la anciana, soltando al fin la risa, que no pudo contener por más tiempo, le interrumpió diciendo:

—De ninguna manera permito que se vaya V. á estas horas, Miguel... Son más de las doce y está diluviando... Usted no conoce bien á Sevilla: su casa está lejos, y yo no puedo proporcionarle ahora un coche... Conque preciso es que se resigne á pasar la noche en mi casa, si no quiere darme un grave disgusto.

Miguel estuvo á pique de echarse á llorar, ya que la tierra se negaba á tragárselo, y de que le era imposible tirarse por la ventana.

Pero la buena señora, con la autoridad que le daban sus canas, los dieciocho años del mancebo, y el parentesco que con su padre tenía, se apoyó cariñosamente en su brazo, y le condujo ella misma á las habitaciones de su hijo único, que viajaba á la sazón por Italia. Miguel arrojó el sombrero por un lado y la levita por el otro, y se precipitó de cabeza en la cama en mangas de camisa, tirándose de los pelos, como un chico á quien castigan con una noche de encierro.

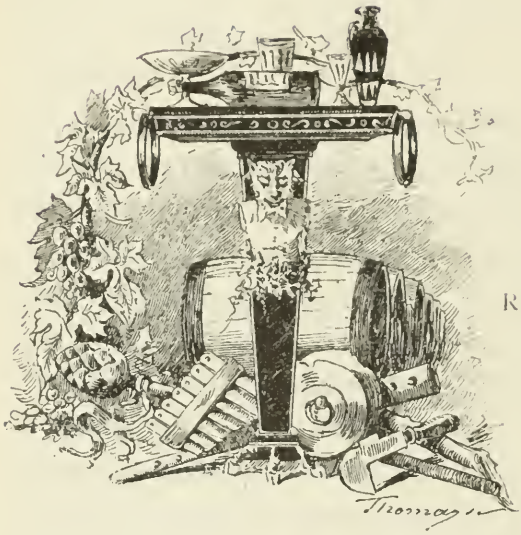
Á la mañana siguiente entró un criado á anunciarle que la señora Duquesa le esperaba para oír Misa en el oratorio, y para desayunar luego. El pobre Miguel oyó Misa con bastante poca devoción, almorzó con menos apetito, y lan-

zóse al fin, como alma que lleva el diablo, por la alfombrada escalera de aquella casa, en que había entrado para una visita de veinte minutos, y donde su cortedad de genio le había hecho permanecer cerca de veinticuatro horas. Á la puerta le esperaba el último golpe: la buena Duquesa había hecho enganchar su berlina, y el pobre Miguel no tuvo más remedio que dejarse conducir en ella hasta la puerta de su casa.

Este incidente, que á otro cualquiera hubiese hecho reír después de pasado, exasperó terriblemente el amor propio de Miguel: creyóse puesto en ridículo á los ojos de toda Sevilla, por ser tan común en los jóvenes que empiezan á alternar en el mundo, creerse blanco de todas las miradas; y de tal manera se grabó esta idea en su mente, que huyó para siempre de aquella sociedad culta, que era la suya, y en la que podrá fácilmente perderse un joven, mas rara vez encanallarse, para buscar la compañía de amigos de baja estofa, entre los que dominaba por sus riquezas y su rumbo, y por los cuales fué arrastrado poco á poco á toda clase de vicios y excesos.

Durante el primer curso fué Miguel, gracias á estas amistades, un estudiante tronera de café: al terminar el segundo, era ya un perdido de taberna.

III



TRABAJO hubiera costado á la buena madre de Miguel reconocer á su cándido y sensible hijo, en aquel muchacho desgarrado, que con el sombrero echado atrás, el chicote en la boca, y la obscenidad en los labios, sacudía el freno de la educación, y despreciaba el *qué dirán* del respeto, para llevar en la frente el *qué se me da á mí* de la insolencia. Aquel muchacho, que escandalizaba en su lenguaje, y repugnaba en sus costumbres; que de los cafés había descendido á las tabernas, y que huyendo de toda especie de amistades cultas, iba á buscar el trato de toreros y chalanes, que llamaba franco y campechano... Mas no en balde había su pobre madre impulsado hacia el cielo los primeros latidos de aquel corazón que tanto amaba; y aunque podrido en la superficie, hallábase sano en el fondo, donde dormían, cual en el fango diamantes, sus primeros y puros sentimientos. Cuando arrastrado primero por sus amigos, y capitaneándolos después, corría

Miguel á encenagarse en los vicios, solía detenerse de repente, cual si su corazón recordase ecos lejanos: parecía entonces entrar en sí, y volviendo atrás sus pasos, buscaba la soledad, donde derramaba, sin conocerlas, esas amargas lágrimas que llora el espíritu cuando quiere y piensa no tener fuerzas para zafarse de los torpes lazos con que la materia le ata.

Y era que su buena madre iba en aquella misma hora á buscar el lecho vacío de su hijo ausente; era que levantaba al cielo sus *manos puras,* como recomienda el Apóstol, y pedía al Ángel de la guarda de aquel hijo tan amado, un freno que le detuviese, un ejemplo que le enseñase, un consejo que le sirviera de guía... ¡Ah! ¡cuántos hijos extraviados no vuelven á la buena senda, porque sus madres no oran por ellos! ¡cuántos de esos hijos pecadores serían quizá otros tantos Agustines, si sus madres supiesen llorar las lágrimas de Mónica! ¡cuántos de esos infelices tullidos del alma, descenderían al fin á la piscina de la gracia, si no pudiesen decir como el paralítico de Bethsaida: *Domine, hominem non habeo!* ¡Señor, no tengo quien me ayude!...

En cuanto á su padre, encogíase de hombros al saber las calaveradas de Miguel: reíase de lo que él llamaba *sus ocurrencias,* y tan solo le escribía para encargarle que tratase con el empresario de la plaza de toros el ajuste del ganado de alguna corrida, ó para enviarle buenas letras de cambio que le impidiesen pedir dinero prestado.

—Con tal que no tenga deudas, decía, dejarle que corra su caballo; que carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda... Ciencia no le hace falta, porque dinero le sobra... Con un palmito como el que tiene, un nombre como el que lleva, y quince mil duros de renta, se casará con una Princesa en cuanto los cascos se le asienten.

Mientras tanto, Mayo tocaba á su fin, los exámenes se

aproximaban, y Miguel no sabía una palabra: las raras veces que asistía á clase, dormitaba durante las explicaciones, descansando de la jarana de la noche pasada, ó entreteníase en dibujar en traje de torero la caricatura del anciano profesor, cuando no leía novelas inmorales ó libros obscenos. Recordaba vagamente que Justiniano había recopilado

la Instituta, y en un rapto de entusiasmo por aquel Derecho Romano, que llaman antiguos y modernos *la razón escrita,* habíale puesto á su podenco favorito el nombre de Triboniano, sin que recordase á punto fijo si este ilustre personaje había sido emperador ó general, jurisconsulto ó alcalde de barrio. Aconsejóle el catedrático, anciano respetable, amigo de algunas personas de su familia, que no se presentase á examen; pero Miguel, con aquella insolente

audacia que había sustituído á su antigua timidez, pasó dos ó tres noches en claro, desvelándose á fuerza de café, para repasar ligeramente la asignatura: satisfecho con esto, presentóse cuando le llegó su turno, dispuesto á burlarse del tribunal, ó á armar alguna camorra, si no le ayudadan su despejo natural, su buena estrella y la media docena de copas de aguardiente que á prevención había tomado, esperando encontrar en ellas una elocuencia, si no muy espiritual, á lo menos muy espirituosa.

Preguntáronle la organización de la familia romana; y Miguel, con intrincados razonamientos y algunas flores retóricas, contestó que se componía sobre poco más ó menos, de marido y mujer, hijos é hijas y alguno que otro criado. El catedrático, que le oyó desbarrar de aquel modo, le concretó más la pregunta, deseando sacarle de alguna manera.

—¿Qué sucedía en la familia romana cuando moría el padre de ella?—le dijo.

—¿Pues qué había de suceder?—contestó entonces Miguel, en tono compungido. ¡Que todos tenían un disgusto atroz!...

Uno de los catedráticos se echó á reír, porque le creyó un necio; otro dió muestras de indignación, porque le juzgó un pillo; y el más anciano, que le tuvo por ambas cosas, le dijo secamente:

—Bien... ¿Qué tiene V. que decirme de la ley Furia Caninia?

Miróle Miguel de hito en hito con el mayor descaro, y contestó al fin con todo el desparpajo de su desvergüenza:

—Que es la primera vez que la oigo nombrar.

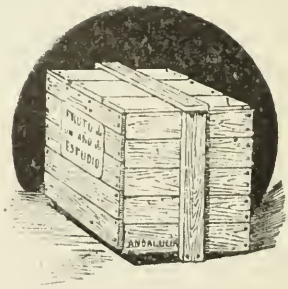
Y tomando su sombrero, se salió del tribunal, haciendo antes á los atónitos examinadores una profunda cortesía.

Esperábanle en la puerta los de su pandilla, celebrando con carcajadas y groseros chistes la insolencia del estu-

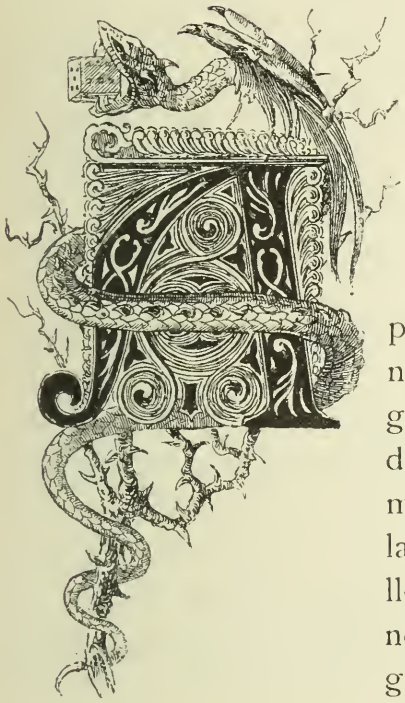
diante: este rompió de un puñetazo, antes de salir de la Universidad, el cuadro en que constaba, entre las calificaciones de los demás examinados, la suya de *suspenso:* arrojó en la gran fuente del patio la gorra de un bedel que quiso reprenderle, y para celebrar el éxito de sus exámenes convidó á toda aquella canalla, cuyo anfitrión era siempre, á *correr una juelga* en la venta de Eritaña, famosa taberna, que se oculta tras los jardines de las Delicias, como un nido de sabandijas tras de una madreselva, y que suele ser punto de reunión para la *gente del bronce* de Sevilla.

Al pasar por la plaza de abastos, próxima á la Universidad, vió un montón de enormes calabazas de Rota: compró una que pesaba tres arrobas, y haciéndola empaquetar entre tablas, se la envió á su padre facturada por el tren y franca de porte, con un letrero que decía: *Fruto de un año de estudio.*

El padre se rió de la gracia: la madre la lloró en silencio.



IV



poco de estos sucesos, salía una noche Miguel de una casa de juego en que había perdido todo su dinero, quedándole tan solo una moneda de oro de dos duros: con las manos metidas en los bolsillos, y alta aquella cabeza que no reflexionaba ni se abatía, siguió una calle larga y estrecha, que conducía al garito de un gitano llamado *el Serio*. que daba lecciones de *canto flamenco*. De repente sus pies se pararon, su cabeza se extendió con la atención del que escucha, y su corazón, que jamás sintió miedo, saltó en el pecho sobresaltado: triste, tristísimo, y aun más triste en el silencio, había llegado á sus oídos el rumor de un llanto; un llanto que desgarró su alma, llenándola de indignación hacia el que lo provocaba; un llanto á que la soledad prestaba su desamparo, y la inocencia privaba de defensa. ¡Era el llanto de un niño!

Miguel corrió hacia aquel sitio, con el ansia y la ligereza

con que corre la caridad tras el dolor, llevándole el remedio. Acurrucado en un portal, y pegando su carita contra el suelo, dormía un niño de pocos meses, empuñando un mendruguito de pan que rechazaban sus encías aún sin dientes. ¡Y aquella boca de ángel sonreía, sin embargo, entre sueños!... Otro niño de ocho años, hermano del primero, lloraba desconsoladamente, sentado en el mismo umbral de la puerta: tenía en una mano unos billetes de la lotería, imagen de la fortuna para él tan adversa, y en la otra una moneda falsa de veinte reales, que para probar su sonido chocaba contra las piedras. ¡Ángeles de Dios, de los cuales el uno sonreía, pero sonreía dormido, y el otro lloraba, y lloraba despierto!...

—¿Qué tienes?—preguntó Miguel con tan compasivo interés, que su voz temblaba.

Y sin contestar el niño, seguía llorando; llorando, como si su pena no tuviese consuelo, como si su desgracia no tuviese alivio, como si sus labios, por no tenerla, no pudiesen decir ¡madre!

¡Tan inocente y ya llora! pensaba Miguel. ¡Y yo culpable, gasto y triunfo!... ¡Y hay quien no tiene pan, y á mí no se me amarga el que me llevo á los labios!... ¿Donde está tu justicia, Dios mío?...

Tal discurría el calavera, achacando á Dios los extravíos de los hombres; pero allá en lo profundo de su corazón le gritaba una voz grave: ¡Calla, calla; que no es Dios el injusto, sino el hombre el perverso: si todo el que *puede* enjugase las lágrimas que *debe*, no correrían tantas en el mundo... Dios no hizo al rico para gozar, ni al pobre para sufrir; sino que encomendó al uno la tutela del otro, señalando al primero la *caridad* como incentivo, y al segundo la *resignación* como escudo... La riqueza es una deuda contraída con la indigencia, y por eso es ladrón, ladrón vil que

roba un depósito, el rico que siempre cierra al indigente su puerta!...

Casi convulso Miguel, tornaba á preguntar al muchacho el motivo de su llanto: acudió entonces el sereno, y cediendo el niño á las instancias de ambos, dijo que un hombre le había comprado un billete de la lotería, pagándole con aquella moneda falsa; y temiendo el inocente los golpes de su padre, no se atrevía á volver á su casa.

Respiró Miguel, porque podía enjugar aquellas lágrimas: hizo cambiar al sereno en una taberna próxima la moneda de dos duros, resto de su mesada, en otras dos de plata, y dando una al niño, guardó la sobrante en el bolsillo del chaleco. Alegremente sorprendido el muchacho, corría detrás de Miguel dando gritos de agradecimiento; mas intentando el calavera recobrar su papel de espíritu fuerte, siguió su camino, fingiendo un desdén que no sentía, y una indiferencia que se hallaba muy lejos de experimentar. En su cabeza, aturdida aún por la pesada atmósfera de la sala de juego, confundíanse una porción de ideas, á cual más encontradas, que le costaba trabajo definir: veía los montones de oro que cubrían la mesa de la ruleta, y veía también la afligida carita del niño, que le sonreía entre sus lágrimas, como sonríe una estrella al asomar entre nubes: veía la fatal paleta que una á una había arrastrado sus monedas, y veía también la sucia manita del muchacho, que oprimía con ansia el duro salvador: resonaban en sus oídos cual una tormenta las voces de los jugadores que maldecían, y dulce como una música oía la voz del niño que le gritaba: ¡Dios se lo pague!

Quería indignarse y no podía; quería llorar y no le era posible.

En esta disposición de ánimo llegó Miguel al garito del gitano: la voz aguardientosa de este le pareció más des-

agradable que nunca, y los gritos y chistes de aquella soez concurrencia se le hicieron insoportables. Aburrido se salió al fin á la calle, y tomó el camino de su casa, sintiendo un ansia, un vacío, una angustia que le martirizaba cruelmente, sin que pudiese acertar de dónde provenía.

—¿Qué tengo, Dios mío, que tengo?—se preguntaba.

Y ofuscada su razón no supo contestarle que eran sus nobles sentimientos que despertaban ante las lágrimas de un niño, y luchando por romper la mortaja de fango que los envolvía, gemían como gime lo delicado entre lo grosero, lo elevado entre lo bajo, lo bueno entre lo malo, lo que es del cielo entre lo que solo pertenece al asqueroso cieno de la tierra.

Era más de la media noche, y nadie transitaba por las calles, oscuras y silenciosas: al volver Miguel una esquina, frente ya de su casa, arrojáronse sobre él dos rateros, y mientras uno le amenazaba con su enorme navaja, procuraba el otro despojarle del reloj y el dinero. Miguel era valiente y forzudo: dió una fuerte sacudida, despidiendo lejos de sí á los ladrones, y disparó contra ellos su revólver: huyó uno á la detonación; mas, furioso el otro, arremetió contra el estudiante, tirándole una atroz puñalada. Crujió el acero como si se rompiese, y Miguel sintió un fuerte golpe en la cintura, de que por entonces no se dió cuenta.

Acudieron los serenos á la detonación, y registráronle por ver si tenía lesión alguna. La punta de la navaja del ratero habíase quedado clavada en el duro que Miguel cambió para socorrer al niño, oponiendo una fuerte resistencia, que le salvó de quedar allí sin vida.

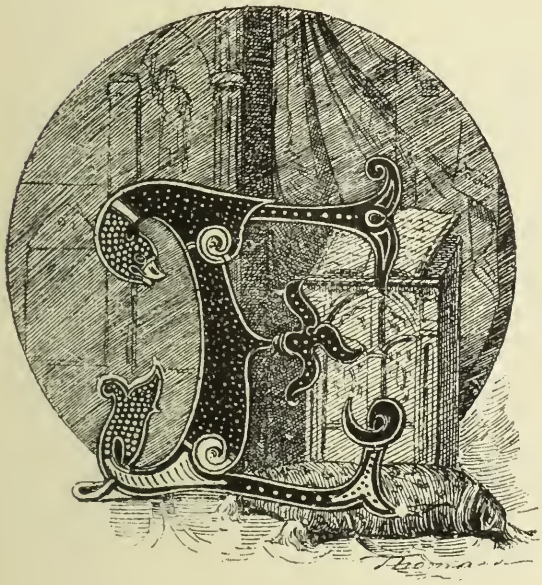
—¡Qué casualidad!—decían los serenos, examinando á la luz de sus faroles el duro agujereado.

Y Miguel, que vió el dedo de Dios que le tocaba; Miguel, cuyo corazón despertó de repente, llorando lágrimas de

arrepentimiento, aurora de una eficaz conversión, que no le llevó á la Trapa ni á un desierto, sino á ser lo que Dios quería de él, un buen cristiano y un excelente padre de familia, exclamó con el alma:

—¡Bendita, bendita mil veces la Providencia!

V



ESTA fué la historia que la buena madre de Miguel quiso que él mismo nos narrase; y al oírla nosotros de sus propios labios, no pudimos menos de exclamar:

—¡Feliz el hijo por quien ora su madre!

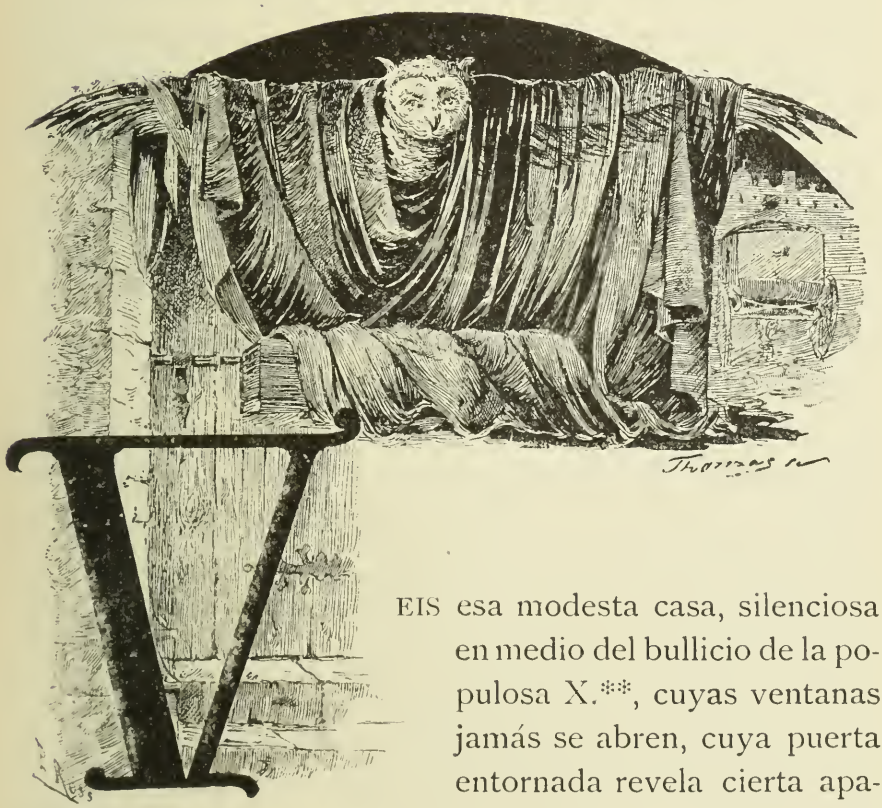
¡¡CHIST!!...

¡¡CHIST!!...

Malum Eva, Jesuitis credula, porrexit Adae, Jesuitis credulo.

Fratrem Cainus, Jesuitis credulus, occidit Abel, Jesuitis credulum.

«Eva, engañada por los Jesuítas, alargó la manzana á Adán, que confiaba en los Jesuítas.—Caín, seducido por los Jesuítas, mató á su hermano Abel, que se había fiado de los Jesuítas.»



VEIS esa modesta casa, silenciosa en medio del bullicio de la populosa X.**, cuyas ventanas jamás se abren, cuya puerta entornada revela cierta apariencia de misterio, cuyos muros cuarteados presentan ese color negruzco, que en los edificios precede á la ruina, como en los hombres precede la palidez á la muerte?

Pues esa casa, lector amable, esa casa es... una casa de Jesuitas!!!

Aquí el lector amable se espeluzna, da un salto, y entre asustado y curioso, recorre desde el portal al tejado la fachada de aquella casa misteriosa: cree divisar tras de la puerta al P. D'Aigrigny, en la ventana á Mademoiselle de Cardoville, en el balcón al indio Dejhar, en el tejado á la Princesa de Saint-Dizier, y asomando la cabeza por la chimenea á Rodín, al pérfido Rodín, que se cala los anteojos para ver lo único que el lector amable no divisa: los cien billetes de mil francos que el Sr. Eugenio Sue se embolsa, por la exhibición de estos calumniosos personajes en el folletín de *El Constitucional;* tinglado en que la propaganda revolucionaria armó su máquina de segar Jesuítas, allá por los años de 1848.

Son las siete de la mañana: llovizna, y hace frío; pero el lector amable espera coger el hilo de algún tenebroso enredo, que ha de asomar por la ventana ó saltar por el tejado, y sigue firme en su observatorio, sin más resguardo contra la intemperie que su curiosidad, fijos siempre los ojos en la puerta de la misteriosa casa, á la sazón cerrada.

Suena el ruido de un cerrojo que se descorre: al lector amable le da un vuelco el corazón, y jura y perjura que ha oído también un rumor pavoroso de cadenas, semejante á los que resuenan en los cuentos de encantamientos, cuando se abre el techo para dar paso á la cabeza de un descomunal gigante, que con voz lastimera pregunta por tres veces antes de caer: —¿Caigo ó no caigo?... Ábrese por fin la puerta, y aparece un sombrero de teja...

—¡Ya está el torito en la plaza!—se dice á sí mismo el lector amable, refugiándose, sin saber porqué, detrás de una esquina.

El sombrero de teja comienza á salir por grados y en bastante tiempo, porque es muy largo, y á medida que el

sombrero avanza, avanza también el pescuezo del lector amable, y se abren más sus ojos: aparece por fin todo el sombrero, y debajo de él una cabeza, y más abajo unos hombros, y luego una sombra negra, y, por último, un Jesuíta de cuerpo entero, que lleva—¡Virgen Santísima!—debajo del manteo, un bulto de medio metro de largo!!!

Un vapor de la Compañía trasatlántica no puede ser, porque abultaría más; una máquina de coser de Sínger, tampoco, porque abultaría menos. El lector amable queda convencido de que aquel bulto misterioso no pertenece á las industrias explotadas por los Jesuítas para aumentar sus ya fabulosos caudales, y sigue discurriendo por el terreno de las hipótesis. Dase al fin una palmada en la frente, capaz de hacerle saltar los sesos, en el caso de que los tenga, y se fija en una de estas dos opiniones, igualmente probables:

¡Ó es un secreto de confesión... ó es el cadáver de un niño á que han extraído la sangre, para fabricar el elixir de la vida, como los vampiros de Alemania!...

Mientras tanto, el Jesuíta se santigua devotamente, al salir, deja cerrada la puerta, y comienza á caminar con los ojos bajos y el misterioso bulto cuidadosamente encubierto bajo el manteo. Es un mocetón de seis pies de alto, con una cara de, viva la Virgen, y una boca de risa, que inspiran al lector amable los más serios cuidados, por aquello del peligro que suelen ofrecer las aguas mansas. Lleva la sotana muy corta, y el manteo aún más corto que la sotana; cosas ambas que preocupan al lector amable, incapaz de suponer temerariamente, que el difunto era más corto: preciso es que aquello signifique algo, como en efecto algo significa, que no acierta á comprender el lector amable (1).

---

(1) Los HHI. Coadjutores de la Compañía usan la sotana y el manteo más cortos de lo que suelen usarlos los estudiantes y sacerdotes de la misma.

Bien quisiera este seguir los pasos al Jesuíta; pero en aquel momento cree distinguir en la primera de las venta-

nas una luz, que corre cual una exhalación, de la primera á la segunda, y de esta á la tercera, y de la tercera á la cuarta; y como carece de aquel ojo giratorio que, según

opinión de algunos, tienen los habitantes de la luna en la punta del rabo, y no es por otra parte bizco, para mirar con un ojo á la luz que desaparece, y con el otro al Jesuíta que dobla ya la esquina, se queda clavado en su sitio, sin saber qué partido tomar, como el cazador que, queriendo tirar á dos liebres al mismo tiempo, pierde la pista de ambas.

La calle sigue desierta y la casa silenciosa; poco á poco comienzan á oírse esos mil ruidos de la mañana, que anuncian el despertar de las grandes poblaciones, como los prolongados bostezos del perezoso, que no acierta á arrancarse del lecho. Gritos lejanos de vendedores ambulantes; sonoras campanillas que anuncian á las burras de la leche; ruidos de carros que llevan provisiones á domicilio; graves campanadas que llaman al cristiano á Misa.

Obreros que van al trabajo, mujeres que se dirigen al mercado, devotos que acuden al templo comienzan á transitar, sin que el lector amable abandone su puesto, ni se desanime tampoco al oír sonar las ocho en un reloj vecino, sin que el Jesuíta misterioso haya vuelto á su nido, ni la puerta y ventanas de este hayan dejado asomar otro dato, que concuerde con aquella sotana corta y aquel bulto encubierto, que han exacerbado, más bien que despertado, la curiosidad del lector amable. Este dato aparece al fin por el extremo de la calle, en figura de una vieja, cuyas trazas de Celestina la hacen digna de ocupar la presidencia de cualquier aquelarre: camina á pie, y no montada en una escoba como el lector amable se figuró al principio, y viene examinando detenidamente las fachadas de todas las casas. El lector amable frunce el ceño y clava en ella su mirada de águila, y al ver que la vieja se detiene ante la puerta de los Jesuítas dispuesta á llamar, deja escapar un significativo—¡Ta, ta, ta!—que revela claramente su vehementí-

sima sospecha de que aquella vieja no es vieja, sino viejo, y este viejo no puede ser sino algún emisario del General de los Jesuitas, que viene disfrazado. Porque justamente á aquella hora llega el tren directo de Francia, y puesto que por todas partes se va á Roma, natural y verosímil es que de Roma se venga por todas partes.

La vieja, sin embargo, parece mudar de opinión repentinamente, y en vez de llamar á la puerta se sienta en el umbral, se acurruca contra el quicio, y deja tiempo al lector amable para hacer sobre su ruin persona todas las suposiciones que su perspicacia le sugiera.

Este alarga el cuello cuanto puede, y siente no tener á mano el anteojo de Parsontown, para averiguar si la mis-

teriosa vieja tiene bigotes; porque no es probable que el tal emisario haya tenido tiempo de afeitarse viniendo de camino, y si en el rostro de la vieja se descubren barbas nacientes, señal cierta y evidente es, de que bajo aquellos mugrientos harapos, se oculta un espía del terrible personaje que designan los francmasones con el nombre de *el Papa negro.*

De repente se pone la vieja de pie, derecha como un huso: asustado el lector amable retrocede un paso, porque realmente tiene la vieja bigotes y aun barba á lo Coradino, y ve entonces que aparece el Jesuíta á lo largo de la calle, y se adelanta hacia la vieja, siempre con los ojos bajos, caminando pausadamente, y con el misterioso bulto escondido debajo del manteo. El Jesuíta y la vieja entablan á la puerta de la casa un breve diálogo, que termina sacando aquella del seno una carta bien arrugada, que pone en manos de este. Ábresele al Jesuíta el manteo al extender el brazo para tomarla, y queda descubierto á los ojos del lector amable el misterioso bulto: es un canasto de regular tamaño, en todo semejante á los que se usan para hacer la compra en el mercado. Un ligero movimiento del presunto vampiro inclina el cesto por una punta, y escurriéndose por debajo del manteo, cae al suelo una cosa!... una cosa que eriza los pelos del lector amable, y trae á sus labios una exclamación de horror; una cosa roja, que ha salido del canasto, y que cualquiera tomaría por un colosal pimiento, que si no es riojano merece serlo...—¡Una gota de sangre!!!—exclama el lector amable, sintiendo que toda la suya refluye al corazón; y porque el terror clava sus pies en tierra y paraliza su garganta, no comienza á gritar:

—¡Auxilio!... ¡favor!... ¡socorro!... ¡al asesino!... ¡en el canasto lleva un cadáver!...

Sus ojos extraviados buscan en vano un polizonte, y

mientras gira sobre un pie con la velocidad de un anemómetro en dia de huracán, el Jesuíta se disuelve y la vieja se evapora, quedando tan solo ante su vista la casa misteriosa, con sus ventanas cerradas como un secreto sin descubrir, y su puerta entornada como una duda sin resolver.

Las horas pasan y ningún polizonte llega: el lector amable vela sin embargo por la seguridad pública, anotando en su cartera los datos que ha recogido, y los que piensa recoger, acerca de aquellos criminales enredos que va desenmarañando su perspicacia. Á las once y media, otro dato capaz de resolver la cuadratura del círculo, y dar con las fuentes del Nilo, asoma esta vez por la ventana. Ábrese una de ellas cautelosamente, y asoma la punta de un bonete; una fisonomía torva, cejijunta y de diábolico aspecto aparece debajo, y se retira con rapidez al notar que algunos transeuntes cruzan la calle: vuélvese á asomar pasados algunos momentos, y al ver que la calle aparece entonces solitaria, ata rápidamente un pañuelo blanco á la reja de la ventana, y se retira con presteza cerrando las vidrieras.

—¡Un sudario!... ¡El sudario en que iba envuelto el cadáver!—exclama el lector amable, anotando en caracteres que el temblor hace arábigos, este nuevo descubrimiento.

La noche llega, la lluvia arrecia, y el lector amable sufre impávido el frío y el aguacero, con el lápiz en una mano, la cartera en la otra, y fijos los ojos en aquel paño blanco que pende lacio de la ventana, presentando á su imaginación las huellas todavía impresas de aquel cadáver de que vió él chorrear tan enormes gotas de sangre. Comienzan al fin los vecinos á cerrar sus puertas, y los Jesuítas, marchando siempre en dirección opuesta á la de toda la humanidad, que abre de día y cierra de noche, franquean entonces de par en par su misteriosa puerta: el vampiro de sotana corta

aparece en el zaguán, y apaga el moribundo farol, que esparcía en el interior del portal sus lívidos reflejos.

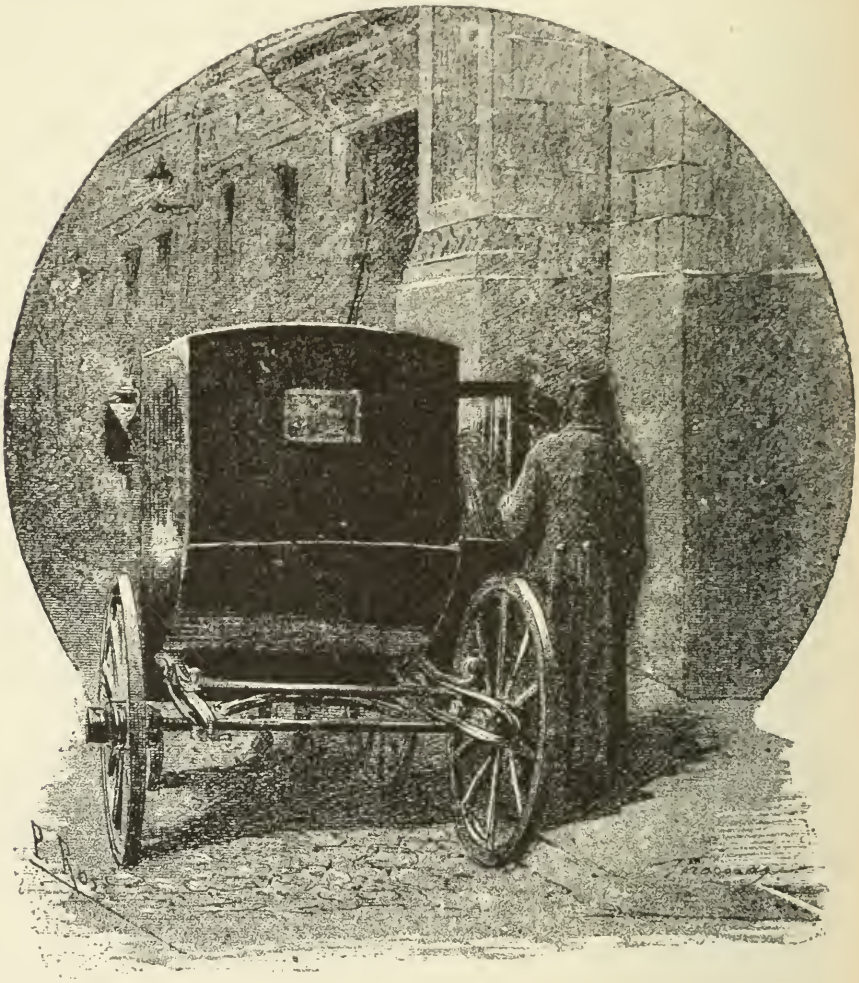
—¡Tinieblas!—apunta el lector amable, tiritando de miedo y no de frío. Región de los murciélagos, hienas, ratas, lechuzas y demás aves nocturnas! El crimen odia la luz y apaga los faroles...

Una racha de viento colado corta su inspiración, provocándole un estornudo capaz de desnucar á un toro, si un toro estornudase, y una punzada reumática le avisa caritativamente desde la pierna derecha, que sin botines de *mackintosh* no se puede desafiar á la humedad, pérfida aliada de los Jesuítas, que les ha servido más de una vez de agua tofana. Mas aquella puerta cerrada cuando todas se abren, y abierta cuando todas se cierran, promete vomitar paquetes de misterios y manojos de intrigas, que bien valen unas friegas de *opodeldoch:* y porque la curiosidad del lector amable se ve atraída hacia aquel boquerón negro, con la misma violencia con que el pobre pajarillo á la venenosa boca de la serpiente, queda encadenado á la esquina, por ese irresistible deseo de averiguar lo desconocido, común al filósofo, al polizonte y al impertinente.

Al sonar las once, un coche que parece de alquiler se detiene á la entrada de la calle: un hombre alto, derecho, envuelto en un carrik que le tapa las orejas y le llega á los tobillos, se apea, y atravesando rápidamente la calle, entra sin detenerse ni titubear en la casa de los Jesuítas.

Pasan tres horas, tres horas mortales, en que el lector amable se devana los sesos por concordar aquel paso rápido, aquel aspecto erguido, aquella cierta fosforescencia y olorcillo del otro mundo que cree notar en el nocturno visitante, con lo que ha visto en retratos y leído en biografías de Bismarck, Torquemada, Maquiavelo, el gran Copto y la sombra de Nino, y cuando queda ya convencido de que el

hombre en cuestión no puede ser otro sino lord Ruthewen, el vampiro de Byron, sale este con la misma rapidez con que ha entrado, sube al coche precipitadamente y arranca



el vehículo con un galope que recuerda al espantado lector amable, aquella balada popular alemana: ¡Hop, hop! ¡caballo mío!... ¡Tus alas son el crimen; tus herraduras las uñas de Luzbel!...

La puerta de los Jesuítas se cierra, el ruido del coche se pierde á lo lejos, el sereno canta las dos, y las sombras de

la noche se van tornando de negras en pardas, de pardas en blanquecinas, sin que el lector amable recoja otro dato. Lo único que coge es un catarro crónico, que le obliga á tomar pastillas del Dr. Andreu, y á ir todos los años á Panticosa, donde en confianza cuenta al doctor, y repite á todos sus comensales, que las criminales intrigas y enredos misteriosos de los Jesuítas, son la verdadera causa de su estado lamentable.

Y no se tenga esto por exageración de parte agraviada; que más de una calumnia levantada á los Jesuítas reconoce menos fundamento que el catarro crónico del lector amable.

Completemos ahora los apuntes recogidos por este, con algunos datos de nuestra propiedad exclusiva (1).

---

(1) El hecho que vamos á narrar es rigurosamente histórico. Callamos por prudencia nombres y fechas, y advertimos al lector que el suceso no tuvo lugar en España.

II

El H. Domingo había hecho una hora de meditación ante el Santísimo Sacramento, siguiendo su distribución ordinaria, y ayudado luego la Misa al R P. Superior. Después de terminados sus deberes de Marta, comenzó á desempeñar sus funciones de María: puso á hervir un pucherito de agua, para preparar las tres jícaras de chocolate, que servían de desayuno á los tres únicos Padres que á la sazón se hallaban en casa; tomó él por su parte, de pie, en la cocina, una taza de café, bebido, con un pedazo de pan seco, y encubriendo después un canasto debajo del manteo, se fué como todos los días á hacer la compra en el mercado, acariciando una idea que de mucho tiempo antes proyectaba.

Era el 3 de Diciembre fiesta de San Francisco Javier, Apóstol de las Indias y Patrón de los misioneros de la Compañía, y el H. Domingo había decidido contribuír á la fiesta, presentando en la humilde mesa de la Comunidad un plato de su inventiva. Porque era el H. Domingo una especialidad en su género: genio atrevido y algún tanto nebu-

loso; verdadero *Göethe* de los cocineros, despreciaba los clásicos preceptos de Apicio en su libro *de re culinaria*, para despeñarse en un océano de salsas románticas, con que pretendía hacer pasar las patatas por faisanes, y las judías por pechugas de pollo; salsas capaces de resistir á todo análisis químico, que debieron de inspirar á Veuillot, huésped por tres días en una casa de Jesuítas, aquella dolorida frase: — *O Jésuites! étant ce que vous êtes, que n'avez-vous de meilleurs cuisiniers?...* (1).

La pobreza cortaba las alas al genio culinario del Hermano Domingo, y por eso se había fijado tan solo en unos modestos pimientos rellenos: compró pués en el mercado como extraordinario cuatro de estos, dignos por su tamaño, color y figura de servir de gorro frigio al mismo Washington en persona, y tomó de nuevo el camino de su casa, absorto en combinar los ingredientes del relleno, con esa pureza de intención, con esa santa sencillez propia del alma justa y verdaderamente espiritual, que gana tanto cielo al pie de una hornilla como en lo alto de un púlpito. Encontróse en la puerta con una vieja de malísima catadura, que le preguntó si podría hablar dos palabras con el P. Antonio.

—Su Reverencia estará en el confesonario, — contestó el H. Domingo.

La vieja pareció quedar contrariada é irresoluta, y sacando al fin una carta del pecho, la dió al Hermano, suplicándole la entregase al P. Antonio con la mayor urgencia. Domingo le prometió que así lo haría, y entrándose en la casa, dejó la puerta, como tenía de costumbre, un poco entornada.

Mientras tanto, el P. Superior había entrado en su cuarto, con aquel aire entre apresurado y satisfecho, propio del

(1) ¡Oh Jesuítas! ¡que siendo lo que sois no tengáis mejores cocineros!...

que libre ya de otras ocupaciones, espera entregarse descansadamente á una que le es favorita. Era un hombre de gran viveza, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni joven ni viejo. Solo una cosa había notable en su fisonomía: la mirada. Una mirada que despedía á veces esos relámpagos

de inteligencia que revelan al genio, á veces esos destellos de piedad que denuncian al santo. Porque era aquel Padre cierto famoso publicista cuyas obras corren traducidas en todos los idiomas, guiando á todas las inteligencias; cierto varón ejemplar, que supo resistir á la adulación y despreciar la calumnia, parapetado tras una sola máxima de un libro precioso.—*No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.* Santa verdad de Pero

Grullo, tan difícil de comprender á quien no tiene en el corazón el espíritu entero de ese libro admirable, que lleva por título *Contemptus mundi.* «Desprecio del mundo.»

Había en uno de los extremos del aposento, cerca de la ventana, una mesa de verdadero sabio: papeles, folletos, manuscritos, libros antiguos y modernos, abiertos y cerrados, en lenguas vivas y muertas, la cubrían por todas partes, y descollando entre todos aquellos monumentos del saber humano, elevábase en medio ese otro monumento del saber y del amor divino, libro de par en par abierto á todo el que quiere buscar en sus *cinco páginas*, caminos seguros, dudas resueltas, esperanzas fundadas.—¡Un crucifijo!

El P. Superior se detuvo junto á la mesa el tiempo necesario para sacar su tabaquera y tomar un polvo de rapé; hojeó mientras tanto varias revistas y periódicos llegados el día antes; leyó tres líneas de un artículo alemán que encomiaba su última obra, y murmurando entre dientes:—Antes que me lo dijeras tú, me lo había ya dicho el diablo,—los arrojó sobre la mesa, y se puso á hacer su cama, oculta en un rincón, detrás de una cortina blanca. Su Reverencia, á fuer de grande hombre, iba siempre á lo sustancial, y por eso la cama quedó bien pronto arreglada sustancialmente, con los pies más altos que la cabecera, las almohadas torcidas, y la colcha arrastrando por un lado y en alto por el otro, con una notable falta de simetría y de gracia.

Arrodillóse después en un reclinatorio de pino sin pintar, sobre el cual se hallaba colgada una estampa del Sagrado Corazón y otra de San Ignacio, y rezó devotamente el *Actiones nostras*, etc. Entonces dejó escapar un suspiro de bienestar, como quien dice:—¡Ya estamos listos!—y sentándose en un sillón, comenzó á revolver libros y papeles. Poco á poco fuése animando su fisonomía, coloreáronse sus mejillas, y centelleáronle los ojos: entonces cogió la pluma

y se dispuso á escribir. Mas antes tomando una fotografía de la Virgen que se hallaba al pie del crucifijo, le estampó un beso, con la sencillez y gozo infantil con que un niño besaría á su madre, y exclamó en voz alta y vibrante:—*Quot grammata scribam, tot laudes tibi persolvo...* (1).

En el mismo momento sonaron dos golpes en la puerta. El pobre P. Superior volvió angustiado hacia ella los ojos, miró luego la blanca cuartilla que le convidaba á escribir sus conceptos, y sin soltar la pluma, dijo al fin pacientemente:

—¡Éntre!...

Entró entonces otro Jesuita, joven, pausado en sus movimientos, cuyo rostro reflejaba una extraña mezcla habitual de serenidad y cansancio moral, parecida á la que retrataría el semblante de un ángel desterrado en la tierra. Adelantóse pausadamente, con el bonete en una mano, y la carta entregada por la vieja al H. Domingo en la otra. Era el P. Antonio.

—¡Cúbrase, Padre mío, cúbrase por Dios!—exclamó el P. Superior al verle; y con un tonillo apresurado, que revelaba, sin quererlo él, su deseo de terminar pronto, añadió: ¿Qué hay, Padre mío, qué hay?...

El P. Antonio comprendió que llegaba á mala hora, y replicó volviéndose hacia la puerta:

—Si está ocupado V. R....

—¡Oh, no!... ¡digo, sí!... pero no importa... Ese Damirón las cuaja en el aire, y en este momento iba cogiendo el hilo de su ovillo... Se empeña en que la libertad del hombre cesa donde comienza la presciencia divina, y... pero diga, Padre mío, diga...

Y el buen P. Superior miraba desconsolado la cuartilla

(1) Quisiera darte tantas alabanzas cuantas letras escribiere.

de papel en blanco, conociendo al mismo tiempo que el ovillo de Damirón se le enredaba de nuevo.

—Hágame V. R. el favor de leer esta carta,—dijo el P. Antonio, tendiendo al Superior la que tenía en la mano.

—Léala, Padre mío, léala V. mismo, y me ahorra trabajo,—replicó este, que luchaba á brazo partido por retener en la memoria todo lo que antes le ofrecía el entendimiento.

—Es de una pobre alma extraviada, que quiere volver al redil,—dijo el P. Antonio, comenzando á desplegar la carta.

—¡Pues abrirle de par en par el aprisco!—exclamó el P. Superior con vehemencia. Y como si ya no tuviese otra cosa que hacer, soltó la pluma, se quitó las gafas, y echándose atrás en el sillón, cruzó las manos y comenzó á dar vueltas á los pulgares.

El P. Antonio leyó pausadamente:

«La gracia del Espíritu Santo sea con V. R....»

—¿Eh?—le interrumpió el Superior, haciendo un mohín de extrañeza.

—Que la gracia del Espíritu Santo sea con V. R.,—repitió el P. Antonio.

—¡Amén!—dijo el Superior, meneando la cabeza; y tomando un polvo de su tabaquera, añadió: Adelante, Padre mío, adelante.

«Un alma desvalida, prosiguió el P. Antonio, acude á sú caridad, suplicándole por los méritos de nuestro adorable Redentor, y de su Santísima Madre, concebida sin pecado, que no desoiga sus ruegos. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo ha movido mi corazón, y deseo confesar mis culpas, para lavar mi alma en las saludables aguas del sacramento de la penitencia. Esto me expone, sin embargo, á grandes peligros, porque hace treinta años que el enemigo común del linaje humano me precipitó en las sociedades francma-

sónicas: y si los sectarios sospechan que he ido á confesarme, comprometiendo sus secretos, me asesinarían sin piedad en la primera ocasión. Por eso después de pedir auxilio al Padre de las luces, he imaginado un plan salvador, que sujeto á la aprobación de V. R., y que sin duda me ha inspirado el Espíritu Santo, deseoso de salvar mi alma. Mande V. R. que esta noche á las once esté abierta la puerta de su casa, y apagadas las luces del zaguán y la escalera; abra V. R. la puerta de su aposento, que cae frente á frente de esta última, y espéreme allí, también á oscuras; porque así podré llegar á sus pies y confesarme, sin riesgo de que nadie reconozca la persona de este ruin pecador, que se ve acechado por todas partes.

»Le pido, Padre, por las entrañas de Jesucristo nuestro Señor y Dios, que guarde acerca de esto el mayor secreto, y no desprecie estas súplicas de que pende la salvación de mi alma; y si consiente al fin en lo que le propongo, ate un pañuelo blanco en la reja de la segunda ventana de su casa, antes de las doce del día de hoy, 3 de Diciembre de 18**.»

—Y por toda firma,—concluyó el P. Antonio, con la misma calma con que había leído, hay al pie de la carta una cruz.

—Detrás de la cual asoma los cuernos el diablo,—replicó el P. Superior con viveza.—¡Sí, Padre mío, sí!—prosiguió con su vehemencia natural, viendo que el P. Antonio le miraba extrañado; el diablo, que por esta vez quiso hacerlo tan calvo que se le saltaron los sesos... Porque mire, Padre mío: un pez de ese calible, que se arrepiente, da gritos, y sollozos, y hasta rugidos..., pero no se expresa en esos devotísimos términos, que parecen dictados por una monja escrupulosa, que va á confesarse de que dijo al gato—¡zape!—con alguna impaciencia... En una pala-

bra, Padre mío: esa carta amanerada no está *sentida;* luego es falsa...

—¿Pues de quién puede ser entonces?...

—De cualquier bribón que quiere cobrar al P. Antonio alguna que este le ha hecho.

El P. Antonio abrió de par en par sus ojos, cándidos y puros como los de un niño, y preguntó afligido:

—¿Pero sabe V. R. de alguien á quien haya podido yo hacer daño?...

—Sí que lo sé, Padre mío, sí que lo sé... Todos los días le está dando malos ratos al diablo... Cada alma que le arranca es una muela que le saca... Figúrese si es verosímil que le haya dirigido una cartita tan devota, por mano de cualquiera de sus secretarios.

—Pero dice tan explícitamente que quiere confesarse...

—¡Pues claro está, que no ha de decir que le quiere sacar los ojos!... Y si no, vaya atando cabos, Padre mío: usted trae revuelto á todo X.** con sus Círculos de obreros, sus misiones, sus trabajos continuos en las cárceles, en los hospitales, y donde quiera que puede cazar para Cristo una alma, por ruin que sea... Todos los días caen en su confesonario peces del mayor calibre, que iban ya en posta camino del infierno, y ya los periódicos de la secta comienzan á ocuparse del P. Antonio... Hace dos días, nada más que dos días, fíjese en esto, y no me diga una palabra de ello,—ha confesado V. á un francmasón moribundo, gran personaje en la secta, á quien Dios nuestro Señor, en sus altos juicios, ha mirado con misericordia en su última hora... Y he aquí que á los dos días, justamente á los dos días, otro masón devotísimo, que conoce palmo á palmo nuestra casa, pues hasta sabe que su aposento de V. cae frente á la escalera, se siente movido por la gracia del cielo á confesar sus culpas con el P. Antonio, á media noche, á oscu-

ras, y con las puertas abiertas para poder entrar, y claro está que también salir, sin el menor riesgo... Y todo esto

inspirado por el Espíritu Santo... ¡hum!... Mucho tiene que soplar sobre mí el Espíritu Santo, si quiere inspirarme que me trague este anzuelo.

El P. Antonio escuchaba al Superior con los ojos bajos, arrollando la carta entre sus dedos, que temblaban.

—Pero ¿y si es verdad, Padre?—dijo al fin... ¡Lo pide en nombre de Jesucristo!...

Había tal humildad, tal unción, y al mismo tiempo tanta ternura en estas últimas palabras del P. Antonio, que el buen Superior se sintió conmovido.

—Pero, hijo de mi alma,—exclamó, saltando del sillón, y acercándose á él con los brazos abiertos como si fuese á abrazarle. Y ¿si es mentira como presumo?... Y ¿si no es más que un enredo, que acaso hasta ponga en peligro su vida?...

—Y ¿qué importa?—replicó el P. Antonio, encogiéndose de hombros.

—¡Á V., nada!... Pero á mí, y á la Compañía, y á la gloria de Dios, mucho... ¡Claro está! eso de morir con los zapatos puestos, y entrar en el cielo pronto y de un salto, es muy cómodo y muy del gusto del P. Antonio, pero falta saber si lo será también del de Nuestro Señor Jesucristo... Muy santo es morir pronto en la brecha, Padre mío; pero más santo es vivir mucho en la brecha, y morir tarde en la brecha... Acuérdese, Padre mío, acuérdese que la mies es mucha y los operarios escasos, y no se olvide tampoco de que, unida á la prudencia de la serpiente, es como recomienda el Señor la sencillez de la paloma.

—Es cierto, Padre... Pero cuando se trata de la salvación de un alma, preferiría engañarme pensando bien, á acertar pensando mal.

—Distingo, Padre mío, distingo... Engañarse no sacando nada, concedo: engañarse sacando... quizá un hueso roto, *nego*, Padre mío, *nego*.

—Entonces juzga V. R....

—Que no debe pensar más en eso, y esperar las once de la noche durmiendo tranquilamente, que harta falta le hace.

—Esta bien, Padre,—dijo humildemente el P. Antonio, dirigiéndose á la puerta. Lo dejaremos todo en manos del Señor.

—En buenas manos lo deja, Padre mío, en buenas manos lo deja,—contestó el Superior, acompañándole. Conque no piense más en eso, y cuídese mucho, Padre mío, que está muy desmejorado, y tanto trabajo le agobia... El trabajo ha de tomarse según la medida de la santa discreción, y no se acuerda mi carísimo Padre de que por tres veces ha arrojado ya sangre por la boca... ¿A que no sigue tomando la leche por las mañanas?

—¡Sí, Padre, sí!... ¡Si me lo mandó V. R.!

—Pues leche, Padre mío, leche hasta que yo diga basta; que tomada por obediencia, le criará fuerzas y gracia de Dios.

El P. Antonio salió de la estancia, y el Superior permaneció un momento junto á la puerta, con la mano en el picaporte.

—¡Es un santo!—decía entre dientes, volviendo á su asiento; pero le chorrea todavía el agua del bautismo, y ni aun en esa carta encuentra malicia.

Mientras tanto, el P. Antonio había entrado en la capilla: era esta una pequeña pieza cuadrada, tapizada de damasco carmesí. En el altar, sobre un pedestal de mármol, y debajo de un elegante doselete, había una imagen de talla del Sagrado Corazón de Jesús: á sus pies estaba el tabernáculo de plata, y una lámpara, también de plata, ardía ante él pendiente del techo. El P. Antonio se arrodilló en un reclinatorio que había al pie del mismo altar, y apoyando la frente en ambas manos se quedó inmóvil.

Era el P. Antonio una de esas almas que para honra de la humanidad cría Dios y conserva con harta frecuencia en el huerto cercado de las órdenes religiosas: modelos admi-

rables de obediencia, castidad y desprendimiento, que sirven de pararrayos á la cólera divina, en medio de esos tres grandes vicios del mundo, soberbia, lujuria y avaricia, que sin cesar la provocan: almas privilegiadas, cuyo candor celestial no deslustra nunca la perspicacia de su entendimiento; que sin salir jamás de los santos limbos de la infancia, llegan á la ancianidad cargadas de saber y de experiencia, y se presentan al fin ante el tribunal divino cubiertas con el sayal de la penitencia, y llevando en las manos el lirio de su inocencia!...

Parecíale entonces al humilde religioso, que había insistido demasiado al mostrar su deseo de hacer bien al autor de la carta anónima; creía haber tardado en rendir su juicio propio al de un Superior que representaba en el orden sobrenatural la persona de Cristo, y era en el natural un varón de consumada santidad y prudencia. Impedíale, por otra parte, su modestia encontrar en la inspiración divina la causa de aquel movimiento de celo, y atribuyéndolo á su orgullo mal domado, humillábase ante Jesucristo pidiéndole con lágrimas en los ojos que no impidiese su soberbia el bien de aquella alma en realidad arrepentida, ó verdaderamente malvada y astuta.

Mientras tanto, el P. Superior se agitaba en su asiento, afanándose en vano por hilvanar de nuevo sus argumentos contra Damirón y su sistema; faltábale siempre el término medio, y en la cuartilla todavía en blanco, que tenía delante, parecíale ver en su lugar aquella carta anónima que acababa de oir, y aquella insistencia del P. Antonio, que, por modesta y respetuosa que fuese, era siempre extraña en aquel religioso, cuya humildad encontraba toda opinión más autorizada que la suya; cuya obediencia le hacía adivinar y seguir á ciegas el mero deseo de los Superiores; cuya pureza de intención le impulsaba siempre, aun en los

eventos más sencillos de su vida religiosa, por razones puramente sobrenaturales.

—¡Preciso es que el Señor le inspirase su insistencia!—exclamó al fin soltando la pluma por cuarta vez. La carta es inverosimil, pero puede ser verdadera; y ¿quién sabe si querrá el Señor sacar de aquí algo?... ¡Jesús! ¡si fuera inspiración de Dios su insistencia!... ¡Si con mi prudencia de tejas

abajo la hubiera yo impedido!... ¿Quién sabe si habré estorbado la salvación de un alma?... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡no lo permita Dios!... ¡Qué ligereza la mía, qué soberbia!... ¡Impedir lo que puede ser inspiración divina, sin consultarlo con Dios; sin guiarme más que por esa prudencia cobarde del tibio, que encuentra siempre exagerado el celo del fervoroso!... ¡Ay, Dios mío! ¡qué bien merezco que me llamen sabio los hombres!... ¡los hombres, que á vos os llamaron loco!...

Y mientras esto pensaba el buen P. Superior, habíase

levantado y paseaba inquieto por el cuarto, acabando al fin por dirigirse á la capilla: allí vió al P. Antonio tan absorto en sus pensamientos, que no notó su llegada. El Superior se arrodilló calladamente en un rincón, y comenzó á golpearse el pecho.

—¡Señor!—decía; por los méritos de aquel, perdona á este, y no le niegues tus luces.

Media hora permanecieron ambos religiosos ante Jesús Sacramentado, achacándose cada cual á sí mismo una culpa que en ninguno de ellos existía, mirándose en ese espejo divino de la oración, que ahuyenta los temores, aleja los intereses, desvanece las preocupaciones, enfrena la pasión, desenmascara el sofisma, y pone ante los ojos clara y brillante la base en que se ha de fundar todo juicio recto, el principio que ha de regular toda obra santa: la voluntad de Dios y su mayor gloria.

Clara debieron de conocerla ambos religiosos, cuando al levantarse el P. Antonio, se dirigió también el Superior á la puerta, y ofreciéndole agua bendita en la punta de los dedos, le dijo:

—Ponga el pañuelo, Padre mío, ponga el pañuelo.

El P. Antonio le miró con una expresión indecible de sorpresa y de alegría.

—Sí, Padre mío, póngalo... Por supuesto que no se lo mando... se lo permito, si quiere... si no teme...

—¿Temer?—exclamó enérgicamente el P. Antonio. *Dominus, protector vitae meae, á quo trepidabo?*... (1).

—¡Es cierto!—replicó el Superior bajando humildemente la cabeza; *quem timebo?*... (2).

Á las diez tocó el H. Domingo, como todas las noches,

---

(1) El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién he de temblar?
(2) ¿Á quién he de temer?

la campana que anunciaba á los religiosos la hora del descanso. El Superior había mandado al tercero de los Padres que en la casa residían, que no se acostase, y permaneciese en su aposento pronto á acudir á cualquiera voz ó ruido extraordinario. Llamó luego al H. Domingo, y ordenóle abrir de par en par la puerta de la calle, y bajar las luces del zaguán y la escalera, sin apagarlas del todo: el Hermano obedeció sin manifestar la menor extrañeza, y fué luego á arrodillarse á la capilla, según la orden que del Superior había recibido. Entonces vió á este sentado en un rincón cercano á la puerta, con las manos metidas en las mangas é inclinada la cabeza.

Hallábase la capilla formando un ángulo recto con la habitación del P. Antonio, y daban ambas piezas á una estrecha antesala en que desembocaba la escalera. Podía, por lo tanto, percibirse desde cualquiera de ellas todo ruido extraordinario que en la otra resonase, sin que fuese posible oír de modo alguno lo que dentro se hablaba. El P. Antonio había colocado una estampa de papel del Sagrado Corazón al pie del crucifijo que pendía sobre su reclinatorio; la puerta del aposento estaba abierta de par en par, ardía sobre la mesa un quinqué de petróleo, y el religioso, pausado y sereno como siempre, paseaba de arriba abajo rezando el rosario.

Al sonar las once, se oyeron en la escalera pasos rápidos y firmes: el P. Superior se arrodilló entonces, y mandó al Hermano entreabrir un poco la puerta de la capilla. El P. Antonio bajó rápidamente la luz del quinqué, y fué á sentarse en un sillón, al lado del reclinatorio. Resonaron al fin aquellos pasos en la estrecha antecámara, y á los débiles reflejos de la luz medio apagada, pudo el P. Antonio distinguir la sombra de un hombre de elevada estatura, que penetraba en el aposento cerrando detrás de sí la puerta.

Diez minutos después, de repente, y sin que le precediese rumor alguno, sonó un tiro dentro del aposento. El Padre Superior se lanzó de un salto á la puerta, y sacudiéndola violentamente, gritaba:

—¡Padre Antonio!... ¡Padre Antonio!

Acudió á estos gritos desalado el otro Padre; y el Hermano Domingo, sin inmutarse ni decir palabra, dió luz á la lámpara de la antesala, y echó la llave á la puerta de la escalera. Entreabrióse entonces la del cuarto del P. Antonio, y asomó el rostro de este, pálido, pero sereno como siempre.

—¡No es nada, Padre!—dijo en voz baja. ¡Retírese por María Santísima!...

—¡De ningún modo!—exclamó el Superior empujando la puerta; mas el P. Antonio le cogió fuertemente por un brazo, y le dijo con tal acento, que el Superior no se atrevió á insistir.

—¡Por las llagas de Cristo!... Retírese, Padre... ¡no estorbe un prodigio de Dios!

Los tres religiosos volvieron de nuevo á la capilla y se arrodillaron á la puerta, con el oído atento y llenos de sobresalto. Pasó entonces más de una hora sin que se oyese rumor alguno. Inquieto siempre el Superior, levantóse de nuevo y se acercó calladamente á la puerta; mas retiróse en seguida. Había oído el rumor de sollozos entrecortados, y el suave cuchicheo de dos personas que hablaban en voz baja.

III

Al entrar el hombre en la estancia, vióle el P. Antonio con algún recelo cerrar la puerta tras sí, echando el cerrojo por dentro. Arrodillóse después en el reclinatorio, y en voz baja, pero inteligible, comenzó á rezar el *Confiteor*. Entonces extendió el Padre la mano para bendecirle, y dijo aquellas palabras: *Dominus sit in corde tuo, et in labiis tuis, ut rite confitearis omnia peccata tua* (1).

Mas en el mismo instante alargó aquel hombre una mano sin variar de postura, y agarró al Jesuíta por el cuello: al mismo tiempo sacó de debajo del carrik que le cubría, un puñal y una pistola, y apuntándole esta última al rostro, dijo en voz baja:

(1) Esté el Señor en tus labios y en tu corazón, para que confieses debidamente todos tus pecados.

—¡Si te mueves, te pego un tiro!

El P. Antonio se quedó aturdido: aquella mano que le apretaba la garganta como una tenaza, le impedía pronunciar palabra, y extendió maquinalmente las suyas para apartarla.

—¡Quieto!—dijo el hombre, dándole tan brutal tirón, que le arrancó tres botones de la sotana; y acercando su rostro al del Jesuíta, sin cesar de apuntarle, preguntó:

—¿Dónde están los papeles que te dió el H.* hace dos días?

El P. Antonio hizo un esfuerzo para contestar, y el hombre aflojó un poco la mano.

—Nadie me ha dado papeles,—dijo entonces con voz sofocada.

—¡Embustero!—exclamó el hombre, golpeándole la cabeza contra la pared. ¡Antes de morir te entregó un paquete de cartas!

—Eso no es cierto,—replicó el Jesuíta, que iba ya recobrando su calma.

—¡Ladrón, hipócrita!—rugió el hombre, poniéndole en las sienes el cañón de la pistola; ¡si no me las das mueres!

—¡Ni las tengo, ni aunque las tuviera las daría!—replicó el Jesuíta con firmeza.

El hombre lanzó una especie de rugido de rabia, y agarrándole por los cabellos, le bajó la cabeza para hundirle el puñal por la cerviz.

—¡Espera!—gimió con angustia el Jesuíta.

El hombre creyó que el terror le hacía sin duda ceder, y se levantó, soltándole del todo. El P. Antonio se puso también de pie, y extendió hacia él sus manos temblorosas.

—¡Diez minutos, por Dios!—le dijo. Cinco minutos para hacer un acto de contrición... para encomendarme á la Virgen Santísima, que es mi madre... ¡y tu madre también, desdichado!...

El hombre retrocedió un paso sorprendido; y cual si aquel bendito nombre hubiera despertado en él la vergüenza, la duda y la amargura, murmuró con un acento en que todo esto se hermanaba:

—¿Mi madre también?...

—¡Sí!—respondió el Jesuíta, que notó la emoción del miserable. ¡Tu madre también!... ¡y la mía y la de Cristo, que te pedirá cuenta del crimen que vas á cometer!...

El hombre pareció agitarse en la oscuridad como si patease de rabia, y empujó rudamente á su víctima en el reclinatorio, diciendo:

—¡Reza cuanto quieras!... ¡pero calla!... ¡calla!...

El P. Antonio cayó de rodillas en el reclinatorio, y apretó contra su pecho la imagen del Sagrado Corazón, con la fe, con el amor y la esperanza del justo que se dispone á morir... Tan solo Dios puede explicar lo que sucedió entonces: es lo cierto, que mientras el Jesuíta oprimía contra su corazón el Corazón Sagrado de Cristo, y á dos pasos de la muerte, le ofrecía la vida que iba á perder, por el perdón del asesino que se la arrancaba, el furor de este se apagó cual una tempestad á que faltan de repente los vientos que la desencadenaron; abriéronse sus ojos hasta desencajarse, como si la mansedumbre del religioso le pareciese cosa sobrenatural; y la gracia de Dios, traspasando en aquel momento su corazón de hierro, trajo á sus labios uno de esos sollozos que llenan de júbilo al cielo, porque anuncian que un pecador vuelve á la casa de su padre. Este sollozo llegó á oídos del P. Antonio, y creyendo que ya su verdugo le avisaba para morir, levantóse blanco cual un sudario, pero perfectamente tranquilo. Vió entonces que lejos de herirle el asesino dejaba caer al suelo el puñal y la pistola, y echando atrás la cabeza, y llevándose ambas manos á los ojos, exclamaba con voz sorda:

—¡Padre, perdón!... ¡perdón por María Santísima!...

Un tiro escapado de la pistola al caer, resonó al mismo tiempo, y á poco se oían los gritos del Superior y los golpes que en la puerta daba. El P. Antonio permaneció un momento inmóvil, sin saber qué partido tomar: el hombre se había abrazado á sus rodillas gimiendo angustiado:

—¡Padre, por María Santísima no me pierda, que tengo diez hijos!...

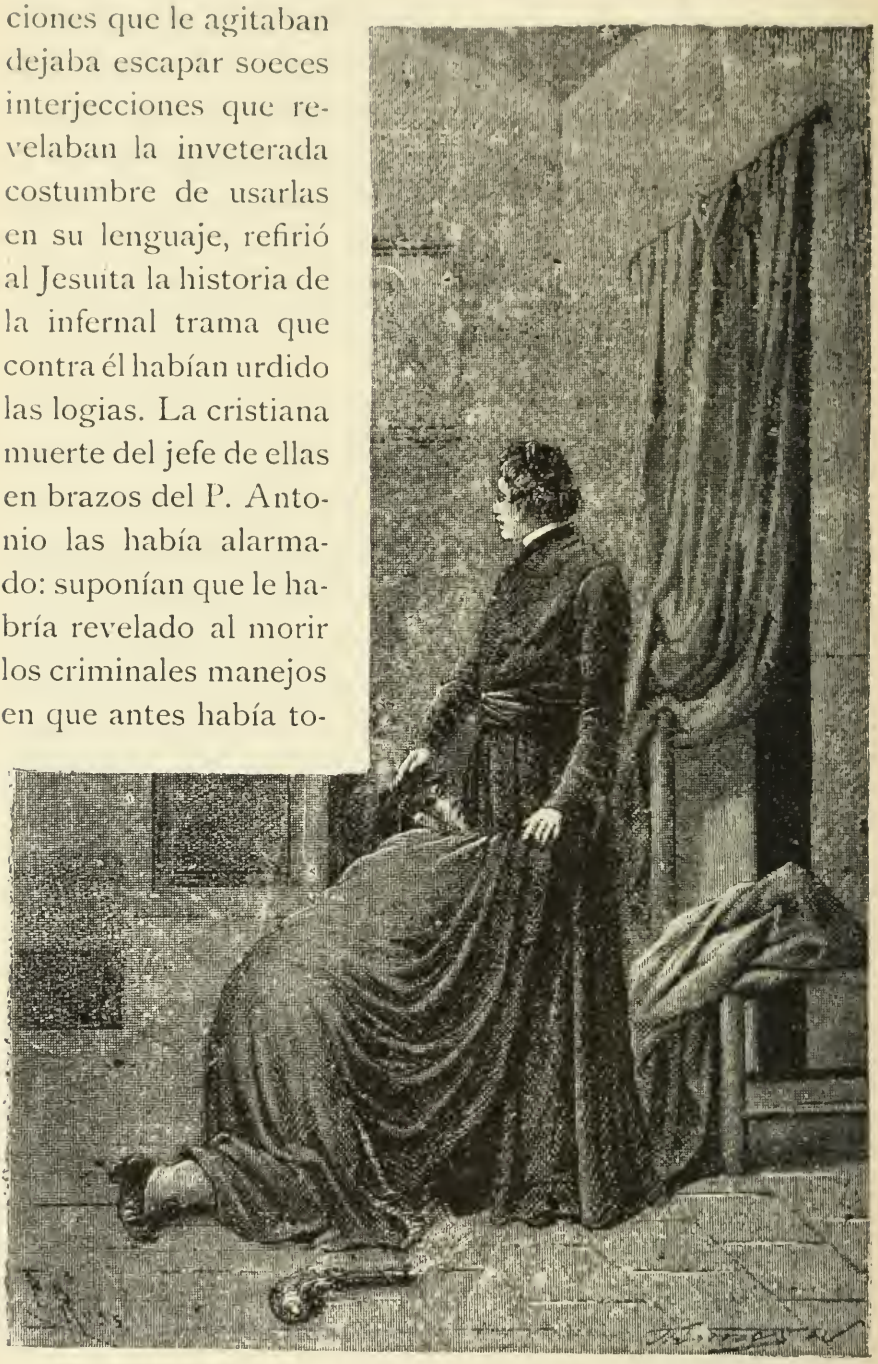
—¡Hermano de mi corazón!—exclamó el Jesuíta, levantándole en sus brazos. ¡No temas!... ¡que yo te pondré en salvo!... ¡te lo juro!

El hombre se dejó caer como una masa inerte en el reclinatorio, y entonces fué cuando el P. Antonio entreabrió la puerta para alejar al Superior. Al verse de nuevo solos, el Jesuíta extendió maquinalmente la mano hacia el quinqué para levantar la luz: detúvose, sin embargo, por un movimiento de delicadeza, recordando el secreto que á aquel hombre le convenía guardar con respecto á su persona. Mas adivinando este el pensamiento del religioso, la levantó él mismo de un golpe, y arrancando la pantalla y tirándola lejos de sí, exclamó con violencia:

—¡Míreme cara á cara, Padre!... ¡así verá qué rostro tienen los asesinos! Y arrojando al suelo una gorra de pieles que traía, rompió á sollozar.

Era un hombre de alta estatura, seco, de color cetrino, cuyas espesas cejas ocultaban casi por completo unos ojos negros y vivos, que asomaban en el fondo de sus órbitas hundidas como dos víboras á la entrada de sus madrigueras: llevaba barba sin bigote, y sus cabellos grises le colgaban en lacios y despeinados mechones. Un carrik gris le cubría por completo, y conocíase que iba por debajo de él perfectamente armado. El P. Antonio lo estrechó de nuevo en sus brazos, y con suaves palabras de perdón y de con-

fianza consiguió al fin tranquilizarlo. Entonces aquel hombre desalmado, que aun en medio de las profundas y santas emociones que le agitaban dejaba escapar soeces interjecciones que revelaban la inveterada costumbre de usarlas en su lenguaje, refirió al Jesuita la historia de la infernal trama que contra él habían urdido las logias. La cristiana muerte del jefe de ellas en brazos del P. Antonio las había alarmado: suponían que le habría revelado al morir los criminales manejos en que antes había to-



mado parte, y resolvieron asesinarle para asegurar con su muerte el secreto de sus planes. Las cartas que le había reclamado no existían: era un ardid de que se había valido para aterrarlo, y obligarle á confesar por sorpresa si poseía algunos documentos. La pistola era solo para amenazarlo y defenderse en caso de apuro: la muerte había de dársela en silencio, hundiéndole el puñal de cierto modo particular por la articulación de la cerviz, y huyendo luego en un coche, guiado por otro masón que le esperaba al extremo de la calle. Habíase él mismo ofrecido á llevar á cabo el asesinato, por el rencor que guardaba á los Jesuítas desde que, bajo la dirección de uno de ellos, había profesado en un convento la mayor de sus hijas, sin que pudiesen apartarla de su vocación ni ruegos ni amenazas. Los datos acerca de la distribución de la casa, número y costumbres de los Padres que la habitaban, los había proporcionado otro masón, cuyo nombre dijo: era una persona sumamente conocida, que visitaba á los Padres con frecuencia, pertenecía á varias cofradías, y confesaba á veces con el P. Antonio. Esto horrorizó más al Jesuíta que el mismo crimen del otro miserable. También se había confiado á aquel la redacción de la carta, encargándole le diese cierto tinte devoto, cuya exageración fué justamente lo que despertó las sospechas del P. Superior. Cómo había desistido de su crimen, en vano procuraba explicarlo el desgraciado: decía que, sin saber porqué, sintió el corazón hacérsele pedazos al ver al Jesuíta arrodillarse en el reclinatorio sin proferir una queja, y que la imagen de su hija querida se le representaba en aquel momento arrodillada también ante un altar, pidiendo al Señor la salvación de su alma.

—¡Ella, ella es la que me ha salvado,—decía el infeliz, escondiendo entre sus manos su desencajado rostro, y dando rienda suelta á unas lágrimas que quizá no acudían á sus ojos desde los lejanos días de la infancia.

El P. Antonio aprovechó estas palabras para despertar en aquel hombre la idea que deseaba: díjole que los deseos de su hija no quedarían satisfechos si no lavaba su alma en el tribunal de la Penitencia; y con ese tacto y esa destreza que el Espíritu Santo infunde al hombre de Dios que se pone en sus manos, fuéle poco á poco elevando de lo humano á lo divino, de lo terreno á lo sobrenatural, del amor de padre al dolor del pecador contrito, consiguiendo al fin que allí mismo, sin dilación de ningún género, confesase á sus

pies todas las culpas de su vida entera. Ofrecióse á ayudarle, y le ayudó en efecto, á hacer el examen de conciencia; y dos horas después el pecador se levantaba limpio, y la víctima vestía al verdugo, en nombre de Jesucristo, la blanca estola de la gracia!

Entonces le preguntó el P. Antonio cómo pensaba escapar de las asechanzas de las logias. El hombre no pareció preocuparse mucho.

—Por ahora, dijo, el mismo coche que me espera me pondrá en salvo; después, ya buscaré medio de salir para siempre de compromisos... Lo único que le pido es, que procure por dos días no mostrarse para nada en público.

El P. Antonio prometió que así lo haría, y bajó con él la escalera acompañándole hasta la puerta: desde allí escuchó el rumor de sus pasos, que se perdían á lo lejos, y oyó el ruido de un coche que arrancaba á galope.

Jamás supo el P. Antonio quién era aquel hombre, ni volvió nunca á tener noticias suyas. Tan solo á los tres meses recibió un paquete que le enviaban de Liverpool: en él venía una especie de gran medalla dorada y un pergamino. Consistía aquella en una escuadra y un compás cruzados en forma de rombo, y pendía de una rica cinta de seda azul, que sirve hoy de lazo á la llave del sagrario en cierta iglesia de la Compañía. El pergamino, con diversos sellos y dos matices de tinta, azul y negro, traía rascados los nombres propios y las fechas (1); se encuentra al presente sobre la mesa de quien escribe estas líneas, y dice de esta manera:

A.·. L.·. G.·. D.·. G.·. A.·. D.·. U.·.

Á todos los masones regulares

Salud, Fuerza, Unión.

Nos Vener.·. Dignt.·. y Ofici.·. de la R. L.* n.º* constituída bajo los auspicios de la M.·. R.·. G.·. L.·. Simb.·. de* para*.

Certificamos, por la presente, que nuestro querido y digno H.*, natural de*, de* años de edad y de profesión*, es *Maestro Masón* de buena reputación y querido de todos nosotros.

Por lo tanto, lo recomendamos como tal á todos los hh.·. en todas las partes del mundo, prometiendo la mayor gratitud y reciprocidad por las atenciones que por él hubieren.

Dado y sellado en la Cámara del Medio de esta R.·. L.·. en el Or.·. de* á los veinte días del mes de*.

(1) En la presente copia hemos suplido los claros del original con este signo*.

A.·. L.·. 58* y del Señor 18*.
El Ven.·. M.·. G. B. Tualler gr.·. 14.
El 1.er Vig.·. F.·. O.·. M.·. Thales gr.·. 3.º
El 2.º Vig.·. J.·. G. A. Balmes gr.·. 14.
El Tes.·. J.·. E.·. C. Aman m.·. m.·.
El Or.·. E.·. T.·. A.·. Roger de Aunlel gr.·. 16.
El 1.er Exp.·. J.·. M.·. C. Espartero gr.·. 3.·.
El Sec.·. Guarda Sellos M.·. M.·. T. Homero gr.·. 3.·.

(Por el reverso).

Sit Lux. et Lux Fuit.

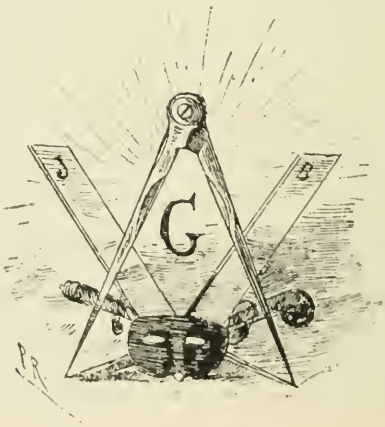
Nos Josué gr.·. 33.·. Gr.·. Maestro de la Muy R.·. G.·. Logia Simb.·. de* para*.

Certificamos: Que el diploma de la vuelta, ha sido legal y legítimamente otorgado á nuestro muy q. h.* y que las firmas que lo autorizan son las que usan y acostumbran el Ven.·. Mtro.·. Dign.·. y Ofic.·. de la R.·. Logia* de nuestra dependencia

Or.·. de* el día 15 del mes de* A: L: 58* y del Señor 18*

El M.·. R.·. Gr.·. Mtro.·.
G.·. T.·. J. Josué Gr.·. 33.

El Gr.·. Secr.·. Gda.·. Sellos.
Américo 2.º Gr.·. 14.



LA PASCUA FLORIDA

Y EL CUARTO AYUNAR

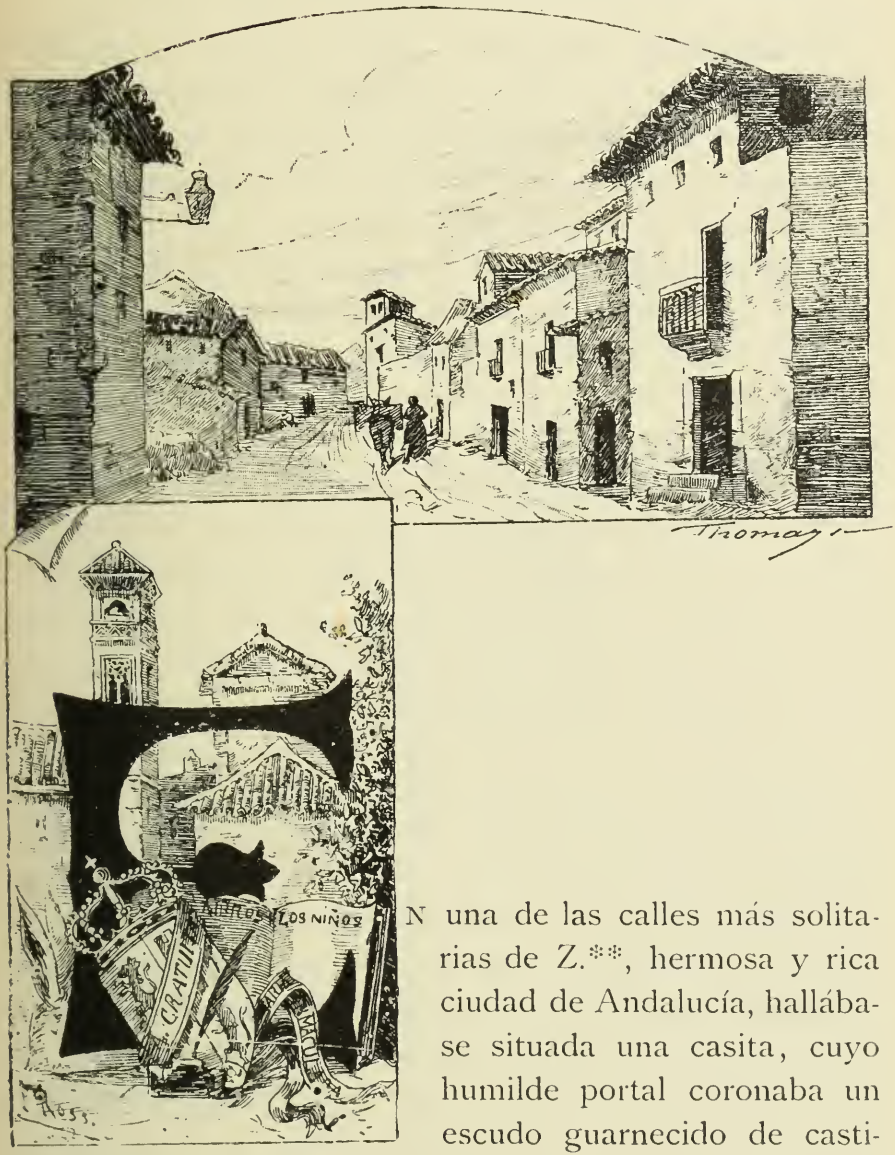
La observación y el trato con los desgraciados descubre á menudo humildes héroes, á quienes el mundo desconoce y aun desprecia. Fórmalos el espíritu religioso, y constituyen el heroísmo según Dios, tan distinto del heroísmo según los hombres.

(Anónimo.)

LA PASCUA FLORIDA

Y EL CUARTO AYUNAR

Oh la belle statue! Oh le beau piédestal!
Les vertus sont à pied: le vice est à cheval.
(¡Oh qué bella estatua! ¡Oh qué hermoso pedestal!
Las virtudes están á pie: el vicio está á caballo) (1).



EN una de las calles más solitarias de Z.**, hermosa y rica ciudad de Andalucía, hallábase situada una casita, cuyo humilde portal coronaba un escudo guarnecido de castillos y leones, rematado por una corona real; debajo de esta

(1) Epigrama á la estatua ecuestre de Luis XV, cuyo pedestal está formado por un grupo que representa á las virtudes.

noble enseña, que imponía respeto, leíase este caritativo letrero, que conmovía el corazón:

ESCUELA GRATUITA DE MARÍA INMACULADA

Porque si el que practica la grande obra de misericordia de enseñar al que no sabe, recoge en el cielo copiosos frutos, no los proporciona escasos al pobre á quien da una educación, que es en él manantial y raíz de la vida laboriosa y honrada.

Después de atravesar un pequeño patio y subir una no muy ancha escalera, llegábase á una puerta coronada á su vez por cuadro con marco de caoba, en que se leían estos versos, escritos con unos floreos que colocaban á su autor en parangón con Iturzaeta:

¡Oh qué malo que sería,
Si el que en esta clase entrare,
Por desdicha se olvidare
De decir: *Ave-María!*
Como si, después de oída
Palabra tan celestial,
No se responde puntual:
¡Sin pecado concebida!

Aquella puerta daba entrada á la clase, salón largo y proporcionadamente ancho: á la izquierda, á la derecha y á los pies, veíanse bancos con sus carpetas para escribir; en el testero, una tarima; sobre ella, una mesa, una silla que ocupaba el maestro, y colgado de la pared un cuadro de la Purísima Virgen, bajo un dosel de percalina celeste. Sobre los bancos de la izquierda había un cartelón en que se hallaba escrito con colosales letras *Roma:* sobre los de la derecha se leía *Cartago,* y sobre los del fondo veíase otro tercer cartel con este letrero: *Ínsula Asnaria.* Colgaba de un clavo sobre el bando romano una corona de laurel, digna de ceñir las sienes del mismo Augusto; y frente por frente de

ella, una cabeza de asno, hecha de cartón, extendía sus descomunales orejas, como si cobijase al bando cartaginés, sobre que se hallaba.

Los alumnos que tenían su asiento en el lado de Roma, luchaban de continuo con los del pabellón cartaginés, y al fin de la semana el bando vencedor conquistaba la corona de laurel y los elogios del maestro, quedando para el vencido las censuras de aquel y la cabeza de asno. Los desaplicados, tanto del uno como del otro bando, eran desterrados á la Ínsula Asnaria, especie de lazareto donde guardaban cuarentena aquellos apestados intelectuales.

Este sencillo y curioso método de enseñanza, que despertaba de una manera pasmosa la emulación de los muchachos, era el que empleaba en su humilde templo de Minerva D. Justo Cucaña, maestro, hacía treinta y cinco años, de la escuela gratuita de María Inmaculada.

Veíanse representados en aquel modesto recinto los dos crepúsculos de la vida: por un lado la niñez, crepúsculo de la mañana, ligera como los pájaros, bulliciosa como una fuente, alegre y risueña como todo lo que empieza; por otro el de la tarde, D. Justo, pesado como el que lleva sobre sí la carga de la experiencia, silencioso como el que conoce el valor de las palabras, serio y triste como todo lo que se acerca á su fin. Pero dentro de aquellas humildes paredes formaban un solo cuerpo el viejo y los niños, la alegría y la tristeza, el silencio y el bullicio, el eco de la cuna y el preludio de la tumba: así era que al rezar la Salve á la Virgen, que como prólogo de las explicaciones abría diariamente la clase, mezclábase la cascada voz de D. Justo con las argentinas de sus discípulos, y ambas oraciones subían al cielo apoyándose la una en la otra, como si la inocencia sostuviese á la virtud cansada, y esta guiase á aquella, que es ciega y nada ve.

Así pasaban los días de D. Justo, uniformes y tranquilos como un estanque de aguas claras; pero al estallar la revolución de Setiembre de 1868, el inofensivo maestro de escuela fué señalado como un peligroso reaccionario, por no haber colgado su balcón en señal de regocijo con la colcha colorada que solía poner en las fiestas del Corpus y de la Purísima, titular de la escuela, y por fomentar en sus discípulos las rancias ideas tradicionalistas, narrándoles de continuo el diálogo que había sostenido el año veinte con S. M. el rey D. Fernando VII.

Hallábase D. Justo en Madrid, y deseoso de conocer al monarca, fué un sábado á la Salve de Atocha, adonde, según la tradicional costumbre, asistía la corte. Colocado D. Justo junto al mismo coche regio, hacíase todo ojos para contemplar á la salida al Rey de las Españas. Al poner Fernando VII el pie en el estribo, miró al cielo encapotado, y dijo á un gentilhombre:

—Me parece que nos va á llover...

Don Justo alargó entonces al monarca su colosal paraguas de algodón encarnado, y dijo respetuosamente:

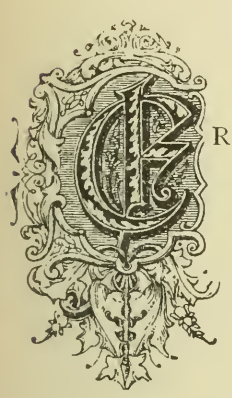
—Si su Real Majestad quiere aceptar el paraguas del más fiel de sus súbditos...

El Rey se echó á reír y le contestó entrándose en el coche:

—Gracias, amigo; sentiría que V. se mojase.

—Ved aquí, hijos míos, añadía D. Justo enternecido, cada vez que por amanecer nublado encontraba ocasión de referir esta historia á sus discípulos; ved aquí el amor que nos tienen nuestros monarcas... El Rey de España y de sus Indias me llamó su amigo, y no permitió que yo me mojase!...

II



ERA D. Justo bastante feo: su rostro formaba una continuación de ángulos agudos, y por donde quiera que se le miraba parecía vérsele de perfil. Su cabeza calva en la parte superior, había pedido auxilio á los pelos de la nuca, que encaramados sobre la frente y las sienes, formaban tres vistosos pompones, semejantes á las potencias de un Niño Dios.

Su traje diario nada notable ofrecía; pero en las grandes solemnidades sacaba D. Justo un frac híbrido, que mostraba las calvas debidas á los años y al cepillo, con el mismo noble orgullo con que muestra un hidalgo sus amarillentos pergaminos; venerable antigüedad que había sufrido, al filo de tijeras y al hervor del palo de campeche, todas las metamorfosis de Ovidio, y acerca de la cual corrían en el barrio tradiciones de cuya autenticidad no respondemos, por ser tan difícil poner en claro la verdad de estos hechos en la hiperbólica tierra de Andalucía. Decíase que un inglés excéntrico había ofrecido por aquel frac fósil más de quinientas libras esterlinas; pero

D. Justo, que consideraba la ingratitud, como hija del interés y de la vanidad, propia solo de almas bajas y ruines, rechazó indignado las proposiciones del hijo de Albión, y bautizó á su querida prenda, teniendo en cuenta todos los oficios que había desempeñado, con el honorífico nombre de *capi-levi-frac*.

Un gran triunfo estaba reservado para D. Justo: al dar su mano de esposo á D.ª Tomasa Cordero, poco después de su amistoso diálogo con el señor rey D. Fernando VII, el Himeneo y el Amor cerraron el templo de Jano, y en unión de la Concordia fueron á reinar pacíficamente bajo el humilde techo de la escuela gratuita de María Inmaculada. Después de treinta y cinco años de matrimonio, habíanse identificado ambos esposos en ideas, en sentimientos y hasta en instintos; pero á medida que sus almas se fundían en una sola, sus cuerpos alejábanse progresivamente, hasta ofrecer un notable ejemplo de la poderosa ley de los contrastes.

Don Justo, alto, seco, delgado, era llamado en el barrio *El Cuarto Ayunar*. Doña Tomasa, pequeña, encarnada, rolliza, tan solo era designada con el nombre de *La Pascua Florida*.

Pero tanto bajo el sumido pecho de D. Justo, como bajo el abultado de D.ª Tomasa, latía uno de esos corazones á que la humildad oculta su propio mérito; que son buenos

por instinto, porque la bondad es su atmósfera; que son heróicos sin esfuerzo, sin violencia, sin darse cuenta de ello, sin pasiones que vencer, porque allí no corren vendavales, sino la brisa que en la primavera hace nacer las flores, y en ellos produce los sentimientos de piedad más dulces, las obras de caridad más grandes, los sacrificios en pro de otros, que entre los hombres no tienen premio ni recompensa, porque los sublima el silencio, pero que de Dios merecen, no coronas de soberbios laureles que se secan, sino de suaves siemprevivas que no se marchitan nunca!...

Y aquella pobre mujer, cuyo corazón hubiera latido á sus anchas en el pecho de una Teresa, era reputada, hasta por las comadres del barrio, tan solo por una *bendita!* Y aquel pobre viejo, cuyos sentimientos de honor é hidalguía hubieran realzado al más leal tipo de caballeros de la Edad Media, era á los ojos de todos un ridículo *Quijote!*...

¡Triste mundo, que pasa distraído junto á lo que *vale*, y se queda deslumbrado ante lo que *reluce!* ¡Triste egoísmo de nuestra época, que por llevar el corazón en la cabeza, se ríe de los que lo dejan latir dentro del pecho! ¡Triste positivismo de este siglo, que solo tiene para D. Quijote la risa de la burla, porque no acaba de comprender que ni lo grande, ni lo heróico, ni lo santo están en el *resultado* obtenido, sino en la *idea* sustentada!...

¡Bendito D. Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tus risibles hechos, para admirar tus buenos propósitos, cada porrazo que llevaste es una hoja de laurel de tu corona; cada palo que te dieron, una página sublime de tu historia; y más queremos ennoblecer lo pequeño, haciendo como tú de una vacía de afeitar un yelmo de Mambrino, que rebajar lo grande haciendo una bandera, como los hombres de nuestro siglo, de una vara de medir y un lienzo de cañamazo!...

III

EN cierta ocasión, el Gobierno, cosa en él muy frecuente, no tenía dinero, y cosa más frecuente todavía, á nadie pagaba. La Pascua Florida iba perdiendo sus carnes, y el Cuarto Ayunar se vió precisado á observar como regla ordinaria, el precepto que le daban por apodo. Un día volvió D. Justo de la calle pálido y desencajado, y se dejó caer en una silla con muestras del más profundo abatimiento.

—¿Qué hay?—exclamó asustada D.ª Tomasa.

—Que el Gobierno no paga á los hospitales, ni á la Casacuna... ¡y van á cerrarse!—contestó D. Justo con voz cavernosa.

—¡Ay Jesús, qué herejía!—exclamó D.ª Tomasa, entre compadecida é indignada; y fijándose su tierno corazón en los más desamparados, los niños expósitos, que ni aun quejarse podían, añadió:

—¿Y qué les espera entonces á esos angelitos de Dios, que no tienen amparo en la tierra?...

—¡Morir de hambre!

Doña Tomasa rompió á llorar á trapo tendido, y de los ribeteados ojitos de D. Justo brotó una lágrima, que entrando y saliendo en las cavernas que su anguloso rostro formaba, vino á confíar á su venerable corbatín de seda negra no sé qué cosas de esa sublime caridad impotente, que guarda el pobre hacia el pobre, á quien solo puede dar sus lágrimas de compasión; lágrimas que Dios recoge y bendice, y que en su infinita justicia ha puesto en los ojos del indigente, como compensación á la limosna santa que en manos del rico pone, para que con ella abra las puertas del cielo.

—¿Y no hay remedio?—preguntó D.ª Tomasa.

—¡Ninguno!—contestó D. Justo, limpiándose los ojos con un pañuelo colorado, de los llamados de fraile.

Y La Pascua Florida y El Cuarto Ayunar, sentados frente á frente, silenciosos, anonadados, sintiendo arder en sus corazones la llama de la caridad que estérilmente los consumía, ofrecían, no ya el espectáculo tierno y conmovedor de la bondad que sufre, sino el admirable y heróico de la bondad que olvida sus sufrimientos para compadecer los ajenos. De repente rompió aquel silencio, interrumpido solo por los ruidosos sollozos de D.ª Tomasa, la voz de un ciego, que pregonaba billetes de la lotería. Doña Tomasa se levantó como impulsada por una idea repentina; saca de su profunda faldriquera dos pesetas—¡las únicas que tenía! ¡con las que contaba para comer hasta que la Providencia le deparase otras!—y compra un décimo de billete, que fué á sujetar en un cuadrito de la Virgen del Carmen, mientras murmuraba con el acento de la fe más sincera, del dolor más amargo, de la esperanza más caritativa:

—¡Prémialo, Madre mía, prémialo, que esos inocentitos no tienen qué comer!...

A los dos días vendían los ciegos *La Correspondencia de España*, con la lista de la lotería: D.ª Tomasa compró un número, y sin la menor sorpresa, porque su acrisolada fe así lo esperaba, encontró premiado con veinte mil reales el billete que la Virgen del Carmen custodiaba. Don Justo cobró aquella suma en hermosas y sonoras monedas de cinco duros, y con su capi-levi-frac majestuosamente abro-

chado, sus potencias atusadas como nunca, y cubiertas por un sombrero de copa alta, de colosal altura y forma cilíndrica, fué á poner los mil duros en manos de la Superiora de la Casa de Expósitos, sin que le ocurriese siquiera la idea de aliviar sus apuros pecuniarios con una sola de aquellas monedas que, en la rectitud de su alma, consideraba sagradas como un depósito. El billete había sido comprado para los niños de la Cuna, y suyo era el premio.

Agradecida la Superiora, le preguntó, sin poder disimular la sorpresa que aquella cuantiosa limosna le causaba en una persona al parecer tan pobre:

—¿Y quiere V. decirme á quién hemos de agradecer esta caridad tan grande y tan oportuna?

Don Justo no había contado con esto: enrojeció hasta el blanco de los ojos, sus potencias cayeron lacias sobre el cráneo, y luchando entre su modestia, que le mandaba callar, y su horror á la mentira, que jamás manchó sus labios,

guardó silencio, anonadado como el reo que ve descubierto su crimen. Mas de repente vínosele á la memoria el cuadrito de la Virgen del Carmen, guardiana del billete, y con aquel aire de satisfacción y desembarazo del que sale triunfante de un grande apuro, contestó á la atónita Superiora:

—¡Á la Virgen del Carmen, señora, á la Virgen del Carmen!...

Y aquella noche dormían la *bendita* D.ª Tomasa y el *Quijote* D. Justo, con la sonrisa en los labios y la paz en el alma, después de haber tomado por alimento, en todo el día, un plato de pimientos asados.

IV

El día 22 de Setiembre de 1868, notábase una extraña animación en la escuela gratuita de María Inmaculada.

Los romanos zumbaban como abejas, como abejarrones los cartagineses, y los de la Ínsula Asnaria parecían imitar á sus titulares. Don Justo había bajado de su empinado solio, y paseábase con la palmeta en la mano, dirigiendo amenazadoras miradas de Roma á Cartago, y de Cartago á la Ínsula Asnaria.

La revolución de Setiembre había estallado: cerrados toda clase de establecimientos, las músicas transitaban por las calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, y un *entusiasmo oficial* reinaba por todas partes. Algunos, que claramente habían manifestado su desagrado, se llenaron de una espontánea, voluntaria y sincera alegría, ante los persuasivos argumentos con que amenazaban algunos oradores liberales que, colocados por las esquinas, abrían sus negras bocas sobre cureñas ferreamente claveteadas.

Solo la escuela gratuita de María Inmaculada conservaba abiertas sus puertas; y allí, firme como una roca don Justo, ayudado de su elocuente palmeta, esforzábase por mantener el orden entre sus subordinados, que, poseídos de un patriótico entusiasmo, parecían dispuestos á tomarse por fuerza las vacaciones, que de grado no se les daban. Pero ¿cómo había él de tomar parte en el regocijo público?... ¡Él, que había oído gritar á aquellas turbas: ¡Muera Pío IX!... Él, que había visto arrastrada por el suelo la corona de Fernando VII, el monarca de España y de sus Indias que le llamó un día su amigo, y no quiso permitir que el más fiel de sus súbditos se mojase por su culpa!...

Romanos, cartagineses y asnarios habíanse aliado para llevar á cabo una conspiración en contra del antirevolucionario D. Justo. El plan era bien sencillo: un nudo de la madera desprendido de la mesa del maestro, formaba un hoyito en que este, sumamente apegado á sus hábitos, solía introducir el dedo índice de la mano con que accionaba; clavaron en él los conspiradores una aguja con la punta para arriba, y rellenando el hueco de acíbar, esperaron á que el inocente D. Justo encontrase allí el castigo de su tiranía. Distraído este, hacía leer á uno de los cartagineses las máximas de Martínez de la Rosa.

—Lea V. con sentido, que eso no es un romance de ciego, decía; ha de leerse así!...

Quien maltrata á un animal,
No muestra buen natu...

—¡Canastos!—se interrumpió el buen maestro, al sentir un terrible pinchazo en la punta de su dedo, que impulsado por la costumbre había ido á introducirse en el hoyito conspirador; y llevando naturalmente á los labios la parte lastimada, murmuró atónito al sentir en la boca el amargor del acíbar:

—¿Qué es esto, Dios mío?

Una explosión general de malignas risas acogió la sorpresa de D. Justo, que en vano preguntó, indagó y quiso averiguar. Viendo la inutilidad de sus pesquisas, el ofendido maestro, haciendo hasta la magnanimidad honor á su nombre, perdonó antes que exponerse á castigar á un inocente. No obstante este noble comportamiento, aquellas hordas liliputienses siguieron agitadas, como si presagiasen alguna nueva borrasca.

—Vea V., se decía D. Justo, paseando de arriba abajo, lo que puede el mal ejemplo. Hasta en estas criaturas se refleja el espíritu revolucionario de esta pícara época.

De repente interrumpió sus reflexiones una atiplada vocecita, que, saliendo del bando cartaginés, gritaba:

—¡Viva la libertad!

Don Justo se volvió, ligero como una veleta, dirigiéndose con la palmeta levantada al punto de donde había salido aquel grito subversivo; pero solo encontró ojitos bajos, caritas contritas, que con una mansedumbre evangélica no osaban levantar la vista del suelo. En aquel momento otro grito salió de las huestes romanas, y D. Justo, obligado por las circunstancias á adoptar la política de concesión y represión, resolvió levantar la clase media hora antes

de la de costumbre: cantóse la Salve á la Virgen algo más desentonada que de ordinario, y desfiló la amotinada plebe.

Al día siguiente, D. Justo, revestido de toda su gravedad, y envuelto en su capi-levi-frac como en las grandes solemnidades, se presentó en la clase armado con su palmeta acostumbrada, y unas atroces disciplinas de extraordinario. Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria temblaron ante aquel aparato de fuerza; se cantó la Salve con el mayor recogimiento, y concluída esta, subió D. Justo á la tribuna, desde donde, con levantado acento y severo continente, dijo así:

He llegado á sospechar, señores, que algunos de los individuos que concurren á este digno establecimiento tratan de introducir entre los demás el desorden que reina en el resto de la Península... Mas yo tengo medios, añadió mostrando al horripilado auditorio la palmeta y las disciplinas, para mantener el orden!... y si hay entre vosotros alguna lengua que se atreva á proferir un solo grito subversivo... ¡capaz soy!...

Y D. Justo alzó el cerrado puño, miró á Roma, luego á Cartago, á la Ínsula Asnaria después, y dejando caer la mano sobre la mesa con la misma fuerza con que Juno debió golpear la tierra al nacer la serpiente Pyton, concluyó con el acento de Neptuno al pronunciar el famoso *Quos ego!*...

—¡De echársela á mi gato!...

El más hondo silencio se apoderó de los revolucionarios. Don Justo disertó entonces sobre el amor al altar y la fidelidad al trono; y encontrando ocasión oportuna como nunca, refirió una vez más su familiar diálogo con el señor rey D. Fernando VII, cuando en el día 16 de Abril de 1820, al salir S. M. de la Salve de Atocha y estando el cielo encapotado, dijo que iba á llover, y llamó amigo al fiel súbdito que le ofrecía su paraguas de algodón encarnado.

—Y en aquellas palabras,—prosiguió D. Justo, *Gracias, amigo, sentiría que V. se mojase*, que me dirigió el monarca de España y de sus Indias, en cuyos dominios jamás se pone el sol...

El sol se puso en aquel momento en el rostro del maes-

tro, al ver que la puerta se abría con estrépito, y un hombre entraba en la clase: de su cintura pendía un largo y corvo sable, que arrastraba por el suelo; en la manga de su levita, cuyo color indefinible recordaba el de ciertos hombres políticos, brillaban dos galones de oro problemático; colorada era su corbata, colorada era la pluma que tremolaba en lo alto de su grasiento sombrero, y colorada era

también la punta de su nariz, que no era indudablemente el pudor quien la había enrojecido.

Aquel hombre era delegado de una de las muchas *Juntas Gubernativas,* que, constituídas en aquel entonces por su propia virtud, ejercían sobre los pueblos, á quienes la sorpresa de tanta osadía no dejaba sacudir su yugo, una tiranía semejante á la del lacayo que por un momento se viera señor de su dueño.

Sin contestar al cortés saludo, que, no obstante su estupor, le hizo D. Justo, puso aquel hombre en manos del atónito maestro de escuela un cartapacio, en que este leyó en voz alta:

«De orden del señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z.**, se advierte á todos los directores y maestros de escuelas gratuitas, que para solemnizar y conmemorar el glorioso alzamiento de Setiembre de 1868, sustituyan la Salve, que á la apertura de las clases acostumbraba antes cantarse, con el popular himno de Riego. Lo que cumpliendo la orden del señor Presidente, se le notifica á V. para su gobierno.

Salud y fraternidad.—Z.**, 22 de Setiembre de 1868» (1).

Don Justo dejó escapar el papel, y cayó en su sillón, elevando las manos al cielo.

Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria prorrumpieron en un grito unánime de entusiasmo, y dando estrepitosos y atiplados vivas á la libertad, y mueras á D. Justo, precipitáronse por la escalera, cual ruidosa avalancha. Una vez en la calle, formáronse de cuatro en cuatro con su capitán al frente, sus tenientes á los lados, y sus cabos á la cola, y en esta forma recorrieron las calles de la población, cantando el himno de Riego.

---

(1) Histórico.

Mientras tanto D. Justo, vuelto en sí de su sorpresa, coge el primer papel que á mano encuentra, y empuñando la pluma, escribe, cual aquel moro Tarfe,

Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.

«Señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z.**. He recibido el oficio que me dirige, y no permitiéndome mis sentimientos de *católico, apostólico, romano*—y D. Justo puso estas palabras en letra bastardilla y muy gorda—ni mi honor de caballero, ni siquiera de hombre honrado, cumplir su anticristiana orden, le suplico acepte la dimisión que hago del cargo directivo de esta escuela gratuita de María Inmaculada, que durante treinta y cinco años he venido desempeñando.

Dios guarde á V. muchos años.—Z.**, 22 de Setiembre de 1868.»

—Pero hombre,—decía apurada La Pascua Florida, transige un poco, y que canten la Salve con la tonada del himno de Riego.

—¡Transigir!... No transige la conciencia.

—Dios quiera que no nos cueste la torta un pan, Justo: ni siquiera le das *usía* á ese señor *arcarde*...

Don Justo miró, por primera vez en su vida, á su mujer indignado.

—¡Yo!—exclamó. ¡Yo dar tratamiento á un poder revolucionario!... ¡Yo, á quien S. M. el rey D. Fernando VII llamó su amigo, y le dijo familiarmente que iba á llover aquel día!... es decir, se lo dijo al gentilhombre, y entonces fué cuando yo...

—¡Ay Justo!—le interrumpió D.ª Tomasa, que no estaba en aquel momento para recordar las relaciones amis-

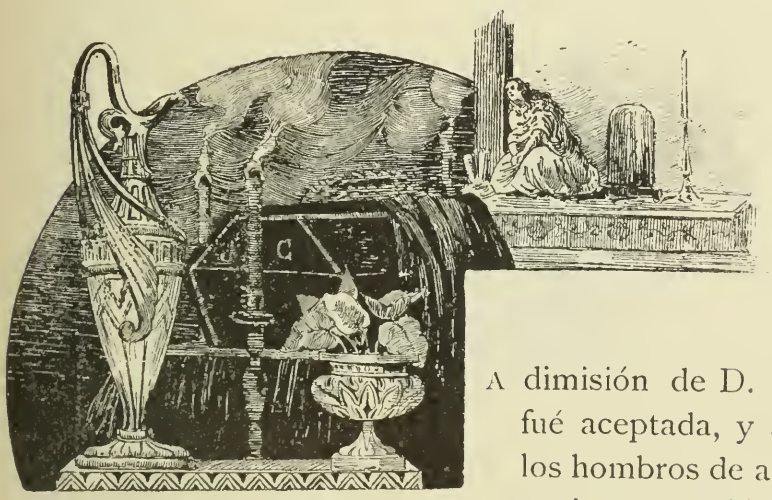
tosas de su marido con el monarca de España y de sus Indias; con ese papel te llevas la llave de la despensa!

—¡Tomasa!—replicó severamente D. Justo, poniendo la mano sobre su corazón: de este, es el hombre responsable... Y de este, añadió bajándola á su estómago, Dios cuida!...

Algunos días después, publicaba un periódico de la corte el siguiente suelto:

«Nos escriben de Z.** que ha sido inmenso el entusiasmo que allí ha producido el glorioso alzamiento del 18 de este mes. El jueves de la semana pasada recorrieron las calles de la población un grupo de jóvenes de lo más ilustrado y principal, entonando el patriótico himno de Riego. Celebramos infinito este entusiasmo de la juventud, que es hoy la esperanza de la regenerada patria.»

V



La dimisión de D. Justo fué aceptada, y sobre los hombros de ambos ancianos se unió entonces al peso de los años, el peso de la miseria. Doña Tomasa perdió la vista, y D. Justo murió á poco en el hospital. Al despedirse de su esposa, después de recibir con fervor extraordinario los Santos Sacramentos, le repitió varias ve-

ces aquella máxima de *El libro de los niños*, en que enseñaba a leer á sus discípulos:

¿Veis la virtud abatida?
¡Mas también hay otra vida!

¡Es cierto!... En ella es donde los héroes según Dios obtienen su apoteosis; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los héroes del vicio; en ella es donde, al contemplar estos, á la inextinguible luz de la eternidad, lo que los hombres llamaron su gloria, claman rechinando los dientes: *Nos insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*

¡Nosotros insensatos, teníamos su vida por una locura!

LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESÚS

LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESUS

ERA la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un *Nacimiento*. Era aquel un Nacimiento á la española y á la antigua, con todos sus intrincados laberintos y todas sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado, que sostenían una Belén de cartón: bosques de lentisco, ríos de cristal, chozas de paja, pastores y zagalas de barro, que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño: rebaños de vacas y ovejitas que pacían mansamente en

prados de serrin verde: bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas, sin esperar á que Schwartz inventara la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando á Misa, á media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes; más lejos asomaba por la boca de un túnel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en el último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente más atrevido que aquel famoso del Diablo, cuyos cimientos es fama que los echó este ilustre arquitecto, quedando hecho desde entonces jefe supremo de la francmasonería. Al pie de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormía el Niño Divino en su camita de pajas: á su derecha le contemplaba la Virgen arrobada, y á su izquierda le contemplaba también San José apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenían en el fondo á respetuosa distancia, y á la entrada de la gruta dos guardias civiles, de gran gala, ordenaban á la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimían un suave movimiento, veíanse gran número de ángeles sosteniendo banderolas con letras de oro, que decían: *¡Gloria in excelsis!*

Conocíase, sin embargo, que una mano inteligente había dirigido aquella perspectiva verdaderamente admirable, conservando de intento esas graciosas impropiedades que despiertan en el corazón los dulces recuerdos de la infancia. Todo era, por otra parte, rico y suntuoso: las figuras eran todas finas, y algunas de verdadero mérito; un rico tapiz flamenco cubría el fondo; arañas antiguas de cristal de Venecia cargadas de bujías, y macizos candelabros de plata,

colocados acá y allá por la montaña, prometían á los pastores que no echarían de menos en el camino ni el alumbrado de gas, ni las luces eléctricas. La estrella que guiaba á los Reyes Magos era una verdadera estrella de riquísimos brillantes, y otra en todo igual, colocada en el fondo de la gruta, esparcía sus magníficos reflejos sobre el celestial semblante del Niño. Plantas raras y vistosas enredaderas criadas en invernaderos, festoneaban la montaña, y se entretejían en el fondo con grandes espejos que, colocados frente á frente, aumentaban la perspectiva, y habían de causar, reflejando centenares de luces, un mágico efecto.

Hallábase el caballero, de que hicimos mención, subido en lo alto de una escalera de manos, poniendo en orden la turba de palafreneros, pajes, soldados, caballos y dromedarios, que formaban la comitiva de los Reyes Magos. Era un joven de unos treinta años, cuya arrogante figura respiraba dignidad y gracia: vestía un elegante traje de casa, de color gris con vivos rojos, y un criado le iba alargando desde el suelo los personajes del séquito regio: llamábale señor Marqués, y le daba siempre el tratamiento de excelencia. La señora parecía más joven; y con ser muy bella, era más simpática: tenía puesto un gran delantal blanco sobre su traje también de casa, y ayudada por una doncella, colocaba una piara de patitos entre las ramitas de pino, que la remedaban juncos en ambas orillas del río. El caballero llamaba Elvira, y los dos criados le decían también señora Marquesa.

De repente sonó una estrepitosa carcajada detrás de la cortina que cubría la puerta del fondo. Sorprendido el Marqués, se volvió en lo alto de la escalera con el rey Melchor en la mano, y estupefacta la Marquesa dejó escapar media docena de aquellos diminutos palmípedos, que comenzaron á patinar más bien que á nadar, en aquel río verdaderamente cristalino: al mismo tiempo se precipitó en la estan-

cia una señora joven, envuelta en un abrigo de terciopelo azul guarnecido de martas, y se dejó caer riendo en un sofá, sin sacar las manos de su manguito de pieles.

—¡Magnífico! ¡portentoso! ¡admirable!—exclamaba sin cesar de reir. ¡Qué grabado tan bonito para la *Ilustración Española!*... Cuadro de costumbres patriarcales.—¡Baucis y Filemón en su juventud lozana!...

—¿Pero, por dónde has entrado?—dijo al fin la Marquesa.

—Pues hija, por la puerta, y sosteniendo una batalla campal con ese *Bruin* (oso), de librea que tienes en la antecámara.—¡Que los señores no reciben! decía; y yo haciéndome la sorda, me entré de rondón, y he llegado á tiempo de contemplar á estos papás de tiempos bucólicos, preparando el Nacimiento para su niño... ¿Y dónde anda Alvarito, que no lo veo cosido á tus enaguas?

—Lo he mandado al Retiro con Miss Folck, porque quiero que todo esto le coja de sorpresa.

—Y por cierto,—dijo el Marqués desde lo alto de la escalera, que á lo mejor se entra por las puertas, y seremos nosotros los sorprendidos.

—¿Quiere decir eso que estorbo?...—Pues paciencia, primo mío; que para estos casos se inventó aquello de sufrir con ella las flaquezas de nuestros prójimos; y no he salido yo de mi casa con un frío de seis grados bajo cero, para irme sin ver este portento de tus manos.

Y acercándose la señora al Nacimiento, comenzó á recorrerlo todo con la vista, diciendo en tono burlón:

—¡Ay qué bonito!... ¡Los pastorcitos y las vaquitas!... ¿Cómo hacen, Elvira?... ¡mú! ¡mú! y las ovejitas, ¡bé! ¡bé! y los pajaritos, ¡pí! ¡pí!... Mira, Álvaro, ó mejor dicho, Melibeo, ó Tirsis, ó Clorinto, baja de esa escalera con un sombrero de paja con lazos rosa, y un cayadito en la mano, y ven con tu Alvarito á ofrecer al Niño Dios un platito de

requesones... ¡Calla! ¿y andan tus brillantes alumbrando á los Reyes Magos?... ¡Vamos! ¿también á ti la felicidad doméstica te ha reblandecido el seso?... No te lo has puesto más que una vez, cuando fuiste á Palacio á tomar el almohadón, y ya se los cuelgas á la mula y al buey...

—No, hija, no;—le interrumpió la Marquesa: se los pongo al Niño Jesús, que está en la cuna... ¿Acaso puedo emplearlos mejor que en honrar á Dios y entretener á mi hijo?...

—Vamos, vamos, *Dorila* mía: ponte también un zagalejo colorado, y una guirnalda de frescas rosas, y vente con

tu Melibeo á ofrecer al Niño un panal de rica miel y una orcita de manteca!

—Si quieres venir por acá esta noche, —dijo el Marqués, tocarás la zambomba mientras nosotros hacemos la ofrenda.

—Me parece que la harás tú solo, Melibeo... Incivil é inculto Melibeo, que ni siquiera por respeto á una dama has bajado de esa escalera... Lo que es esta noche, tu Dorila no cenará contigo requesones; que me la llevo yo á que cene en mi casa *foie-gras* y pavo *truffé*... Solo para convidarla he venido.

—¿Das algún baile?

—No: doy una Misa del Gallo.

Fué tal el flujo de risa que estas palabras seriamente pronunciadas causaron á los dos esposos, que la misma dama acabó también por reirse.

—¿Una Misa del Gallo?—exclamó el Marqués. ¿Y quién la dice?... ¿Tú ó tu marido?

—Mi señor marido, —respondió la dama con cierta amargura, se divierte en el Senado haciendo leyes...

—Y su señora mujer se divierte en casa diciendo misa,—le interrumpió el Marqués.

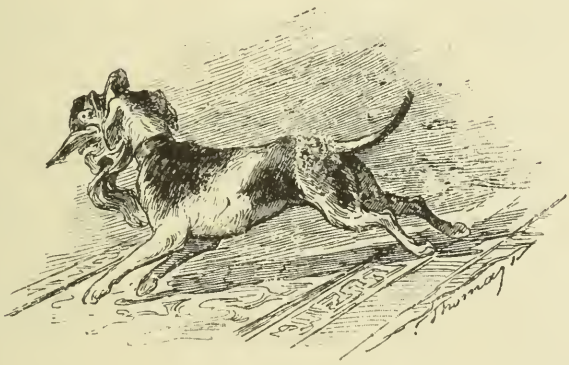
—¡Pues claro está!... Ayer se me ocurrió la idea, que por lo nueva ha de causar efecto... Y eso que estaba de un humor de perros... Figúrate que me habían mandado de París un sombrero de invierno, con un gran pájaro lindísimo, como no he visto en Madrid otro. Apenas lo había sacado de la caja, se me entran en el tocador los seis niños con una dichosa perra perdiguera que les ha regalado su padre... Ver la perra el sombrero, creer que el pájaro era una perdiz, y lanzarse á él y llevárselo entre los dientes todo fué uno!... Yo chillaba, los chiquillos reían, la perra ladraba, los criados corrían azorados... En fin, hija; allá en

las caballerizas pudieron arrancar á la perra el sombrero, que estaba ya como puedes figurarte.

Los dos esposos reían á carcajadas: la dama decía muy seria:

—Sí; reíos, reíos, que el caso es de risa... Te aseguro que si hicieran á Herodes ministro de Fomento me hacía ministerial hasta los huesos.

—¿Y no podría la modista arreglarte un bonete con los restos del sombrero?—preguntó el Marqués riendo. Te serviría esta noche para decir la Misa del Gallo...



—Calla, Melibeo, y entretente con tus Reyes Magos, que nada quiero contigo,—respondió la dama; y dirigiéndose á la Marquesa, añadió: ¿Con que te espero á las diez?... Bailaremos hasta las doce: á esta hora nos dirá el Capellán la misa en el oratorio: cantará el cuarteto de la Capilla real, que es delicioso; pero la misa será cortita... Luego cenaremos alegremente, y volveremos á bailar otro par de horas. Tendremos allí á todo Madrid, porque, á pesar de la premura del tiempo á todo Madrid he convidado.

—¿Pero hablas formalmente?—preguntó la Marquesa.

—¿Pues digo acaso algún disparate?

—Un disparate, no;—replicó el Marqués con vehemencia. ¡Una herejía, sí!

—¿Y en qué he faltado á la fe, señor teólogo?

—¿Á la fe?... y á la esperanza, y á la caridad, y á la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; que son tres virtudes teologales y cuatro cardinales.

—¡Oiga!... y qué presente tiene Melibeo el Catecismo de Ripalda.

—Como que sobre no haberlo olvidado yo, se lo enseño todos los días á mi hijo.

—¡Oh, papá modelo!... Lástima que no se lo enseñara también á los míos el Licurgo de su padre, en vez de regalarles perras perdigueras.

—Y si fueras tú á la clase con ellos, aprenderías á no dar en tu casa Misa del Gallo.

—¿Pero me querrás decir lo que en esto te escandaliza?

—¿Pues te parece poco escándalo, el de convidar para una misa, lo mismo que convidarías para un *the dansant*?

—Mucho has variado, primo; porque cuando estábamos en Irlanda, y por Navidad nos llevaba el abuelo al castillo de Lord Gray, bien te entusiasmaba la misa solemne que allí decían.

—¿Y quieres comparar una fiesta de familia, y de familia modelo, en que se dice una misa con toda la devoción y solemnidad que el caso requiere, con una misa que se dice y que se oye para descansar de bailar y hacer ganas de cenar?...

—¡Vaya!—dijo picada la dama. Era lo que me quedaba que ver: un capitán de artillería con escrúpulos de monja.

—Pues más he visto yo, —respondió el Marqués también picado: una señora Baronesa con conciencia de gastador.

Y al decir esto dió distraído tan fuerte golpe en la escalera con el rey Melchor, que le rompió la cabeza. Fué tanta y tan cómica la cólera del Marqués, al ver decapitado al inocente rey, que las dos señoras soltaron la risa.

—¡Anda!... ¡Me alegro!—dijo la Baronesa, dando con el

pie á la cabeza del monarca que rodaba sobre la alfombra. Esa inocente víctima aplaca mi ira.

—¡Á mí me importa poco tu ira!—gritó el Marqués, á quien acabó de exasperar la risa de la dama. Pero sábete que ni mi mujer, ni yo, ni mi hijo, ni nadie de mi casa, pondrán los pies en tu Misa del Gallo!... Eso es una irreverencia, una profanación, casi un sacrilegio; y si el Vicario de Madrid se entera, por lo menos te excomulga... Lástima que no hubiera Inquisición, y saldrías por las calles de Madrid emplumada con todos tus tertulianos... ¡Bonitos pavos de pascua, para tiempo de Navidades!

—¡Pero Álvaro!—exclamaba apurada la Marquesa, viendo que la cosa iba de veras. ¡Calla por Dios!

—¡Pues no callo: que son las mujeres el diablo!

—¡Te equivocas!—gritó la Baronesa pálida de ira. ¡Jamás he visto pintar *diablas!... ¡Diablos* son siempre los que pintan!

—No le hagas caso, Inés.

—¡Mucho le haré yo á tu marido!—decía la Baronesa, dirigiéndose furiosa á la puerta, seguida de su prima que en vano procuraba calmarla. ¡Mejor le sienta la zamarra de Melibeo, que las ínfulas de Santo Padre!

—¡Y á ti los cascabeles de la locura, que el bonete de doctora mística!—replicó el Marqués, bajando de la escalera para buscar por el suelo la cabeza del rey Melchor.

—¡Al diablo no se le ocurre otra!—decía, procurando unirla al tronco, para ver si era posible la cura. ¡Digo! y del puntapié que le dió le ha desconchado las narices... ¡Cuando digo que la tal prima Inés tiene menos seso que el rey Melchor!... ¡Entretenerse con una Misa como quien se entretiene con una comedia!... y lo peor es que pondrá la ocurrencia de moda, y tendremos en Madrid misas con cotillón y cenas con introito...

A poco volvió la Marquesa entre risueña y apurada.

—La pobre Inés se ha ido furiosa, dijo.

—Pues que vaya al Senado á pegarla con su marido.

—Sí, hombre; pero has estado duro con ella.

—Verdad que estuve durillo; pero el rey Melchor tuvo la culpa. Me dió tal coraje al verlo roto, siendo el que había de gustar más al niño, que se me fué la lengua y se me escapó la verdad.

—Y justamente la verdad es la que más punza.

—Locas como Inés, bien necesitan oirla.

—Verdad que es ligera; pero tiene el corazón más hermoso que he visto.

—Y la cabeza más destornillada que he conocido.

—Y nos quiere como á hermanos, y á nadie tiene en el mundo que la aparte de sus locuras.

—Es verdad... ¿Pero qué hemos de hacerle?

—Si tú quisieras...

—¿Qué?

—Podría convidar á sus niños para que viniesen á pasar la noche con Alvarito... Esto la aplacaría.

—Pues convídalos y que vengan... Con eso aprenderán los pobres chicos en casa ajena, lo que no aprenden en la propia.

Alborozada la Marquesa, se dirigió á la puerta para mandar poner el coche: el Marqués la siguió con una mirada que rebosaba amor y dicha.

—¡Mira!—le gritó al verla desaparecer. Dile también que envíe á la perra perdiguera con su sombrero de invierno... Así la satisfacción será completa.

La Marquesa se echó á reir, y el Marqués se quedó diciendo:

—¡El diablo son las mujeres... cuando no son ángeles como Elvira!

II

ÚSOSE al fin el día, y llegó la Nochebuena, con ese perfume de romero y tomillo que no han logrado desvanecer diecinueve siglos; con esa alegría que baja del cielo, que se respira en la atmósfera y hace latir el corazón con cierto latido propio... ¡Noche santa, Nochebuena, de pura alegría en el hogar, de sublime solemnidad en el templo: noche en que todo parece que vive y siente y goza al recuerdo de los primeros vagidos de un Niño; en que el alegre ruido de las panderetas y zambombas aumenta todas las penas y todos los cuidados, y despierta, hasta en el corazón más empedernido, esos santos ecos de la infancia, que hacen levantar la vista al cielo, buscando allí la inocencia perdida, y encontrando quizá el perdón y el arrepentimiento!... ¡Ah! grabad bien en la infancia, al son de zambombas y panderetas, el rostro de ese Dios Niño que duerme entre paja; porque de los niños salen los hombres, por más que el pensarlo contriste el alma; y esa impresión dulcísima les hará reconocer más tarde, cuando la inocencia huye y la malicia llega, al Dios Niño que sonreía en Belén, en el Dios

Hombre que perdona en el Calvario. Cante el niño hoy ante el pesebre con alegres risas:

Ha nacido en un portal
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
El Redentor de las almas,

y este recuerdo hará mañana al hombre decir ante la Cruz, con lágrimas de arrepentimiento:

Cuando niño os contemplaba,
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me gozaba.
Mas hombre, y hombre tan malo,
Que no hacéis ley que no quiebre,
Ya no os busco en el pesebre,
Sino clavado en un palo!... (1).

Esta era la gran obra, que sin comprender toda su trascendencia, adivinaba con su instinto de madre aquella buena Marquesa Elvira, y procuraba practicar en su hijo único Alvarito. El niño se hallaba en su alcoba, y ayudábale á acostar su madre: sentado en las rodillas de esta, con toda la gravedad de sus seis años, repetía con ella el *Bendito*, y la oración del Santo Ángel, y aquella otra oración *Bendita sea tu pureza*, fijando al mismo tiempo en aquel hermoso rostro que tan dulcemente le sonreía, esa mirada profunda, dilatada, propia del niño cuando reflexiona ó siente, que refleja su alma entera sin doblez ni culpa, con la misma pureza con que reflejan las tranquilas aguas de un lago, el terso azul del firmamento.

Habíale reprendido su madre, porque cuando su aya Miss Folck le hablaba en alemán para acostumbrarle á este idio-

(1) Lope de Vega; soliloquios.

ma, ó bien callaba como un muerto, ó echaba á correr sacándole la lengua. El niño hizo dos ó tres pucheritos, que enternecieron á la madre: entonces le dijo, para consolarle, que era ya la Nochebuena, y que á las doce vendría á despertarle el Niño Jesús, que bajaba del cielo para salvar á los hombres, y repartir entre los niños más de mil cucuruchos de dulces, y lo menos cuatro carros de aquellos juguetes que guardan los ángeles entre las nubes de oro de

que está tapizada la gloria. Y al oir esto el niño, una alegría inmensa nacía suave en su corazón, y brotaba ruidosa por sus labios, y dando gritos de júbilo saltaba en camisa sobre la alfombra, obligando á su aya la grave y tiesa Miss Folck, á correr en su persecución para traerle de nuevo á las rodillas de su madre. Añadíale entonces esta, que también á las doce había de venir otro niño pobre, que era hermano del Niño del portal, y hermano de todos los niños buenos, y por eso era también hermano de Alvarito; pero

aquel niño desdichado no tenía dulces, ni juguetes, ni ropa, ni abrigo, ni mamá que le quisiera, ni papá que le diese aguinaldos, ni Miss Folck que le llevara al Retiro!... Y por eso aquel pobre niño lloraba mucho, mucho: tanto, que no había cesado de llorar, en tres meses que llevaba de nacido... Y la carita del niño retrataba entonces una expresión de inmenso asombro, y después otra de intensa pena, y dos anchos lagrimones acudían á sus ojos, mientras prometía regalar á aquel niño desgraciado, tres tortas y dos polvorones, y un caballo de cartón, y un sombrero con plumas, y un coche grande, grande; tan grande, como el que tenía su papá para ir á hacer al Rey las visitas...

Poco á poco fuese apagando la locuacidad del niño, y quedó al fin su alegría amortiguada bajo el sueño, como quedan ocultas, bajo suaves cenizas, las brasas encendidas. Sus ojitos se cerraron, sus bracitos cayeron á lo largo del cuerpo, y su rubia cabeza fué á descansar sobre el seno de su madre. Entonces le colocó esta en su camita blanda, cual un nido de pájaros, y haciendo sobre su frente la señal de la cruz, le dejó soñar esos misteriosos sueños de la infancia, en que vienen los ángeles de la Guarda á contar al oído de los niños hermosos cuentos del cielo. Opinión propia nuestra, cuya candidez hará reir á más de un teólogo, que no sabrá, sin embargo, explicarnos el origen de esa celestial sonrisa, que aparece de cuándo en cuándo en los labios del niño que duerme tranquilo.

Mientras tanto habían llegado los hijos de la Baronesa y algunas otras personas de la familia, y reinaba en todo el palacio esa alegre animación, propia de esta santa noche, que trasciende y se esparce por todas partes, desde el salón á la cocina. Faltaba, sin embargo, un personaje, que era siempre en aquella casa el principal, en la fiesta de Nochebuena. No se hizo esperar mucho: á las once y media

se detuvo un coche á la puerta: bajó de él la buena Miss Folck, y ayudó luego á apearse á una anciana miserablemente vestida, que ocultaba, bajo el mantón andrajoso que la cubría, una especie de envoltorio. El Marqués y la Marquesa, y cuantos en la casa había, salieron á la escalera á

recibir á aquella extraña visita: abrió entonces la anciana sus andrajos, y puso en brazos de la Marquesa, en medio del mayor silencio, un niño recién nacido, envuelto en viejos pañales de bayeta amarilla... Aquel era el niño desdichado de que había hablado la Marquesa á su hijo; aquel era el niño pobre que entraba en aquella ilustre casa como

hermano del Niño de Belén, para conservar en ella la santa costumbre que desde tres siglos antes atraía sobre sus moradores las bendiciones del cielo...

Una noble dama de aquella familia había introducido en ella, á fines del siglo XV, esta costumbre, que sus descendientes conservaban intacta. Preparaban las señoras al acercarse el tiempo de Navidad, una canastilla completa para un recién nacido: buscábase luego entre los pobres de las cercanías un niño de padres honrados, y era conducido la Nochebuena en compañía de aquellos al palacio de los Marqueses. Colocábasele en una camita ante el Nacimiento, preparado al efecto; y allí, la ilustre Marquesa, rodeada de toda su familia, lavaba en memoria del Niño Jesús á aquel otro niño, pobre como él y desvalido, y le vestía ella misma las ropitas que sus propias hijas habían preparado y cosido. Ofreciasele después al Niño Jesús aquella imagen viviente suya, y se entregaba á los padres del niño una gruesa limosna: esta limosna era, en los tiempos del Marqués á que aludimos, una suma suficiente para que, impuesta en la Caja de Ahorros, hubiese podido producir á la mayor edad del niño, la cantidad necesaria para redimirle de quintas. Habíale tocado aquel año á un pobre ángel de tres meses, huérfano de padre y madre, y este era el que su decrépita abuela, único sostén con que contaba en la tierra, había puesto en brazos de la Marquesa.

Esta abrió las pobres mantillas del huérfano para besarle cariñosamente en la frente, y fué luego, seguida de todos, á depositarlo en la cunita preparada de antemano para el inocente huésped.

Pensóse entonces en dar principio á la fiesta, que había de tener lugar en la misma alcoba de Alvarito: comunicaba esta por un lado con la de sus padres, y hallábase separada por el otro con un tabique corredizo del aposento de Miss

Folck. Allí era donde, sin que el niño sospechase su existencia, se había levantado el maravilloso Nacimiento, de tal modo, que corriendo de repente el tabique divisorio, apareciese en todo su esplendor á la vista del niño. Encendiéronse los centenares de luces, y parientes, niños y criados, provisto cada cual de panderetas, zambombas, pitos y sonajas, fueron á colocarse detrás del Nacimiento. La Marquesa cogió una pandereta, y atravesando de puntillas la alcoba de su hijo, fué á ocultarse en ella detrás de una cortina: el Marqués... ¡ah! Marqueses y no Marqueses de retorcidos bigotes y peinadas perillas, que andáis por ahí buscando, sin encontrarlos, nuevos placeres; oídlo bien, y reíd si os place de aquel compañero vuestro, que tan á mano los hallaba!... El Marqués, aquel ilustre Marqués que el 22 de Junio se batió solo contra siete, agarrado á una cureña, y el 18 de Setiembre tiró á la cara de un general traidor la escarapela revolucionaria que este le ofrecía; aquel Marqués, decíamos, corría también de puntillas con una enorme zambomba cargada de cascabeles, á ocultarse junto á su esposa detrás de la cortina, para esperar impaciente la campanada de las doce, y despertar á su hijo, cantando, ebrio de dicha, humildes coplas de Nochebuena!...

Sonó por fin aquella hora, llena de alegrías y de misterios, y el tabique se descorrió de un golpe, dejando aparecer aquel foco de luz inmenso, al mismo tiempo que las panderetas y zambombas sonaron alegremente, acompañando á las voces que cantaban unidas:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Virgen María,
Sin dolor ni pena,
Á las doce de la Nochebuena...

Alvarito se incorporó de un salto, abriendo los ojos asombrado.

—¡Nochebuena!... ¡Nochebuena!— exclamó, fuera de sí cruzando las manitas; y ligero como un pájaro saltó de la cama, atravesó corriendo la alcoba, y fué á caer de rodillas ante el Nacimiento, con las manitas cruzadas sobre el pecho é inclinada la cabecita... ¿Qué pasaría entonces por el alma de aquel niño afortunado? ¿Creería que se hallaba realmente en los cielos, oyendo cantar el *Gloria in excelsis?* ¿Vería quizá, en efecto, al Niño Jesús, que sonriendo le tendía la mano?... Es lo cierto, que cuando su madre acudió á envolverle en una gran capa de pieles, el niño se resistía á abandonar su actitud extática; y cuando su padre lo levantó en brazos, besándole con delirio, gruesas lágrimas se desprendían de sus puros ojos azules, y llevándose una manita al corazón, que le latía apresurado, exclamaba fuera de sí:

—¡Ay! ¡ay!... ¡déjame! ¡déjame!... ¡que yo seré siempre bueno... y no le sacaré á Miss Folck la lengua!...

Pasados aquellos primeros transportes de sorpresa y santo júbilo, la Marquesa se sentó al pie del Nacimiento, para vestir al huérfano en memoria del Niño divino: uno le traía el agua tibia y perfumada; otro le presentaba los pañales zahumados con romero y alhucema; aquel quería colgarle él mismo en las fajitas el *brevetin* bordado de lentejuelas que encerraba los Evangelios, y cuando ya vestido el pobre huérfano, fué Miss Folck á mullirle la almohadita de la cuna de caoba que también le regalaba la Marquesa, Alvarito se la arrancó violentamente de las manos, gritando:

—¡No!... ¡esa no!... ¡La mía! ¡la mía!...

Y corriendo hacia su cama trajo su almohadita de tafetán

rosa, con funda de finísima holanda, y la colocó él mismo bajo la cabeza del huérfano.

Á la mañana siguiente recogió la Marquesa aquella almohada, como quien recoge una reliquia, y adornándola con encajes de grandísimo valor, fué á colocarla bajo la cabeza de un hermoso Niño Jesús, digno de Montañés ó la Roldana, que, acostado en un pesebre de plata, ocupaba el centro del altar de su magnífico oratorio.

III

HABÍA pasado un año, y vuelto á llegar la Nochebuena, con esa inalterable regularidad del tiempo, cuyo impasible paso deshoja hoy las alegrías de ayer, y seca mañana las lágrimas de hoy... Muchas se derramaban aquella noche en el palacio de los Marqueses: los criados andaban de un lado á otro tristes é inquietos; numerosas visitas entraban y volvían á salir, por no encontrar en aquellos salones desiertos quien las recibiera, ni atreverse tampoco á penetrar en aquella risueña alcoba de Alvarito, en que se habían entronizado entonces el dolor y la muerte. El niño se hallaba agonizando: su padre, aquel hombre robusto y valiente, de corazón de acero y miembros de hierro, á quien jamás doblegó temor alguno, yacía anonadado, sin movimiento, tendido en un sofá, sin dar otra señal de vida, que estremecimientos nerviosos y sollozos convulsivos. La Marquesa, por el contrario, parecía encontrar fuerzas en la misma inmensidad de su dolor: serena al parecer, enérgica, sin haberse movido en tres días conse-

cutivos del lado de su hijo, ni aun para tomar alimento, le oprimía entonces entre sus brazos, envuelto en una manta de borras de seda, y espiaba sin cesar el rostro cadavérico del niño, que parecía sumido en un letargo, precursor sin duda de la muerte. Á su lado estaba la Baronesa Inés, sentada junto á la camita vacía, sobre la cual se hallaban esparcidos multitud de juguetes, con que en vano habían intentado distraer al inocente enfermo. De cuarto en cuarto de hora entraban dos médicos en la estancia, y después de reconocer al niño, se alejaban haciendo tristes augurios.

Á las once y media tomó la Baronesa un vaso que contenía una medicina, y se puso de rodillas junto al niño, para hacerle tomar una cucharada que había recetado el médico. Su madre le movió dulcemente.

—¡Alvar!... ¡Alvarito!—le dijo, con tan suave voz, que parecía una caricia.

Mas el niño no contestaba ni se movía, y su fatigosa respiración se asemejaba siempre á un quejido continuo. Angustiada la Marquesa acercó sus labios al oído del niño, y repitió en voz más alta y más temblorosa:

—¡Álvaro!... ¡hijo mío!... ¿No me oyes?... ¿Quieres á tu madre?... ¿Me quieres?...

El niño abrió los ojitos, y la miró fijamente sin contestar: alzó luego su manita enflaquecida, y acarició con ella aquellas mejillas pálidas por el insomnio, que se inclinaban sobre su rostro: después la dejó caer extenuado, y volvió á cerrar los ojos.

La Baronesa intentó entonces introducir en su boca la cuchara; mas de tal manera se habían encajado los dientecitos del niño, que fué imposible hacerle tragar aquella medicina, que era ya la última esperanza. La Baronesa se echó á llorar, y llamó entonces á los médicos; el más anciano había salido, y el otro le dijo en voz baja:

—Es inútil: no tardará una hora en llegar la agonía.

De allí á poco sonó una campanada, y luego otra, y después otra, hasta sonar doce, anunciando que el Niño Dios

bajaba del cielo, á traer paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Un extraño fenómeno se operó entonces en aquella estancia: el Marqués se incorporó pálido como la muerte: su mujer apartó del niño sus ojos extraviados,

para tender en torno suyo una mirada medrosa: la Baronesa dió dos ó tres pasos sin dirección fija, mirando á todas partes aterrada... Hubiérase dicho que ALGO que no era de este mundo había cruzado en aquel momento la alcoba, infundiendo en los presentes ese misterioso terror que pega la lengua al paladar y eriza los cabellos; ese pavor divino, que despierta siempre en el alma, todo lo que es sobrenatural y milagroso. Una convulsión terrible agitó al mismo tiempo el cuerpecito del niño, y oyósele gritar distintamente:

—¡Me muero!... ¡Mamá, me muero!... ¡El Niño me trae la almohadita!...

La Marquesa se levantó, como movida por un resorte, pálida, rígida como un muerto, y exclamó tendiendo el niño á su prima:

—¡Tenlo!

—¿Pero qué haces?—exclamaba aquella espantada.

—¡Tenlo, te digo!—repitió la madre con un acento, que no parecía humano; y dejando al niño en brazos de la Baronesa, salió rápidamente del cuarto, entró en el oratorio, cogió aquella almohadita de Alvarito, que un año antes había colocado ella misma bajo la cabeza del Niño divino, y volviendo apresuradamente á la alcoba, reclinó en ella á su hijo moribundo.

—¡Álvaro! ¡Álvaro!—decía, rodeando un brazo al cuello de su marido, y arrodillándose, abrazada á él, junto á la camita del niño... ¡Si Jesús no lo salva, nos quedamos sin hijo!...

Reinó entonces un silencio, que á veces interrumpía un sollozo, y dejaba oir siempre la angustiosa respiración del niño: poco á poco aquel estertor fuése haciendo menos fatigoso: una hora después era solo agitado, y al amanecer, cuando los primeros reflejos del alba iluminaron el rostro

del niño, blanco cual un jazmín cortado á la mañana, era su respiración la de un sueño tranquilo.

Entonces entró el más anciano de los médicos, y preguntó, después de examinar al niño, si había tomado la medicina. La Baronesa se la mostró con el dedo, intacta en el vaso.

—Pues entonces,—dijo el anciano, moviendo la cabeza, el Niño Jesús es quien le devuelve á V. su hijo.

La Marquesa extendió los brazos, y lo que no había logrado el dolor, lo pudo la alegría. lanzó una especie de gemido, y cayó sin conocimiento al pie de la cama de su hijo.

VI

AQUELLA noche de Navidad impresionó tanto á la Baronesa que jamás volvió á dar en su casa Misas del Gallo. Entreteníase con su prima en preparar la canastilla para el Niño Jesús, y acudía con todos sus hijos á presenciar y tomar parte en aquella santa costumbre, tan antigua en su familia.

Las revistas de salones lamentaban el eclipse de aquella brillante estrella, y el hogar de sus hijos recobraba el santo calor de su corazón de madre. Mas no por ser madre excelente dejó de ser gran señora, ni necesitó tampoco para convertirse en perfecta cristiana, posar todo el día rezando en la iglesia, *envuelta,* como cierta ilustre dama teme, *en un manto largo, largo, largo...*

LA BATALLA DE LOS CUEROS

LA BATALLA DE LOS CUEROS

(EPISODIO HISTÓRICO)

AL EXCMO. SR. D. XAVIER LÓPEZ DE CARRIZOZA Y DE GILES,

MARQUÉS DE CASA-PAVÓN

Querido Xavier: Estas páginas encierran un jirón de la gloria de tus abuelos, arrancado por mí al polvo de los siglos. Quince años hace que me ayudaste á encontrarlas en el rincón de un archivo: por eso al publicarlas de nuevo pongo al frente tu nombre, como un testimonio de nuestra antigua amistad que durará siempre, y un recuerdo de nuestra primera juventud que no volverá nunca.

LUIS COLOMA, S. J.

Orduña, 7 de Febrero de 1886.

I

Sanctiago fui Freyria
Faciendo gran mortandad.
El alférece aquel día
Mostrando muy gran bondad,
El Pendón iba alçando
E con plazer lo blandiendo,
E los Freires le guardando
En los moros bien feriendo.

(Crónica rimada de Alfonso XI.)

EN aquellos tiempos de grandes virtudes y grandes vicios, pero que tan rara vez conocieron ruindades ni mezquinas pasiones; cuando el Rey Sabio acorralaba la morisma y aún no lloraba sus querellas, aparece en la historia el Jerez cristiano y caballero, como el terrible vigía de la frontera, ceñido de murallas, coronado de laureles sangrientos, enarbolando una cruz, y cobijándola con un pendón, sobre el que los siglos y la sangre han escrito una epopeya.

El tiempo cubrió con su polvo de majestad aquellas glorias, y el olvido y la indiferencia las enterraron luego, sin que un epitafio las eternice, ni un poeta las cante, ni un historiador diga á los que tras nosotros vienen, que antes que rico y poderoso, fué Jerez noble, leal y heróico.

Los años pidieron auxilio al hombre para arrancar al adalid cristiano su cinturón de almenas, y el héroe inclinó impotente la cabeza, trocó la lanza por la rueca, por coronas de vid las de laurel de sus hijos, y rojo de vergüenza vió que roía su pendón la polilla, y cubrían sus blasones ingratos sacos de oro.

Los hombres de hoy olvidaron á los héroes de otros tiempos, y aquella tierra ingrata que enseña al viajero bodegas, no puede mostrarle la tumba de Diego Herrera, ni la estatua de Garci-Gómez Carrillo.

¡Con cuánta más razón que Escipión á Roma, pudieron decir á esta madre olvidadiza sus hijos de antaño!—*¡Ingrata patria, no tendrás tú mis huesos!*

II

ABÍA en otros tiempos pegada á la puerta del Marmolejo, que se llamó luego del Real, una pequeña capilla que se amparaba á los muros, como la fe se ampara á la fortaleza. Venerábase en ella una imagen de la Virgen de la Merced, y era costumbre de los antiguos caballeros, al salir á la batalla, pedir á la Señora su amparo en la lid y su auxilio en la victoria: llamábanla por esto la capilla del Humilladero; que aquellos hombres que con soberbia pisaban la tierra, solo humildes miraban al cielo.

Hallábase abierta la histórica capilla el 11 de Julio de 1325: poblaban sus alrededores confusos grupos de hombres cubiertos de hierro, que formaban acá y allá bosques de picas y lanzas, alzándose amenazadoras: flotaban por donde quiera airones y banderas de varios visos, rodeando un pendón de riquísima tela roja, cuyos anchos pliegues caían á lo largo del asta, como si no pudiese el viento agitar el peso de tanta gloria.

Era el pendón de Jerez, antes que en buena lid arrancase al moro otro, en la batalla del Salado.

Cerrada y oscura vieron venir los jerezanos la noche de aquel día: nunca ven estrellas ojos que empañan temores, y no los abrigó Jerez más negros, desde que sus caballeros, en carta escrita con sangre de sus venas, pidieron auxilio al rey Sancho, contra el Emir-al-Moumenin de Marruecos

que los sitiaba.—*Puesto que sois leones de Castilla, defendeos como tales mientras junto gente para socorreros.*—Contestó Sancho el Bravo á aquel mensaje sangriento; y cobrando los de Jerez nuevos bríos con la promesa de su Rey, no hubo un moro que pisase el adarve de sus murallas.

Mas era á la sazón el peligro distinto: los nuestros escasos, cortos los víveres, y no había promesa de rey que alar-

gase las esperanzas, ni auxilio de hombres que mantuviese el valor. La morisma de aquende el mar y de allende había pasado el Guadalete en número de setenta mil, plantado sus reales desde Martelilla hasta el río, y llevado sus algaras hasta las mismas puertas de Jerez el noble.

Convocó en tamaño aprieto el alcaide Simón de los Cameros, á los ricoshomes, fijosdalgos y gentes de pro del pueblo, y ardiendo todos en deseos de venganza, sobrados de bríos y faltos de prudencia, no se avenían á templadas razones, queriendo, ya que no triunfar, morir como buenos.

Mas un gran caballero que llamaban Cosme Damián Dávila, valiente en la pelea y al razonar mesurado, les habló de esta manera: «Es verdad que son nuestras fuerzas cortas para vencer á los enemigos que tenemos á la vista. Pero ¡cuántas veces han triunfado de innumerables las armas cristianas, aunque pocas, patrocinadas de las divinas! Y así mi dictamen es, que imploremos el socorro de María Santísima de las Mercedes, y salgamos á pelear, ayudándonos de los potros cerriles que tienen los vecinos: los sacaremos en cuerdas al campo, y cuando estemos próximos á los enemigos, ataremos en las colas zarzas y cambrones, y los picaremos á un mismo tiempo; porque con este arbitrio causaremos confusión á los moros, sus escuadrones serán en parte desordenados, y nosotros lograremos la victoria dando entonces sobre ellos.»

Trajo á los ánimos nuevas esperanzas el razonamiento de Dávila, porque siempre el deseo deja lugar á la espera; y tanto se inflamó el ardor de los nuestros, que corrieron á las armas nobles y plebeyos, y hasta la gente de Caldefrancos trocó sus franquicias de mercader por la lanza del soldado.

No daba aquel suelo cobardes, ni indiferentes tampoco; que siempre la indiferencia fué cobardía con disfraz de hielo, y en casos de peligro, sueño de corazón villano, que su mala sangre adormece.

Ya la noche ofrecía con sus sombras nuevo auxilio á los nuestros, cuando llegó Simón de los Cameros á la puerta del Marmolejo, seguido de los cuatro alcaides de las puertas, los caballeros del feudo y demás nobleza jerezana.

Cesaron á su llegada los naturales murmullos de la espera, y al estruendo de las armas sucedió el silencio solemne que precede al trueno, cuando las nubes vomitan centellas. Echaron pie á tierra los de á caballo, y las cimeras orgu-

llosas besaron entonces el polvo, las espadas se inclinaron, las lanzas vinieron á tierra, y aquella valiente nobleza, aún más grande en su humildad cristiana que en su caballeresca arrogancia, dobló la rodilla de hierro ante el altar que sostenía la imagen de la Patrona y alumbraban dos lámparas de plata: el altar que levantaron para humillarse los héroes de antaño, y derribaron para empinarse algunos pigmeos de hogaño.

Y ¡oh verdad de las promesas de Cristo!... La humildad de los unos los llenó de gloria, y la soberbia de los otros los ha cubierto de ignominia.

Allí dobló la rodilla Diego Pavón, el mozo, cuyos abuelos retaban reyes; allí pidió auxilio al cielo aquel Herrera, que de un bote de lanza mató después en su propio campo al infante Abdo-l-melic, el tuerto; y allí también Fernan-Núñez-Dávila, humilló en el polvo los roeles de su escudo, memoria de otras tantas medias lunas ganadas al moro.

Allí abatió su arrogancia aquel Alonso Fernández de Valdespino, que alcanzó en el Salado la ilustre banda dorada; y oró de rodillas Garci-Pérez de Burgos, que se llamó *Rendón* en Tarifa, y besó el suelo Juan Gaitán, que por su madre era Carrillo, y lloró como un niño aquel bravo viejo Gutierre Ruiz de Orbaneja, que no pudiendo soportar con los años el peso de la armadura, entraba en las lides sin ella.

Allí rezó Diego Zurita, inclinó su altivez el hijo de Pérez Ponce de León, fiel de abolengo; fué dulce el fiero Mateo, de los buenos *fijuelos*, y por no estar allí Lorenzo Villavicencio, no vió á sus pies la Virgen, como otras veces, la mejor lanza que mantuvo lides.

Corrían las horas breves, como son las que acercan el peligro; pero la oración hacía ciertas las esperanzas, acrecentaba el fervor los bríos, y los nuestros se levantaron al

fin, más firmes mientras más cristianos, y más arrogantes mientras más caballeros.

Tomó entonces Simón de los Cameros, de manos del alférez mayor, aquel pendón jerezano que ostentaba por timbres la sangre de Fortún de Torres, y haciéndole por tres veces besar el polvo, gritó con voz que ya tenía algo del rugido:

—¡Señora, remédianos!

—¡Señora, remédianos! — repitió aquel puñado de valientes.

Y al salir por la puerta del Marmolejo, cuando ya la noche los envolvía y el peligro los amenazaba, llegó á sus oídos, como una promesa de la Virgen, el eco de ricashembras y villanas, que con esa fe que no llora, sino que espera, decían á la patrona:

—¡Señora, remédialos!

III

CAMINABAN en gran silencio los de Jerez, siguiendo el camino de Vejer, para tomar luego el de Medina y coger al moro por la espalda. Marchaba delante el alcaide, montando un trotero, que por caparazón llevaba una gran piel de tigre, despojo de un jeke moro, cuyas manos pendían anudadas en las cadenas del pretal, con garras de oro; seguíanle en dos alas los de á caballo, guardando en medio los peones que llevaban el recuaje de potros cerriles, que por consejo de Dávila, habían de tomar parte en la batalla.

Hallábanse los moros en su real, allá junto á la laguna de Medina, confiados en su valor ó desdeñosos del ajeno, que no se dieron cuenta del enemigo que llegaba ya al alcance de sus azagayas.

Pedía la prudencia treguas al valor de los nuestros, y solo bramando de coraje pudieron mantenerse en sosiego hasta el cuarto del alba, que se aprestaron á la pelea atando á los potros cerriles, no zarzas y cambrones, sino cueros crudos que á prevención llevaban.

Mientras tanto, había quedado la ciudad custodiada por algunos hombres de armas, bajo el mando de una ilustre y sabia dueña, que hacía oficios de alcaidesa. Amparábanse de ella las mujeres y los niños, que la prudente dueña hizo recoger en las casas, por miedo de que sus lloros revelasen

al enemigo, si este se acercaba, el grande desamparo en que se veían.

Atenta siempre á prevenir cualquiera sorpresa que pusiera á la ciudad en grave riesgo, habíase retirado la noble señora á el Alcazarejo que como á las demás puertas, encerraba y defendía la de las Cruces, que hoy se llama de Sevilla. Mas no fué largo su reposo: tres horas había de la salida de los nuestros, cuando los hombres de armas, que por acercarse más á la pelea no desamparaban el adarve, sintieron gran número de gentes de guerra, que llegaban á la barbacana refuerzo del muro.

Dióse aviso á la alcaidesa, que en vano quiso ocultar el suceso hasta tener certeza de ello: corren las malas nuevas más que el viento que las trae, y cundió la alarma por el pueblo aumentada por la incertidumbre. Aterrada aquella grey, pedía á grandes voces entregar de grado al enemigo, lo que por fuerza había de tomarse.

Mas la heróica dama les habla y los domina: hace pasar á todos su alma de hierro; y el peligro, el temor, la muerte, las pasiones débiles desaparecen, y el grito de la patria, más fuerte y más imponente que el áspero crujir de las fieras cimitarras, extiende sobre Jerez por un momento la sombra gigantesca de Numancia y de Sagunto.

Subió entonces aquella mujer esforzada el adarve de la muralla, sola con dos donceles que la alumbraban: la noche estaba oscura, y densos nubarrones negros velaban á intervalos el cuarto menguante de la luna. Veíase á su reflejo extenderse á lo largo de la barbacana, un macizo grupo de hombres de guerra, cuyas armas brillaban y chocaban amenazadoras, como advierte la tempestad con un relámpago y avisa con un trueno.

Mas sin miedo en el ánimo, ni temblor en el acento, gritó la noble jerezana sin guardarse tras las almenas:

—¡Ah de los homes buenos!...

—¡Córdoba por Jerez!—sonó una voz hidalga al pie del muro.

Y al mismo tiempo tremolaba al viento un pendón, que alzándose sobre las estriberas desplegaba un caballero.

Eran las gentes de Córdoba, que sin ser llamadas, venían en auxilio de sus hermanos en Dios, en Patria y en Rey.

IV

ORNÓSE el sobresalto en regocijo, y en certeza de victoria los temores de muerte. Abriéronse las puertas con gritos de contento, y la alcaidesa misma bajó á recibir á aquellos salvadores que á su leal ciudad mandaba la Patrona.

Apeóse el buen hidalgo Córdoba que los capitaneaba, por hacer honor á la alcaidesa; que la antigua galantería tantos respetos guardaba á largas tocas de dueña, como á risueños briales de doncella.

Mas no bien entendieron los valientes cordobeses el propósito de los nuestros, rechazan el descanso que les brindan, y piden un adalid que los guíe, porque no admite la guerra espera: pasan el río al trote del peonaje, y hacen alto en un cerro, desde donde atalayan al moro, esperando den señal de la pelea los nuestros que del lado de allá se hallaban.

De repente rompe el traidor silencio una tremenda algazara de trompetas y vocerío, atabales y rugidos, y con tal furia y empuje arremeten los nuestros al moro, que por tres cuartos de hora prolonga la polvareda las sombras de la noche: huyen los potros cerriles arrastrando con estrépito los cueros que los azotan y espantan; créceles el asombro con la carrera, y tal pavor infunden en los caballos agarenos, que con su propio espanto descomponen el real.

—¡Santiago!—gritan los nuestros; y al despertar despa-

vorido el moro, no acierta á proferir su antiguo grito de guerra.

Trábase al fin la lucha con tal ventaja del cristiano, que ya muerden el polvo siete sarracenos, sin que Dávila saque la lanza de la cuja. Más lejos se revuelve Herrera como bueno; da un tajo y se abre camino, y por un quijote que le arrancan, arranca al moro tres banderas y mil vidas.

Aterrada la morisma huye hacia Jerez sin tino, y va á dar en las lanzas cordobesas, que con tal furia la reciben, que no parece causa ajena, sino propia la que mueve sus

bríos. Cejan luego hacia Margarigut el antiguo, aldea entonces de Pedro Gallegos, propia de Valdespino; mas allí los siguen cordobeses y jerezanos, que aún no se conocen, pero que con rabia igual los alancean.

Allí cayó, roto el pecho y la jacerina, el hijo de Juan Gaitán, que aun el bozo no le apunta: dióle el polvo de la batalla mortaja de caballero, y no faltó quien guardase á su madre la Sarmiento, la lanza rota del mancebo; y á su dama Inés Zurita, unas tranzaderas verdes que hizo la sangre rojas.

Crece el furor mientras más cerca halla la victoria, y tanta sangre corre en aquellos sitios, que borra para siem-

pre su antiguo nombre, grabando en su vez el terrible de *Matanza*. Vencida, pero astuta siempre la morisma, huye á guarecerse en unos arroyos secos; mas allí la alcanza la rabia del cristiano, y corre aún bastante sangre para dar corriente al cáuce vacío, y á aquella tierra, ebria de sangre mora, el nombre de *Matanzuela*.

La noche corre aterrada á contar á otras naciones las proezas de la nuestra, y cuando el día asoma medroso, encuentra el pendón de Ismael roto, la cruz en alto, y sembrado el campo de cadáveres, que cubrían, puesta de pie, la lanza más larga que había en el campo: la de aquel buen López de Mendoza, que tuvo luego en sus armas la gloria del Ave-María.

Y allá más tarde, cuando cordobeses y jerezanos, jurándose hermandad eterna, arrojan á los pies de la Virgen de la Merced, que desde entonces lo fué de *los Remedios*, un puñado de banderas moras, cubiertas de sangre cristiana como de reliquias, y de sangre agarena como de trofeos, escribe la fama en su libro *La Batalla de los Cueros*, y grita el mundo con sus cien trompetas: *Todo lo alcanza el valor si la fe lo mantiene*.

UN MILAGRO

UN MILAGRO

Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imagen de mi Corazón.

(Palabras de Jesucristo á la B. Margarita.)

HACE varios años que un diplomático italiano nos contó este caso curioso. Cierto extranjero incrédulo, y por más de un concepto célebre, visitaba la ciudad eterna. Hablando un día con un Cardenal romano, le manifestó sus dudas acerca de la canonización de los santos, y de la ex-

traña y á su juicio culpable ligereza con que aprobaba la Iglesia católica los infinitos milagros que á estos se atribuyen.

—¿Habéis leído algún proceso de canonización?—le preguntó el Cardenal.

—Jamás he visto ninguno.

—Pues leed el que voy á enviaros,—le replicó el Cardenal sonriendo.

Á las pocas horas recibía el extranjero un voluminoso infolio, que leyó ávidamente. Al devolverlo al Cardenal, escribió al margen: «Si todos los procesos de canonización se han hecho como este, no tengo inconveniente en creer en las virtudes de los santos y en la verdad de sus milagros.» El Cardenal le contestó por escrito: «El proceso de canonización que tanto os satisface, no ha satisfecho igualmente á la Iglesia católica. Hace varios años que fué desechado.»

Esta es la historia de la mayoría de los incrédulos: el orgullo y la ignorancia. Humíllese aquel, vénzase esta, y los resplandores de la fe brillarán en el alma del incrédulo, si no es la malicia quien dicta en ella sus negaciones. Desgraciadamente, la mala fe es el rasgo característico de todos los incrédulos peligrosos. Unos lo son de profesión; es decir, incrédulos que blasonan de serlo, desde que oyeron pregonar á la filosofía moderna que la credulidad es sinónima de cortedad de alcances, y no de sanidad de corazón, como nosotros creemos. Á estos pertenece el gran número de necios, que creen aumentar el exiguo nivel de su estatura intelectual empinándose sobre el escepticismo, y el no menor de libertinos descarados, que niegan todo dogma, toda moral, todo milagro, que estorba á sus vicios ó pone trabas á su ambición. Entre los primeros, el *no lo creo* es sinónimo de *no lo entiendo:* entre los segundos, el *no lo*

creo, equivale á *me incomoda* ó *lo temo.* Unos y otros forman el estado *llano,* ó por decirlo así, la plebe vocinglera del ejército impío.

No son estos, sin embargo, los más temibles: hay otros incrédulos, que forman la aristocracia de la impiedad, el foco de *hombres serios* de su numerosa falange. Estos no toman parte en las ruidosas alharacas de la canalla que encuentra ya á Dios demasiado viejo. Ellos por el contrario, le han tomado bajo su protección: ellos han restablecido su trono de gloria, que añejas supersticiones iban desmoronando; y con una munificencia verdaderamente... humana, le han concedido Angeles que le entretengan al son de arpas de oro, y hasta rayos y truenos que le diviertan, como por acá nos divierten los fuegos artificiales. Han hecho más: celosos de la dignidad de ese Dios, que se humillaba hasta dar de comer á los pajaritos y vestir de colores á los lirios del campo, le han establecido una Constitución, que echa por tierra el antiguo y modesto régimen que llamaban *Providencia.* Ya Dios no interviene para nada en las cosas de aquí abajo: recostado ahora en las alas de un serafín, cuenta las estrellas de la vía láctea, mientras los restauradores de su honor aclaman en cátedras y ateneos al *Dios Constitucional* de los hombres sensatos, enemigos de supersticiones, y ¡oh celo de la casa de Dios que los devora! *para bien de la fe y de las creencias razonables, entregan á la befa pública* (risée publique) *los absurdos milagros, que por ignorancia ó debilidad autoriza la Iglesia católica, madre por otra parte amantísima y digna de todo respeto.*

Tal dice cierto académico extranjero, en un discurso que viene á echar por tierra aquella aguda observación de un autor festivo: «Los necios se diferencian de los hombres de talento, en que los primeros *dicen* las tonteras, y los segundos las *hacen.*» He aquí un hombre de talento,—¿quién no

ha de suponerlo en un académico?—que las deja escapar hasta en letras de molde. Porque esa *risée publique*, á que este tierno y sumiso hijo de la Iglesia quiere entregar los milagros que aprueba su santa Madre, es una maldad pensada y una necedad dicha: es una especie de *enfant terrible*, que pone de manifiesto lo recto, lo pío, lo santo de las intenciones de este protector de la fe y de las *creencias razonables*. Su mucha sabiduría le ha hecho encontrar ignorancia ó debilidad en la conducta de la Iglesia. Difícil es suponer

buena fe en esta calumnia; pero supongámosla. Su mucho amor hacia esta Madre santa é infalible, le hace atraer sobre ella el escarnio público, tan solo ¡qué bondad! para bien de la fe, de quien ella es la única depositaria...

¿Qué hemos de suponer ahora? Lo que hemos de suponer es, que sus profundos estudios orientalistas no enseñaron al académico aquel hermoso proverbio árabe: «Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el sabio la oculta con el manto, el necio la muestra con el dedo.» Lo que hemos de suponer es, que al *escudriñar* las Escrituras, no notó que los dos hijos buenos de Noé cubrieron su vergüenza: solo hizo burla de ella *Cham* el maldito!

Bastaba con esto; y para revelar sus fines no le era necesario á este tierno hijo de la Iglesia, que calumnia y escarnece á su madre, añadir á renglón seguido: «Jamás me han presentado los taumaturgos modernos un muerto resucitado: el día en que me lo presenten, creeré en sus milagros.»

—¡Ah, señor académico! ¡Si un muerto resucitado fuese á llamar á vuestras puertas, quizá os agradaran poco las noticias que pudiera daros de las mansiones eternas!...

II

sin embargo, los muertos resucitan á la luz de los mecheros de gas del siglo XIX, lo mismo que resucitaban á la luz de las lámparas romanas de la iglesia de las Catacumbas. Nosotros hemos visto levantarse á uno de su ataúd al impulso de una voz misteriosa: el primer destello de su inteligencia fué reconocer á su padre; el primer latido de su corazón fué arrojarse en sus brazos... Si no hubiéramos creído de antes, hubiéramos creído entonces!

Esta es la historia que vamos á narrar, no á los protectores del Dios Constitucional de los hombres sensatos, sino á los partidarios del antiguo régimen, que permitía á Dios llevar peso y medida de las acciones del hombre; á los humildes, á quienes la fe alimenta; á los sencillos, tan fáciles en creer porque no saben mentir; á los devotos del Sagrado Corazón, que sentirán ensancharse sus almas al ver cuán fielmente cumple el Señor la promesa que sirve de epígrafe á estas líneas.

Felipe era á primera vista un tipo ordinario: estudiado á fondo, era un tipo original, que en la juventud rara vez se encuentra. Amante del *sport*, bailarín infatigable en las reuniones de la *high-life*, conocedor de todas las intrigas de salón y de todos los chismes de bastidores, parecía uno de tantos jóvenes frívolos, á quienes el placer encadena

con lazos de flores. No eran, sin embargo, las pasiones de la juventud las únicas que esclavizaban aquella alma de extraño temple: sobre todas y antes que todas tenía allí su asiento esa otra pasión que llama la Sagrada Escritura *putredo ossium:* «podredumbre de los huesos.» ¡La insaciable ambición propia de la edad madura!

Á los veintidós años, fecha en que le conocimos, Felipe se había propuesto ya un objeto; y fríamente calculador, profundamente reservado, subordinándolo todo á su egoísmo, caminaba derecho hacia él, con esa lenta actividad del prudente que marcha tras un deseo; con esa tenaz constancia, propia de los caracteres de hierro, que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su talento natural, su exquisito trato, y sobre todo el precoz conocimiento de los hombres, que un don de observación rarísimo en su edad le había proporcionado, le allanaban todos los caminos. Para él eran todas las cosas y personas, distintas piezas de ajedrez, que movía de cerca ó de lejos para adelantar su jugada: una simple visita, una vuelta de vals, una invitación hecha ó aceptada, eran siempre en Felipe cosas previstas y reflexionadas.

Solo en una cosa no había reflexionado nunca: en que tenía un alma.

En Setiembre de 187... llegó á Madrid la viuda de Z.**, señora principal, amiga de Felipe: este se apresuró á visitarla. Volvía esta señora de Inglaterra, y traía una comisión de las religiosas del Sagrado Corazón residentes en York, para la Superiora del colegio que estas mismas religiosas tienen establecido en Chamartín de la Rosa. Suplicó la señora á Felipe la acompañase al colegio, y este aceptó gustoso. Educábase allí la hija de un Grande, de quien Felipe esperaba mucho, y halló en esta visita ocasión oportuna de congraciarse con el padre, haciendo algunos festejos á la hija.

Felipe jamás había visto de cerca á una monja: así fué que, al aparecer la Superiora en el gran salón de visitas, fijó en ella una mirada curiosa (1). Aquel porte majestuoso al par que modesto, aquel saludo en que se traslucía cierto *chic* del gran mundo, imposible de ocultar á un observador

tan consumado como Felipe, le hicieron pensar, aun antes de que la religiosa hablase... Es una señora.

No era, sin embargo, hombre á quien deslumbraban apariencias; y aunque la religiosa hablaba francés como una

(1) Esta digna religiosa vive todavía, y ocupa en la actualidad un importante cargo en su orden. Tan solo por no ofender su modestia, dejamos de consignar aquí su nombre.

parisiense del *faubourg*, y saludaba con el señorío de una infanta de España, Felipe exigía y esperaba más de aquel hábito negro, y lo encontró en efecto. Encontró una serena gravedad, que jamás había visto sino en las imágenes sagradas; una afabilidad ingenua, que le atraía, imponiéndole respeto; un *no sé qué*, que no sabía definir, no obstante su sagacidad, y que no era otra cosa sino el aroma de las virtudes que florecían en aquella alma.

Sin duda es una santa, pensó entonces Felipe; y encontrándose tímido por primera vez en su vida, no se atrevió á preguntar por la hija de su amigo.

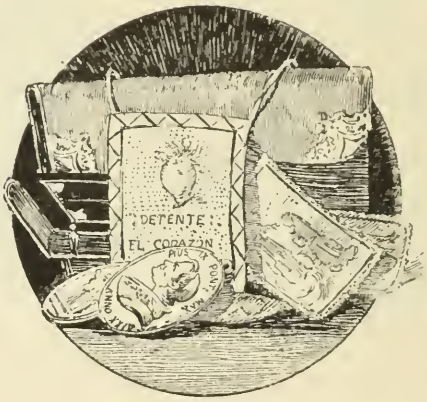
La Superiora los invitó á ver el colegio, y les refirió la historia de su fundación. Pertenecía este edificio á la casa de Pastrana: desearon las religiosas adquirirlo, y por una tercera persona solicitaron del Duque la venta. Negóse este á ella; pero enterado á poco de quiénes eran las solicitadoras, y para qué objeto destinaban la finca, contestó que persistía en no venderla, porque quería hacerles donación de ella, como lo hizo en efecto (1). En este edificio se hospedó Napoleón I cuando la indomable energía de los madrileños de 1808 le hizo detenerse en Chamartín, y emprender desde allí aquella famosa retirada, que tuvo á los ojos de algunos visos de fuga. Aún se enseñaba no hace mucho tiempo la alcoba, teatro entonces de las vacilaciones del César que, después del cólera morbo, ha barrido la humanidad con más gloria.

Al despedirles en la portería ofreció la religiosa á la se-

(1) Frente á esta quinta poseía el mismo Duque de Pastrana otra, llamada la *Quinta del Recuerdo;* la cual, con una generosidad no extraña en el ilustre Duque, cedió hace tres años á la Compañía de Jesús, para que estableciese en ella uno de sus colegios. Sirva aquí la conmemoración de este generoso hecho, como una leve prueba de la gratitud que le deben y le profesan los hijos de San Ignacio.

ñora algunas medallas y varias estampas. Sacando luego un pequeño escapulario del Sagrado Corazón, preguntó á Felipe si sería indiscreto el ofrecerle aquel recuerdo. Felipe lo aceptó con entusiasmo no fingido, y lo llevó á sus labios: luego lo guardó en su elegante cartera de piel de Rusia, junto á las tarjetas de visita y algunas cartas de letra menuda, que despedían un suave olor de finísimo *pachouli*.

La religiosa se sonrió tristemente.



III

PASARON dos años sin que operasen en Felipe variación alguna: el presente le halagaba, el porvenir le sonreía, y aquella vida de placeres y de intrigas absorbía todo su ser, porque era en él genuina, le era natural, como su espuma al torrente.

Crecía en él la ambición con el logro de sus primeras esperanzas, y semejante á la planta viciosa, que arrebata á cuantas la rodean los jugos de la tierra, solo ella tenía frescura, solo ella tenía savia que le diese vida y lozanía. Un título de Conde que había llevado en otro tiempo su familia, era el blanco á que, como medio de llegar más lejos, se dirigía entonces Felipe; mas era necesario para recobrarlo pagar las lanzas atrasadas, y no permitían este considerable dispendio las ya mermadas rentas del ambicioso. Para obviar este inconveniente, habíase captado Felipe la con-

fianza de cierto hombre político, conde de nuevo puño, y con el fin de activar su negocio, determinó pasar la primavera en la populosa X.**, donde á la sazón se hallaba el personaje. Era este uno de esos hombres vulgares, á quienes la previsión de otros más sagaces eleva á altos puestos, para que en ellos sirvan de pantalla en sus torpes manejos. Felipe, que encontraba siempre en las flaquezas de los demás, poderosos auxiliares para su propio provecho, había estudiado el flaco del señor Conde, y al poco tiempo poseía ya su confianza.

Partió pués para X.**, llevando consigo un objeto harto extraño en un hombre de su especie: el escapulario del Sagrado Corazón que la Superiora de Chamartín le había dado. Desde entonces la moda había sustituido en el bolsillo de Felipe una larga serie de carteras, distintas en corte y en materia; mas en todas ellas encontraba albergue el pequeño escapulario. Porque aquel hombre que jamás murmuraba una oración; aquel hombre que jamás elevaba al cielo el pensamiento, y no comprendía porqué llaman á la tierra valle de lágrimas, no acertaba á separar de su pecho al Corazón de su Redentor, brotando llamas que no le encendían, y sangre que él despreciaba. Cuál fuese la causa de esto, él mismo la ignoraba: ¡tan solo Dios hubiera podido explicarlo!

Una noche se dirigió Felipe al teatro: cantábase *Fausto*, la famosa partitura de Gounod. La *diva* hacía prodigios; nadie había interpretado hasta entonces con *fioritures* más dulces y gorgoritos más intrincados, la inocente desvergüenza de la heroína de Goethe.

Millares de almas, redimidas con la sangre de Cristo, arrojaban flores y joyas á los pies de aquella ruin mujer, cuyo mérito consistía en hacer al vicio amable y á la inmoralidad deleitosa...

Felipe no era inteligente ni aficionado; pero era de buen tono serlo, y rotos los guantes de tanto aplaudir, ronca la voz á fuerza de gritar *¡bravo!*, subió al final del tercer acto al palco de su amigo el flamante Conde. El entusiasmo era allí indescriptible: la Condesita había puesto una sortija de

brillantes en su *bouquet* de violetas tempranas, y lo había arrojado á los pies de la *diva*. La Condesa, pacífica señora, que se dormía en todos los andantes y despertaba en todos los *allegros*, solo había dado alguna que otra cabezada; y hasta el grave Conde, desarrugando aquel pliegue del entrecejo, que encerraba, como el de Napoleón, los destinos del orbe entero, y evocando añejas reminiscencias de fusas y

semifusas, corcheas y semicorcheas, había dicho en el colmo del entusiasmo:

—¡Es una voz pastosa, que...

Y nada más dijo su Excelencia, porque nada más le inspiró Euterpe, la musa de las armonías, inventora también, según dicen, de la flauta.

—¡Felipe!—gritó la Condesita, no bien apareció este en el palco. ¿Ha oído V. alguna vez cosa semejante?... ¡Qué voz! ¡qué arte! ¡qué frescura! ¡qué modo de vocalizar!... ¡Y al mismo tiempo es una actriz consumada! ¡Qué manera de expresar la pasión!... ¡Y qué elegancia en el traje!... Ese escote bajo, y al mismo tiempo cuadrado, es *une gracieuse création,* que ha de ponerse de moda... ¡Lástima que en España no se sepa premiar al mérito!...

—Perdone V., Mariquita,—le interrumpió respetuosamente Felipe. Ovación como la de esta noche en pocas partes la habrá alcanzado.

—¡Eso no basta!—gritó sulfurada la entusiasta *dilettante*. ¡Es necesario hacerle un regalo regio, si no queremos dar que reir al mundo entero!... ¡Cincuenta mil francos costó el aderezo que regalaron en París á la Bribonini la noche de su beneficio!... Es necesario abrir una suscrición... Papá, tú la encabezarás con diez mil reales: mamá, tú otros diez mil...

El pliegue del señor Conde tomó tintes tan sombríos, como si viese destruirse el equilibrio europeo; y la Condesa se quedó tan despierta, que espantó para toda la noche el sueño de sus ojos.

—¿Á que van á decir que no?—prosiguió la Condesita con un mohín de niña mimada. ¿Qué importan diez mil reales?... ¿Acaso no vas á ser pronto ministro?...

El Conde sonrió con la serena majestad de Júpiter Olímpico, y animada la señorita continuó:

—Esa garganta vale todo el oro del mundo; y si en todo se gasta, ¿porqué no se ha de gastar en esto?... Solo para una novena dió mamá ayer cincuenta reales, y yo di veinte... No hay remedio; vamos hacer la lista... Papá diez mil reales; mamá otros diez mil; yo, doy los dos mil que me dió papá el día de mi santo... Felipe, V. otros dos mil por lo menos... Vamos, deme V. la cartera, que quiero hacer yo misma la lista...

Aturdido Felipe con aquella charla, sacó maquinalmente la cartera, y la presentó á la Condesita. Mas acordóse de repente de que iba en ella el escapulario del Sagrado Corazón, y rápido como el pensamiento lo sacó con la ligereza de un prestidigitador, antes de entregársela. Luego lo dejó caer con disimulo al suelo, y empujándolo con el pie lo arrojó debajo de una banqueta.

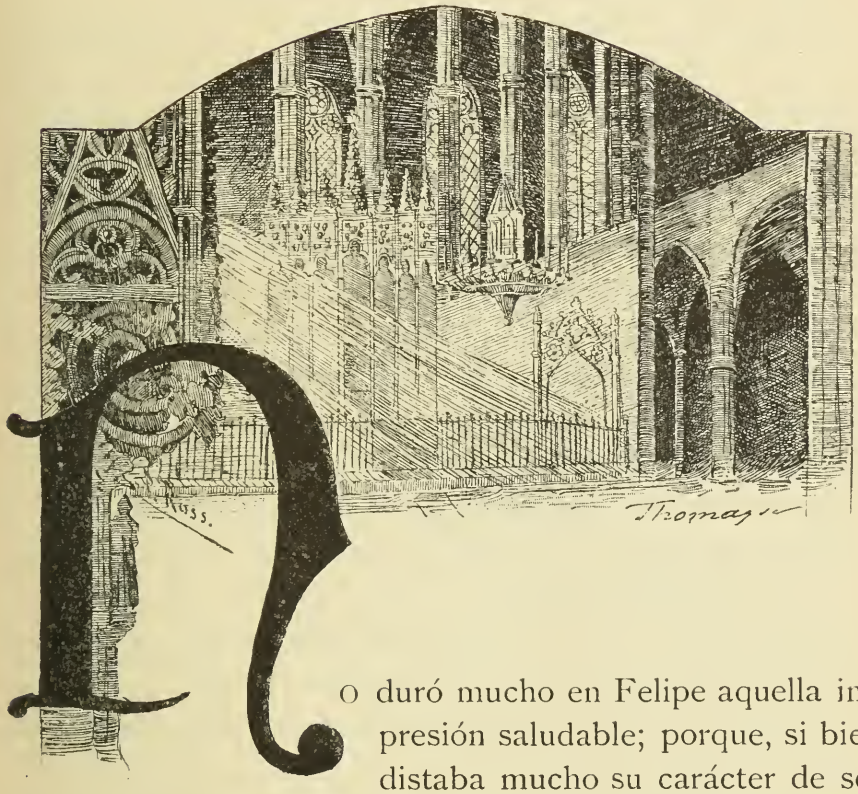
Temía las burlas de aquella niña casquivana y nada devota, si veía el santo escapulario en la cartera de un elegante; temía, sobre todo, que la necia ignorancia y perversas ideas del Conde se alarmasen, si encontraba en su poder aquel piadoso emblema de que hacían gala los reaccionarios. Un movimiento de disgusto y de vergüenza se apoderó sin embargo de Felipe, no bien arrojó el escapulario: parecíale como si hubiese hecho traición á su más excelente amigo.

—Luego lo recogeré, pensó entonces. Pero aunque varias veces intentó hacerlo, impedíanle los dibujos de la alfombra distinguir aquel pedazo de tela, y al terminar la ópera vióse precisado á ofrecer el brazo á la Condesa, para acompañarla hasta el coche. No bien arrancó este, volvió Felipe al teatro: oscuro ya y desierto, presentaba este el aspecto del alma, cuando, desvanecidos los brillantes fantasmas de la tentación, queda solitaria y á oscuras en las amargas tinieblas del pecado. Á la luz de varios fósforos que encen-

dia, buscó Felipe el escapulario por todos los rincones del palco; pero ya no parecía. ¡Sin duda las largas colas de aquellas mujeres mundanas habían arrastrado fuera la sagrada imagen del Corazón de Cristo!

Felipe, triste y mal humorado, se dirigió entonces al hotel en que se hospedaba.

IV



No duró mucho en Felipe aquella impresión saludable; porque, si bien distaba mucho su carácter de ser frívolo, había demasiadas malezas en aquel corazón, para que pudiese florecer allí el lirio santo de un buen pensamiento. Varias veces acudió sin embargo á su memoria el recuerdo del escapulario perdido.—¿Quién me dará otro? se decía entonces con cierta tristeza.

Aquella tarde bajó Felipe como de costumbre á comer en la mesa redonda. Para un carácter observador como el suyo, era cosa digna de estudio ese continuo movimiento que se nota en las grandes fondas; aquella multitud de tipos diferentes en sexo, en edad, en clase y en idioma, ofrecía ancho campo á sus observaciones. Mas nunca se le ocurrió

comparar aquel tráfago incesante, con el tráfago también incesante de la vida humana. Á ella llega el hombre de paso como á la fonda: descansa, paga y marcha para no volver nunca!... En esto jamás pensaba Felipe.

Frente por frente de este sentábase diariamente á la mesa, una opulenta señora norteamericana, que viajaba por Europa. Era Mistress W.**, una anciana católica y piadosa en alto grado, que llevaba sus cabellos blancos con la misma dignidad de una corona en que Dios hubiese grabado la palabra *experiencia,* para que los hombres contestasen con la de *respeto.* Felipe había entablado con ella esas relaciones que con tanta facilidad se estrechan en la vida de fonda, como medio de evitar el aislamiento que le es anejo. Mistress W.** debía de partir al día siguiente, é invitó á Felipe á tomar una taza de té en sus habitaciones. Este no pudo excusarse sin pasar por grosero; pero despidióse de la anciana no bien le fué posible, para correr al teatro, donde el Conde le había citado.

Mistress W.** le acompañó hasta la puerta de su gabinete, y entregándole un sobre cerrado, le dijo:

—Dejo á V. este recuerdo mío: estoy cierta de que sabrá V. conservarlo.

Felipe, á quien consumía la impaciencia, subió de dos en dos los escalones de la escalera que conducía á su aposento, renegando de las atenciones de la buena Mistress W.**. Arrojó sobre una mesa el sobre sin mirarlo, y cambiando á toda prisa de traje corrió al teatro. El Conde le esperaba también ansioso: había recibido aquella mañana una carta del ministro, encargándole una misión harto difícil para sus cortos alcances, y esperaba encontrar ayuda y secreto en el talento de Felipe. El ministro añadió también como postdata, que el negocio de este le era sumamente fácil, y que bastaba una pequeña ilegalidad para ponerle en pose-

sión de su antiguo é ilustre título, sin necesidad de ningún desembolso.

El Conde empezó, como era natural, por leer á Felipe la postdata del ministro, y acabó por proponerle el negocio que á él interesaba. Felipe no se apresuró á aceptar: frío y sagaz como siempre, conoció á primera vista lo ventajoso de su posición, y resolvió sacar de ella todo el partido posible. Sorprendido el político improvisado, vióse en la necesidad de acceder á cuanto Felipe deseaba, y cerróse al fin el contrato, no sin grandes protestas de amistad paternal por parte del Conde viejo, y de generoso desinterés por parte del Conde joven.

Á las doce volvía este á la fonda, feliz y satisfecho como nunca; con las manos metidas en los bolsillos de su *pardessus* forrado de seda, caminaba tatareando el aria de Desdémona *assisa al pie d' un salice*. que acababa de oir en el teatro, llevando sobre la cabeza ese inmortal cántaro de la lechera, que jamás acaban de romper los hombres.

Al entrar en su aposento encendió una bujía que halló sobre una mesa: á su pie vió entonces el sobre que tres horas antes le había dado Mistress W.**. Un movimiento de curiosidad le impulsó á abrirlo; rasgó el sobre, y un escapulario en todo igual al perdido, se presentó á su vista. Rojo como una mancha de sangre fresca se destacaba el Corazón sobre la franela blanca: por debajo se leía el mismo letrero: *Detente: el Corazón de Jesús está conmigo.*

Felipe quedó por un instante sin voz y sin movimiento poco á poco se levantó su pecho, y un tremendo sollozo, semejante al rugido de un león herido, se escapó de sus labios: cayó luego de rodillas, apretando el escapulario entre sus dedos crispados, y ocultó la cabeza en una butaca. Un dolor agudo le traspasaba el corazón como con un cuchillo, y una angustia horrible le subía á la garganta como

si fuese á ahogarle. Felipe creyó que iba á morir, y gimió entre sus dientes apretados...

—¡Ahora no, Dios mío; ahora no!... ¡Una hora tan solo!...

Pasó una hora y otra hora, y aquel inmenso dolor se revolvía en el pecho de Felipe buscando salida, como una fiera en su jaula, dejando escapar tan solo sollozos entrecortados, roncos, sin lágrimas, secos como truenos sin nu-

bes y sin lluvia. Un torrente de lágrimas brotó al fin de sus ojos, y desahogado su pecho, respiró libremente. Fuéronse entonces apagando poco á poco aquellas inmensas olas de amargura, para dejar lugar á un dolor sosegado, tranquilo, pero amargo y profundo como son también las olas de la mar en calma. La memoria vino entonces á poner ante su vista lo innumerable de sus pecados; la reflexión le hizo comprender su enormidad inmensa; y la voluntad, la cobarde voluntad, reina del hombre, tan osada para el mal, tan flaca para el bien, se sintió desfallecida.

—¡No puedo! ¡no puedo!—gimió el desgraciado. ¡Para mí no hay perdón posible!...

Y el gusano del remordimiento, tomando en su concien-

cia las proporciones de una víbora, mataba en aquella alma la santa y dulce esperanza. Vió entonces el infeliz representarse distintamente en su imaginación un Corazón resplandeciente, ceñido por una corona de espinas: tenía una herida por la parte superior y no por la inferior como se suele pintar: de ella salía una llama. Una mariposa de brillantes alas revoloteaba en torno y desapareció al fin dentro de la herida, atraída y devorada por aquel fuego divino. Al mismo tiempo una luz vivísima alumbraba el entendimiento de Felipe, para hacerle comprender que el pecador es el gusano inmundo: la penitencia, el capullo en que él mismo se encierra, y el perdón aquellas hermosas alas que elevan el alma hasta el mismo Corazón de Cristo. Allá en lo profundo de su ser, parecióle escuchar entonces aquellas palabras del Hijo pródigo, que jamás había oído ni leído: *Surgam et ibo ad patrem meum.* «Me levantaré é iré en busca de mi padre.»

Y Felipe se levantó en efecto. Ya la claridad del alba iluminaba el horizonte; aún tenía puestos sus finísimos guantes de piel de Suecia; aún estaban en el ojal de su levita dos violetas mustias, regalo de la hija del Conde. Desnudóse entonces aquel traje para ponerse uno sencillo de mañana, y se dirigió á la Catedral. Hallábase desierto el inmenso templo, y la luz del crepúsculo, que penetraba por las rasgadas ventanas de Oriente, prestaba á las majestuosas bóvedas ese tinte de divina sublimidad, que dobla involuntariamente las rodillas, y pone en los labios espontáneas alabanzas de Dios. Felipe se arrodilló ante un confesonario vacío: una imagen de la Virgen con un puñal clavado en el pecho, se hallaba enfrente.

—¡Yo te herí!—exclamó Felipe con profunda amargura. ¿Cómo he de llamarte *madre?*... Y, sin embargo, ¡madre! ¡madre! ¡á ti te imploro!

Lágrimas más dulces corrieron entonces de sus ojos; y al invocar á la Madre de Dios, parecióle que aun antes de darle el perdón, allá en el fondo del alma se lo prometían.

Un sacerdote asomó al fin por una de las naves. Felipe se levantó al punto, y le pidió que le confesase. El sacerdote pareció titubear un momento; pero al fijarse en aquel rostro pálido y desencajado, al ver aquellos ojos rojos é hinchados por las lágrimas, que le miraban con indecible angustia, inclinó la cabeza en silencio, y entró en el confe-

sonario. Felipe se arrodilló á sus pies, é hizo confesión general de toda su vida.

Asombrado el confesor de tanto dolor, sorprendido de tan eficaz propósito, le preguntó con dulzura:

—¿Qué le ha movido á V. á confesarse?...

—La vista de este escapulario,—respondió Felipe, mostrándoselo empapado en lágrimas.

—¿Le tenía V. alguna devoción?... ¿Hacía en honor suyo alguna práctica piadosa?

—¡Ninguna!... Tan solo lo llevaba siempre conmigo... ¡Lo arrojé ayer y él vino hoy á buscarme!...

—El Señor cumplió su promesa, añadió el sacerdote, le-

vantando las manos al cielo: *¡Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imagen de mi Corazón!...*

Dos años después murió Felipe en tierra extranjera, como mueren los justos: mirando cara á cara á la muerte, umbral para ellos de la vida eterna. En sus largas y frecuentes conversaciones con el religioso que le asistía, le refirió esta historia, que podemos comprobar con fechas exactas y nombres harto conocidos.

V

Y es esto la resurrección de un muerto? ¡Sí! Es la resurrección de un alma muerta, milagro más estupendo que el devolver la vida á un cadáver; porque si para esto se necesita todo el poder de Dios, para aquello se necesita, sobre todo su poder, toda su misericordia.

Este fenómeno no lo explica el fisiólogo, ni lo alcanza el psicólogo, ni lo acierta á comprender el más profundo conocedor del corazón humano. Á veces la lectura de un buen libro, la palabra de Dios predicada en el templo, la muerte que avisa al hombre con su terrible *memento*, el dolor al recordarle que su patria no es la tierra, el desengaño eterno envenenador de todo goce, pueden aparecer á los ojos de los que, sin profundizar, tan solo observan, como causas naturales de esos trueques del corazón, que hacen de un Saulo un Pablo, y una María la penitente de una María la pecadora. Pero que un hombre olvidado del todo de Dios, aprisionado por todas las pasiones de la juventud, al mismo tiempo que por la ambición, quizá la más peligrosa de la edad madura; que un hombre á quien el presente halaga y el porvenir sonríe, deje de repente todos los placeres, y

abrace todas las penitencias; ahogue en sí todos los vicios, y haga espontáneas todas las virtudes, tan solo porque encuentre bajo un sobre un escapulario, es prodigio más que humano: es que, aquella voz que gritó á Lázaro *Exi foras!*. para hacerle salir del sepulcro, ha gritado también en los oídos de aquella alma muerta y cuatridiana: ¡Cree, porque soy yo quien te habla! ¡Espera, porque yo soy tu esperanza! ¡Ama, porque yo te amé primero! ¡Vive, porque yo quiero que para mí vivas!

Así tan solo se comprende que este Lázaro invisible se levante de una tumba de vicios, para ir á arrojarse limpio y purificado á los pies de Jesucristo.

LA GORRIONA

LA GORRIONA

Oculos habentes non videtis? et aures habentes non auditis?
¿Teniendo ojos no veis? ¿y teniendo orejas no oís?

(*San Marcos*, cap. VIII, v. 18.)

La berlina describió de repente una curva inverosímil en su carrera, y desapareció en el antiguo portalón del palacio de Santa María: á un impulso del cochero quedaron clavados como por encanto, al pie del anchuroso vestíbulo, coche y caballos, estirando estos las nerviosas

patas, como muelles de acero, agitando impacientes las engalladas cabezas, y cubriendo de humeante espuma los bocados y cadenillas, bruñidas como la plata. El lacayo saltó con garbo del pescante para abrir la portezuela, el cochero se descubrió respetuosamente desde su altura, sin mover el cuello en su almidonado corbatín blanco, el portero del palacio hizo sonar la campana, que anunciaba allá en las antesalas la llegada de una visita, y de la berlina saltó entonces una diminuta galga inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo... Saltó luego una señorita rubia, saltó después otra morena, y saltó, por último, otra que no era morena ni era rubia; era, por decirlo así, desteñida.

Llevaban las tres enormes peinetas de teja, grandes mantillas de casco con ruedo de blondas, y colosales abanicos de país corto y ancho varillaje. Ocupaba á la sazón el trono de España el intruso D. Amadeo, y las damas elegantes hacían alarde de españolismo, desenterrando las tejas de carey, las blondas de pegotes, los alamares de morillas y los flecos de á media vara. Bamboleábase el trono del italiano ante esta artillería de trapo, y las damas se creían tan heróicas al manejarla, como la Condesa de Bureta en Zaragoza, ó D.ª Lucía Fitzgerard en Gerona.

La galguita comenzó á subir dando brinquitos, y se detuvo con una patita delantera en alto, ante los enormes tiestos del Japón que adornaban el primer descanso de la escalera. Quizá meditaba alguna fechoría indigna de su collar de plata y su manta de grana; pero intimidada sin duda por las armas condales de la ilustre casa de Santa María, que de relieve se destacaban en la pared del fondo, prosiguió su camino por la estrecha alfombra, que aprisionaban varillas de reluciente metal al pie de cada peldaño.

Detrás subían las tres señoritas, seria y como disgustada

la rubia, preocupada la morena, decidida y resuelta la desteñida. Pasaba ya esta de los treinta años, edad funesta, en que la mujer frívola que desechaba á los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, antes que doblar soltera el cabo de *Buena Esperanza*. Daba, sin embargo, saltitos como la galguita inglesa; hacía dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenía ó afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.

La morena, tiesa como un maniquí de modista, estaba en la edad en que se desechan los coroneles, se piensa en el *trousseau* más que en el marido futuro, y domina á todo otro sentimiento la vanidad de los trapos y la hermosura, especie de inflamación ridícula, que producen en el alma las lisonjas de la galantería: esta se llamaba Adelita Peralta.

En cuanto á la rubia, frisaba apenas en los quince, y aunque no desechaba coroneles, ni suspiraba por tambores mayores, gustábale ya, como á la hormiguita del cuento, comprar el ochavito de arrebol que había de ponerla bonita, y sentarse á la ventana, esperando el paso de algún Ratoncito Pérez: era al fin y al cabo hija de Eva. Llamábase Blanquita Peláez, era prima de las otras dos, y sobrinas las tres, aunque por diversas ramas, de la Excma. Sra. Doña Rosa Peláez, Ponce, Peralta y Teba, Condesa Viuda de Santa María.

—¿Á que nos dice que nones?—dijo de repente Adelita Peralta, parándose como desalentada en mitad de la escalera.

—¡Pues claro está!—replicó vivamente la de Peláez. Yo en su caso diría lo mismo.

Al oir esto Ritita Ponce, que iba delante, bajó de un brinquito el escalón que la separaba de sus primas, y dijo muy enfadada:

—Mira, Blanca... ó te callas ó te vuelves al coche; que no era cosa de venir apretadas en la berlina, como sardinas en banasta, para que luego lo eches á perder todo.

—Pues hija,—replicó Blanquita enfadándose á su vez; no fuí yo la que quise venir, sino tú la que me trajiste.

—¡Porque eres el ojito derecho de tití Rosa, y para todo es necesario contar contigo!—exclamó Ritita, prosiguiendo su camino.

Eran las once de la mañana, y no obstante el toque del portero, ningún criado parecía por antesalas ni salones para introducir á la intempestiva visita. Veíase por todas partes ese desorden que deja en una casa el paso de una fiesta: muebles fuera de su lugar, ramilletes marchitos en los jarrones, bujías medio consumidas en los candelabros, flores caídas acá y allá de algún prendido, jirones de gasas arrancados de alguna falda en las revueltas de un rigodón ó en los vaivenes de un vals, y en la atmósfera sintiéndose, mascándose, por decirlo así, aunque sin tener forma alguna visible, ese desencanto, esa desilusión que inspiran los restos del Carnaval, contemplados á la luz del miércoles de Ceniza: sentimiento triste á la vez que reflexivo, que tiene mucho de la amargura que deja el pecado en el alma, como un principio del remordimiento.

Aquel día era en efecto miércoles de Ceniza, y la noche anterior había dado la Condesa el último de sus dos bailes de Carnaval, divertidísimos aquel año por lo originales. Siempre fué el taparse la cara señal de vergüenza, y aquel año, en el salón de la Condesa, habíase repartido por turno, entre uno y otro sexo, el pudor de la careta. Las damas prescindieron de él la primera noche, presentándose sin disfraz alguno: los galanes acudieron por el contrario uniformados con dominós de raso negro, y lazos de color de grana de idéntico modo dispuestos. Esta uniformidad en los trajes

dió lugar á equivocaciones tan graciosas y burlas tan divertidas, que se decidió pedir á la Condesa, para el martes de Carnaval, otro baile en que se volviesen las tornas, reservándose las señoras el privilegio de llevar la cara cubierta: el sexo fuerte luciría su fealdad al resplandor de centenares de luces, y el débil ocultaría sus encantos en los anchos pliegues de capuchones Watteau, con lazos de color de rosa. Habíase añadido además al programa de la fiesta, otra parte de terrible alcance político: el genio patriótico de Ritita Ponce ideó organizar un minué á la española, que habían de bailar los caballeros con casacón y peluquín blanco, y las señoras con traje de medio paso y peinado á lo *nene*. Para ello ensayaba Ritita con su primo Candidito Teba, alférez de húsares, un solo, cuyos prodigiosos *trenzados* hubieran podido admirar á la corte de Carlos IV. Imposible era que el intruso Amadeo permaneciese tranquilo en el trono, ante aquel patriotismo coreográfico con que la ilustre juventud de X.** le manifestaba su desagrado.

Accedió gustosa la Condesa á lo que se le pedía, con la sola condición de que terminase la fiesta á las doce de la noche, hora en que comienza la Cuaresma. Sin duda temía la buena señora ver aparecer en sus salones la escuálida figura de la Penitencia, á la manera que se presenta en aquella famosa agua-fuerte de Alberto Durero, el pintor filósofo, esgrimiendo unas formidables disciplinas, y precedida de la muerte, que acompaña á los bailarines tocando el violín con dos canillas. Mas un grupo conspirador, que no temía á fantásticas apariciones, y capitaneaban Ritita Ponce y su primo Candidito, de tal manera se encargó de atrasar los relojes, que cuando sonaba en el palacio la hora de los ayunos, eran ya en el resto de la ciudad más de las dos de la madrugada. La Condesa no cayó en la cuenta: tan solo sin-

tió más sueño que nunca al acostarse, y más pereza que de ordinario al levantarse por la mañana.

Suceso muy grave debía de ser, por lo tanto, el que hacía madrugar á las tres primas, después de haberse acostado muy cerca del alba. Entráronse pués como Pedro por su casa, no encontrando á nadie en las antesalas, y Ritita echó á correr detrás de una doncella de la Condesa que vió á lo lejos, gritando:

—¡Martina! ¡Martina!... ¿Se ha levantado la señora?...

—¡Pues ya lo creo!—respondió la doncella saliendo á su encuentro. Á las ocho había vuelto de San Vicente de tomar la ceniza.

—¿La ceniza?...

—Sí, señorita... Hoy es miércoles de Ceniza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Ritita riendo como una loca. ¡Yo no me acordaba sino de que ayer fué Carnaval!... ¿Y dónde está la señora?...

—En el *costurero,* firmando los bonos de la Conferencia... ¿Quiere V. que le avise?...

—¡No! ¡no!... ¡Buen susto le vamos á dar entrando de puntillas!—exclamó Ritita, con el más infantil de los alborozos.

Y echando á correr seguida de sus primas y precedida de su perra, llegaron á un gabinetito redondo, que llamaban el *costurero*, porque allí solía hacer labor la señora Condesa. Por la abertura del *portière* entreabierto, veíase sentada junto á una antigua mesa de costura, con gran bolsón de raso amarillo, á una señora de más de cincuenta

años, alta, gorda, bigotuda, con el pelo gris sencillamente peinado, y vestido un modesto traje de hábito del Carmen. Tenía delante un montón de papelitos impresos con el sello de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y rellenaba los huecos en blanco que en ellos había, con nombres de pobres que copiaba de una lista: añadía después partidas tales como: *Un puchero.—Dos raciones de tocino.—Tres de carne.—Cuatro de garbanzos,* etc., y firmaba por último, con letras del tamaño de aquellos: *La Presidenta, Condesa Viuda de Santa María.*

Ritita se adelantó de puntillas á mirar por entre las cortinas, mientras las dos primas se adelantaban también, de mala gana Blanquita, y sin abandonar su empaque de maniquí la de Peralta.

Ritita se apartó de la puerta conteniendo la risa, y haciendo retroceder á las dos primas, hizo ademán de decirles algo muy quedito; mas antes, fijándose de repente en una chimenea de mármol que allí había, metió un dedo en la ceniza apagada, y se puso un tiznoncito en la frente, entre los ricitos postizos que la adornaban. Blanca la miraba absorta, y Adelita se echó á reir, diciendo:

—¡Ah, pícara!...

—¡Calla!—replicó Ritita, amenazándola con el abanico; y en voz muy baja añadió... La tía tiene buena cara, y estoy segura de que no ha descubierto lo de los relojes... Con que vamos adentro, que yo me encargo de ponerle el cascabel al gato. Á todo cuanto yo diga, dicen ustedes *amén;* y si la tía...

—¡No, hija, no!—la interrumpió Blanquita con enfado. Lo que es yo, no digo mentiras.

—¡Ya salió la santa!—replicó impaciente Ritita. ¡Yo no digo mentiras!... ¿Te van á salir manchitas en las uñas, ó temes que te lleven los diablillos?...

—No, señor, ¡yo no digo mentiras!—repitió con más firmeza Blanquita.

—Pero criatura, mañana te hartas de pan bendito, ó tomas un baño en la pila de la iglesia, y quedas ya perdonada.

La de Peralta levantó los ojos al cielo, y dijo desabridamente:

—¡No puedo con estas santas modernas!... Siquiera las antiguas, se iban á un desierto y nos dejaban en paz á las que no lo éramos. ¿Para qué has venido entonces, *pajuata*?...

—¡Porque ustedes me han traído!...

—Pues ya que estás aquí,—exclamó Ritita agarrándola por la mantilla, te callas por lo menos... Mira que, como me salgas con alguna de tus sandeces, le digo á la tía que Ramiro Pérez te ha escrito tres cartas...

—¡Pero yo no le he contestado ninguna!—gimió Blanquita haciendo pucheros.

—¡Sí, sí, ninguna!... Si sabré yo lo que son estas mosquitas muertas,—replicó Ritita, volviendo la espalda con gesto amenazador, y pisando sin querer la pata de su perra... Esta lanzó un aullido lastimero, Ritita exclamó con angustia:—*¡Hija mía!*—y la perra corrió en tres pies al gabinete refugiándose entre las faldas de la señora Condesa. Asustada esta, dió un respingo, tiró la pluma, sacudió por primera providencia un sopapo al animalejo, y reconociéndolo al fin, á través de sus gafas de oro, dijo sorprendida:

—¡Calla!... Pues si es Nana, la perra de Ritita...

¿Se va enterando el lector?... *¡Nana* se llamaba la perra de Ritita... regalo infantil de su primo Candidito!

II

ERA la Condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles: su corpulencia, su bigote, su vocejón de bajo profundo le habían conquistado entre los no escasos burlones de la meridional X.**, el nombre de *El Sargento Santa María*. Mas á pesar de su marcial apodo, tenía la Condesa un corazón de merengue, de cuyo dulce jugo chupaban á mansalva desgraciados y parásitos; su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas ó fingidas, y su casa de par en par para diversión de amigos y parientes; porque Dios, que había negado á esta señora la bendición de los hijos, de tal manera la había favorecido con la plaga de los sobrinos, que pasaban de veintisiete los que se disputaban el honor de llamarla *tití Rosa*.

Vástago de una de las familias más ilustres de Andalucía había visto transcurrir los años de su vida en la dicha más envidiable, sucediéndose un día á otro día con la uniforme tranquilidad con que pasan las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen; pero por esa extraña aberración

del espíritu humano, que nos lleva á poner nuestro amor propio en aquello de que más carecemos, tenía la Condesa una manía, que engendraba en ella su santo afán de socorrer á los desdichados, y su necio prurito de divertir á los felices. Nerón ponía su amor propio en tocar la flauta, Richelieu en hacer versos, la Condesa en creerse la mujer más desgraciada del orbe, y poder decir, como otra Dido, entre colosales suspiros, que hacían oscilar las lámparas de su gabinete: *¡Non ignara mali miseris succurrere disco!...* (1). Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazón igual placer en socorrer á un desvalido diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir!, que en dar un baile, exclamando entre suspiros: ¡Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan!

Educada por otra parte, en esa casta atmósfera de la mujer honrada, tipo común en la española rancia, que pasa de doncella á esposa, y de esposa á madre de familia, sin adivinar nunca las asquerosas profundidades de la galantería masculina, parecíanle otras tantas parejas de Luises Gonzaga, y Rosas de Lima aquella brillante juventud que poblaba sus salones, y mirando de cuándo en cuándo el alegre cuadro, desde la mesa de tresillo, que por nada ni por nadie abandonaba, decía suspirando:

—¡Angelitos!... ¡Cómo se divierten!... ¡Así debía de ser ahora mi pobre Mateo!...

Porque la catástrofe de la vida de la Condesa, la gran pena que no alcanzaba á borrar de su corazón la suave esponja del olvido, era el prematuro nacimiento de un esclarecido varón, que hubiera debido perpetuar la ilustre casa de Santa María. Nególe la Iglesia el bautismo por no encontrar en él suficiente sujeto; mas su madre le puso el

(1) —Conocedora de la desgracia, sé socorrer á los desgraciados.

nombre de Mateo, que era desde tres siglos antes el de los primogénitos de la casa, y cual Artemisa á Mausoleo en el famoso sepulcro, depositó al malogrado vástago en un tarro de espíritu de vino. Allí esperaba en vano la resurrección de la carne el heredero de los Santa María, mientras su madre ponderaba á todas horas la hermosura, las gracias y las virtudes morales y cívicas de su malogrado Mateo. Desde entonces la Condesa se vistió un sencillo hábito del Carmen, que jamás abandonaba, y nunca dejó de firmarse en cuantas cartas escribía: *Su desgraciada amiga*, la Condesa de Santa María.

Unidas estas circunstancias á un españolismo, raro en las señoras de su clase, á un orgullo de raza muy común entre ellas, y á un fondo de piedad bien intencionada, aunque no siempre bien dirigida, á nadie extrañará que la señora Condesa madrugase para tomar la ceniza después de una noche de baile, y se entretuviese las horas muertas en disponer por su propia mano los bonos de la Conferencia.

Habíala sorprendido en esta ocupación la perra de Ritita, y detrás de ella entraron en el gabinete las tres primas, diciendo en coro:

—Buenos días, tití Rosa... ¿Ha descansado V.?

La Condesa se quitó sus gafas de oro, y dijo con su vocejón de bajo profundo:

—¿Pero qué es esto?... ¿Tan temprano han abierto hoy el manicomio?

—¿Temprano? —replicó Ritita haciendo arrumacos, y sentándose en un taburete á los pies de su tía, después de darle tres ruidosos besos. Á las ocho habíamos tomado ya la ceniza en San Isidoro...

Blanquita se santiguó espantada, al oir tan descarada mentira, y la de Peralta, tirándose de la mantilla, dijo con la mayor frescura:

—Ya ve V. si aprovechamos bien el tiempo, titita.

La Condesa se sonrió, complacida de la piedad de las niñas, y notando el tiznón de ceniza que Ritita traía en la frente, exclamó con una carcajada, que recordaba las notas más profundas de Lablache ó de Selva:

—¡Ya conoció el cura la buena pieza que tenía delante, y por eso te apretó la mano de firme!... Mírate, mírate en el espejo.

Ritita estiró el cuello para mirarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol, y limpiándose con el pañuelo, dijo muy indignada:

—¡No me extraña!... Una canasta llena de ceniza necesitaba yo para humillarme hoy... Le aseguro á V., titita, que en toda la noche he dormido de rabia.

—¿De rabia?... ¿Pues qué perro te ha mordido, hijita?...

—¡El cursi del Gobernador!... ¡Ese es el perro que me ha mordido á mí, y á V., y á todos los que estuvimos anoche en su casa!...

—¿Pero qué ha pasado, hija?—exclamó atónita la Condesa.

—¡Nada, nada ha pasado!—replicó Ritita con rabiosa ironía... Que anoche dijo en pleno casino ese Gobernador Sancho Panza, que él apostaba su bastón de mando, á que no volvíamos á bailar el minué á la española... Que eso era una manifestación en contra del poder constituido, y que tenía él bigotes para llevar á la cárcel á la Condesa de Santa María.

—¡Y meterla en un cepo!—añadió la de Peralta, empinando el dedo, y alargando, sin descomponerse la mantilla, su largo cuello de cisne.

La Condesa se puso negra de ira, como si la azulada sangre de cien generaciones de Santa Marías se le hubiese agolpado al rostro, y Ritita, temiendo haber ido demasiado lejos, añadió algo turbada:

—Lo del cepo, no estoy cierta si lo dijo.

—¡Sí, titita, sí!... ¡En un cepo dijo!—afirmó la de Peralta con la lengua y con el abanico.

—¿Pero harían alguna imprudencia esos muchachos allá en el *buffet?*—dijo al fin la Condesa un poco azorada. Tira de la campanilla, Blanca... dile á Martina que avisen volando á D. Recaredo... Es fácil que con el champagne se les haya ido la lengua á esas criaturas.. Don Recaredo debe saberlo.

Don Recaredo era el hombre de confianza, el amigo íntimo de la Condesa, á quien encargaba ella la vigilancia de la juventud dorada que admitía en sus salones.

—¡No, tití, no!—insistió Ritita. Si eso fué antes... Es que el Gobernador se muere de rabia porque se negó V. á recibir á su niña, y no puede alternar con nosotras la muy cursilona.

—¡Es un cursi, titita, es un cursi!—chillaba la de Peralta, sacudiendo el abanico.

—¡Pero, señor!—exclamó la Condesa aturdida y sofocada. ¿En qué país vivimos?... ¿De modo que yo no puedo hacer en mi casa lo que me da la gana, sin que venga un Gobernador de monterilla á meterme en un cepo?... ¡Pues lo veremos, sí señor, lo veremos!...

Y figurándose la Condesa que aplastaba al Gobernador, aplastó con su poderoso puño los bonos de la Conferencia. Las dos primeras cruzaron entre sí una rápida mirada, y mientras la de Peralta repetía en todos los tonos de la es-

cala—¡Es un cursi, tití, es un cursi!—añadía Ritita con el mayor entusiasmo:

—¡Eso es, tití Rosa!... ¡eso es lo digno!... ¡Duro contra duro!... ¿No quiere coles?... ¡El plato hasta arriba!

—¡Pues no faltaba más, sino que tuviera que llevar el visto bueno de un zascandil cualquiera, lo que se baila en mi casa!... ¡Y hablarán luego de la Inquisición esos liberalones descamisados!... Pues yo le prometo que se bailará el minué, y hasta el fandango si es preciso... ¡Y se bailará á la española, y con casaca y peluquín, y si se me antoja, me vestiré yo misma aunque sea de mameluco!... ¡Pues no faltaba más!

Á Blanquita Peláez le entró tal risa al figurarse á la monumental señora vestida de mameluco, que rompió á reir sin miramiento alguno, con gran indignación de Ritita.

—¡Esta Blanca tiene sangre de horchata!—dijo. ¿Á qué viene esa risa?...

—Como dice tití que se va á vestir de mameluco,—balbuceó Blanquita. Y volvió á reirse con mayores bríos.

—Déjala que se ría,—replicó la Condesa, esforzándose por reir ella misma. Si el caso es de risa... Si yo me río también de que ese embeleco de Gobernador haya venido á tropezar con la horma de su zapato... Ya verás; ya verás cómo le hacemos perder en la apuesta su bastón de mando, y nos sirve para palo de una escoba.

Las dos primas se miraron de nuevo, como diciendo: Esta es la ocasión—y Ritita dijo vivamente:

—¡Ese es el golpe maestro, titita!... Es menester dar otro baile.

—Y bailar el minué, aunque venga la partida de la Porra.

—¡La recibiremos con la del Porro, y saldrá con las manos en la cabeza!—dijo marcialmente Ritita, esgrimiendo el abanico.

—Nada, tití, nada... ¡Es menester otro baile!... Es cuestión de gabinete.

—Cuestión de honra.

—Lo pide el honor *du drapeau*...

—¿Pero cuándo?—exclamó la Condesa, vacilante... Si estamos ya en Cuaresma...

—¡Pues el domingo de Piñata!—exclamaron á un tiempo las dos primas, con la avidez del jugador que tira el último dado.

La Condesa abrió la boca para contestar, las dos primas alargaron ansiosas el cuello para oir... y las tres se quedaron mudas. Había entrado en el gabinete, sin que nadie

lo anunciase, un clérigo muy viejo, que cojeaba al andar, traía las gafas en la punta de la nariz, el sombrero de teja en la mano izquierda, y entraba echando bendiciones con la derecha á diestro y siniestro.

La tía y las sobrinas se quedaron estupefactas: oíase tan solo la risa comprimida de Blanquita, que se figuraba entonces á tití Rosa camino del cepo, vestida de mameluco, y capitaneando la partida del Porro. Ritita se levantó violentamente del taburete al entrar el clérigo, y fué á sentarse en un rincón con gesto de enfado. Allí se puso á hacer un muñeco con su pañuelo de batista.

—Pero D. Rufino,—dijo al fin la Condesa, rompiendo el silencio entre colérica y sorprendida. ¿Lo han hecho á V. Obispo, ó viene cazando moscas?...

—¿Obispo á mí, señora Condesa?—replicó el clérigo, con un tono compungido que movía á risa. ¡Jesús, señora, qué disparate!... ¡Ave-María Purísima!... ¡Obispo un pobre capellán de monjas!... Eso sería poner la mitra á Zamama, el demandadero del convento.

—Como viene V. echando bendiciones...

—Por si quedaba por ahí algún diablo de los del baile de anoche, señora Condesa... Por eso nada más; créame usted... Nada más que por eso...

Á la Condesa se le atragantó el chiste del capellán, y replicó bruscamente:

—Pero D. Rufino... ¿Se ha pensado V. que á mi casa se viene á ofender á Dios?... ¿Qué gente se figura V. que yo recibo?...

—¡Jesús, señora; Ave-María Purísima, qué disparate!—replicó el clérigo, sentándose tranquilamente. ¿Quién había de pensar eso?... ¿Si sabré yo la gente que recibe la Condesa de Santa María?... El que ménos es duque de *Ora pro nobis*...

La importuna risa de Blanquita brotó de nuevo, como el chorro de una fuente intermitente, y volvió á cesar ante una furibunda mirada de su tía. El clérigo se terció el manteo sobre las rodillas, colocó encima el sombrero de teja, cruzó las manos sobre este, y fijando por encima de las gafas su mirada, aguda como la punta de una lanceta, en las tres primas, dijo muy sosegado, en su tono lastimero:

—Pues sí, señora... Leí yo en un libro viejo, que el diablo no perdía un baile... Vamos, que le gustaba la danza... Y allá uno de los Padres antiguos del yermo, vió una vez que cada señora llevaba un diablo sentado en la cola del vestido, y lo iba paseando... ¿Estamos?... Y cuando entré por esas puertas, me dije:—¡Sabe Dios cuántos se habrán quedado descarriados por debajo de los muebles!... Pues con un par de bendiciones desencasto yo la casa; y cate V. ahí porqué las venía echando...

La risa de Blanquita se escapó de nuevo de sus carrillos, hinchados á fuerza de aguantarla, haciendo exclamar á la Condesa coléricamente:

—¡Pero qué pesada estás, Blanca!... ¿Se podrá saber á qué viene esa risa?...

—Como decía V. que se iba á vestir de mameluco...

—¡Calla!—gritó la Condesa con tal brío, que hizo á Blanquita pegar un salto en el asiento.

El clérigo volvió á mirarla de nuevo por encima de las gafas, y dijo:

—Deje V. que se ría la niña: esos son los pocos años...

Y mirando á Ritita del mismo modo añadió:

—Mire V. como su mamá está muy seria...

Ritita dió otro brinco al oirse colocar en la categoría de las mamás, y de tal manera se crisparon sus nervios, que estiró los brazos del muñeco hasta colocarlo en la familia de los orangutanes. Hubiérase podido poner los zapatos, sin doblar las rodillas.

—¿Pero qué está V. ahí diciendo de madres y de hijas?—dijo impaciente la Condesa. ¿Pues no conoce V. á Ritita, mi sobrina... La hija de mi primo Claudio?...

—¿De veras?—exclamó el clérigo asombrado. ¿Pero quién lo había de pensar?... ¡Jesús y cómo ha crecido!... ¡Qué disparate!... Sea para bien, D.ª Ritita... por muchos años... ¿Y está bueno papá?... Pero, señor, si me parece que fué ayer cuando la vi nacer, como quien dice... ¡Friolera! y hace ya treinta y cinco años... Como que fué el año treinta y siete, por Mayo, justamente el día...

Ritita se puso en pie de un salto, como si le hubiesen aplicado una pila de Volta, al oir que el imprudente clérigo ponía en claro la discutida fecha de su nacimiento. Descuartizó convulsamente el muñeco, como Medea á sus hijos, y dijo con la ronca voz de la ira comprimida:

—Adiós, titita: voy al jardín á ver los pavos reales.

—Y que vayan contigo Adela y Blanca, contestó la Condesa presurosa. Tengo yo que hablar con D. Rufino.

Las tres primas salieron juntas, y nada dicen las crónicas de lo que entonces sucedió entre ellas. Consta, sin embargo, que Ritita estuvo aquel día á dos pasos de atropellar, en la persona de D. Rufino, el famoso canon: *Si quis, suadente diabolo...*

En cuanto al clérigo, si es cierto aquello de que, por regla general, son tontos todos los que lo parecen, más la mitad de los que no tienen cara de tales, debía de ser una taimadísima excepción de la primera parte del apotegma.

III

PERO me querrá V. decir, D. Rufino de mis pecados, qué gusto saca de hacer rabiar á todo el que encuentra en mi casa?—exclamó colérica la Condesa. El otro día le tocó á D. Recaredo: hoy á Ritita.

—¿Yo, señora?... ¿Yo?...

—¡Usted, sí señor, V.!... que parece que no rompe un plato, y se ha propuesto darme un sofocón cada vez que viene á mi casa.

El clérigo dijo para su sotana:—No es la banderilla que puse á Ritita la que á ti te ha punzado—y contestó con el más compungido de sus tonos.

—Pues lo que es hoy, señora Condesa, venía porque la Madre Priora...

—Ya le envié ayer veinticinco duros por la obra del coro... Con que déjese V. de Prioras, y conteste á lo que le pregunto.

—Pues justamente porque le decía V. en la carta que iban veinticinco duros, y venían cincuenta, es por lo que vengo á devolverle de su parte los veinticinco que sobran.

Y al decir esto el Capellán, presentaba á la Condesa un cucuruchito de monedas de oro.

—Que los guarde para vino de misas... y no se me es-

cape V. por la tangente... ¿Qué significa la mojiganga de las bendiciones que venía V. echando?...

El clérigo dijo para sí,—ahí es donde á ti te escuece—y enarcando las cejas, y estirando los labios con el aire más cándido del mundo, contestó:

—Pues si ya lo dije, señora... Por si había quedado algún diablillo...

—No se me haga V. el tonto, que nos conocemos de muy antiguo, y sé que tiene V. más conchas que un galápago... Siempre me está V. tirando pullitas sobre los bailes y las tertulias... ¿En qué libro viejo ha leído V. que el diablo no falta á ningún baile?

Don Rufino se dió una sonora palmada en lo alto de su pelada cabeza, y dijo muy serio:

—En este, que lleva ya setenta y dos años de impreso.

—¿Pero qué idea tiene V. de lo que es un baile, D. Rufino bendito?... ¿Ha visto V. alguno en su vida?...

—Por el derecho, ninguno... Por el revés, muchos...

—¿Y quiere V. decirme cuál es ese revés, y cuál es ese derecho?...

—El derecho es lo que V. ve en su casa: el revés lo que veo yo en el confesonario...

La Condesa se quedó un momento pensativa, y dijo luego, moviendo la cabeza con cierto aire de duda y de desdén disimulado:

—Veo que no conoce V. la clase de gente que recibo yo en mi casa.

—Supongo que serán hombres y mujeres.

—¡Pues claro está, que no han de ser gatos y gatas!

—Pues si son hombres y mujeres, hágase V. cuenta que por algo se dijo, que

Entre santa y santo,
Pared de cal y canto.

—De modo, que, según ese libro viejo en que V. lee, debe haber en los salones, en vez de intercolumnios, muros de mampostería que separen á los dos sexos.

—Precisamente.

—¿Pero porqué?... ¿porqué?...

—¡Señora!... ¡Porque los enemigos del alma no son mundo, demonio, y... mazapán!

La Condesa volvió otra vez á quedarse parada como esforzándose por comprender, y el clérigo, variando de repente de tono y de gesto, dijo con vigor y hasta con elocuencia:

—¿Ha visto V. esas manzanas que se crían á orillas del mar Muerto?... Tienen una cáscara brillante y dorada, y dentro una ceniza asquerosa y amarga... Pues la cáscara es lo que V. ve en su casa, y la ceniza lo que veo yo en el confesonario... La cáscara es la exquisita finura, las conveniencias sociales que se guardan por fuera: la ceniza, las asquerosas miserias, las innumerables ofensas á Dios que se cometen por dentro, señora, por dentro!...

—¡Ave María Purísima, D. Rufino!... ¿Qué está V. diciendo?...

—Lo que V. oye, señora Condesa... Si á todos sus tertulianos de V. le salieran de repente á la cara los pensamientos que llevan en el corazón, apuesto ciento contra uno, á que no era la bondadosa, la cristiana Condesa de Santa María la que daba más bailes... Si todas esas pobrecitas jóvenes que acuden á ellos, pudieran ver por un instante lo que piensa el galán que le sirve de pareja, cierto estoy de que la mayor parte de ellas huirían aterradas.

—Pero, señor, eso podrá suceder entre una gentuza cualquiera; pero no entre personas tan distinguidas como recibo yo en mi casa.

—Tan de barro está hecha la porcelana del Japón como los cacharros de Triana...

—¡Pero por María Santísima, no exageremos D. Rufino!... ¿Qué idea tiene V. de lo que es un caballero, de lo que es una señora, de lo que es una inocente reunión en que se divierten los jóvenes?...

—¿Quiere V. que se lo diga clarito, pero clarito?...

—Sí, señor... Ese es mi fuerte: las cosas claras y el chocolate espeso.

—Mire V., que le va á saber á cuerno quemado...

—Don Rufino,—dijo la Condesa con cierta dignidad lastimera. Hartas pruebas tengo dadas en mi desgraciada vida, de que sé sobreponerme á las penas más dolorosas... Cuando la muerte de mi hijo Mateo...

El clérigo se apresuró á atajar á la Condesa, que no obstante la gravedad de la discusión se disponía á improvisar una biografía del malogrado Mateo, y dijo vivamente:

—Pues oiga V. y no se asuste... Todas esas reuniones de jóvenes que se divierten, no son pecaminosas de suyo... ¿Pero sabe V. lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitución moral, en que no se prostituyen los cuerpos, porque no se puede, pero se prostituyen las almas con el deseo... Á eso acuden á ellas la inmensa mayoría de esos caballeritos que á V. le parecen Luises Gonzaga... Juzgue V. del papel que le corresponde á la buena alma que franquea su casa para estos inocentes desahogos... sobre todo, si es una pobre vieja que nada gana en ello personalmente.

La Condesa se mordió los labios y se agitó en su butaca, como un oso blanco á quien aplicara el domador un hierro candente; pero el clérigo, sin darse por entendido, prosiguió con igual viveza:

—En cuanto á las mujeres, son otra cosa, y pueden, por decirlo así, dividirse en tres grupos... Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes á los hombres,

aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor á un escándalo que más tarde ó más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algún cándido marido, que les sirva más tarde de editor responsable... Las hay, y estas son las más numerosas, que no acuden á estas reuniones atraídas por la sensualidad sino por la vanidad, por la vanidad de los trapos y del lujo; no vienen á ver, sino á ser vistas, á lucir un pingajo nuevo que les atraiga la admiración y las lisonjas de ellos, y la envidia y la malevolencia de ellas. Estas no son malas, pero son necias... Y las hay, finalmente, como esa pobre niña que se reía aquí hace poco, que vienen porque las traen... Estas son inocentes instrumentos de que se vale el demonio para lograr todos esos otros fines: materia inconsciente, que sirve de pasto á la liviandad de los galanes; pobres ángeles, que juegan con el infame que en su interior mancilla su pureza, con la misma candidez con que jugaría un niño con la serpiente venenosa que mansamente le halaga... ¿Y quiere V. que le diga más? Pues de este número, señora Condesa, no ha salido V. todavía al cabo de sus cincuenta años y pico... Y esto, que tanto la honra, es justamente lo que causa su desdichada ceguera; porque no hay virtud por hermosa que sea, que fuera de tiempo y sazón, no pueda convertirse en vicio; y la candidez y la inocencia, con ser tan bellas, son primas hermanas de la tontería... ¡Sí, señora Condesa, de la tontería!...

La voz de la señora parecía haberse ocultado en las extensas cavidades de su anchuroso pecho, negándose á acudir á la garganta: quiso hablar, pero el clérigo le atajó la palabra, diciendo:

—Á todo este conjunto, le llama el mundo galantería, inocente coqueteo, expansiones de la juventud, etc.... Pero la moral, señora, la ley de Dios, que condena lo mismo el

pecado de pensamiento que el de obra, lo mismo el pecado del que induce que el del que coopera, lo llama libertinaje del espíritu, prostitución de las almas... ¡Vea V. ahora, señora mía, con cuál de estas dos luces quiere iluminar sus salones... Si con la del mundo, déjelos abiertos; porque, con ser tan malévolo el mundo, poco ó nada encontrará en ellos que censurar según su criterio. Si con la de Dios, ciérrelos al punto, porque aparecerán entonces en ellos muchas, pero muchas inmundicias!...

La Condesa resolló, como si el aire faltase á sus pulmones, y dando el clérigo un poco de aliento á los suyos, prosiguió:

—Me dirá V. que mil razones sociales exigen, por lo menos, la tolerancia del trato de esta especie, entre hombres y mujeres... No lo negaré en absoluto, por más que rotundamente lo niego en muchos casos concretos; pero mientras la malicia de los hombres haga de este trato una verdadera prostitución moral, la conciencia tiene que someterlo á la ley de todas las prostituciones... Y sepa V., señora Condesa, que los moralistas que no niegan al Estado la tolerancia de casas infames, prohiben al individuo arrendar las suyas para tan asquerosa industria, sin razones poderosísimas, muy difíciles de encontrar... Crudo es decir que aplique V. el cuento á los bailes de su casa; pero, haciendo la conveniente rebaja, no hay más remedio que aplicarlo, señora mía... Que esto es duro de decir... ¡Durísimo!... que es asqueroso de oir... ¡Asquerosísimo!... Pero si no se oye la verdad á gritos, fuerza será decirla á cañonazos; y lo que está V. oyendo, es la verdad, señora: la verdad pura, desnuda, dicha á cañonazos... Y si duda V. de que lo sea, pregúntelo, no á ellas, que son en su mayor parte tan ciegas como lo es V. misma... Pregúntelo á ellos, á ellos, que son los que ven la comedia entre bastidores...

Y aquí se calló el clérigo, cepillando con la manga de la sotana los encrespados pelos de su sombrero de teja. La Condesa quiso hablar y dió un bramido, quiso resollar y la cólera la ahogaba. Llevóse, al fin, las manos á la cabeza, y con los matices violados de la apoplegía en el rostro, exclamó á retazos:

—¡En mi vida he oído mayores desvergüenzas!... ¡Siempre creí que era V. un saco de rarezas!... pero nunca pensé

que un hombre de su saber... de su virtud... que viste ese hábito... que entra en mi casa hace cuarenta años... me insultase de ese modo!...

—Señora, V. me ha preguntado, y yo he respondido... ¿Qué culpa tengo yo de que la verdad tenga en ciertos paladares el sabor del insulto?

—¡Me quejaré al Arzobispo! ¡Sí, señor, me quejaré al Arzobispo!—exclamó la Condesa.

Y la tempestad que bramaba en su pecho se deshizo en lágrimas, como en lluvia se deshacen todas las tempestades. El clérigo se puso de pie, y recobrando de repente su aspecto bobo y su tono compungido, dijo:

—Conque ¿quiere V. algo para la Madre Priora?...

—¡Nada, nada quiero!—gimió la Condesa.

—Pues que V. se conserve buena... y cuando tenga un ratito de tiempo, lea la historia de *Gil Blas* y el *Arzobispo de Granada*...

Y volviendo el clérigo la espalda, se dirigió á la puerta cojeando... Oyóse entonces en el salón vecino una voz destemplada, que gritaba afectuosamente:

—¡Señor D. Rufino, mi amigo y dueño!... ¿Usted por aquí?... ¿Y se va V. cuando yo vengo, ingrato amigo?... Pero cúbrase V. por Dios, mi Sr. D. Rufino, que soplan aquí muchas corrientes... ¡Las corrientes son temibles!... ¿Sabe V. lo que dijo el diablo á Lutero?... ¡Lutero!... ¡guárdate de las corrientes, que me haces mucha falta!...

La voz se desvaneció por un momento, como si se alejase para despedir á D. Rufino, y á poco apareció en el gabinete, seguido de un alférez de húsares, un caballero muy calvo, que entró diciendo, con el gesto de Cicerón en el Senado romano:

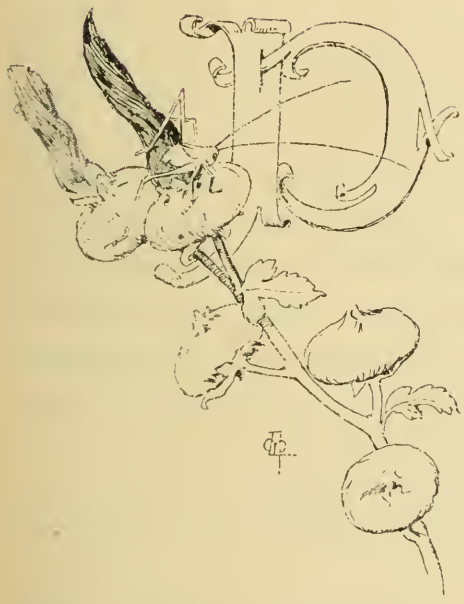
—¡Condesa!... ¡Catilina está á las puertas de Roma!...

Y dejando el ronco son de la trompa bélica, por el suave tono del pastoril caramillo, añadió, indicando á las tres primas, que en aquel momento aparecían en la puerta de enfrente.

—¿Pero quién teme á Catilina... estando ahí las tres Gracias, Aglaë, Pasitea y Eufrosonia?...

Aquel señor era D. Recaredo.

IV



Don Recaredo no se llamaba Guzmán, ni Ponce de León, ni Fernández de Córdoba: llamábase simplemente... Conejo. De este notable desnivel, de esta especie de salto lírico que entre su nombre y su apellido mediaba, no le hace responsable la historia: culpa fué de sus padrinos, que sobrellevaba el buen señor con resignación heróica, sin haber intentado nunca ni aun pluralizar su apellido, firmándose con más galanura heráldica: *Recaredo de los Conejos*. Conejo singular había sido su padre, Conejo singular su abuelo, y por una serie de Conejos singulares, podía remontarse su ascendencia, á cualquiera de los infinitos conejos que, según algunos eruditos, pululaban en España, en los tiempos en que Tubal tomó posesión de ella, haciéndola coto redondo.

Con menos pujos, sin embargo, de rey Godo, que de humilde lepórido, vivía D. Recaredo pegado, como un pobre molusco, á la roca monumental de la casa de Santa María. Había sufrido en vida del difunto Conde todas sus imper-

tinencias políticas en la lucha de los partidos, y seguía sufriendo las domésticas de la Condesa, que le encargaba la superintendencia general de sus salones, y la especialísima vigilancia de sus veintisiete sobrinos. Prodújole lo primero un modesto empleo en Rentas Estancadas, y valíale lo segundo el poderoso apoyo de la Condesa en todas las mudanzas de ministerio. Agradecido D. Recaredo, escribía á cada una de estas una elegía á la prematura muerte de Mateo, que complacida la Condesa iba coleccionando en un album.

Porque D. Recaredo era poeta, y poeta erudito: sabía de memoria el *Arte de hablar en prosa y verso*. de Hermosilla, y leía diariamente diez páginas del *Diccionario de la Conversación,* que luego recitaba en la tertulia, buscando ocasión oportuna. Hablábase, por ejemplo, de que los jamones extremeños superan en mucho á los gallegos, y D. Recaredo, haciéndose el distraído, decía de repente:

—¿Hablaban ustedes de los Babilonios?...

—No... no, señor... Decíamos que los chorizos de Extremadura...

—Pues jurara que había oído algo de Babilonios... Y á propósito de ellos, han de saber ustedes que cuando la ruina de aquel imperio famoso...

Y aquí endilgaba D. Recaredo lo que había leído aquel día sobre el reino de Semíramis, afirmando cada vez más su fama de erudito. Satisfecho con estos modestos triunfos, D. Recaredo partía su tiempo entre el culto de las Musas y el de las Rentas Estancadas, sal y tabaco, dedicando el resto de su vida á conciliar los extremos opuestos de un problema higiénico-social, más importante para él que el Congreso de Verona; su horror á los constipados, y su amor á la cortesía. El primero le llevaba á considerar las corrientes de aire y los vientos colados, como los enemigos más

temibles de la prole de Adán, y el segundo le inducía á quitar el sombrero hasta los pies, lo mismo al mendigo que le pedía limosna, que á la dama que le saludaba desde el coche. Don Recaredo era cortés hasta consigo mismo, y aun al entrar solo por una puerta solía apartarse maquinalmente, como si quisiese hacer á su sombra el honor de pasar primero.

Mas un día los pelos de D. Recaredo comenzaron á declararse en huelga, y de allí á poco tomó su cabeza el aspecto de un mapa-mundi, en que hubiera podido estudiar á su sabor las facultades del alma cualquiera de esos discípulos de Gall, que miden á los hombres por las protuberancias del cráneo, como podrían calar por sus vetas á un melón ó á una calabaza. El problema tomó entonces á sus ojos tintes más pavorosos, que si viera decretar al Gobierno el desestanco de la sal y del tabaco... ¿Cómo exponerse á una pulmonía descubriéndose en la calle á todos los vientos? ¿Cómo renunciar á aquel saludo cortesano, digno del Versalles de Luis XIV, que mataba el sombrero por el ala, y era una manifestación casi gimnástica, de la exquisita finura del que lo hacía?... Don Recaredo se expuso á perder los pocos pelos que le quedaban á fuerza de cavilar, y murmurando al fin el—*¡Eureka!*—anunciador de los grandes descubrimientos, resolvió ponerse para recorrer las calles una peluca, que se apresuraría á dejar con el sombrero no bien entrase bajo techado, evitando así que el excesivo calor hiciese inútil el remedio.

Rióse grandemente de la ocurrencia la dorada juventud confiada á su vigilancia, viendo de continuo la peluca de D. Recaredo pendiente de una percha, como una cabellera ensangrentada adornando el wigwan de un Piel-Roja. Mas D. Recaredo, firme en su propósito, llegó á creerlo sobre higiénico prudentísimo, cuando hojeando un día el *Diccio-*

nario de la Conversación, leyó allí la muerte de Esquilo. Paseaba el gran trágico griego por la orilla del mar, las manos á la espalda y al aire la pelada cabeza, que supo concebir el *Agamemnon* y las *Euménides*... Un águila, que había arrebatado á una tortuga entre las garras, se cernía en el espacio, buscando una roca contra que estrellar su presa para devorarla luego: parecióle la blanca calva del poeta un picacho de mármol, y dejóle caer encima la tortuga, acabando con esta tragedia la vida del que con tantas otras había maravillado á la culta Atenas. Don Recaredo, al leer esto, dió una gran palmada en el libro, y dijo, con la expresión de susto del que acaba de correr un grave riesgo:

—¡Anda!... ¡para que te vayas por esas calles de Dios con la calavera al aire!... El día menos pensado viene un pajarito y—¡paff!—te aplasta con una tortuga... Y que no he visto yo en la Giralda cernícalos capaces de cargar con un vapor del muelle!... ¡La Virgen de los Reyes me ha protegido... ella me inspiró la idea de la peluca!

¡Pobre D. Recaredo! Aún nos parece ver su redonda carita, flanqueada por dos estrechas patillas grises, que encerraban como dos paréntesis á una frase, sus ojitos tiernos, su encarnada nariz difamadora injusta de sus sobrios gustos, y su boca hendida y siempre en movimiento, como una válvula de seguridad que le permitiese desprenderse del exceso de plenitud del *Diccionario de la Conversación*, que se albergaba en su cráneo!... ¡Y, sin embargo, D. Recaredo ya no existe!... La tierra se tragó al cantor de Mateo, sin que su nombre se escribiese en el Parnaso: la tumba sepultó para siempre al probo empleado en Rentas Estancadas, sin que el Estado recompensase su honradez depositando sobre su tumba un montoncito de sal y un cigarro del estanco!

Sirva de disculpa esta doble ingratitud á la pesada complacencia con que nos hemos detenido al hablar de D. Recaredo. Pero ¿qué lector será tan intolerante, que no nos permita esta prueba de cariño, al insigne vate que tantas veces provocó nuestra risa?... Cuando los años comienzan á hacer largo el desierto del pasado, experiméntase un triste placer al recordar á las personas que nos marcan, como las señales que deja atrás el caminante, el sendero recorrido en este valle de lágrimas... Cuando la vista no descubre en torno sino horrores y miserias, deléitase el ánimo deteniéndose, triste á la vez que risueño, ante esos tipos que reúnen, á la sencillez más honrada, las más inofensivas ridiculeces...

V

A de Peralta y Ritita clavaron ansiosas los ojos en el rostro de la Condesa al entrar en el gabinete, y se miraron consternadas al notar la tempestad que se reflejaba en la cara, redonda como la luna llena, de la ilustre señora. Indudablemente se había llevado D. Rufino entre sus garras las promesas del baile de Piñata, que con tanta habilidad habían arrancado ellas á la Condesa. El húsar se acercó á esta, y estrechándole con familiaridad la mano, le dijo:

—¿Qué tal, tía Rosa?

Recordóle á la Condesa el apuesto militarito, aquellos Luises Gonzagas á quienes el cruel D. Rufino acababa de arrancar la vestidura mística, y contestó secamente:

—Bien, Candidito.

Acercóse entonces el húsar á las tres jóvenes, saludándolas con llaneza de primos, y á poco hablaba en secreto con Ritita, á espaldas de todos: ella hacía mohínes de enfado, él gestos de protesta; ella se apoyó en su abanico, como en su clava el Hércules Farnesio, él le quiso quitar una plumita de pavo real que traía en la boca á guisa de cigarro;

ella le pegó con el abanico, él se echó á reir; ella sacó una carta, él la fué á coger... En el mismo momento volvió la cara Blanquita; pero ya Ritita y Candidito miraban extasiados un cuadro bordado en sedas de colores que pendía de la pared. Era un cuadro muy curioso: habíalo bordado la Condesa el año treinta, y representaba á una negra, fumando en su pipa. Ritita decía á Candidito:

—¡Mira... mira cómo humea!...

—¿Vas á aprender á bordar, Cándido?—preguntó Blanquita con malicia.

—Si tú me enseñas, primita, me comprometo á bordarte unas babuchas,—replicó el alférez.

Mientras tanto, D. Recaredo había dado dos pasos al frente, y bajando algo los bríos de su acento, al notar el encapotado rostro de la Condesa, repitió de nuevo su culto grito de guerra:

—¡Catilina está á las puertas de Roma!...

La Condesa, que era poco erudita, y no había salido aún del estado de exaltación en que la dejó D. Rufino, replicó bruscamente:

—¿Pero que no ha de abrir V. la boca para decir dos palabras, sin que suelte tres nombres raros?... ¿Quién es esa Catalina, y qué tengo yo que ver con que haya ido á Roma?...

—Pero si no es Catalina, señora,—contestó D. Recaredo con la mayor mansedumbre... Es Catilina... Ca-ti... ¡titi!...

li-na... hombre feroz, revolucionario, amadeista como quien dice, del tiempo de Cicerón, que levantó una milicia nacional...

—¡Pues mire V.!—exclamó la Condesa con furia, acordándose de las amenazas del Gobernador, que juntamente con D. Rufino tenía montado en la punta de las narices. Bastantes amadeistas tenemos por acá, para que venga V. á colgarnos los del tiempo del rey que rabió.

—Pues justamente por eso plagiaba yo la frase del orador romano,—replicó vivamente D. Recaredo. Porque lo mismo que el amadeista Catilina amenazó á Roma, el amadeista Gobernador *(Gardingo*, como se diría en el siglo VIII,) amenaza al palacio de Santa María.

La de Peralta no pudo contener una extraña sonrisa, que cubrió con el abanico; Ritita dió con el codo á Candidito, y todos exclamaron al mismo tiempo con gran interés:

—¿Pues qué sucede?...

—¿Qué sucede?—replicó D. Recaredo con voz pavorosa, sacando lentamente del bolsillo una carta abierta. Cuando recibí su recado de V. mandándome llamar á toda prisa, me preparaba yo á venir con la misma, para dar á V. cuenta de este documento...

Don Recaredo desplegó la carta con gran solemnidad, calóse los quevedos majestuosamente, y dijo:

—Oigan ustedes el anónimo que he recibido por la mañana.

«Sr. D. Recaredo, etc.

»Me consta positivamente que el Gobernador de esta ciudad está dispuesto á prender á la señora Condesa de Santa María, si vuelven á repetirse en su casa los escándalos antidinásticos del martes de Carnaval. Como V. es la persona de confianza de dicha señora...»

Aquí D. Recaredo hizo un profundísimo saludo, que desmontó de su nariz los espejuelos, y dijo casi conmovido:

—En lo cual tengo mi mayor honra...

Y volviéndose á poner los lentes, prosiguió:

«...Como V. es la persona de confianza de dicha señora, podrá comunicarle este aviso, para quitarle las ganas de organizar conspiraciones. Creo que la señora Condesa no volverá á tener semejante atrevimiento; pero, por si acaso reincide, sepa ya que está avisada, y aténgase luego á las resultas.»

«Un amigo de la paz y de la dinastía.»

Conticuere omnes!... Callaron todos: D. Recaredo pálido y sobrecogido, como el artillero novel que por vez primera dispara un cañonazo, miró á todos los circunstantes, que parecían abrumados cada cual por el peso de un pensamiento distinto... Una intempestiva gana de reir acometió entonces á Blanquita: la imagen de tití Rosa vestida de mameluco tornaba á revolotear en su imaginación, como un geniecillo maléfico: volvió á todos la espalda para conjurar mejor su importuna influencia, y se puso á sacar un ojo con la uña, á un mofletudo niño que aparecía pintado en la pantalla de la chimenenea.

—¿Lo ve V., titita?... ¿Lo ve V.?—estalló al fin la de Peralta, accionando con el abanico. ¡Lo que nosotras decíamos!

Ritita se levantó erguida, como una Némesis ofreciendo venganzas, y exclamó:

—¡Titita!... Es menester dar otro baile, y tirarle á la cara al Gobernador una esquela de convite...

—¡Eso es! ¡eso es!... Convidarlo á él mismo.

—Y bailar el minué delante de sus narices.

—¡Así verá con qué personas trata!

—Y el miedo que nos dan sus amenazas.

—¡No hay remedio, titita, otro baile!

—¡Otro baile!... ¡otro baile!

Y tal algazara armaron las dos primitas, el primito y D. Recaredo, que puesto de pie extendía las manos repitiendo el verso de Dante:—*Io vo gridando pace, pace, pace*—que sofocada la Condesa, exclamó, tapándose los oídos:

—¿Quieren ustedes callarse y no aturdirme?...

—¿Quién ha escrito esa carta?—añadió con voz formidable, dirigiéndose á D. Recaredo.

—Pues un amigo de la paz y de la dinastía,—respondió el cantor de Mateo, mostrando la firma.

—¿Pero quién es ese amigo de la paz, que tal gresca levanta en mi casa?

Don Recaredo se puso un dedo en la punta de la nariz, y dijo, abriendo mucho los ojos:

—Sospecho... ¿qué digo sospecho?... Juraría que este tiro viene de...

—¿De quién?

—¡Del mismo Gardingo!—concluyó D. Recaredo, creyéndose en el siglo VIII.

—Pero, hombre de Dios, ¿hablará V. claro alguna vez en su vida?... ¿Quién es Gardingo?

—¡El Gobernador, señora, el Gobernador!—replicó prontamente D. Recaredo, tornando al siglo XIX.

—Para mí es eso evidente,—opinó Candidito.

—Apostaría las narices, sin miedo de quedarme chata,—dijo Ritita.

—¡Es un cursi, tití, un cursi!—repitió por centésima vez la implacable Peralta.

—Lo único que me hace dudar,—dijo D. Recaredo, es que tiene la carta una ortografía detestable... Vea V., añadió, mostrándola: no escribe *confianza,* sino *confianca*...

Candidito y Ritita se miraron azorados, como si fuesen responsables ellos de la detestable ortografía del Sr. Gobernador, y el alférez dijo al fin, cruzando una pierna sobre otra:

—¡Bah!... ¿Se asusta V. de que un Gobernador escriba *confianca?*... Yo he conocido un oficial del Ministerio de Estado, que escribía zapatilla con h...

—¡Pero si es un cursi!—dijo con mucha lógica la de Peralta. El otro día le vi de cerca en la exposición del Alcázar... Llevaba un trajecillo claro de medio tiempo, y observé que tenía el chaleco más usado que la levita... Señal clara y evidente de que suele estar en mangas de camisa.

—Pero Adelita,—dijo respetuosamente D. Recaredo, á quien sin duda remordía la conciencia de semejante crimen. No veo que tenga nada que ver la ortografía con estar en mangas de camisa... La ortografía entre los pueblos antiguos...

—¿Pues no ha de tener que ver?... Eso indica que es un *parvenu,* un cursi... ¿Usted concibe un Gobernador en mangas de camisa?... ¡Qué horror!...

Y aterrada la de Peralta se tapó la cara con el abanico. La Condesa se había quedado pensativa, con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla; y poseídos todos de esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectaciones, respetaban aquel silencio, precursor de una resolución de que pendía quizá la caída de un trono, al pausado compás de la música de un minué... ¿Y porqué no? Un águila arranca con la punta del ala un copo de nieve en la cima

de una montaña, y aquel copo rueda, crece, y, convertido en alud, llega á la falda... La Condesa podía ser el águila que arrojase contra el Gobernador y la dinastía un alud de casacones y peluquines blancos, y su cólera excitada, su orgullo herido, su españolismo acendrado la impulsaban á ello. Mas la sombra de D. Rufino detenía las alas del águila condal, mal de su grado, y sin saber porqué figurábasele en aquel momento que tomaban forma corpórea, en las tres sobrinas que tenía delante, aquellos tres tipos de mujer que con tanta viveza le había descrito el compungido Capellán de monjas... Ritita le parecía más descocada; Adela más presumida; Blanca más inocente; Candidito más taimado.

El silencio se prolongaba: Ritita y Candidito cuchicheaban por lo bajo; la de Peralta se componía la mantilla, mirándose en el espejo con el rabillo del ojo; D. Recaredo limpiaba con el pañuelo los cristales de sus lentes.

De repente sonó una risita, queda y ahogada primero, franca y ruidosa después, como una fuentecilla que se deslizara mansa entre césped, y saltase al fin de roca en roca, libre, alegre y bulliciosa... Blanquita había acabado de sacar el ojo al niño de la pantalla, y el geniecillo maléfico de la hilaridad la había vencido al fin, poniéndole de nuevo delante la imagen de tití Rosa vestida de mameluco. Cuatro miradas iracundas y una asombrada, la de D. Recaredo, cayeron sobre la risueña niña.

—¡Qué inoportuna eres, Blanca!—dijo Ritita. ¡Pareces un reloj descompuesto!

—¿Pero de qué te ríes, tonta?—exclamó ágriamente la de Peralta.

—Como decía tití que se iba á vestir de mameluco,—balbuceó Blanquita.

La Condesa, que necesitaba algo para estallar, estalló al fin, exclamando:

—¡Eres una chiquilla, necia, sin juicio!... ¡Bien te vendrían un par de años más de colegio!...

Blanquita se puso colorada como una amapola; bajó la cabeza confundida, miró luego á su tía, después otra vez á la alfombra, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, se echó á llorar.

—¡Chubasco tenemos!—dijo Ritita.

—¡Nuestra Señora de las lágrimas nos asista!—exclamó la de Peralta.

Candidito se echó á reir, y el compasivo D. Recaredo, con ganas de llorar también, dijo:

—Pero hija mía, Blanquita preciosa, ¿va V. á desperdiciar esas perlitas de sus ojos por causa de los mamelucos?... Los mamelucos eran allá en tiempos antiguos...

Y aquí se atarugó el buen erudito, por no tener á mano el *Diccionario de la Conversación,* que le sacase de dudas acerca de los mamelucos. La Condesa, al ver llorar á Blanquita, su niña querida, se agitó inquieta en el sillón, volvióse de un lado, después del otro, cogió los bonos de la Conferencia, los volvió á soltar, y acabó por atraer á sí á

la niña, que escondía siempre el rostro en el pañuelo, abrazarla, besarla en la frente, y decirle al oído:

—Pero ven acá, tontilla... No me seas simple, hija mía... Si tengo yo muy mal genio... No me llores, pichona... Mira... pondremos la Piñata el domingo, y tú la romperás, hijita... ¿Quieres?... Verás, verás qué piñata tan bonita...

El lindo rostro de la niña apareció entonces iluminado por una sonrisa, que brillaba entre sus lágrimas, como entre las lluvias de primavera un alegre arco iris. Acercó la boquita al oído de su tía, y en voz muy baja le dijo:

—¿Y tendrá dentro pajaritos?

VI

UNA vez decidida á dar el baile, la Condesa entregó sus poderes, como siempre, á D. Recaredo y á Ritita, para que dispusiesen la fiesta. Tres condiciones puso sin embargo: primera, que para tranquilidad de su conciencia había de terminar el baile á las doce de la noche, hora en que expira ese absurdo interregno, sin razón alguna de ser, que el domingo de Piñata establece en la Cuaresma. Segunda, que, como prueba del absoluto desprecio que las amenazas del Gobernador le inspiraban, había de enviársele á este, como un cartel de desafío, una esquela de convite. Tercera y última, que, para satisfacer á Blanquita, habían de encerrarse en la suntuosa Piñata, en compañía de los dulces, hasta dos docenas de pajaritos, entre jilgueros y canarios: habíanse otrosí de poner en juego cuantas trampas é ilegalidades fuesen necesarias, para proporcionar á la preciosa niña el placer de romperla.

Ritita oyó la primera condición con pérfida sonrisa, y D. Recaredo, bajando la cabeza confundido, como si le abrumase el peso de un remordimiento. Á la segunda frunció Ritita ligeramente las cejas, y D. Recaredo hubiera repe-

tido su conciliador: —*Io vo gridando pace, pace, pace*— si el acento irritado de la Condesa al dictarla, no le hubiese recordado el *con el escudo ó sobre el escudo*— de las feroces espartanas, al enviar á sus hijos á la guerra. En cuanto á la tercera, aceptóla Ritita, diciendo que no sería ella la que disputase tal honor á su prima, y D. Recaredo, proponiéndose buscar en el *Diccionario de la Conversación* el origen de las Piñatas, y su uso entre asirios, medos y persas, para explicarlo todo detenidamente á Blanquita.

Una vez sentadas estas bases, la Condesa pidió el coche, y se fué á las Cuarenta Horas; entró luego en San Vicente á oir un pedacito del sermón, fué luego á visitar á una amiga, y al oscurecer mandó al cochero dirigirse á la Capitanía general. Era el Capitán general algo pariente suyo, hombre para ella de toda confianza, y nada afecto á la dinastía italiana. La Condesa le refirió en secreto las amenazas del Gobernador, su proyecto de desafiarlas atrevidamente, y concluyó preguntándole, si podía contar con él en caso de peligro. Rióse grandemente el General al oirla, y díjole que tenía al Gobernador por un progresista de lo más neto que había brotado en España al son del himno de Riego; pero que, así y todo, no le creía capaz de llevar tan al cabo sus majaderías. Insistió la Condesa, porque, una vez aplacada su cólera, halagaba á su amor propio que se diese á sus asuntos domésticos tal importancia en las esferas oficiales, y mostró al General el anónimo. Leyóle este, rióse de nuevo, pareció fijarse en la letra, y cotejóla disimuladamente con la de uno de los partes oficiales que sobre la mesa tenía: era del escuadrón de húsares, y estaba escrito y firmado el día anterior por el alférez de guardia. Tornóse á reir el General, encogióse de hombros, y devolvió á la Condesa el anónimo diciendo:

—Descuida, Rosa, que no llegará la sangre al río, y más

que majaderías de Gobernador, parecen éstas trapisondas de muchachos... Puedes dar tranquila tu fiesta, y yo te respondo de que, aunque bailen el minué en mitad de la plaza del Duque, nadie ha de incomodarte.

Exigióle entonces la Señora promesa de que asistiría á su baile: diósela el General, y retiróse ella satisfecha y tranquila, guardándose muy bien de dar cuenta á nadie del paso que había dado. Hubieran podido atribuirlo á miedo, y era esto deshonroso para la varonil Condesa de Santa María.

Recibía esta su tertulia ordinaria en el salón cuadrado que precedía al *costurero:* en un extremo se instalaba la *Cámara alta*, compuesta de los personajes más notables de la aristocrática X.**, y en el opuesto, la *Cámara baja,* que formaban la parentela joven de la Condesa, y algunos otros allegados, que, después de previas averiguaciones, habían tenido el honor de ser presentados á la dama: porque, para entrar en el palacio de Santa María, casi era necesario hacer informaciones de ocho apellidos nobles, ni más ni menos que si se tratase de profesar en cualquiera de las cuatro órdenes militares, Santiago, Alcántara, Calatrava ó Montesa. En esto cifraba la Condesa su confianza, al par que su orgullo.

La Cámara alta llamaba á la baja el *Club de la Tijera*, por las burlas y murmuraciones que en ella se fraguaban, y esta hacía honor á su nombre, titulando á la alta *El Antiguo Testamento,* por las añejas fechas de los señores y señoras que en ella se reunían. El Antiguo Testamento jugaba al tresillo, y el Club de la Tijera desollaba al prójimo, en ociosa conversación, cuando no se veían aparecer alguna de esas caprichosas labores con que la moda ejercita las manos de las damas, y se ven rodar años enteros por gabinetes y tocadores, empezadas siempre y sin concluir nunca.

Don Recaredo Conejo descendía todas las noches del Antiguo Testamento al Club de la Tijera, como un profeta de otras edades que enviase la Condesa, para amparo y vigilancia de la juventud inexperta. Era D. Recaredo su policía secreta.

Los jueves y domingos, días en que la Condesa recibía oficialmente, se iluminaban otros dos salones, y el Club de la Tijera, numerosamente reforzado, se desparramaba por ellos, bailando hasta hora no muy avanzada de la noche. El Antiguo Testamento permanecía siempre en su puesto, apegado á su rincón, con la inmutabilidad característica de las venerandas instituciones. En los días de gran recepción, que no eran escasos, franqueábase todo el palacio, disponíase el comedor con la abundancia y magnificencia propias de la rumbosa Condesa, y se iluminaba y disponía, sobre todo, la gran galería llamada de los retratos, por estar colocados en ella todos los de los Condes y Condesas de Santa María.

El *alpha* de esta larga serie de ilustres señores era un barbudo guerrero, compañero del rey San Fernando, en la toma de Sevilla, y el *omega* era Mateo en persona; es decir, en persona que debía á la munificencia del pintor. Habíale este dotado de un cuerpecito angelical, y de unas alitas blancas que le impulsaban hacia el cielo, mientras sus manitas dejaban caer la corona condal de los Santa María, como anunciando con esto que dejaba cumplida en la tierra la misión de poner punto final á su ilustre raza. En el fondo de esta magnífica galería, verdadera obra de arte, abríase una soberbia puerta que daba entrada á la cámara de Carlos V; estancia llamada así, por haberse hospedado en ella el invicto César en 1524. Conservábase intacta desde aquella fecha memorable, y era uno de los monumentos históricos con que más se honraba la ilustre casa de Santa María.

El artesonado era de riquísimas maderas incrustadas y talladas, el zócalo de esos estimados azulejos moriscos que tanto embellecen los palacios de Córdoba y Sevilla, y colgaba desde el uno hasta el otro una tapicería de terciopelo rojo con grandes escusones dorados, que hacía juego con el dosel, cortinajes y colcha del magnífico cuanto enorme lecho, que ocupaba por completo uno de los frentes. Por detrás del tapiz que á este correspondía, quedaba entre la tela y el muro, una especie de pasillo de uso desconocido, que terminaba por ambos lados en dos puertecitas de escape: una daba á la galería, otra á dependencias de la casa, que á la sazón ocupaban los criados. Detalles todos que consignamos desde ahora, porque serán necesarios al lector para la perfecta inteligencia de los sucesos que quedan por narrar en esta verídica historia.

Cuando D. Recaredo apareció aquella noche en el Club de la Tijera, fué saludado con las sonrisas más encantadoras y las frases más halagüeñas. El revoltoso Club fraguaba de nuevo, para el domingo de Piñata, la conspiración de los relojes del martes de Carnaval, y aquellos Eneas y Teseos de ambos sexos se apresuraban á amasar, con dulces palabras de adulación, la torta de miel que había de ablandar al Cancervero. Ritita, con sus más graciosos mohínes, le hizo sentar á su lado, en el sitio que antes ocupaba su perra; la de Peralta le pidió unos versos para su album; Blanquita le ofreció un caramelo con las puntas de sus deditos de rosa; y una morenilla, cuya nariz respingona le daba cierto aire picaresco, le dijo que estaba haciéndole un gorrito de dormir, porque el invierno próximo se presentaba muy crudo: trabajaba, en efecto, con dos largas agujas de madera una extraña labor de lana, con grandes florones verdes y encarnados.

—¡Admirable asunto para la lira de Anacreonte!—ex-

clamó D. Recaredo en sus glorias. Un gorro de dormir tejido por Paquita, la más bella y la más burlona de las ninfas del Bétis.

—Pues quedamos en ello,—replicó Paquita. Yo hago el gorro, y V. lo canta en la lira de Anacreonte... ¿Es ese señor compañero de V. en la oficina?...

—¡Por las once mil vírgenes, Paquita!... ¿Anacreonte empleado en el Alfolí de la sal?... ¿Así se burla V. del gran poeta griego?

—¿Yo? ¡Dios me libre!... Pues justamente son mi flaco los poetas y los versos... Crea V. que hasta lloro, cuando leo aquello de

Aventuras, vida y fin,
Del enano don Crispín.

Y aquello otro de más abajo,

En un zapato metido,
Todo el río ha recorrido...

—¿No son esos versos de Anacreonte?...

—¡Paquita, por Dios!—exclamó D. Recaredo. ¡*Marciala* satírica, sacerdotisa del dios Momo, respete V. la memoria del gran poeta!... Por cierto, que murió de un modo extraño... Se le atragantó una pasa...

—¡Ah, goloso!...

—¿Y porqué no le dieron unas palmaditas en el cogote?

—Pues sí, señor... Así murió en Samos á los ochenta y cinco años.

—Entonces no fué ningún malogramiento.

—El genio debía de ser inmortal, Paquita; y para que no incurra V. otra vez en equivocaciones tan lastimosas, le daré para que lea una traducción de las odas de Anacreonte.

—Ahora no puedo... Estoy leyendo el Bertoldo, y me gusta guardar método en mis lecturas.

—Démelas V. á mí, D. Recaredo, que yo me las aprenderé de memoria,—dijo mimosamente Ritita... Y á propósito de versos, me tiene V. que dar el soneto que hizo el otro día *Al alumbrado de gas*... ¡Es precioso!...

—¡Muy bonito!—replicó Paquita. Yo me lo sé de memoria...

—¿Es posible Paquita?—exclamó D. Recaredo. ¿Es posible que hayan alcanzado tal honor mis pobres versos?

—¡Vaya!... Una vez los leí en *El Porvenir,* y se me quedaron impresos... Óigalos V.

Y sin dejar de mover las agujas, Paquita recitó muy seria:

Doce meses esperando
Y siempre calles corriendo,
Siempre luces encendiendo,
Siempre luces apagando;
Siempre alumbrando, Señor,
Los sitios de esta ciudad,
Y siempre por Navidad
Se vió que el alumbrador,
Tuviese un *Plus* por favor,
De toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al terminar Paquita el último verso, y D. Recaredo exclamó:

—¡Ah femenino Marcial!... ¡pérfida *Moma!*... ¿Así equivoca V. mis versos con las décimas del alumbrador pidiendo aguinaldos?...

—Pues está visto que yo no sirvo sino para confundir los clásicos.

—Consuélese V. con otro caramelo, D. Recaredo,—dijo Blanquita dándole uno.

—Cuidado no se le atore..., que á Anacreonte lo ahogó una pasa...

No haga V. caso de estos locos, que son capaces de burlarse de un entierro,—dijo Ritita levantándose. Venga usted conmigo, que me tiene que copiar el soneto... y que arreglar un asunto.

Don Recaredo y Ritita entraron en el *costurero*, y aquel se puso á copiar complacidísimo su soneto al alumbrado de gas, en el pupitre mismo de la Condesa. Ritita lo iba leyendo entusiasmada por encima de su hombro, y repetía á cada línea—¡Precioso! ¡monísimo!—Volvió á leerlo todo declamando, y cuando ya le pareció que el insigne vate estaba maduro, le propuso entre halagos y mimos, dengues y monadas, repetir el domingo de Piñata la conspiración de los relojes, del martes de Carnaval. Don Recaredo, llevado por sus hábitos oficinescos, se puso la pluma detrás de la oreja, y con la dignidad de un Catón incorruptible, se negó rotundamente. Había delinquido una vez por debilidad, y no quería reincidir otra por malicia.

Ritita instó, suplicó, chilló, amenazó, y D. Recaredo firme en su honrado propósito, repetía siempre:

—¡Imposible, Ritita, imposible!

—¡Vaya!—exclamó al fin Ritita enfadada. ¡No creí que fuera V. tan poco galante!

—El deber está por encima de la galantería, Ritita bella.

—¡Ni tan soso!...

—Pues no será por hallarme lejos del depósito de sal,—repuso el vate ofendido.

—Entonces le sucede á V. lo que á los confiteros... que de puro manejar almibar aborrecen el dulce...

Y volviendo Ritita majestuosamente la espalda, dejó á D. Recaredo con la pluma detrás de la oreja, y el soneto al alumbrado de gas en la mano. Á la puerta del *costurero* la esperaba Candidito.

—¿Qué ha dicho?—le preguntó impaciente.

—¡Que nones!... ¡que ni hecho trizas!

El alférez dió una fuerte patada en el suelo, y exclamó con imperio:

—¡Pues es preciso, Rita!...

Esta bajó los ojos poniéndose encarnada, y con extraño acento repitió muy bajo:

—¡Preciso!

VII

En el centro de la gran galería de los retratos habíase colocado la suntuosa Piñata, semejante en su figura á una araña de salón. Formábanla doce enormes cuernos de la abundancia vistosamente dorados, unidos por las puntas en la parte inferior, separados, en forma de copa, por la superior, y bellamente entrelazados con primorosos arabescos, lazos y frescas guirnaldas. Pendía del centro hasta el suelo un gran manojo de cintas de todos colores, de las cuales solo una abría la Piñata: las restantes estaban tan ligeramente apuntadas al armazón, que, al tirar de ellas, quedábanse en la mano. Las damas debían de pasar por turno tirando cada cual de una cinta, hasta tropezar con la afortunada: al impulso de esta la Piñata se abría, variando de forma, giraban los cuernos volviéndose boca abajo, y derramaban sobre los circunstantes una lluvia de dulces y pajaritos. La cinta misteriosa era celeste, y D. Recaredo, obedeciendo á las prescripciones de la Condesa, la había señalado con un nudo, para que Blanquita pudiera reconocerla.

Doce señoras y doce caballeros, vestidos con trajes de tiempo de Carlos IV, habían de bailar en el gran salón ama-

rillo, el discutido y anatematizado minué, que era objeto del baile. Adelita Peralta, deseosa siempre de exhibirse, había propuesto acentuar más el tinte político de la fiesta, ofreciéndose á cantar ella misma á la guitarra, vestida de maja, dos canciones manolescas de aquellos patrióticos tiempos, *La Cachucha* y *La Jaca de terciopelo.* Esta parte del programa debíase de haber puesto en práctica el pasado martes de Carnaval; pero la elegante joven y ferviente española, tuvo la ocurrencia de encargar á París, desde las orillas del Bétis, su traje de maja, y habiendo este llegado tarde, quedóse la *Cachucha* sin cantar, y Adelita sin lucir el garbo, que había de conquistarle aquella noche, con aprobación tácita de los manes de D. Ramón de la Cruz, el nombre de la *Maja majada.*

Un incidente extraño sobrevino á última hora, que se prestó á largas discusiones y á comentarios no escasos. Ritita y Candidito se negaron resueltamente á tomar parte en el minué, cediendo su lugar á la de Peralta y á Federiquito Bombones. Parecía esta resolución tomada muy de antemano, y daban para disculparla fútiles razones y evasivas sospechosas, pidiendo en cambio que se tocasen en aquella noche los dos grandes resortes de diversión y entretenimiento que se habían puesto ya en juego separadamente: los capuchones Watteau y los dominós negros. Disfrazados por igual caballeros y señoras, la confusión debía de ser inmensa, las bromas divertidísimas, y graciosos los chascos. Opúsose la Condesa por estas mismas razones, recordando, sin darse cuenta de ello, los crudos avisos de D. Rufino; mas Ritita y Candidito insistieron de tal modo, y á tales argumentos apelaron, que la Condesa cedió al fin, sin sospechar en su buena fe, que aquel tenaz empeño de los disfraces generales, ocultase algún gato encerrado por parte de los primitos. Trasladóse pués al tocador de señoras el

cargamento de capuchones Watteau, y en la cámara de Carlos V, franqueada al efecto para los caballeros, por estar del todo aislada, se depositaron los dominós negros.

Aquella tarde, la Condesa, independiente como siempre se fué al sermón, y D. Recaredo, después de dar la última ojeada á los salones, al *buffet,* á la Piñata y de repetir sus órdenes á Juan Bautista el mayordomo, se retiró ya entrada la noche á su casa, para cambiar de traje: el pobre señor estaba rendido. Á primera hora, los salones casi vacíos admiraban por su magnificencia deslumbradora, y torrentes de luz se escapaban por la anchurosa escalera y el espacioso vestíbulo, y llegaban hasta la calle misma, despertando ideales socialistas en la turba populachera que se agolpaba á la puerta, para ver entrar los lujosos coches y apearse á las elegantes damas, envueltas en ricas pieles y costosos abrigos. Parecíales aquello un paraíso vedado, cuya serpiente no divisaban porque agitaba su cola entre ellos.

En el salón próximo á la galería de entrada, el elemento más revoltoso del Club de la Tijera formaba un grupito, cuchicheando con gran viveza: indudable era que allí se tramaba algo, y este algo tenía que ser precisamente la conspiración de los relojes, ahogada al nacer por la férrea mano del incorruptible D. Recaredo. Allí estaban Ritita, Candidito, la picaresca Paquita, Ramiro Pérez y otros varios y varias, entre las que descollaba Adelita Peralta con su traje de *Maja majada,* cuyo rasgo más sobresaliente era una pistola con culata de marfil que llevaba al costado: detalle que omitió siempre Goya en los retratos de sus inmortales majas, por no haber consultado, sin duda, á las modistas parisienses. Sin cesar llegaban nuevos convidados, que iban á buscar á la Condesa para saludarla en su rincón del Antiguo Testamento; allí estaba la señora con su hábito del Carmen, su sencillo peinado, y alguna que otra rica pero

anticuada joya, con que los días de gran ceremonia solía realzar su persona: el que la necesitara podía estar seguro de encontrarla allí, y el que no la necesitase podía prescindir del trabajo de buscarla. La Condesa parapetada tras sus años, sus desgracias, su gordura y su egoísmo, se había formado este cómodo ceremonial para sus recepciones, y de él no la sacaba nadie. Para todo lo que ocurriese, allí estaba D. Recaredo.

Apareció al fin este á la entrada del salón, de rigurosa etiqueta vestido, brillante la pelada calva, como si la hubiese barnizado con clara de huevo, acabando de enfundar sus manos llenas de sabañones en los flamantes guantes blancos. Á su vista desbandóse el Club de la Tijera como por encanto: Ritita y la de Peralta, agarradas del brazo, dieron una vuelta para evitar su encuentro, y se dirigieron disimuladamente al sitio en que D. Recaredo solía dejar su peluca. Ritita llevaba en la mano un arma doblemente temible, por ser arma y arma femenina: era una aguja enhebrada en seda negra. La peluca fué hallada y arrebatada en silencio, y en menos tiempo del que se necesita para referirlo, redujo Ritita su cavidad á las tres cuartas partes, dándole de trecho en trecho algunas hábiles puntaditas. Hecho esto, la peluca fué depositada de nuevo, con igual sigilo, en el sitio que antes ocupaba.

Los salones estaban ya atestados de gente, y la orquesta preludiaba el rigodón que había de abrir el baile. Atento á todo D. Recaredo, repartía por donde quiera las flores de su galantería y los frutos de su erudición. Un joven le estrechó familiarmente la mano al pasar á su lado, y deteniéndose de repente, como sorprendido, le dijo:

—¿Pero qué tiene V. en la cabeza, D. Recaredo?...

—¿Yo?... Nada...

—Me pareció que la tenía V. un poco hinchada...

—¿Dónde?—exclamó azorado el aprensivo señor.

—Por detrás... ahí... hacia la coronilla.

Y sin detenerse más tiempo, el joven desapareció entre el gentío. Quedóse D. Recaredo parado en mitad del salón, palpándose la cabeza con muestras de gran azoramiento: quitóse un guante, tornóse á palpar con la mano desnuda, y aunque ninguna prominencia descubría al tacto, su aprensiva imaginación comenzó á representarle aires colados, corrientes traidoras, pérfidos Céfiros, dañinos Eolos, y hasta furiosísimos Notos, que parecían zumbarle dentro de la cabeza. Vióse entonces envuelto en un grupo traidor, afiliado al Club de la Tijera, que comenzó á felicitarle calurosamente por el exquisito gusto con que había dispuesto la Piñata. Preocupado D. Recaredo, contestaba distraidamente, y aun, olvidando su respeto profundísimo á las conveniencias sociales, se palpaba la cabeza con disimulo. La sangre toda le refluyó al corazón, al oir á Ramiro Pérez, que exclamaba:

—¿Pero D. Recaredo, se ha dado V. algún golpe?...

—No... no...—contestó este angustiado; pero siento aquí en la cabeza una molestia...

—¡Pues claro!... Si tiene V. ahí un chichón terrible...

—¿Dónde?

—Detrás... ahí... hacia la coronilla.

—¡Es verdad!—exclamaron todos en coro. ¿Le ha picado á V. algún bicho?...

—No... no, que yo sepa... ¡Será algún aire!... Esta mañana me sentía mal... y ahora, de repente, me parece que me duele la cabeza... algún aire he pillado...

La sacerdotisa de Momo, Paquita, se abrió paso entre el grupo, con su traje de medio paso, su moño en lo alto de la cabeza, su fleco á lo nene, y desplegando ante D. Recaredo su colosal abanico, le dijo:

—¡Magnífico, D. Recaredo!... ¡Preciosa Piñata!... No le falta más que el busto de...

La taimada *Marciala* interrumpió aquí la frase con un cómico gesto de espanto, y señalando con la punta del abanico la cabeza del vate, dijo:

—¿Pero qué es eso, D. Recaredo? ¿Le va á V. retoñando la cabeza?... ¡Jesús y qué chichón! ¿Si le irá á brotar á V. por ahí un poema épico?...

—Don Recaredo,—dijo compasivamente la pérfida Peralta. Mejor sería que se abrigase V. la cabeza: eso será algún aire... ¿Porqué no se pone V. la peluca?...

—Tiene razón,—dijo Ramiro: véngase V. conmigo.

Y cogiéndole de un brazo, le llevó en busca de la peluca. La congoja de D. Recaredo llegó entonces á su último grado: ¡la peluca no le entraba, y la peluca no había podido menguar, luego la cabeza le había crecido!... Dejóse caer en un sillón, y dijo angustiado:

—¡Me siento muy mal, Ramiro!

—No se abata V., por Dios, que eso no será nada... Algún aire... ¿Le duele á V.?...

—¡¡Muchísimo!!

—¿Pero porqué no se va á su casa?... ¿Quiere V. que le acompañe?...

—¿Y cómo dejo esto, Ramiro?... ¿Qué dirá la Condesa?...

—¿Qué ha de decir, si está V. enfermo?... Yo le despediré á V. de ella... Mire V., abajo estará todavía el coche

de mi tia Pepa que acaba de llegar, y en él puede V. marcharse... No hay que perder tiempo.

Don Recaredo aprobó tácitamente esta proposición: sentia sudores, calambres, y parecíale que la misma Minerva, que salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, iba á brotar de su cráneo, en cuanto algún caritativo Vulcano le pegase un hachazo. Levantóse trabajosamente, y arrastrando los pies, bajó la escalera apoyado en el brazo de Ramiro. Este le acomodó en el coche de su tía Pepa, y volvió en dos brincos á dar parte á los conspiradores de lo satisfactorio del triunfo. El Club de la Tijera respiró libremente: los relojes del palacio de Santa María anduvieron para atrás dos horas, y aquellos dos extraños—*¡preciso!*—de Ritita y Candidito, se vieron cumplidos. Miráronse los dos primitos al oir que el estorbo de don Recaredo ya no existía, y desaparecieron ellos también cada cual por un lado.

El baile llegaba al apogeo de la animación: caballeros y señoras iban ocultándose poco á poco bajo los capuchones Watteau y los dominós negros. Nadie conocía ya á nadie, y la concurrencia tomaba aquel aspecto uniforme, que según Ritita y Candidito daba lugar á chascos tan graciosos, tan divertidos, tan inocentes... Adelita Peralta iba á cantar *La Cachucha*, y todo el mundo se replegaba hacia el salón, deseosos de reirse á costa de la *Maja majada*. La sacerdotisa de Momo, Paquita, decía agitando pausadamente el abanico:

—Tiene poquita voz...; pero muy desagradable.

La galería de los retratos quedó desierta: entonces apareció en ella un capuchón Watteau, que mirando á todas partes, dió varios pasos azorado. Un dominó negro salió al mismo tiempo de la cámara de Carlos V, y acercándose á la dama, le ofreció el brazo.

—¿Porqué tiemblas?—le dijo muy bajo.

La pareja salió rápidamente de la galería, mezclóse un momento entre las demás máscaras, abandonó luego con disimulo los salones, bajó la escalera, cruzó el vestíbulo, salió á la calle... El portero, embutido en su gran librea de gala, se inclinó respetuosamente á su paso: giró luego sobre los talones mirándolos con extrañeza, y encogiéndose de hombros, dijo:

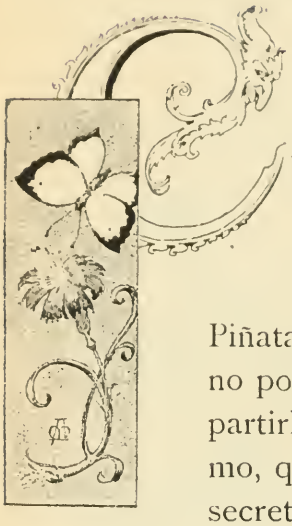
—¿Y á dónde irán esos?...

La noche estaba oscura y la niebla era espesa: brillaban entre esta, como las iracundas miradas de un monstruo, los faroles de algunos carruajes, que, no contando con el atraso de los relojes, comenzaban á enfilarse ya á la puerta del palacio. De repente saltó por la ventanilla de uno de ellos una galguita inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo: corrió hacia los enmascarados, meneando el rabito, y comenzó á hacer fiestas en torno suyo, como si reconociese en ellos á antiguos amigos.

La dama dejó escapar un ligero grito de espanto al ver á la perra: el galán la rechazó de un terrible puntapié, arrojándola á tres varas de distancia.

El pobre animal se refugió de nuevo en el coche, renegando de su instinto...

VIII



CUANDO llegó á oídos de Blanquita la partida de D. Recaredo, su aflicción no tuvo límites: habíase llevado consigo el aprensivo señor el secreto de la Piñata, y quedando este confiado á la suerte, no podía tener ella sino esperanza remota de partirla. Buscó á Juan Bautista, el mayordomo, que debía de ser también depositario del secreto, y, no encontrándolo, fuése desolada en busca de la Condesa: al verla venir esta en aquel estado, le preguntó sorprendida:

—¿Pero qué tienes, hija?...

—¡Que ya no puedo partir la Piñata!—contestó Blanquita, haciendo pucheros.

—¿Pero porqué?...

—Porque D. Recaredo se ha ido sin decirme con qué cinta se abre.

—¿Que se ha ido D. Recaredo?—exclamó atónita la Condesa. ¿Pero á dónde?...

—Pues á su casa... Se puso malo y se lo llevaron en un coche...

—¿Pero qué estás diciendo, mujer?... ¿Marcharse sin decirme nada?... ¡Imposible!... ¿Tú lo has visto?...

—Yo, no; pero me lo ha dicho Adela... Dice que le salió de repente en la cabeza un bulto grande, grande... así...

Y la niña ahuecaba al decir esto sus dos manitas indicando un volumen esferoidal del tamaño de un melón grande.

—¡Qué atrocidad!—exclamaron en coro todos los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento.

—Dice Adela que le salió de pronto...

—¡Extraño caso!—observó un Abraham de tiempos de Calomarde, que traía el pecho lleno de cruces.

—Y Ramiro Pérez dice,—prosiguió Blanquita, que refería todo aquello de buena fe, porque así se lo habían contado, que él lo cogió por un brazo y se le desmayó tres veces... Decía que estaba muy malito y quería confesar...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué desgracia!—exclamó la Condesa verdaderamente afectada. ¿Pero cómo no me han avisado?... ¿Dónde está Ramiro?... ¿Dónde anda Adela?... ¿Y Ritita?...

—¡Pues écheles V. un galgo!... Por ahí andan todos disfrazados, y nadie sabe quién es nadie.

—¿Pero, señor, cómo no me ha dicho nada ese Ramiro?... ¡Jesús qué desgracia!... ¡Qué cabeza de chorlito, Virgen Santísima!... ¡Y estará muriéndose el pobre señor, y el otro bailando tan fresco sin decir palabra!... Es menester que vaya alguien á su casa: el pobrecito vive solo...

—¿Quiere V. que vaya yo, Condesa?—dijo el Abraham de las cruces, con la esperanza de que algún ángel le detendría las piernas antes de consumar el sacrificio que ofrecía.

—¡Se lo agradecería á V. en el alma, D. Agustín!—replicó la señora vivamente. Ahora mismo le pondrán un coche... ¿No hay por ahí ningún criado, Blanca?

—¿Qué ha de haber?... si todos están en el comedor, porque el *buffet* se abrirá dentro de nada...

—¡Dios nos asista!... en todo me persigue la desgracia!... Busca á Martina, Blanca; que estará quizá en mis habita-

ciones... ¡Válgame el cielo!... Mejor será que vaya yo al comedor y mande poner el coche... ¡Qué criados! ¡Qué niños! ¡Bendito sea Dios!... ¡Solo á mí me pasan estas cosas!...

Y la buena señora se levantó con toda la agilidad que le permitía su monumental corpulencia. En aquel momento la orquesta preludiaba el minué, y numerosos grupos de capuchones Watteau y dominós negros se aglomeraban por todas partes, para ver bailar á los caballeros, de casacón, y á las damas, con traje de medio paso. Interrumpían á cada

instante los grupos de máscaras la marcha de la atribulada Condesa, y para evitar su encuentro entró por la galería de los retratos, que había quedado desierta: dirigióse al pasadizo de la cámara de Carlos V, para salir más pronto por el lado opuesto al departamento de los criados, y abrió la puertecita que daba á la galería, cerrada siempre por expresa recomendación suya, por lo mucho que afeaba el artístico frente. Dejóla abierta ella misma al entrar, para que las luces de la galería alumbrasen las tinieblas de aquel oscuro túnel, y se adelantó en busca de la otra puerta: por desgracia la encontró cerrada por el lado opuesto. Furiosa la Condesa volvió atrás sus pasos; mas en el mismo mo-

mento un criado que cruzaba la galería cerró la puertecilla de salida, creyéndola abierta por descuido, dejando, por lo tanto, á la Condesa encerrada en el pasillo. Al mismo tiempo oyó resonar simultáneamente en la cámara de Carlos V una carcajada estrepitosa de hombre, y un terno soez, asqueroso, obsceno...

El pudor de la mujer y la dignidad de la señora hicieron á la Condesa quedarse inmóvil de estupor y de bochorno. Creyó que algún descomedido lacayo andaría allí dentro, y asomóse por una rendija del viejísimo tapiz para reconocerlo, y mandarlo arrojar en el acto fuera de su casa... Vió entonces en el histórico y venerado lecho, que jamás había mancillado cuerpo alguno desde que el gran Carlos V lo ocupó una noche, á Ramiro Pérez, tendido panza arriba, con una pierna encaramada sobre otra, fumándose tranquilamente un gran cigarro. Á su lado, otro joven cuyo rostro no podía distinguir, se ponía sobre el bien cortado frac, un dominó negro. La Condesa sintió tal movimiento de ira que pensó ejecutar en Ramiro, lo que había pensado hacer con el lacayo: la conversación que sostenían los dos amigos, la distrajo sin embargo. Ramiro contaba, entre carcajadas y palabras soeces, que hasta entonces había creído la Condesa patrimonio exclusivo de carreteros y gente abyecta, la pesada broma que acababan de jugar á D. Recaredo: avanzando luego en el terreno de las confidencias, refirió también la conspiración urdida entre Ritita y la de Peralta, él y Candidito, para obligar á la Condesa á dar aquel baile, no obstante sus escrúpulos de beata, que le hacían cerrar sus salones durante el tiempo de Cuaresma. Habían engañado á la bondadosa señora con amenazas absurdas del Gobernador, comprendiendo que era esto lo bastante para que, en su carácter quijotesco y altivo, se apresurase á dar la fiesta. Ramiro había sido el testigo falso

que aseguró haber escuchado las amenazas proferidas por el Gobernador públicamente: Ritita y la de Peralta tomaron a su cuenta trasmitir estos fingidos rumores á la Condesa, y Candidito remachó el clavo de la intriga, escribiendo un anónimo á D. Recaredo sobre el mismo tema. Un incidente estuvo á punto de dar al traste á última hora con toda la trama: empeñóse la arrogante Condesa en mandar al Gobernador, como un reto, una esquela de convite, y Ritita tuvo que poner en juego todas sus artimañas, para apoderarse á tiempo de aquella peligrosa esquela y hacerla pedazos.

Reíase á carcajadas el compañero de Ramiro al oirle, é interrumpía á veces su relación, con observaciones chistosas y palabras ó interjecciones groseras, dignas de una taberna. Una cosa llamó la atención de la Condesa, despertando su curiosidad al mismo tiempo que su ira: había observado que, en todo el transcurso de la conversación, la designaban á ella invariablemente con el extraño nombre de *La Gorriona*.

—Pero ¿qué demonio de empeño tenían ustedes en que la Gorriona diese el baile?—preguntó á Ramiro su amigo.

—Pues ahí verás, chico,—replicó este. Flaquezas humanas... La de Peralta, que es capaz de vender á su padre por lucir un trapo, necesitaba ocasión en que estrenar ese mamarracho de traje de maja que había encargado á París, y que llegó tarde... Ritita y Candidito trabajaban de común acuerdo, y, ó yo me engaño mucho, ó sus planes eran más vastos... La tal Ritita es una vaca brava, y Candidito un pillo que sabe torearlas... Ellos fueron los del empeño de los disfraces, y ya sabes, chico, que á río revuelto, ganancia de pescadores... En cuanto á mí,—prosiguió Ramiro, revolcándose en el lecho de Carlos V, con cierta exaltación nerviosa, necesitaba coger á tiro en alguna parte á mi palomita...

Y aquí comenzó á exponer Ramiro la pasión que Blanquita le inspiraba, con tan cínica claridad, con tan obscena franqueza, que la infeliz señora adivinaba el sentido de sus inmundas frases, sin entenderlas del todo, como se adivinan á través de la tierra removida de una sepultura, la carne podrida y los gusanos hediondos. La ira, la sorpresa, el dolor, la vergüenza, el espanto la ahogaban de tal modo, que, en la imposibilidad de huir por ninguna parte sin dar un escándalo, tuvo que apoyarse en la sucia pared cubierta de telarañas... La música del minué resonaba mientras tanto á lo lejos, señoril, seria y acompasada como un cántico de iglesia.

—¡Este es el revés... allí está el derecho!—pensó la Condesa acordándose, al oirla, de la frase de D. Rufino.

Cesó al fin la música de tocar, y oyóse entonces un alegre rumor de voces y de risas, que lentamente se aproximaba: el minué había terminado, y llegaba la hora de romperse la Piñata. Un gran tropel de jóvenes entró entonces en la cámara de Carlos V á dejar unos los dominós y otros á tomarlos. La Condesa pudo apreciar entonces lo que era la comedia *vista entre bastidores,* como si el mismo Asmodeo, el asqueroso demonio de la impureza, se hubiese encargado de descorrer ante ella aquel telón repugnante... Oyóse llamar mil veces la Gorriona: oyó barajar los nombres, la hermosura, la fama y la honra de aquellas pobres mujeres que á dos pasos de allí se encontraban, entre relaciones escandalosas, suposiciones atrevidas, chistes obscenos, asquerosas jactancias, deseos monstruosos, calumnias terribles, verdades ocultas... La Condesa se tapó los oídos, porque le parecía hallarse en el fondo de la cloaca inmunda, por donde desaguaba aquella corrompida juventud las torpes pasiones que en ella excitaba el baile.

—¡Entre bastidores... entre bastidores!—gemía, despedazando el pañuelo de rabia.

La alegre algazara aumentaba en la galería, y poco á poco fué quedando desierta la cámara de Carlos V. La Condesa se decidió al fin á mirar por la rendija del tapiz, y no vió á nadie: salió entonces como pudo al interior de la pieza, arrastrándose casi á gatas por debajo de la tapicería. Arreglóse el desorden de su traje, limpióse el polvo, quitóse las telarañas pegadas al vestido, y salió á la galería. Un alegre clamoreo resonó en aquel momento. La Piñata acababa de romperse: una lluvia de dulces caía sobre los

circunstantes, y una porción de espantados pajaritos se elevaban en el aire, chocaban contra los primorosos arabescos del techo, buscando salida, volvían á caer, tornaban á remontarse en busca de refugio, y caían al fin palpitantes y aterrados entre las mil manos que los perseguían. Blanquita, al pie de la Piñata, elevaba las suyas para cogerlos, sin haber soltado todavía la misteriosa cinta celeste. Ramiro Pérez se acercó á ella, trayéndole un jilguero y un canario: la Condesa lo miraba estupefacta, como si no pudiese comprender que aquel apuesto joven, que con tan respetuosa galantería hablaba á la inocente niña, fuese el mismo que acababa de oir ella expresarse como un carre-

tero y discurrir como un canalla. Blanquita, llena de contento, besaba á los asustados pajaritos: Ramiro le ofreció el brazo, y ella lo fué á aceptar... Mas la Condesa se abalanzó como una leona que defiende á sus cachorros, y agarrando á la niña por la mano, la separó bruscamente del elegante joven...

Ya no le parecían tan absurdos aquellos demonios que, según D. Rufino, veían pasearse en las colas de las señoras, los antiguos Padres del yermo.

IX

UNA sola persona supo lo que había acontecido á la Condesa en el baile de Piñata: ella misma se lo reveló pidiéndole consejo, y nos consta que este fué prudente y moderado. Mas la Condesa, que no se paraba en barras, y se iba siempre de un extremo al opuesto, disolvió por un acto de soberanía autocrática, digno del Czar de Rusia, el Club de la Tijera, y declarando á su casa en permanente estado de sitio, jamás consintió en ella grupos de más de cuatro personas.

La primera vez que vió á D. Recaredo, le hizo á boca de jarro esta pregunta:

—Don Recaredo... ¿Quién es *La Gorriona*?...

—¿*La Gorriona*?—contestó el erudito, desconcertado. ¿La Gorriona?... Pues la gorriona debe de ser la hembra del gorrión...

—¡Claro está!—replicó impaciente la Condesa. Como la *Coneja* debe de ser la hembra del *Conejo*...

Don Recaredo se mordió los labios mortificado... Acordóse entonces de que el Gorrión, lo mismo que el Conejo,

no tienen hembra alguna nominal, por pertenecer ambos al género epiceno.

Pasaron varios meses: una tarde leía la Condesa un periódico de la localidad, y le llamó la atención en la gacetilla, aquel extraño nombre de *La Gorriona*... Leyó ávidamente el suelto: referíase en él que, por grandes escándalos ocurridos en una casa de mala nota, había sido llevada á la cárcel una infame vieja que la dirigía, conocida en todo X.** con el nombre de *La Gorriona*.

El periódico se escapó de manos de la Condesa: encogióse en el asiento, y se amorató su rostro, cual si hubiesen descargado en él una bofetada, y dos lágrimas de ira y de vergüenza acudieron á sus ojos.

—¡Bien lo merezco!...—murmuró. Tenía razón D. Rufino... ¡Para eso servía mi casa!

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo V

El primer baile. 3

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

Ranoque. 27

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

Polvos y Lodos 65

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

¡Paz á los Muertos! 105

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

Caín 115

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

La Maledicencia 149

Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.

La primera Misa. 193

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

Hombres de Antaño 223

Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.

La Resignación Perfecta. 243

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

El Viernes de Dolores. 260

Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.

La Intercesión de un Santo 281
Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.
Pilatillo. 307
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
Medio Juan y Juan y Medio 369
Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.
Miguel. 399
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
¡Chist! 421
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
La Pascua Florida y el Cuarto ayunar . . . 459
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
La Almohadita del Niño Jesús. 481
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
La Batalla de los Cueros. 509
Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.
Un Milagro 525
Ilustraciones de Paciano Ross.
Grabados de J. Thomas.
La Gorriona 551
Ilustraciones de Apeles Mestres.
Grabados de J. Casals.

LS
C7187co

457096

Coloma, Luis
Colección de lecturas recreativas, 1884-
1885-1886. Ed.6.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED